

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión **10**

Lectulandia

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

Lectulandia

AA. VV.

Nueva Dimensión 10

Nueva Dimensión - 10

ePub r1.0

Colophonius 28.06.2018

Título original: *Nueva Dimensión 10*

AA. VV., 1969

Retoque de cubierta: pherikit

Editor digital: Colophonius

Escaneo: danielus y luangoru

Edición de fuente original: johansolo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

nueva dimensión

1969/4

nueva dimensión

REVISTA MENSUAL DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

A cargo de:

Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

AÑO 1969/4

Director:

J. M. Armengou

Colaboradores:

Dr. Alfonso Álvarez Villar
Antonio Bellomi
Adolfo Buylla
Ramón Cerdón
Alfonso Figueras
Luis Gasca
José Luis Garci
PGarcía
Carlos Giménez
Francisco Lezcano
José Luis M. Montalbán
Octavi Piulats
Mercedes Valcárcel

Director de publicidad:

Jordi Prat

Director de relaciones públicas:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif
Estados Unidos: Forrest J Ackerman
Francia: Jacques Ferron
Inglaterra: Jean G. Muggoch
Italia: Riccardo Leveghi
México: Luis Vázquez
Rumanía: Ion Hobana
Uruguay: Marcial Souto Tizón

Delegado en Madrid:

Carlos Buiza

Julio-Agosto 1969. Número 10

MIEMBRO DE THE NATIONAL FANTASY FAN FEDERATION

EDITORIAL

[Un paso más](#)

[El retorno de Doc Savage](#)

por Sebastián Martínez

[Las melancolías de un amante de los «pulp»](#)

por Alfonso Figueras

[Las novelas de Doc Savage](#)

SE PIENSA

[Esperanto y ciencia ficción](#)

por Rémi-Maure

[Los hombres que venden el futuro](#)

de «The Illustrated London News»

[Ciencia ficción inglesa, ciencia ficción chilena](#)

por Domingo Santos

[Acerca de un programa de televisión](#)

de «Radio Times»

SE DICE

[Libros, revistas, autores, comic, fandom](#)

SE ESCRIBE

[Cartas de nuestros lectores](#)

nueva dimensión **MAÑANA**

NOVELAS CORTAS

[La sangre es inquieta](#)

por Chad Oliver

[El compositor](#)

por Lloyd Biggle, Jr.

CUENTOS

[Un túnel llamado Moebius](#)

por A. J. Deutsch

[Equipo invencible](#)

por Randall Garrett

[Palabras](#)

por Rafael Llopis

[La cosecha](#)

por Santiago Martín Subirats

[Yo os saludo, maridos](#)

por Belen

[Si esto es utopía](#)

por Kris Neville

[Un domingo romano](#)

por Lino Aldani

FANZINE

[El televisor](#)

por V. y G. Curtoni

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol

José María Beá

Ramón Escolano

Carlos Giménez

Esteban Maroto

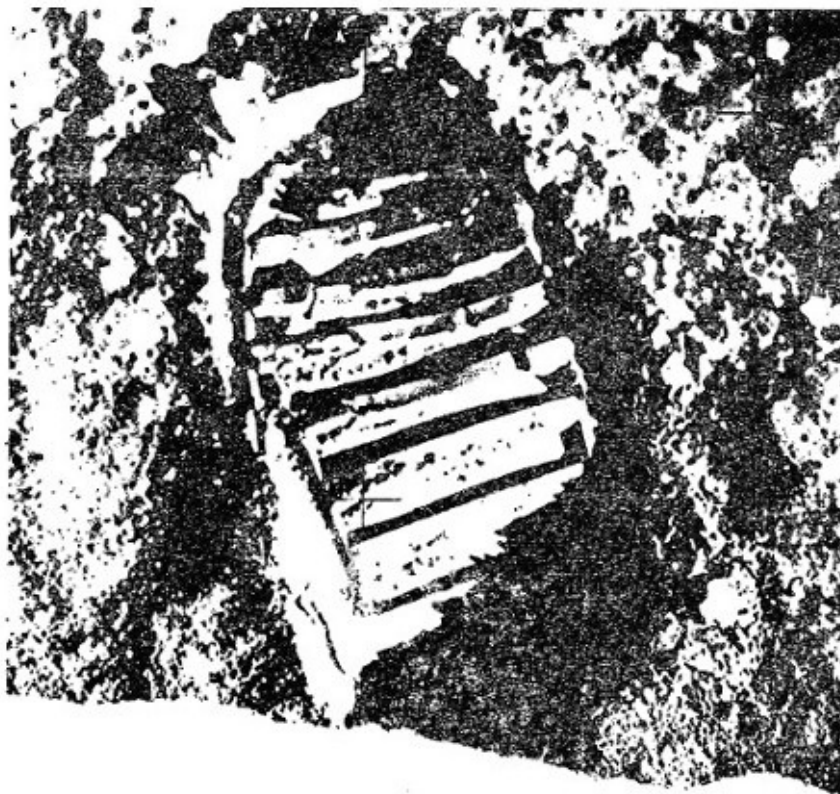
Enric Sió
A. Usero Abellán

HUMOR

Scheffy en *Imagination*

Chelhock en *Imagination*

Guarino en Civiltà delle Machine Urania



EDITORIAL

UN PASO MÁS

Hay una categoría de hombres —a los que en mi fuero interno siempre he llamado los ordenadores— cuyo único cometido en la vida parece ser el de ir colocando las cosas en su sitio, aunque éstas no lo tengan de por sí y tengan que crearles unos totalmente artificiales.

A esta categoría pertenecen una gran mayoría de los científicos apegados a las antiguas escuelas, sin haberse dado cuenta de que el escenario en que se mueven las ciencias ha cambiado totalmente. Pasó ya el tiempo en que la máxima expresión de la sabiduría era realizar una ordenación en la que todo lo conocido tuviera un lugar definido. Ya no nos preocupa tanto la búsqueda de la «suprema ordenación», y el investigador ha de especializarse en lugar de pretenderlo abarcar todo.

No obstante, el antiguo criterio ordenatorio sigue persistiendo en la mayoría de los que se dedican a una de las disciplinas más antiguas del saber humano: la Historia. En general, los historiadores siguen siendo ordenadores. Sí, es cierto que desde la aparición de hombres como Wells o Toynbee, con su espíritu renovador, la Historia se preocupa más de los «porqué» que de los «cuándo», y que ya existen numerosas obras en las que se trata del proceso histórico como de un todo dinámico, fluido y continuo, pero...

Pero los textos con los que se enseña la Historia a los niños todavía siguen siendo unas obras repletas de fechas, en las que el devenir de la Humanidad está encerrado dentro de unos compartimentos estancos llamados Edades, compartimentos entre los que se empeñan en decirles a los niños que jamás existió contacto. Por el contrario, se les presenta a la Edad Media como un retroceso respecto a la Antigua, y al Renacimiento como la antítesis de las llamadas épocas oscuras medievales.

La Historia no es eso. La Historia es una sucesión de hechos sociales en los que cada uno es influido por los anteriores y que a su vez influye en los posteriores. La Historia no puede dividirse en partes inconexas, y menos antitéticas.

Por eso, me preocupa mucho esa palabrería que está apareciendo entre las informaciones de la prensa dedicadas a la próxima expedición Apolo a la Luna. Entre otras cosas, ya se habla de una Edad Espacial...

¡Señores, formalidad! Pónganse de acuerdo entre ustedes, por favor... ¿en qué estamos viviendo: en la Edad Espacial, en la Era del Átomo, en la Época de la Cibernética, en la Segunda Revolución Industrial, en la Decadencia del Capitalismo o en el Siglo de la Locura Colectiva?

Lo cierto es que, en el triunfo de la Tecnología que tiñe este siglo, los hechos significativos se acumulan con tal rapidez que apenas unos años separaran unos de otros. Se necesitaron millares de años desde que el hombre se alzó sobre dos patas hasta que llegó a la Revolución Agrícola del Neolítico, y pasaron otros millares hasta que en el Creciente Fértil aparecieron las primeras culturas que nos dejaron constancia de su existencia.

Luego los milenios pasaron a convertirse en siglos, y en poco más de veinte se producen acontecimientos de tremenda importancia que transforman la vida humana: Roma, el feudalismo, la Primera Revolución Industrial... para culminar en la explosión tecnológica.

En 1945 se anunció la Era del Átomo, pero en los años cincuenta se pensaba en la Edad de la Cibernética, y en los sesenta ya hablamos de la Era del Espacio. Y es que el progreso intelectual está siguiendo una curva exponencial que cada vez produce una mayor aceleración en los acontecimientos sociales.

Un paso en la Luna. Una fecha memorable. Un dato a recordar. Sí. Pero ahora pensemos un poco en el pasado próximo y en el futuro más o menos lejano: 4 de octubre de 1957, el Sputnik. 12 de abril de 1961, Gagarin. 20 de julio de 1969, el Apolo en la Luna. Tres fechas tremendamente próximas señalan la salida al espacio de un objeto, de un hombre, y del primer alunizaje. Fechas... fechas que pronto —esperamos— serán seguidas por otras. ¿Y nos acordaremos del Sputnik cuando tengamos en mente las fechas

del desembarco en Marte, en Venus, en un planeta de otra estrella? ¿Y no confundirán los futuros escolares el nombre de Neil A. Armstrong con el de un futuro descubridor del medicamento que cure el cáncer, o del primer sistema de vuelo estelar, o del primer niño nacido fuera de la Tierra, sin llegar a identificar ese nombre por lo que es: el del primer humano en poner pie en otro cuerpo celeste?

No pretendo con ello el quitar importancia a ese paso, a esa huella en la gris Selene. Sólo trato de colocarla en su verdadero contexto, como otro paso en la cada día más acelerada marcha de la Humanidad. Un paso de tremenda importancia, pero tan sólo un paso.

Y lo que sería verdaderamente trágico es que fuera el último paso en ese sentido. Pues hay indicios que nos hacen temer que éste podría ser el caso, pues vemos como el Gobierno de los Estados Unidos se muestra cada vez más remiso a gastar dólares del contribuyente en empresas espaciales.

No es que podamos esperar demasiado del cuerpo legislativo de los Estados Unidos, que no ha demostrado ser de ninguna gran calidad intelectual en los temas referentes a la conquista del espacio. Si queremos un ejemplo, ahí tenemos esa bandera de las barras y las estrellas que será clavada en la Luna en lugar del símbolo azul de la ONU que pretendía plantar la NASA. La orden de los congresistas fue tajante: deberá ondear —lo cual ya es difícil en la Luna, en donde no hay ni aire ni viento— la «Old Glory», la enseña de nuestro país.

Este aspecto chauvinista de una empresa que es —aunque el Congreso de los Estados Unidos no opine lo mismo— patrimonio de toda la Humanidad, ya nos hace entrever como es tomada la exploración del espacio por ese augusto cuerpo gobernante. Y nos hace temer por unos fondos que le pudieran ser restados a la NASA para convertirlos en napalm lanzado en Vietnam o en gas lacrimógeno a emplear contra los manifestantes en pro de los derechos civiles. Lo cual nos hace temer por esa mal llamada «Era del Espacio», que podría quedar aniquilada en su embrión.

El paso dejado en la Luna es un signo importante de que algo sucede en la mente del hombre que lo lleva a vencerse a sí mismo para conquistar los retos que la Naturaleza le enfrenta. Tan sólo deseo que ese paso no sea desplazado en ninguno de los dos sentidos: ni dándole más importancia de la que tiene —y pretendiendo abrir con él una era que sea un nuevo compartimento estanco de la Historia—, ni, por el contrario, restándole importancia y dejándolo en un simple récord con el que una nación se pavonee ante sus vecinas envidiosas.

El paso en la Luna es eso: un paso. Un paso de la Humanidad en marcha, de la Humanidad haciendo la Historia.

UN TÚNEL LLAMADO MOEBIUS

A. J. DEUTSCH

La topología es una de las ramas de las matemáticas que, por sus especiales y a menudo paradójicas características, más ha cautivado a los autores de ciencia ficción. Todos ustedes habrán leído sin duda algún que otro cuento en el que se especulaba con las diabluras que pueden hacerse con objetos tan fascinantes como la cinta de Moebius o la botella de Klein. El relato que les ofrecemos aquí ha pasado por ser uno de los primeros que abordaron esta rama de la «ciencia ficción topológica», y es también uno de los más conocidos.

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

Formando una complicada e ingeniosa red, el metropolitano se había extendido a partir de un punto central en Park Street. Un ramal conectaba la línea de Lechmere con la de Ashmont para los trenes que se dirigían hacia el sur, y con la línea de Forest Hills para los que iban hacia el norte. Harvard y Brookline habían quedado unidos por un túnel que pasaba a través de Kenmore Under, y durante las horas punta uno de cada dos trenes era desviado a través del Kenmore Branch de vuelta a Egleston. El Kenmore Branch se unía al Maverick Tunnel cerca de Fields Corner. Subía unos treinta metros en dos manzanas para conectar Copley Over con Scollay Square, luego se hundía de nuevo para unirse a la línea de Cambridge en Boylston. El enlace de Boylston había unido finalmente las siete líneas principales en cuatro niveles distintos. Como recordarán, entró en servicio el 3 de marzo. Desde entonces, un tren podía circular desde cualquiera de las estaciones a todas las demás del Sistema.

Cada día de la semana había doscientos veintisiete trenes rodando en el metropolitano, los cuales transportaban aproximadamente un millón y medio de pasajeros. El tren de Cambridge a Dorchester que desapareció el 4 de marzo era el número 86. Al principio, nadie lo echó a faltar. Durante la hora punta del atardecer, el tráfico era algo más denso de lo que era usual en esta línea. Pero una multitud es una multitud. Los inspectores del depósito de Forest Hills buscaron el 86 alrededor de las 7,30, pero ninguno de ellos mencionó su ausencia hasta tres días después. El empleado de control en el cruce de Milk Street llamó al jefe de estación de Harvard para pedirle un tren extra después del partido de hockey de aquella noche, y el jefe de estación de Harvard transmitió la petición a los depósitos. El encargado envió el 87, que había sido metido en las cocheras a las diez, como siempre. No se dio cuenta de que faltaba el 86.

Era ya casi la hora punta de la mañana siguiente cuando Jack O'Brien, en el control de Park Street, llamó a Warren Sweeney, de las cocheras de Forest Hills, y le pidió que pusiera otro tren en el recorrido de Cambridge. El parque de Sweeney era

ya restringido, por lo que fue al tablero de control y buscó un tren de reserva con su personal. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que Gallagher no había marcado la noche anterior. Sacó la ficha y dejó una nota. Esperaba a Gallagher a las diez. A las diez y media Sweeney bajó de nuevo a ver el tablón y comprobó que la ficha de Gallagher todavía estaba fuera y que la nota permanecía donde él la había dejado. Se acercó al encargado del control y le preguntó si Gallagher había llegado tarde. El empleado le dijo que no había visto a Gallagher en toda la mañana. Entonces Sweeney se preguntó quién estaba conduciendo el 86. Unos minutos después pudo ver que la ficha de Dorkin estaba en el casillero de entrada, a pesar de que aquél era el día libre de Dorkin. Pero hasta las 11,30 no se dio cuenta, finalmente, de que había perdido un tren.

Pasó la siguiente hora y media en el teléfono, preguntando a cada jefe de estación, empleado de control y jefe de depósito de todo el metropolitano. Cuando terminó de comer, a la 1,30, volvió a llamarlos de nuevo a todos. A las 4,40, poco antes de terminar su jornada de trabajo, informó sobre el asunto, con cierta indignación, a la Oficina Central de Tráfico. Los teléfonos zumbaron a través de los túneles y depósitos hasta cerca de medianoche antes de que, por fin, se notificase del problema al Director General en su propio hogar.

A última hora de la mañana del día 6, el ingeniero del tablero central de control de los desvíos asoció el tren desaparecido con las noticias de los periódicos referentes a la súbita oleada de desapariciones de personas. Informó de la coincidencia al diario *Transcript* y, a primera hora de la tarde, tres de los periódicos habían sacado números extras a la calle. Así fue como cundió la noticia.

Kelvin Whyte, el Director General, pasó buena parte de aquella tarde con la policía. Interrogaron a la esposa de Gallagher y a la de Dorkin. El conductor y el revisor no habían vuelto a casa desde la mañana del día 4. Hacia el mediodía, resultaba claro para la policía que trescientos cincuenta bostonianos, más o menos, se habían perdido con el tren. Revisaron hasta el último palmo del metropolitano, y Whyte casi tuvo un ataque de simple exasperación, pero el tren no fue hallado.

El matemático de Harvard, Roger Tupelo, entró en escena al atardecer del día 6. Llamó a Whyte a su casa, ya tarde, y le dijo que tenía algunas ideas acerca del metro desaparecido. Luego cogió un taxi hasta la casa de Whyte en Newton, y tuvo la primera de una serie de conversaciones con él acerca del Número 86.

Whyte era un hombre inteligente, un buen organizador, y no le faltaba imaginación.

—¡Pero no sé de lo que me está hablando! —expuso.

Tupelo había decidido tener paciencia.

—Es algo difícil de comprender para *cualquiera*, Mr. Whyte —dijo—. No me extraña su asombro. Pero es la única explicación posible. El tren ha desaparecido, y la gente que viajaba en él. Pero el Sistema está cerrado. Los trenes se conservan en él. ¡Está en alguna parte del Sistema!

La voz de Whyte se alzó de nuevo:

—¡Y yo le digo, Dr. Tupelo, que el tren *no* está en el Sistema! ¡*No* está! No se puede pasar por alto un tren de siete vagones que lleva a cuatrocientos pasajeros. Hemos buscado por todo el Sistema. ¿Se cree que estoy tratando de *esconder* el tren?

—Naturalmente que no. Escuche, seamos razonables. Sabemos que el tren estaba en camino hacia Cambridge a las 8,40 de la mañana del día 4. Por lo menos veinte de las personas desaparecidas lo tomaron posiblemente unos minutos antes en la estación Washington, y unas cuarenta más en Park Street Under. Unos pocos bajaron en ambas estaciones. Y eso es todo. Los que iban a Kendall, a Central, a Harvard... nunca lo lograron. El tren no llegó a Cambridge.

—Eso ya lo sé, Dr. Tupelo —dijo irritado Whyte—. En el túnel que hay bajo el río, el tren se convirtió en un barco, dejó el túnel y se puso a navegar hacia África.

—No, Mr. Whyte. Estoy tratando de explicárselo. Dio con un nodo.

Whyte estaba lívido.

—¡Un nodo! ¿Y qué es un nodo? —explotó—. El Sistema mantiene limpias las vías. No hay nada en ellas más que los trenes. No dejamos tirados nodos...

—Sigue sin entender. Un nodo no es una obstrucción. Es una particularidad. Un polo de orden superior.

Las explicaciones de Tupelo durante aquella noche no aclararon mucho la situación para Kelvin Whyte. Pero, a las dos de la madrugada, el Director General le concedió a Tupelo el permiso de examinar los planos del Sistema. Telefonó primero a la policía, que no pudo ofrecerle su asistencia en ese intento de dominar la topología, y luego a la Oficina Central de Tráfico. Tupelo fue allí, solo, en taxi, y se quedó examinando los planos hasta la madrugada. Tomó café y un bocadillo, y luego se dirigió a la oficina de Whyte. El Director General estaba telefoneando. La conversación trataba sobre una segunda y más cuidadosa inspección del túnel Dorchester-Cambridge bajo el río Charles. Cuando terminó la conversación, Whyte volvió a colocar de un golpe el auricular sobre la horquilla y miró enfurecidamente a Tupelo. El matemático fue el primero en hablar:

—Creo que, probablemente, lo causó el nuevo ramal —dijo.

Whyte se asió a los bordes de su escritorio y recorrió silenciosamente su vocabulario hasta que encontró algunas palabras que no eran soeces:

—Dr. Tupelo —dijo—, he estado despierto toda la noche oyendo su teoría. No la comprendo en absoluto. No logro entender qué es lo que tiene que ver el ramal de Boylston con todo el asunto.

—¿Se acuerda de lo que le decía anoche sobre las propiedades conectivas de las redes? —preguntó en voz baja Tupelo—. ¿Se acuerda de la cinta de Moebius que hicimos... la superficie con un solo lado y un solo borde? ¿Se acuerda de esto...? —y sacó una pequeña superficie de Klein hecha de cristal de su bolsillo y la colocó sobre la mesa.

Whyte se recostó en su silla y miró al matemático en silencio. Su rostro reflejó, en

rápida sucesión, tres emociones: indignación, asombro y consternación. Tupelo continuó:

—Mr. Whyte, el Sistema es una red de una asombrosa complejidad topológica. Ya era compleja antes de que se instalase la conexión de Boylston, y poseía un alto orden de conectividad. Pero ese ramal hace que la red sea absolutamente singular. No lo comprendo del todo, pero parece que la situación es más o menos como sigue: el ramal ha llevado la conectividad de todo el Sistema a un orden tan alto que no sé como calcularlo. Supongo que la conectividad ha llegado a ser infinita.

El Director General lo escuchaba un tanto ofuscado. Sus ojos estaban pegados a la superficie de Klein.

—La cinta de Moebius —dijo Tupelo—, tiene unas propiedades fuera de lo corriente debido a una particularidad. La superficie de Klein, con dos particularidades, consigue estar dentro de sí misma. Los topólogos conocen superficies que llegan a tener casi un millar de particularidades, y sus propiedades hacen que la banda de Moebius y la superficie de Klein parezcan simples. Pero una red con una conectividad infinita debe de tener un infinito número de particularidades. ¿Puede usted imaginar cuáles serían las propiedades de una tal red?

Después de una larga pausa, Tupelo añadió:

—Tampoco yo puedo. Si he de decir la verdad, la estructura del Sistema, con el enlace de Boylston, está más allá de mi alcance. Sólo puedo hacer meras suposiciones.

Whyte apartó su vista del escritorio en el momento en que su sentimiento dominante era la ira:

—¿Y dice usted que es matemático, Profesor Tupelo! —dijo.

Tupelo casi se echó a reír. La incongruencia, la absoluta estupidez de la situación, estuvo a punto de apoderarse de él. Sonrió levemente y dijo:

—No soy un topólogo. Realmente, Mr. Whyte, soy un principiante en ese campo... y sé casi tanto como usted sobre el mismo. Las matemáticas son muy amplias. Yo soy un algebrista.

Su sinceridad hizo calmar un tanto a Whyte.

—Está bien —dijo—. Si usted no lo entiende, tal vez deberíamos llamar a un topólogo. ¿Hay alguno en Boston?

—Sí y no —respondió Tupelo—. El mejor del mundo está en el Técnico.

Whyte cogió un teléfono:

—¿Cuál es su nombre? —preguntó—. Lo llamaré.

—Merrit Turnbull. Y no hay forma de localizarlo. Lo he tratado durante tres días.

—¿Está fuera de la ciudad? —preguntó Whyte—. Haremos que lo busquen... una emergencia.

—No lo sé. El Profesor Turnbull es soltero. Vive en el Club Brattle. No lo han visto desde la mañana del día 4.

Whyte tenía una percepción fuera de lo común:

—¿Estaba en el tren? —preguntó.

—No lo sé —replicó el matemático—. ¿Qué cree usted?

Hubo un largo silencio. Whyte miró alternativamente a Tupelo y al objeto de vidrio sobre el escritorio.

—No lo comprendo —dijo finalmente—. Hemos mirado en todos los rincones del Sistema. No había ningún sitio por el que pudiera salir el tren.

—El tren no salió. Está aún en el Sistema —dijo Tupelo.

—¿Dónde?

Tupelo se encogió de hombros:

—El tren no tiene ningún «dónde» verdadero. En el Sistema completo. No podemos señalar una posición determinada. Su significación es doble, o peor.

—¿Cómo podemos encontrarlo?

—No creo que podamos —dijo Tupelo.

Hubo otro largo silencio. Whyte lo rompió con una exclamación en voz alta. Se levantó súbitamente y tiró la superficie de Klein al otro lado de la habitación.

—¡Está usted loco, profesor! —gritó—. Entre esta noche y la madrugada sacaremos a todos los trenes que hay en los túneles. Enviaré a trescientos hombres para que inspeccionen cada pulgada de las vías... cada pulgada de las ciento ochenta y tres millas. ¡Encontraremos el tren! Ahora váyase, por favor.

Tupelo dejó la oficina. Se sentía cansado, completamente exhausto. Caminó mecánicamente a lo largo de Washington Street, hacia la estación de Essex. Cuando ya había bajado la mitad de las escaleras, se detuvo abruptamente y miró lentamente a su alrededor. Luego salió otra vez a la calle y llamó a un taxi. En su casa, se bebió un trago doble y se dejó caer en la cama.

A las 3,30 de esa tarde asistió a su clase de «Álgebra de áreas y círculos». Después de una cena rápida en el Crimson Spa, se fue a su apartamento y pasó el tiempo en un segundo intento de analizar las propiedades conectivas del Sistema. El intento fue vano, pero el matemático llegó a unas pocas conclusiones importantes. A las once llamó a Whyte en la Central de Tráfico.

—Pensé que tal vez desearía consultarme durante la búsqueda de esta noche —dijo—. ¿Puedo asistir?

El Director General no se mostró nada amable sobre esta oferta de ayuda de Tupelo. Señaló que el Sistema podía resolver sus pequeños problemas sin ninguna ayuda de profesores aturdidos que pensaban que un convoy completo de metro podía saltar a la cuarta dimensión. Tupelo cedió a la poca amabilidad de Whyte y se fue a dormir. El teléfono lo despertó hacia las 4 de la madrugada. El que llamaba era un arrepentido Kelvin Whyte.

—Creo que me precipité un poco esta noche, Profesor —tartamudeó—. Después de todo, puede usted ayudarnos. ¿Podría venir a la estación de Milk Street?

Tupelo convino prontamente. No sintió nada de la satisfacción que había anticipado. Tomó un taxi y, en menos de media hora, se encontraba en la estación

indicada. Al pie de las escaleras, en el nivel superior, vio que el túnel estaba brillantemente iluminado, al igual que si el Sistema estuviera funcionando. Pero los andenes estaban desiertos excepto por un pequeño y compacto grupo de siete hombres situados en el lado más lejano. Mientras caminaba hacia el grupo se dio cuenta de que dos eran policías. Observó que había un tren compuesto de un solo vagón en la vía situada al lado del andén. La puerta delantera estaba abierta, el vagón brillantemente iluminado y vacío. Whyte oyó sus pisadas y lo saludó tímidamente.

—Muchas gracias por acudir, Profesor —dijo, extendiendo su mano—. Señores, el Dr. Roger Tupelo, de Harvard. Dr. Tupelo, Mr. Kennedy, nuestro jefe de ingenieros; Mr. Wilson, en representación del Alcalde; Dr. Gannot, del Mercy Hospital. —Whyte no se molestó en presentar al conductor y a los dos policías.

—Es un placer —dijo Tupelo—. ¿Algún resultado, Mr. Whyte?

El Director General intercambió unas miradas embarazosas con sus compañeros.

—Pues... sí, Dr. Tupelo —respondió finalmente—. Creo que hemos logrado un cierto resultado.

—¿Han visto el tren?

—Sí —dijo Whyte—. Es decir, prácticamente visto. Al menos, sabemos que está en algún sitio en los túneles. —Los otros seis convinieron afirmativamente moviendo la cabeza.

Tupelo no se sorprendió de saber que el tren estaba aún en el Sistema. Después de todo, el Sistema era cerrado.

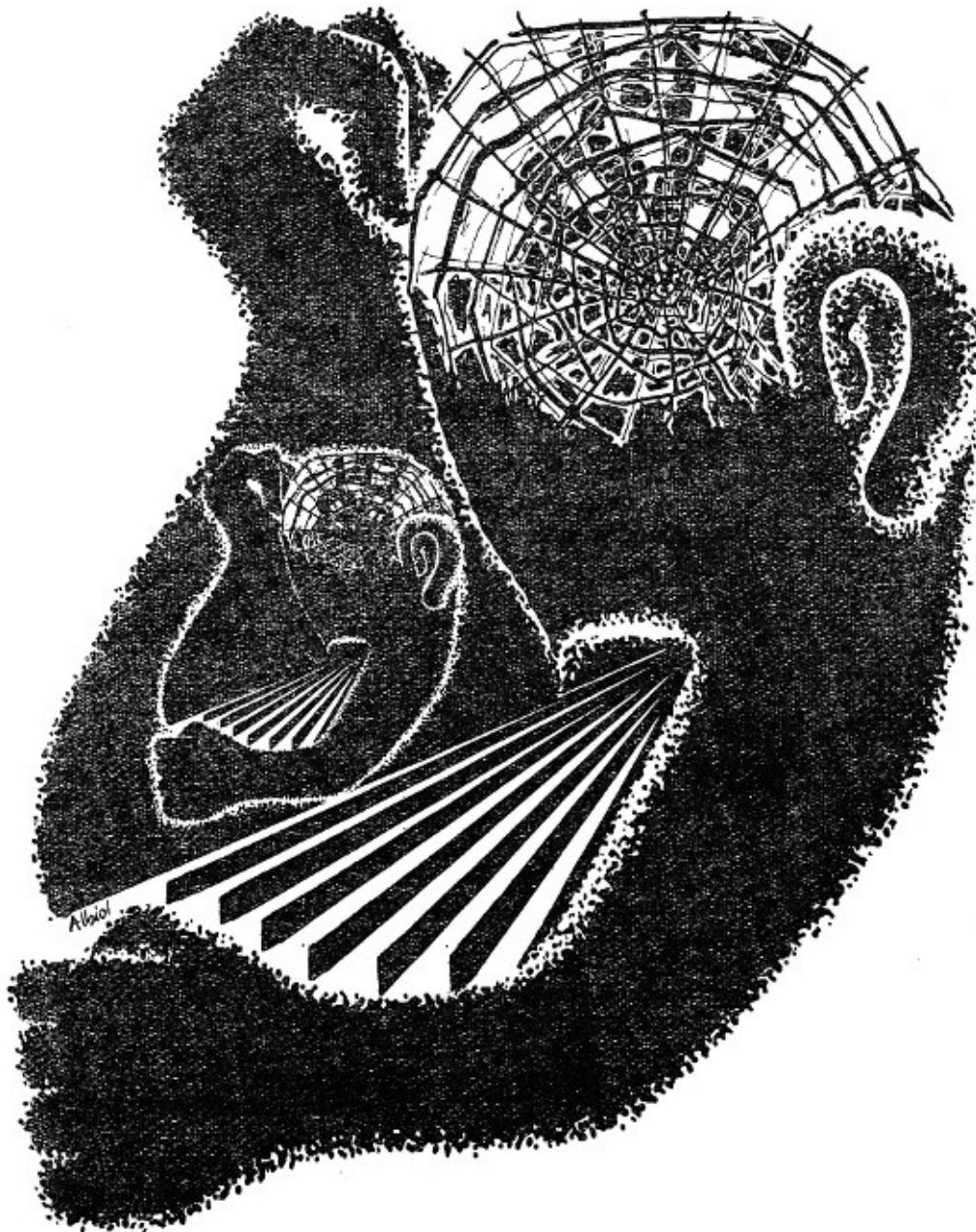
—¿Le importaría decirme lo que ha ocurrido? —indicó Tupelo.

—Encontré una luz roja —dijo voluntariamente el conductor—. Justo a la entrada del empalme de Copley.

—Todos los trenes han sido retirados de las vías —explicó Whyte—, excepto éste. Hemos estado viajando en él, durante cuatro horas, por todo el Sistema. Cuando Edmunds, aquí presente, se encontró con una luz roja en el empalme de Copley, se detuvo, naturalmente. Pensé que la luz estaría estropeada, y le dije que siguiera adelante. Pero entonces escuchamos al otro tren que pasaba por el empalme.

—¿Lo vio? —preguntó Tupelo.

—No pudimos verlo. La luz está situada justo detrás de una curva. Pero todos lo oímos. No hay ninguna duda de que el tren pasó por el empalme. Y debe ser el Número 86, porque nuestro vagón era el único que se hallaba en las vías.



—¿Qué ocurrió después?

—Bien, la luz cambió a amarilla, y Edmunds continuó.

—¿Siguió al otro tren?

—No. No estábamos seguros de la dirección en que iba, y nos podíamos haber equivocado.

—¿A qué hora ocurrió esto?

—La primera vez, a la 1,38...

—Oh —dijo Tupelo—. ¿Volvió a ocurrir más tarde?

—Sí. Pero no en el mismo sitio, desde luego. Encontramos otra señal roja cerca de South Station a las 2,15. Y luego, a las 3,28...

Tupelo interrumpió al Director General:

—¿Vio el tren a las 2,15?

—Esa vez ni lo oímos. Edmund trató de alcanzarlo, pero se debió de desviar en el

enlace de Boylston.

—¿Qué ocurrió a las 3,28?

—Otra luz roja. Cerca de Park Street. Lo oímos frente a nosotros.

—Pero, ¿lo vio?

—No. Hay un pequeño declive más allá de la luz. Pero todos lo oímos. La única cosa que no entiendo, Dr. Tupelo, es cómo ese tren pudo circular por las vías durante casi cinco días sin que nadie lo viera...

Las palabras de Whyte se deslizaron hacia el silencio, y su mano derecha se alzó en un gesto perentorio de atención. En la distancia, el sordo trueno metálico de un tren corriendo a gran velocidad se transformó súbitamente en un agudo y penetrante rugido en el nivel inferior. El andén vibró perceptiblemente cuando el tren pasó.

—¡Esta vez lo tenemos! —exclamó Whyte—. ¡Ha pasado por el andén inferior donde se encuentran los otros! —Empezó a correr hacia las escaleras que llevaban al nivel inferior. Todos los otros le siguieron, excepto Tupelo. Creía saber lo que iba a ocurrir. Así fue. Antes de que Whyte llegara a las escaleras, apareció por ellas un policía.

—¿Lo vieron esta vez? —gritó.

Whyte y los que le seguían se detuvieron en seco.

—¿Vieron a ese tren? —preguntó otra vez el policía que había subido del nivel inferior, mientras dos hombres más subían corriendo las escaleras.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Wilson.

—¿No lo vieron? —interrumpió Kennedy.

—Claro que no —replicó el policía—. Pasó por aquí arriba.

—¡No lo hizo! —rugió Whyte—. ¡Pasó por abajo!

Los seis hombres alrededor de Whyte miraron con desconfianza a los tres que habían subido del nivel inferior. Tupelo cogió a Whyte por el codo:

—El tren no puede ser visto, Mr. Whyte —dijo tranquilamente.

Whyte lo miró completamente asombrado:

—Usted mismo lo oyó. Pasó justamente por aquí abajo...

—¿Podemos ir al coche, Mr. Whyte? —preguntó Tupelo—. Creo que deberíamos hablar un poco.

Whyte asintió confuso, luego se volvió al policía y a los otros que habían estado vigilando en el nivel inferior:

—¿Realmente no lo vieron? —suplicó.

—Lo oímos —contestó el policía—. Pasó por aquí arriba, y me parece que en esa dirección —y señaló con su pulgar.

—Vaya otra vez abajo, Maloney —ordenó uno de los policías que estaba con Whyte. Maloney se rascó la cabeza, se volvió, y marchó hacia abajo. Los otros dos hombres le siguieron. Tupelo marchó a la cabeza de su grupo hasta el vagón situado al lado del andén de la estación. Entraron en el mismo y se sentaron en silencio. Luego, todos miraron al matemático y esperaron.

—Usted no me ha llamado para venir aquí esta noche solamente para decirme que había encontrado al tren perdido —dijo Tupelo, mirando a Whyte—. ¿Ha ocurrido esto anteriormente?

Whyte se removió en su asiento y cambió miradas con el jefe de ingenieros.

—No igual que esta vez —dijo evasivamente—, pero han ocurrido algunas cosas extrañas.

—¿Como cuáles? —interrumpió Tupelo.

—Pues, como las luces rojas. Los vigilantes cerca de Kendall encontraron una luz roja al mismo tiempo que nosotros hallamos una cerca de South Station.

—Siga.

—Mr. Sweeney me llamó desde Forest Hill a Park Street Under. Oyó el tren allí solamente dos minutos después de que lo escucháramos en el empalme de Copley. A veintiocho millas de distancia.

—En realidad, Dr. Tupelo —intervino Wilson—, varias docenas de hombres han visto como las luces cambiaban a rojo, o han oído el tren, o ambas cosas, en las últimas cuatro horas. Parece ser como si pudiera estar en varios lugares al mismo tiempo.

—Puede —dijo Tupelo.

—Nos continúan llegando informes de vigilantes que lo han visto —añadió el ingeniero—. Bien, exactamente no lo han visto tampoco, pero casi todo menos eso. Algunas veces en dos e incluso tres sitios, bien separados, al mismo tiempo. Es seguro que está sobre las vías. Tal vez los vagones se han desenganchado.

—¿Está usted seguro de que está sobre las vías, Mr. Kennedy? —preguntó Tupelo.

—Completamente —dijo el ingeniero—. Los dinamómetros de la planta eléctrica muestran que está gastando electricidad. La ha estado gastando durante toda la noche. A las 3,30 interrumpimos el circuito. Cortamos la electricidad.

—¿Qué ocurrió?

—Nada —respondió Whyte—. Absolutamente nada. La electricidad estuvo desconectada durante veinte minutos. Durante ese período, ninguno de los doscientos cincuenta hombres en los túneles vio una luz roja u oyó un tren. Pero apenas hacía cinco minutos que habíamos conectado de nuevo la electricidad cuando nos llegaron dos informes otra vez... uno desde Arlington y el otro desde Egleston.

Hubo un largo silencio cuando Whyte terminó de hablar. En el túnel inferior se podía oír a un hombre que estaba gritando algo a otro. Tupelo miró su reloj. Eran las 5,20.

—En resumen, Dr. Tupelo —dijo finalmente el Director General—, nos vemos obligados a admitir que tal vez su teoría tenga algo de razón. —Los otros asintieron, conviniendo en ello.

—Gracias, caballeros —dijo Tupelo.

El médico carraspeó:

—Sobre los pasajeros —empezó a decir—. ¿Tiene usted alguna idea sobre...?

—Ninguna —interrumpió Tupelo.

—¿Qué debemos hacer, Dr. Tupelo? —preguntó el representante del alcalde.

—No lo sé. ¿Qué puede usted hacer?

—Según nos ha dicho Mr. Whyte —continuó Wilson—, el tren ha... bien, ha saltado a otra dimensión. No está realmente en el Sistema. Se ha ido. ¿Es cierto eso?

—Es una forma de decirlo.

—¿Y este... eh... comportamiento peculiar ha sido producido por ciertas propiedades matemáticas asociadas con el nuevo enlace de Boylston?

—Correcto.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para traer el tren otra vez a... uh... esta dimensión?

—No sé de nada.

—En ese caso, caballeros —dijo Wilson—, está claro el camino a seguir. Primero, debemos cerrar el nuevo enlace, de forma que este fantástico suceso no pueda repetirse nunca más. Luego, puesto que el tren perdido ha desaparecido realmente, a pesar de todas esas luces rojas y ruidos, podemos reanudar las operaciones normales del Sistema. Al menos no habrá peligro de colisión... algo que le preocupaba mucho a usted, Whyte. En cuanto al tren desaparecido y a la gente que iba en él... —Hizo un gesto enviándolos al infinito—. ¿Está usted de acuerdo, Dr. Tupelo? —preguntó al matemático.

Tupelo negó lentamente con su cabeza.

—No del todo, Mr. Wilson —respondió—. Ahora, tenga presente que no comprendo enteramente lo que ha ocurrido. Es una desgracia que no pueda usted encontrar a nadie que pueda dar una buena explicación. El hombre que podría haberlo hecho es el Profesor Turnbull, del Tecnológico, y estaba en el tren. Pero, de cualquier forma, deberá comprobar mis conclusiones con las de algunos topólogos competentes. Puedo ponerle en contacto con varios de ellos.

»En cuanto a recobrar el tren perdido, puedo decir que no creo que sea algo sin esperanza. Tal y como lo veo, hay una probabilidad finita de que, eventualmente, el tren pase de la parte no espacial de la red, que ahora ocupa, a la parte espacial. Desgraciadamente, puesto que la parte no espacial es completamente inaccesible, no hay nada que podamos hacer para efectuar este tránsito, o al menos predecir cuándo o cómo ocurrirá. Pero la posibilidad de tránsito se desvanecerá si cierran el enlace de Boylston. Es justamente esa sección de la vía la que da a la red sus particularidades esenciales. Si las particularidades desaparecen, nunca podrá reaparecer el tren. ¿Está claro?

No estaba claro, desde luego, pero los siete hombres que escuchaban afirmaron con la cabeza. Tupelo continuó:

—En cuanto a continuar las operaciones en el Sistema mientras el tren perdido está en la parte no espacial de la red, solamente puedo señalar los hechos tal como los

veo y dejar a su juicio la difícil decisión a tomar a partir de los mismos. El tránsito a la parte espacial no es predecible, tal como les he dicho. No hay forma de saber cuándo ocurrirá, o dónde. En particular, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que, cuando el tren reaparezca, si lo hace, esté circulando en una vía errónea. Entonces habrá una colisión, desde luego.

El ingeniero preguntó:

—Para evitar esa posibilidad, Dr. Tupelo, ¿no podríamos dejar abierto el enlace de Boylston, pero sin que pasaran trenes por el mismo? Entonces, cuando el tren perdido reaparezca en el enlace, no podrá chocar con otro tren.

—Esa protección sería inútil, Mr. Kennedy —respondió Tupelo—. Verá, el tren puede reaparecer en cualquier parte del Sistema. Es cierto que el Sistema debe su complejidad topológica al nuevo enlace. Pero, con el enlace en el Sistema, es ahora el Sistema entero el que posee una conectividad infinita. En otras palabras, la propiedad topológica pertinente es una propiedad *derivada* del enlace, pero que *pertenece* al Sistema por entero. Recuerde que el tren hizo su primer tránsito en un punto entre Park y Kendall, a una distancia de más de tres millas del enlace.

»Hay una pregunta más a la que usted querrá respuesta. Si deciden continuar las operaciones en el Sistema, con el enlace de Boylston abierto hasta que el tren reaparezca, ¿puede ocurrir esto otra vez, a otro tren? No estoy seguro de la respuesta, pero creo que es: No. Creo que aquí opera un principio de exclusión, en tal forma que solamente un tren a la vez puede ocupar la red no espacial.

El médico se levantó vacilante de su asiento.

—Dr. Tupelo —empezó temerosamente—, cuando el tren reaparezca, ¿los pasajeros...?

—No sé nada sobre la gente en el tren —interrumpió Tupelo—. La teoría topológica no tiene en cuenta semejantes cosas. —Miró rápidamente a cada una de las siete caras fatigadas y confusas que se hallaban frente a él—. Lo siento, caballeros —añadió, con un poco más de sentimiento—. La verdad es que no lo sé. —Dirigiéndose a Whyte, prosiguió—: Creo que no puedo ayudarlos más por esta noche. Ya saben donde pueden encontrarme. —Y, girando sobre sus tacones, dejó el vagón y subió las escaleras. En la calle, la aurora estaba apareciendo y disolviendo las sombras de la noche.

La solitaria conferencia sostenida en un solitario vagón del metro no apareció nunca en los periódicos. Ni tampoco los resultados completos de la larga noche de vigilia en los oscuros y retorcidos túneles. Durante la siguiente semana, Tupelo participó en cuatro conferencias más con Kelvin Whyte y algunos personajes de la ciudad. En dos de ellas, estuvieron presentes otros topólogos. Ornstein se trasladó desde Filadelfia a Boston, Kashta desde Chicago, y Michaelis desde Los Ángeles. Los matemáticos no llegaron a ponerse de acuerdo. Ninguno de los tres quiso avalar completamente las conclusiones de Tupelo, aunque Kashta indicó que *podían* tener algo de razón. Ornstein afirmó que una red finita no podía tener una conectividad

infinita, a pesar de que no podía probar su proposición ni tampoco podía calcular la conectividad del Sistema. Michaelis expresó su opinión de que el asunto era una farsa y que no tenía nada que ver con la conectividad del Sistema. Insistió en que si no se podía encontrar al tren en el Sistema es que el Sistema debía estar abierto, o al menos debía haber estado abierto.

Pero cuanto más profundamente analizaba Tupelo el problema, más convencido estaba de la exactitud esencial de su primer análisis. Desde el punto de vista de la topología, el Sistema sugería inmediatamente familias enteras de redes de múltiples valores, cada una con un infinito número de discontinuidades infinitas. Pero el examen definitivo de esas nuevas redes espacio-hiperespaciales se le escapaba en alguna forma. Durante una semana dedicó enteramente su atención al asunto. Luego sus otras obligaciones hicieron que tuviera que dejar el análisis. Decidió continuar con el problema hacia el final de la primavera, cuando se hubieran terminado los cursos en Harvard.

Mientras tanto, el Sistema continuó sus operaciones como si no hubiera ocurrido nada extraordinario. El Director General y el representante del alcalde habían conseguido de alguna manera olvidar la noche de la búsqueda, o al menos se habían hecho su interpretación de lo que habían visto y no visto. Los periódicos y la gente especularon exageradamente, y continuaron ejerciendo presión a Whyte. Un cierto número de reclamaciones se efectuaron contra el Sistema por parte de las personas que habían perdido algún familiar. El Estado intervino en el asunto y preparó su propia investigación. En los salones del Congreso se hicieron recriminaciones. Eventualmente, una versión mutilada de la teoría de Tupelo apareció en la prensa. Tupelo la ignoró, y la teoría fue olvidada pronto.

Las semanas pasaron, y transcurrió un mes. El Estado completó su investigación. Los artículos en los periódicos se trasladaron de la primera página a la segunda; a la veintitrés; luego cesaron. Las personas desaparecidas no volvieron. Al final, nadie las echaba en falta.

Un día, a mediados de abril, Tupelo tomó el metro otra vez, desde Charles Street a Harvard. Se sentó rígidamente en el frente del primer coche y contempló cómo se precipitaban hacia el tren los raíles y las grises paredes del túnel. Por dos veces el tren se detuvo en una luz roja, y Tupelo se preguntó si el otro tren estaba realmente más adelante o más allá del espacio. Casi deseaba, por curiosidad, que fuera erróneo su principio de exclusión, que el tren pudiera efectuar el tránsito. Pero llegó a Harvard a su debido tiempo. Solamente él, de entre todos los pasajeros, había encontrado el viaje emocionante.

A la siguiente semana tomó otra vez el metro, y también la siguiente. Como experimentos no tuvieron éxito, y la emoción fue mucho menor que la primera a mediados de abril. Tupelo empezó a dudar de su propio análisis. Por mayo, ya se había acostumbrado a utilizar el metro para trasladarse desde su apartamento en Beacon Hill a su oficina en Harvard. Su mente dejó de hacer suposiciones sobre las

cavernas grises que se hallaban frente al tren. Leía el periódico de la mañana, o los extractos en *Reviews of Modern Mathematics*.

Pero hubo una mañana en que levantó la vista del diario y tuvo una extraña sensación. Refrenó el pánico que intentaba invadirlo, y miró rápidamente a su derecha a través de la ventana. Las luces del vagón mostraban las manchas blancas y grises de las paredes como líneas que se deslizaran. Los raíles emitían su familiar disonancia acerina. El tren tomó una curva y atravesó un empalme que recordaba. Rápidamente, se acordó de que había tomado el tren en Charles, de que había visto un anuncio en Kendall de un festival del hielo, de que se habían cruzado con el tren del sur yendo a Central.

Miró al hombre que estaba sentado a su lado, con la fiambarrera del almuerzo en su regazo. Los otros asientos se hallaban ocupados, y había algo así como una docena de personas cogidas a las correas. Cerca de la puerta delantera un joven con cara de pillo estaba fumando un cigarrillo en contravención a las reglas. Dos muchachas más allá de él estaban discutiendo la reunión en un club. En el asiento delante suyo una mujer joven estaba regañando a su hijo pequeño. A su lado, en el próximo asiento, había un hombre leyendo un periódico. Un anuncio situado sobre él exaltaba las naranjas de California a través de una serie de frases rimbombantes.

Miró otra vez al hombre que estaba dos asientos más allá y tuvo que luchar contra su terror interior. Observó al hombre. ¿Qué era lo que ocasionaba ese miedo? Cabellos marrones, un tanto grises, la cabeza redonda; tez descolorida; facciones un tanto achatadas; un cuello grueso, los cabellos un tanto largos y descuidados; un traje gris a rayas. Mientras Tupelo lo contemplaba, el hombre hizo un gesto para apartar una mosca de su oreja izquierda. Se balanceó un poco con el tren. Su periódico estaba doblado verticalmente por el medio. ¡Su periódico! ¡Era de marzo pasado!

Los ojos de Tupelo giraron hacia el hombre que estaba a su lado. Debajo de su fiambarrera había un periódico. El de hoy. Se volvió en su asiento y miró detrás de él. Un hombre tenía el *Transcript* abierto por la sección de deportes. La fecha era del 4 de marzo. Los ojos de Tupelo inspeccionaron el pasillo. Había una docena de pasajeros que llevaban periódicos de hacía diez semanas.

Tupelo se precipitó fuera de su asiento. El hombre en el pasillo murmuró una maldición cuando el matemático lo empujó. Cruzó el pasillo de un salto y tiró de la cuerda sobre las ventanas. Los frenos rechinaron y chirriaron, y el tren se detuvo. Los sorprendidos pasajeros miraron a Tupelo con hostilidad. Al final del coche, se abrió una puerta y apareció un hombre alto y delgado, vestido con un uniforme azul. Tupelo habló primero:

—¿Mr. Dorkin? —gritó impetuosamente.

El conductor se paró y trató de decir algo.

—¡Ha habido un grave accidente, Dorkin! —dijo Tupelo en voz alta, a fin de que el otro le oyera por encima de las protestas de los pasajeros—. ¡Diga a Gallagher que venga inmediatamente!

Dorkin tiró de la cuerda cuatro veces.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Tupelo no hizo caso de la pregunta y preguntó a su vez:

—¿Dónde ha estado, Dorkin?

La cara del conductor mostraba asombro cuando respondió:

—En el siguiente vagón, pero...

Tupelo lo interrumpió. Miró su reloj, y luego gritó a los pasajeros:

—¡Son las nueve menos diez minutos del día 17 de mayo!

El anuncio acalló por un momento el creciente clamor. Los pasajeros intercambiaron miradas atónitas.

—¡Miren sus periódicos! —gritó Tupelo—. ¡Sus periódicos!

Los pasajeros empezaron a murmurar. Las voces se elevaron cuando examinaron los periódicos entre sí. Tupelo tomó a Dorkin por el brazo y lo llevó al final del coche.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las 8,21 —dijo Dorkin, mirando su reloj.

—Abra la puerta —dijo Tupelo, dirigiéndose hacia adelante—. Déjeme salir. ¿Dónde está el teléfono?

Dorkin siguió las instrucciones de Tupelo. Señaló a un nicho situado en la pared del túnel, a un centenar de metros de distancia. Tupelo saltó al suelo y corrió por el estrecho espacio entre los vagones y la pared.

—¡Central de Tráfico! —gritó al operador. Esperó unos pocos segundos, y vio que un tren se había detenido en la señal roja que había detrás de su tren. Por el túnel empezó a avanzar gente llevando luces. Vio las piernas de Gallagher que corrían por el túnel, en el otro lado del 86—. ¡Póngame con Whyte! —ordenó cuando respondió Central de Tráfico—. ¡Emergencia!

Hubo una demora. Oyó las voces que salían del tren a su lado. El sonido era una mezcla... ira, miedo, histeria.

—¡Oiga! —gritó—. ¡Oiga! ¡Emergencia! ¡Póngame con Whyte!

—Yo lo atenderé —dijo una voz de hombre en el otro lado de la línea—. ¡Whyte está ocupado!

—El Número 86 ha aparecido —dijo Tupelo—. Está ahora entre Central y Harvard. No saben cuándo hicieron el tránsito. Subí a él en Charles hace diez minutos, y no me di cuenta hasta hace un minuto.

El hombre en el otro lado de la línea se atragantó:

—¿Los pasajeros? —graznó.

—Todos están bien, al menos los que quedan —dijo Tupelo. Algunos debían haber bajado ya en Kendall y Central.

—¿Dónde han estado?

Tupelo dejó caer el auricular de su mano y lo miró, con su boca completamente abierta. Luego colgó violentamente y corrió hacia la puerta abierta.

Eventualmente se restableció el orden y, en media hora, el tren continuó hacia Harvard. En la estación, la policía situó a todos los pasajeros en custodia protectora. El mismo Whyte llegó a Harvard antes que el tren. Tupelo lo encontró en el andén.

Whyte señaló débilmente hacia los pasajeros:

—¿Se encuentran realmente bien? —preguntó.

—Perfectamente —dijo Tupelo—. No sabían que habían desaparecido.

—¿Ha encontrado al Profesor Turnbull? —preguntó el Director General.

—No lo he visto. Probablemente bajó en Kendall, como de costumbre.

—Lástima —dijo Whyte—. ¡Me hubiera gustado verlo!

—¡Y a mí también! —respondió Tupelo—. Y hablando de esto, ahora es el momento de cerrar el empalme de Boylston.

—Ahora ya es demasiado tarde —dijo Whyte—. Hace veinticinco minutos desapareció el tren 143, entre Egleston y Dorchester.

Tupelo miró más allá de Whyte, hacia las vías.

—Hemos de encontrar a Turnbull —dijo Whyte.

Tupelo miró a Whyte y sonrió débilmente.

—¿Cree usted realmente que Turnbull bajó de este tren en Kendall? —preguntó.

—¡Desde luego! —respondió Whyte—. ¿Dónde sino?

Título original:

A SUBWAY NAMED MOBIUS

© 1950, *The Conde Nast Publications*, by arrangement with *Panorama Literary Agency*

Traducción de S. Mas

EQUIPO INVENCIBLE

RANDALL GARRETT

El humor y la sátira son dos características que suelen hallarse muchas veces presentes en gran número de relatos de ciencia ficción. Las reacciones de un mundo futuro ante cualquier circunstancia fuera de lo normal dan pie a efectuar un retrato con tintes más o menos jocosos, aunque muchas veces no por ello menos incisivos. Randall Garrett, en «Equipo invencible», nos ofrece una buena muestra de todo ello. Los ingredientes de la historia: un poco de la hoy tan de moda política-ficción, un pellizco de psicología aplicada, y un buen puñado de humor a toda prueba. El resultado: lean la historia, por favor, y juzguen después.

ilustrado por ENRIC SIÓ

En su despacho, en el piso más alto del edificio de la Embajada Terrestre en Ciudad Occeq, Bertrand Malloy hojeaba displicentemente los expedientes de los cuatro hombres que le acababan de ser asignados. Pensó que eran ejemplares típicos de la clase de gente que le enviaban. Lo que significaba, como siempre, que eran atípicos. Todo aquel que, en el Cuerpo Diplomático, contraía un tic o sufría espasmos, era embarcado hacia Saarkkad IV para trabajar a las órdenes de Bertrand Malloy, Embajador Permanente de la Tierra ante Su Suma Munificencia, el Occeq de Saarkkad.

Tomemos como ejemplo el primero de ellos. Malloy pasó el dedo a lo largo de las columnas de complejos símbolos que presentaban el análisis psicológico completo del individuo: Paranoia psicopática. Técnicamente hablando, el hombre no estaba loco, podía ser tan lúcido como cualquiera la mayor parte del tiempo. Pero sospechaba mórbidamente que todos estaban contra él. No se fiaba de nadie, y estaba perpetuamente en guardia contra conspiraciones y persecuciones imaginarias.

El segundo sufría la existencia de algún tipo de bloqueo emocional que lo colocaba continuamente entre uno u otro dilema. Era psicológicamente incapaz de tomar una decisión de una cierta importancia, si se le afrentaba con dos o más alternativas.

El tercero...

Malloy suspiró y apartó los expedientes. No había dos hombres iguales y, sin embargo, parecían tener todos una eterna similitud. Naturalmente, él se consideraba distinto, pero, después de todo, ¿acaso no era ésta la similitud básica?

Tenía... ¿cuántos años? Dio una ojeada al calendario terrestre correlacionado con el saarkkado, situado inmediatamente encima de aquél. Cincuenta y nueve la semana próxima. Cincuenta y nueve años de edad. ¿Y qué otra cosa podía presentar como fruto de esos años además de unos músculos flácidos, una piel colgante, la cara

arrugada y el cabello gris?

Bueno, por lo menos tenía una excelente hoja de servicios en el Cuerpo. Era uno de los mejores en su campo. Y tenía sus memorias de Diana, muerta hacía diez años, pero todavía bella y viva en su recuerdo. Y, se sonrió suavemente a sí mismo, tenía a Saarkkad.

Miró hacia arriba, hacia el techo, y mentalmente hizo que su mirada pasase hasta el azul del cielo, más allá.

Allá lejos estaba el terrible vacío del espacio interestelar; un gran, infinito abismo abierto capaz de tragarse hombres, naves, planetas, soles y hasta galaxias enteras sin llenar su insaciable nada.

Malloy cerró los ojos. En alguna parte, por allá lejos, rugía una guerra. No le gustaba siquiera pensar en ello, pero era necesario tenerlo presente. En alguna parte, por allá lejos, las naves de la Tierra estaban alineadas contra las naves de los karna, en la guerra más importante que la Humanidad hubiese batallado jamás.

Y, Malloy lo sabía, su propia contribución tenía una cierta importancia en esta guerra. No estaba en la línea de combate, ni siquiera en una importante línea de producción de material de guerra, pero era necesario mantener los embarques de drogas fluyendo sin pausa de Saarkkad, y esto significaba mantenerse en buenas relaciones con el gobierno saarkkado.

Ellos, los saarkkados, eran humanoides en su apariencia física, si es que uno aceptaba que este concepto abarcase un amplio conjunto de diferencias; pero sus mentes no seguían la misma línea de pensamiento que las de los humanos.

Durante nueve años, Bertrand Malloy había sido Embajador en Saarkkad y, durante esos nueve años, ningún saarkkado lo había visto jamás. Haberse mostrado a uno de ellos hubiera significado una inmediata pérdida de prestigio.

Para su forma de pensar, un funcionario importante era algo lejano. A mayor importancia del mismo, mayor debía ser su aislamiento. El mismo Occeq de Saarkkad nunca era visto sino por un pequeño grupo escogido de nobles, los cuales, a su vez, no eran vistos más que por sus subordinados más directos. Era un método de trabajo largo y complicado, pero era la única forma en que los Saarkkados aceptaban relacionarse. Violar esa estructura rígida significaría el cierre inmediato del suministro de productos bioquímicos que producían los laboratorios saarkkados a partir de la flora y fauna local; productos que eran vitales para la guerra de la Tierra y que no podían ser duplicados en ningún otro lugar del universo conocido.

Era trabajo de Bertrand Malloy el mantener alto el nivel de producción, y cuidar que los materiales fluyesen sin interrupción hacia la Tierra, sus avanzadas y sus aliados.

En circunstancias normales, el trabajo hubiera sido simplísimo: los saarkkados no eran difíciles de tratar. Una plantilla de personal de primera categoría los podría haber manejado casi sin esfuerzo.

Pero Malloy no tenía personal de primera categoría. Este tipo de personas no

podían ser retirados de trabajos que requerían su capacidad a pleno esfuerzo. No es eficiente el malgastar a un hombre en un trabajo que puede hacer casi sin esforzarse cuando hay trabajos más importantes que pueden requerir todo su esfuerzo.

Así que a Malloy le tocaban las sobras. No las peores, naturalmente; había lugares en la Galaxia aún menos importantes para el desarrollo de la guerra que Saarkkad. Y Malloy sabía que no importaban los defectos de un hombre; mientras conservase la habilidad mental suficiente como para vestirse y llegar hasta el trabajo, se le podría hallar una tarea útil a desarrollar.

Con las taras físicas no había problemas. Un ciego puede trabajar muy a gusto en la total oscuridad de un laboratorio de revelado de films infrarrojos. La pérdida, parcial o total, de miembros, podía ser compensada en una u otra forma.

Las taras mentales ya presentaban más problemas, aunque no era totalmente imposible el paliarlas. En un mundo sin alcohol se podía controlar fácilmente a un dipsómano; y mejor sería que no tratase de fermentar su propio licor a menos que se trajese su propio fermento... lo que resultaba imposible vistas las regulaciones de esterilización.

Pero Malloy no se contentaba tan sólo con minimizar las deformaciones mentales; le agradaba hallar lugares en los que esos hombres fueran útiles.

El teléfono sonó. Malloy lo alzó con un gesto habitual por la práctica.

—Aquí Malloy.

—¿Señor Malloy? —preguntó una voz cuidadosa—. Han teletipado de la Tierra una comunicación especial para usted. ¿Debo entrársela?

—Éntrela, señorita Drayson.

La señorita Drayson era uno de esos casos. Era comunicativa. Le gustaba recoger información, pero le resultaba difícil el cederla una vez se había posesionado de ella.

Malloy la había convertido en su secretaria privada. Nada, absolutamente *nada*, salía de la oficina de Malloy sin una orden directa de él mismo. Le había tomado a Malloy un largo tiempo el lograr inculcar en la mente de la señorita Drayson que era perfectamente normal, y aún deseable, que impidiese que cualquiera, excepto Malloy, se enterase de los secretos.

Entró. Era una mujer de unos treinta y cinco años, bastante agraciada. Mantenía en su mano derecha unos papeles, agarrados como si alguien fuese a intentar arrebatárselos antes de que pudiera habérselos entregado a Malloy.

Los depositó cuidadosamente en el escritorio.

—Si llega algo más se lo haré saber enseguida, señor —dijo—. ¿Desea algo más?

Malloy permitió que se quedase de pie, frente a él, mientras tomaba el comunicado. Sabía que ella deseaba conocer su reacción, pero no importaba, pues nadie podría enterarse de cuál había sido a través de ella a menos que le ordenase que se la contase a alguien.

Leyó el primer párrafo, y sus ojos se agrandaron involuntariamente.

—Armisticio —dijo, en un susurro casi inaudible—. Existe una posibilidad de que la guerra haya terminado.

—Sí, señor —dijo la señorita Drayson con voz apagada.

Malloy leyó el mensaje hasta el final, luchando por mantener controladas sus emociones. La señorita Drayson permanecía allí erguida, en calma, con su rostro convertido en una máscara; sus emociones eran un secreto.

Finalmente, Malloy levantó la vista.

—En cuanto llegue a una decisión se lo haré saber, señorita Drayson. No creo casi necesario el tener que recomendarle que no salga noticia de esto de esta oficina.

—Naturalmente que no, señor.

Malloy la contempló retirarse sin verla realmente. La guerra había cesado... al menos por un tiempo. Leyó de nuevo el documento.

Los karna, a los que lentamente se estaba obligando a retroceder en todos los frentes, solicitaban la paz. Querían una conferencia para firmar un armisticio... inmediatamente.

La Tierra también deseaba la paz. Una guerra interestelar es algo demasiado costoso como para que se pueda permitir que continúe durante más tiempo del preciso, y ésta duraba ya desde hacía más de trece años. Era necesaria la paz, pero no la paz a cualquier precio.

Lo malo era que los karna tenían la reputación de ser perdedores en las guerras, pero ganadores en las mesas de conferencias de paz. Eran unos interlocutores hábiles y persuasivos. Podían dar la vuelta a una desventaja hasta transformarla en una ventaja, y hacer que sus puntos fuertes apareciesen como débiles. Si triunfaban en el armisticio, podrían atrincherarse para realizar un rearme, y la guerra se reanudaría en unos pocos años.

Ahora, en este momento, podían ser derrotados. Podían ser obligados a permitir una supervisión del potencial de producción, obligados al desarme, dejados impotentes. Pero si el armisticio les era provechoso...

Por lo pronto, ya habían tomado la delantera en lo referente a las conversaciones de paz. Habían enviado una delegación completa a Saarkkad V, el planeta contiguo, un mundo helado habitado tan sólo por animales de baja inteligencia. Los karna lo consideraban un terreno absolutamente neutral, y la Tierra no podía rebatir adecuadamente este punto. Además, exigían que la conferencia comenzase en el plazo de tres días, según el calendario terrestre.

La dificultad se hallaba en el hecho de que las ondas de comunicación interestelar viajaban a una velocidad endemoniadamente superior a la de las naves. Al gobierno terrestre le llevaría más de una semana el trasladar un navío hasta Saarkkad V. La Tierra había sido tomada por sorpresa, sin estar preparada para un armisticio, por lo que puso objeciones.

Los karna señalaron que el sol de Saarkkad estaba tan distante de Karn como de la Tierra, que el terreno elegido se hallaba tan sólo a unos pocos millones de

kilómetros de un planeta aliado a la Tierra, y que era injusto que la Tierra se tomase tanto tiempo en prepararse para un armisticio. ¿Por qué no había estado ya la Tierra preparada? ¿Es que pensaba proseguir la lucha hasta la total destrucción de Karn?

No habría sido problema si la Tierra y Karn hubieran albergado a las dos únicas razas inteligentes de la Galaxia. La comedia que estaban representando los karna necesitaba de un público. Pero a todo lo largo de la Galaxia había otras razas inteligentes, muchas de las cuales habían permanecido lo más neutrales que les había sido posible durante la guerra entre la Tierra y Karn. No tenían ninguna intención de meter sus narices, hablando en sentido figurado, en una lucha entre las dos razas más poderosas de la Galaxia.

Pero quien venciera en el armisticio se encontraría con que algunas de las razas, ahora neutrales, estarían a su lado si la guerra estallaba de nuevo. Si los karna jugaban bien sus bazas, su lado sería lo suficientemente poderoso como para triunfar en la siguiente vez.

Así que la Tierra tenía que presentar una delegación para que se entrevistase con los representantes karna en el plazo de los tres días, o perdería algo que tal vez se convirtiese en un punto vital durante las negociaciones.

Y ahí es donde intervenía él.

Había sido nombrado Ministro Extraordinario y Plenipotenciario para la conferencia de paz Tierra-Karn.

Miró de nuevo al techo.

—¿Qué *puedo* hacer? —dijo suavemente.

Al segundo día de la llegada del mensaje, Malloy tomó su decisión. Conectó el interfono y dijo:

—Señorita Drayson, llame a James Nordon y a Kylen Branyek. Deseo verles inmediatamente a ambos. Haga pasar primero a Nordon, y dígame a Branyek que espere.

—Sí, señor.

—Y mantenga la grabadora encendida. Puede archivar luego la cinta.

—Sí, señor.

Malloy sabía que, de cualquier manera, la mujer iba a escuchar por el interfono, por lo que era mejor autorizarla a que lo hiciera.

James Nordon era alto, de anchas espaldas y unos treinta y ocho años de edad. Su cabello comenzaba a platear en las sienes, y su agradable rostro parecía frío y eficiente.

Malloy le indicó con un gesto que tomara asiento.

—Nordon, tengo un trabajo para usted. Será probablemente uno de los trabajos más importantes que tenga en su vida. Puede significar mucho para usted... promociones y prestigio si lo realiza bien.

Nordon asintió lentamente:

—Sí, señor.

Malloy le explicó el problema de las conversaciones de paz con los karna.

—Necesitamos un hombre que pueda superarlos en astucia —terminó Malloy— y, a juzgar por su expediente, creo que es usted ese hombre. Naturalmente, es arriesgado. Si toma malas decisiones, su nombre será vilipendiado en la Tierra, aunque realmente no creo que esto sea muy posible. ¿Acaso quiere tener empleos de poca monta toda su vida? Claro que no. Partirá en una hora hacia Saarkkad V.

Nordon asintió de nuevo.

—Sí, señor; ciertamente. ¿Iré solo?

—No —le contestó Malloy—, voy a enviar a un ayudante con usted... un hombre llamado Kylan Branyek. ¿Ha oído hablar alguna vez de él?

Nordon negó con la cabeza.

—No que yo recuerde. ¿Debería haber oído hablar de él?

—No; al menos, no necesariamente. No obstante, es un profesional bastante astuto. Sabe mucho de legislación interestelar y es capaz de divisar una trampa a un kilómetro lejos. Naturalmente, usted llevará el mando, pero deseo que preste una especial atención a sus consejos.

—Lo haré, señor —afirmó, agradecido, Nordon—. Un hombre así puede ser muy útil.

—De acuerdo. Ahora vaya a ese despacho de al lado. He preparado un resumen de la situación y tendrá usted que estudiárselo, hasta metérselo en la cabeza, antes de que parta la nave. No hay mucho tiempo, pero son los karna los que llevan la batuta, y no nosotros.

Tan pronto como Nordon hubo salido, Malloy dijo suavemente:

—Haga entrar a Branyek, señorita Drayson.

Kylan Branyek era un hombre diminuto con un cabello color marrón rata que crecía pegado a su cráneo, y unos duros y penetrantes ojos oscuros ensombrecidos por unas espesas y protuberantes cejas. Malloy lo hizo sentarse.

De nuevo explicó el asunto de la conferencia de paz.

—Naturalmente, a cada momento tratarán de engañarnos —finalizó—. Son astutos y traicioneros, por lo que nosotros tendremos, por fuerza, que ser aún más astutos y traicioneros que ellos. La misión de Nordon es estar tranquilo y evaluar los datos, la suya será el hallar las rendijas que se estén dejando para su uso propio y taponarlas. No antagonice con ellos, pero no sea tampoco amistoso. Si ve algo sucio, avise inmediatamente a Nordon.

—No dejaré pasar nada, señor Malloy.



Para cuando llegó la nave de la Tierra, la conferencia de paz duraba ya cuatro días. Bertrand Malloy tenía informes completos de todas las conversaciones, retransmitidas a través de la nave que había llevado a Nordon y Branyek a Saarkkad V.

El Secretario de Estado Blendwell hizo una etapa en Saarkkad IV antes de pasar a V para hacerse cargo de la conferencia. Era un hombre alto y delgado, con unos pocos manojos de cabellos grises en una cabeza bastante calva, y ostentaba una abierta sonrisa profesional que no concordaba demasiado con sus calculadores ojos.

Tomó la mano de Malloy y la estrechó efusivamente.

—¿Cómo está usted, señor Embajador?

—Estupendamente, señor Secretario. ¿Cómo va todo por la Tierra?

—En tensión. Están esperando saber que es lo que sucede en Cinco. Por otra parte, también yo lo estoy esperando. —Sus ojos denotaban curiosidad—. Así que

decidió no ir usted en persona, ¿eh?

—Pensé que sería lo mejor. En lugar de eso, envié un buen equipo. ¿Querría ver los informes?

—¡Naturalmente!

Malloy se los entregó y, mientras los iba leyendo, lo contempló. Blendwell era un hombre seleccionado por sus conexiones políticas y, aunque era un buen tipo, no conocía los vericuetos del Cuerpo Diplomático.

Cuando el Secretario alzó finalmente la vista dijo:

—¡Extraordinario! ¡Han parado los pies a los karna en cada uno de los puntos! ¡Los han vencido! ¡Han logrado no sólo igualar, sino superar al mejor equipo de negociadores que podían enviar los karna!

—Esperaba que lo hiciesen —dijo Malloy, tratando de aparecer modesto.

Los ojos del Secretario se entrecerraron.

—He oído hablar del trabajo que ha estado llevando usted a cabo aquí con... esto... enfermos. ¿Es este uno de sus... ejem... éxitos?

Malloy asintió con un gesto.

—Eso creo. Los karna nos enfrentaron con un dilema, así que yo se lo devolví.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nordon tiene un bloqueo mental que le impide tomar decisiones. Si invitase a salir a una chica, tendría dificultades para decidir si besarla o no, hasta que ella decidiese por él, en un sentido o en otro. Es de esa clase de personas. Hasta que no le es presentada una decisión, clara y única, que no admita alternativas, no puede hacer nada.

»Como puede ver, los karna trataron de darnos varias alternativas para cada punto, todas ellas con trampa. Hasta que retrocedieron hasta una posibilidad única y probaron que *no* tenía ninguna trampa, a Nordon le fue imposible tomar una decisión. Le recalqué lo importante que era esto. Y, a más importantes sean las decisiones que ha de tomar, más incapaz es de tomarlas.

El Secretario asintió lentamente.

—¿Y qué hay de Branyek?

—Paranoico —dijo Malloy—. Cree que todo el mundo está complotando contra él. Y en este caso llevaba razón, porque los karna *estaban* complotando contra él. Fuera lo que fuese lo que presentasen, Branyek estaba convencido de que, en alguna parte, había una trampa, y rastreaba buscándola. Aún cuando no hubiese ninguna, los karna no podían llegar a satisfacer a Branyek, porque éste está convencido de que siempre *tiene* que haberla... en alguna parte. Como consecuencia, todos sus consejos a Nordon, todas sus preguntas acerca de las posibilidades más absurdas, no servían más que para evitar que Nordon saliese de su confusión.

»Honestamente, esos dos hombres están haciendo lo mejor que saben por ganar en la conferencia de paz, y al hacerlo están haciendo tambalearse a los karna. Éstos pueden ver que no estamos tratando de ganar tiempo, ya que nuestros hombres están

realmente tratando de llegar a una decisión. Pero lo que los karna no ven es que esos hombres, como equipo, son invencibles, ya que, en esta situación, son psicológicamente incapaces de perder.

El Secretario de Estado asintió de nuevo aprobadoramente, pero en su mente había, aún, una pregunta por responder:

—Ya que sabía todo esto, ¿no podía haberse hecho cargo usted mismo?

—Tal vez, aunque lo dudo. Es posible que hubieran conseguido envolverme atacándome por algún punto débil. Nordon y Branyek tienen puntos débiles, pero los llevan cubiertos por una armadura. No: me alegro de no haber podido ir. Es mejor así.

—¿No *haber podido* ir, señor Embajador?

Malloy lo observó.

—¿No lo sabía? Ya me pregunté por qué me habría designado a mí. No, no podía ir. La razón por la que estoy aquí, enterrado en esta oficina, oculto para los saarkkados, tal como lo haría cualquier buen jerifalte saarkkad, es porque *me gusta* que sea así. Sufro de agorafobia y de xenofobia.

»Tienen que drogarme para meterme en una espacionave, porque no puedo enfrentarme con todo ese espacio vacío, aunque sea protegido por un casco de acero. Y —un gesto de revulsión se pintó en su rostro—: ¡no puedo soportar a los alienígenas!

Título original:

IN CASE OF FIRE

© 1960, *Analog Science Fact & Fiction*, by arrangement with *Panorama Literary Agency*.

Traducción de M. Sobreviela

PALABRAS

RAFAEL LLOPIS

En nuestro número anterior fue una carta; ahora es un cuento lo que nos remite Rafael Llopis, demostrando con ello un entusiasmo y una afición a toda prueba. También nos ha demostrado, en la carta que acompañaba a este relato, unos conocimientos de lingüística muy por encima de lo común, a través del baño que les ha sacudido a nuestros traductores, que hasta ahora estaban orgullosos creyéndose los mejores, y han tenido que darse cuenta, *abruptamente*, de que ellos también cometen errores, y muchos. En lo que se refiere al cuento en sí, obra indudable de un filólogo, estamos seguros de que va a levantar más de una controversia entre nuestros lectores. Algunos incluso argüirán que no es ni siquiera un cuento de ciencia ficción. Pero ¿pueden decirnos alguno de ustedes dónde termina *realmente* la ciencia ficción?

ilustrado por MIGUEL ALBIOL

—A mi burro, a mi burro

Le duele la garganta

Y el médico le manda

Una bufanda blanca.

David tenía cuatro años y era hijo único. Mientras canturreaba la canción recién aprendida en el colegio, jugaba tumbado sobre la alfombra. Su madre estaba sentada cerca del niño y leía una novela. Cuando la estrofa hubo percutido su cerebro por enésima vez, levantó la vista del libro.

—David, canta otra cosa, por favor. Y además no te revuelques así por la alfombra, que te estás poniendo perdido.

Y volvió a la novela, sin esperar el resultado de su amonestación.

El niño se calló y siguió jugando.

Con su mano derecha hizo avanzar los restos de un camión de plástico barato, mientras con la boca imitaba un sordo rugido que hacía pensar en un estertor de agonizante. Con su mano izquierda condujo un Renault 4-L en modelo reducido.

El coche y los restos del camión chocaron.

—¡PUMBA! ¿Ves, mamá? El *apapanto* tiene más fuerza que el *cuatrele* y lo puede. El camión *era* un *apapanto* y es enorme. ¿Verdad, mamá, que los *apapantos* son enormes?

—Enormes, sí —contestó la madre sin levantar la vista de la novela. Hércules Poirot estaba a punto de descubrir al asesino del Conde.

—Pero ¿a que *Chercán* puede a un *apapanto*? Claro que sí. Pero el *apapanto* era mágico y se va *vuelando* como *Maripopis*. ¡BRRRRRUUMMMM!

Y, para huir del tigre, el hipopótamo-camión se elevó por los aires con estruendo

de *jet*. Luego, David cogió un trozo de plastilina negra y modeló una especie de ameba con dos largos brazos. La ameba se lanzó sobre un guerrero medieval montado sobre un caballo verde que anteriormente había tirado de una carreta del Oeste y lo englobó en su sustancia. Del desdichado caballero sólo emergieron los pies pintados de purpurina plateada.

—Y, ¡pumba!, va y se lo come. ¿Verdad, mamá, que se lo come? Porque era tan malo que se lo come. Y se ha comido ya lo menos a *treintaidiez y veintinueve ochenta*. Pero a mí no me come porque yo también soy bueno, pero no me come porque tengo a mi amigo, ¿verdad, mamá?

—Sí, hijito, sí —repuso su madre. ¡Ya estaba el niño con sus amigos imaginarios!

—Mamá, ¿verdad que *amigu* quiere decir que es amigo mío? Pero si se llama *Ramigu* es que es requeteamigo mío. Pero *Amigu* es que es bueno y *Ramigu* es que da mucha luz. Pero yo juego a que es amigo mío porque se llama *amigu*. Y por eso no me come el malo, ¿verdad mamá?

—...

—¿Verdad, mamá? ¿Verdad que es amigo mío?

—Sí, sí, claro que sí. —Estaba segura de que el asesino era Huntington, pero en estas novelas nunca se sabe.

—Y a ti tampoco te come porque eres mi mamá.

—Claro que no.

—Y a papá tampoco le come porque es mi papá. Y además cuando *volva* de la *ofifina* me va a traer un coche que se llama *ochocientos cincuenta pesetas* y Julito no tiene un *ochocientos cincuenta pesetas* porque es malo y los Reyes le han *mechado* carbón.

—Claro que sí.

—Y ahora se baja *Dunagu* del caballo y dice: «que voy a pelear al malo». Y llega: ¡que viene el malo! ¡Pum-pum-pum! «¡Te voy a pelear!». Conque se lo va a comer. ¿Ves, mamá, cómo se lo va a comer? ¿Lo ves, lo ves?

—¡Huy, qué miedo! —La madre levantó la vista durante una fracción de segundo. La masa de plastilina negra se acercaba ominosamente a otro caballero medieval, desmontado éste, que poseía unas piernas arqueadas entre las que colgaba un extraño órgano plateado y que iba armado de una espada y de un escudo.

—A mi burro, a mi burro

le duele la garganta

y el médico le manda

una bufanda blanca...

La madre prefirió no darse por enterada de la monótona cancioncilla que le acababa de prohibir. Un rayo de sol caía sobre la alfombra. El niño seguía jugando en el suelo y mascullando para sus adentros.

—¿Verdad, mamá, que tiene mucha fuerza?

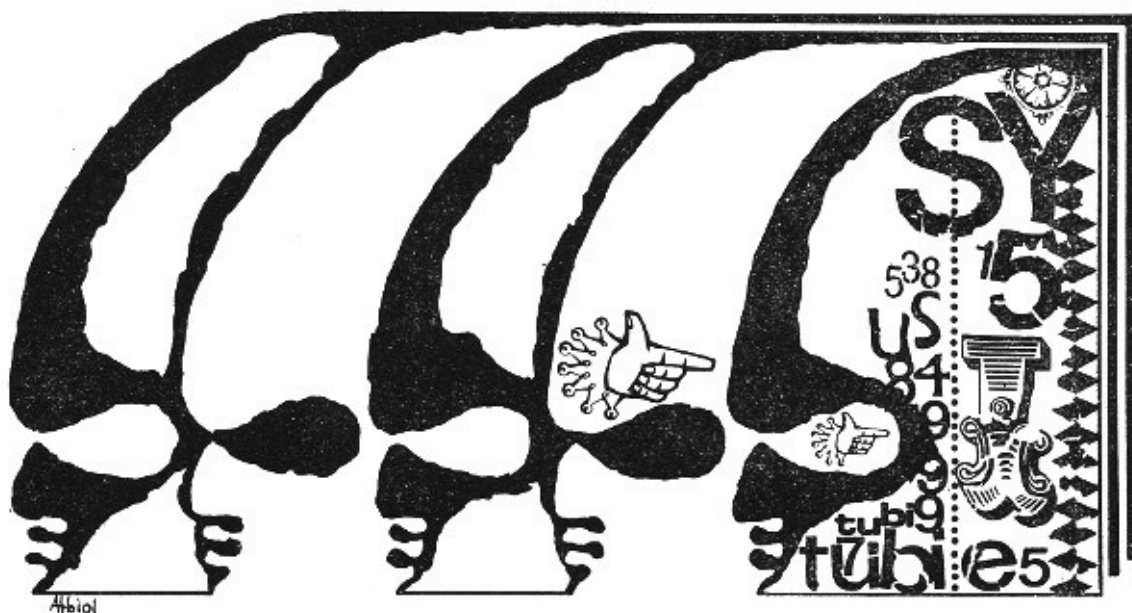
—Claro que sí.

—Porque así le llamo para que le ayude, y como es amigo mío, pues le ayuda porque yo le llamo y como tiene mucha fuerza porque es mágico él me oye y viene y le ayuda y *Dunagu* es bueno y el malo se lo quiere comer porque es más malo que un *apapanto*. Pero no había *apapantos* ni tampoco *sindios*, ¿verdad que no había *apapantos* ni tampoco *sindios*? ¡Claro que no! Pero tiene mucha fuerza y él lo oye y viene. Pero la Princesa tampoco estaba. Y llegó el malo que se lo iba a comer. Pero tiene *muchísima* fuerza y mi amigo que se llama *requeteamigo* tiene que venir y le va a ayudar, o sea que le va a *rolduer*. Como me has dicho que me *callo*, no lo ha oído y el malo se los ha comido, pero ahora viene *Dunagu* que es el más bueno de todos y es un *hére* y tengo que llamar a mi amigo que se llama *requetequeteamigo* y por eso tengo que llamarlo para que ayude a *Dunagu* que es un *hére*. ¿Y verdad que me dejas que lo llame? Porque si no, se lo come. Y tiene *muchísima* fuerza para llamarlo porque es mágico. ¿Verdad, mamá, que tiene *muchísima* fuerza?

—¡Ya lo creo! ¿Quién tiene *muchísima* fuerza?

—La canción:

»A mi burro, a mi burro
le duele la garganta
y el médico le manda
una bufanda blanca.



Muy lejos de allí, o tal vez muy cerca, en otro mundo, en otro plano, en otra dimensión o en otra galaxia, acaso en el pasado o en el futuro, quizá en otro presente o sólo en la fantasía de un niño, nubes de tormenta se reunían, amenazadoras, sobre la llanura gris. La maldición de los dioses de las tinieblas habíase abatido sobre el país de Laragháun. Más de cien guerreros habían sido devorados por el Negro Señor de la Noche.

Decíase que el Negro Señor de la Noche había llegado al país de Laragháun desde una región arcaica y remota, perdida en un repliegue del espacio y olvidada por el

tiempo en su devenir. Moraba en una caverna tenebrosa abierta al pie de una montaña y sus salidas en busca de presa eran precedidas por un oscurecimiento del sol. De la boca de la cueva emanaban entonces las sombras como en un crepúsculo precoz e inesperado. Cuando toda la llanura se había vuelto lúgubre y desolada y negra, aparecía en la boca de la cueva una masa de tinieblas enroscadas que era como un pulpo de sombras concentradas, como un núcleo de no-luz y de no-vida.

Los más poderosos guerreros, armados con espadas luminosas y lanzas de fuego, habían combatido al Negro Señor de la Noche, pero habían sido vencidos y devorados. Así habían caído Bran-udh 'Eadháun, los hermanos Eomund y Gael de Dunnéd y el gigantesco Kormak-udh 'Gáeledáin. Cuando las tinieblas se retiraban de nuevo a la caverna, quedaban en el suelo sus cuerpos marchitos, extrañamente momificados, quebradizos como una hoja seca. La hierba se había agostado y los árboles, secos, se deshacían en polvo al tocarlos. La misma llanura se había vuelto gris. Y el Negro Señor de la Noche cada vez se volvía más poderoso y cada vez extendía más el radio de su acción, pues era una forma de no-vida que se nutría de vida.

Aquella tarde, desde el mediodía, bajo nubes de tormenta, sólo en la llanura gris y armado con su refulgente escudo Colemán y su espada Talméd, el caballero Dunnagh-Udh'Falágháun —es decir, Dunnagh, señor de las tierras de Falágh— esperaba la salida del Señor de las Sombras. En él estaban puestas las últimas esperanzas del fabuloso país de Laragháun, antaño deslumbrante y hoy invadido por la ruina y la muerte. En el Castillo de Laragh, que pronto sería alcanzado por las sombras si no se detenía su avance inexorable, la Princesa se retorció las manos, presa de una doble ansiedad: por la suerte de su reino y por la del noble caballero Dunnagh, de las tierras de Falágh.

Cuando las sombras comenzaron a brotar de la caverna, Dunnagh levantó al cielo su escudo Colemán y su espada Talméd para que se impregnaran de la luz del Sol, y los mantuvo alzados hasta que las sombras se condensaron y dos negros tentáculos de tinieblas surgieron de la cueva, tanteando torpemente hacía él, obscuramente atraídos por la luz y por la vida. El Negro Señor de la Noche apareció en la caverna y avanzó a tientas hacia el caballero deslumbrante.

Bañándose en el último rayo del Sol ahogado entre nubes y sombras, el héroe invocó fieramente al Señor de la Luz:

—¡Raméagh-Udh, Señor de la Luz! ¡Ven a mí, que lucho por ti! ¡Ayúdame, Améagh-Udh, Señor del Bien!

Durante largas horas Dunnagh combatió como un héroe o como un santo contra las fuerzas del Mal. Los destellos de su escudo Colemán rechazaron las tinieblas, y su espada Talméd, como un rayo luminoso, cortó tentáculos de sombra que cayeron retorciéndose al suelo. Mas eran muchos los brazos del Señor de la Noche y el caballero, agotado al fin, sintió llegada su última hora.

Pero en ese momento rompió el silencio una voz de bronce venida de los cielos:

—¡Raméagh-Udh, Señor del Bien y de la Luz, ha oído tu llamada!

Y en las alturas, desgarradas las nubes, refulgió un millón de soles nuevos. Sus rayos luminosos se quebraron en la pedrería del escudo Colemán y en el acero de la espada Talméd y de ellos nacieron mil rayos de colores que horadaron las tinieblas. Sintiendo poseído por el dios, Dunnagh luchó con renovado ardor, y su brazo hizo describir a Talméd amplios círculos de luz que dejaron en el aire sombrío como una estela de gemas refulgentes.

Y de pronto el Negro Señor de la Noche estalló en un caos de luz. Su misma silueta negra y amorfa salió disparada hacia el cielo a mayor velocidad que el más veloz cohete, y en las radiantes alturas se desintegró en mil fragmentos de no-luz que fueron atraídos y disueltos por la luz cegadora de los soles nuevos.

Bañado en un resplandor glorioso, Dunnagh-Udh'Falágháun se hincó de rodillas y rindió homenaje a Raméagh-Udh. La llanura ya no era gris, pues la luz despertaba las chispas de colores que antes dormían en los mismos guijarros del suelo. Al fin había sido vencida la maldición del país de Laragháun.

La madre de David terminó la novela y la echó a un lado con la vaga impresión de haber sido estafada. El asesino del Conde había resultado ser el propio Conde. Lanzó un hondo suspiro y dirigió la vista distraídamente al niño.

La bola de plastilina había sido arrojada al fondo del cajón de los juguetes. El desmontado caballero de armadura daba volteretas, al parecer de júbilo, en el cuadrado de sol que caía sobre la alfombra. David seguía cantando la eterna y obsesionante canción infantil. Y, de pronto, su madre tuvo una sensación extraña y súbita, como si toda aquella escena que se desarrollaba ahora ante sus ojos ya hubiera sucedido en otra ocasión, acaso en otro lugar o en otro tiempo muy lejanos y muy próximos a la vez. Y sintió como si recuerdos importantes de hechos quizá nunca acaecidos pugnarán por salir del olvido. La habitación donde estaba le pareció de repente cambiada, como si nunca la hubiera visto así. El universo cotidiano quedó en suspenso durante unos segundos. Por un instante, todo fue distinto, primordial, inédito, inquietante y maravilloso a la vez. Y en ese instante transfigurado se dio cuenta de que la letanía que David seguía canturreando no tenía el sentido que ella había creído. La canción era la misma que le habían enseñado en el colegio, pero para el niño tenía un significado completamente distinto, un significado oculto que nada tenía que ver con las anginas de ningún borrico. La musiquilla era la misma, la letra aparentemente también, pero las palabras que *realmente* pronunciaba David eran nuevas, sonoras, exóticas, rotundas y desconocidas y sonaban a algo así como:

—¡Amigú Ramigú!

¡Roldué Laragán,

Talméd y Colemán,

Dunagu Falagán!

© 1969, *Rafael Llopis y Nueva Dimensión.*

EL TELEVISOR

FANZINE

V. y G. CURTONI

Una de las características principales del fandom italiano, además de su dispersión, es su virulencia, que se traduce en un eterno enfrentamiento de fanzine contra fanzine y de fandom regional contra fandom regional, en interminables peleas. «Nuovi orizzonti» (Nuevos horizontes), que se autocalifica como «el primer fanzine nacido en Italia la centro-meridional», (el regionalismo italiano es cosa seria) no está ajeno a estas luchas intestinas. De su tercer número (ignoramos si han aparecido más, aunque suponemos que sí) hemos extraído este relato, perteneciente a sus editores, por considerarlo característico del modo de «hacer» la ciencia ficción de los fanzinistas italianos.

La casa es hermosa y blanca, circundada de un inmenso prado que parece perderse en la nada del horizonte. Cerca del timbre la tarjeta dice: «Mario Bruschi, abogado».

Antonio aprieta el timbre y continúa mirando el verde jardín, preguntándose lo que debe de ganar un abogado y maldiciendo como siempre a su suerte. Después, la cancela se abre por sí misma y una voz pregunta por el citófono:

—¿Sí?

—Antonio Biachini. He venido por el televisor.

—Bien, entre.

Antonio recorre con pasos lentos el jardín y no puede hacer menos que observar las mil calidades de las flores que espigean entre el verde de la hierba. Observa también algunos animalillos que huyen ante él como bólidos, asustados por su aspecto. Después llega a la casa. En el porche se halla una joven graciosísima, bien vestida, pero sin aquella mirada autoritaria que distingue a las personas de alta categoría. Está un poco nerviosa y dirige constantes ojeadas a su espalda, como si temiera la llegada de alguien.

—¿Es usted la señora Bruschi?

—No, soy la camarera. Pero entre, no se quede afuera.

Lo conduce a través de una sucesión sin fin de estancias grandísimas y adornadas con suntuosidad de mil y una noches.

—¿Sabe?, a menudo estoy sola en casa, el señor tiene casi siempre trabajo, y sólo tengo el televisor para distraerme. Pero además, desde hace dos o tres días, se ha roto, y no sé cómo hacer. Usted es el único electrotécnico que permanece en la ciudad en esta época, y por eso lo he llamado.

Mientras tanto, han llegado a una espléndida sala dominada por un enorme televisor de veinticinco pulgadas.

—Pero, si el televisor está estropeado desde hace dos o tres días, ¿por qué el señor Bruschi... perdón, el abogado, no me ha llamado en seguida?

La camarera parece de nuevo nerviosa, casi reluctante al hablar.

—Bueno, el hecho es que el señor es un poco maniático con el televisor, y no quiere que nadie se lo toque. Prefiere ajustárselo él mismo. —Se echa a reír sin convicción—. Pero no es capaz de hacerlo.

Antonio mira aún a su alrededor y decide que hay algo que no va por el buen camino.

—Estando así las cosas, no sé si puedo... Necesitaría la autorización del abogado.

—No se preocupe por esto. El señor está fuera y no volverá antes de la noche. Y, además, hay esto para usted —y le alarga con estudiada lentitud un buen rollo de billetes.

Así queda resuelta la cuestión. Antonio toma el dinero y se acerca al aparato, mientras la muchacha desaparece en una de las habitaciones.

Él permanece junto al televisor por una buena media hora. Lo enciende y lo apaga continuamente, tratando de comprender algo de aquella descompostura tan insólita. Después, comprende que es necesario desmontarlo, y acerca el destornillador a la parte posterior para abrirla.

Una voz lo detiene en el aire.

—¡Quieto, desgraciado!

Se vuelve, y ve ante él a un hombre grueso, con una corta barbita y pantalones cortados a la perfección. Antonio comprende que es el abogado, después se da cuenta de que tiene en la mano una cosa ensangrentada. También la alucinada mirada del abogado se detiene en lo que tiene en la mano, y le sacude una fragorosa risotada de satisfacción.

—¿Creíais jugármela, eh, vosotros dos? Queríais hacer huir a todos esos que se hallan en el televisor, a todos los actores, los cantantes, los presentadores, a todos ellos, ¿eh? Basta con abrirlo, ¿no es verdad? Es así de fácil: basta con abrirlo, y vuelan todos afuera. Muere, asqueroso enterrador, paga también tú.

Adelanta la ensangrentada mano y se arroja contra Antonio. Pero éste no está dispuesto a dejarse asesinar por un loco: se echa a un lado, evita al adversario y le asesta un bien calculado golpe en la cabeza, luego otro, hasta que el abogado se derrumba. Entonces se acerca al televisor, piensa que en el fondo lo han llamado para que lo ajuste, e incluso ya lo han pagado: acerca el destornillador al aparato, y empieza a abrir la tapa.

—¿Pero cómo diablos habrán muerto?

El sargento se encoge de hombros, observa los tres cuerpos completamente destrozados y sacude la cabeza.

—¿Y quién lo sabe? Parece como si una manada de caballos les hubiera pasado

por encima.

El inspector mira con aire meditabundo la cabeza machacada de la mujer o, mejor, lo que queda de ella, y sacude a su vez la cabeza.

—Ya, una manada de caballos. O una multitud enfurecida.

Mientras tanto, el sargento se ha acercado al televisor, ha visto que está abierto por la parte de atrás. Observa largamente el interior vacío, y se le ocurre una idea estúpida.

—¡Hey! —dice—, ¡no habrán salido de aquí, estos caballos! —Y ríe como un loco.

Título original:

IL TELEVISORE

© 1964, *Nuovi Orizzonti*.

Traducción de P. Domingo

LA COSECHA

SANTIAGO MARTÍN SUBIRATS

Éste es uno de los relatos inicialmente programados para la mutilado número siete de la fenecida revista «Anticipación», y que nunca llegó a ver la luz en ella. Al respecto de estos cuentos dijimos hace algún tiempo, respondiendo a una de las cartas a nuestros lectores, que muchos de ellos habían sido superados ya por sus autores en su producción posterior, por lo que en muchas ocasiones preferiríamos publicar algo nuevo e inédito de ellos. Claro que hay excepciones, como fue el caso de «Herencia de sueños» de Guera y Mengotti... y como es ahora también el de este relato, el cual creemos que, por encima de la posible producción posterior de su autor, merece ser publicado aquí.

ilustrado por RAMÓN ESCOLANO

*No es la reja del arado la que labró nuestra gloriosa tierra, sino
nuestros sudores los que seguirán labrando nuestros surcos...*
(De antiguas canciones cosacas)

—Pero, ¿no comprende usted? —gritó el hombre—. Dentro de unas semanas, de unos días, de unas horas quizá, esto parecerá un infierno. La guerra es un hecho. Está a punto de estallar.

El campesino seguía lanzando la simiente en los surcos sin prestar la más mínima atención a las inquietantes frases de su interlocutor.

—Hágalo al menos por su esposa, por sus hijos —insistía el hombre—. Usted puede morir si lo desea, pero no tiene el derecho de arrastrar a los suyos hacia su propia suerte.

—Lléveselos a ellos —habló por fin el campesino sin abandonar su trabajo—. Yo me quedaré.

El rostro del hombre hizo una mueca de incompreensión.

—Está usted loco —dijo—. Completamente loco. Hay que estarlo para hacer lo que hace. Su posición es absurda. Está sembrando un trigo que jamás crecerá. Toda esta tierra será un erial cuando la radiactividad pase por aquí...

—Si la guerra está cerca —dijo el campesino abandonando por un momento su tarea—, debe usted apresurarse. No pierda su tiempo conmigo. Encontrará a mi mujer y a mis hijos siguiendo el sendero. En una pequeña casa de adobe que yo mismo construí hace algún tiempo. Llévelos a ellos, se lo ruego. Póngalos a buen recaudo.

—Lo haré —aseguró el hombre—. Estaremos algún tiempo en el pueblo. Hay que evacuar todos estos contornos. Si cambia de parecer puede venir a nuestros camiones. Hay sitio para todos en los refugios. Allí estará a salvo. La guerra nuclear no respeta ninguna clase de vida sobre el planeta...

Pero el campesino ya no le oía. Se había alejado un trecho y lanzaba con fuerza,

ora a la izquierda, ora a la derecha, sus puñados de simiente. Su rostro no reflejaba preocupación alguna y, cuando la furgoneta de *Protección Atómica Social* desapareció, un largo suspiro ensanchó su pecho. Entonó una alegre canción que parecía sonar como una lúgubre sinfonía sobre la tranquila campiña.



Dos soldados con vestimentas se acercaron al campesino.

—¿Está usted loco? —preguntó uno de ellos.

—¿Acaso no sabe que la guerra ha estallado? —inquirió el otro combatiente.

Al principio, el campesino pareció ignorarlos. Luego se encogió de hombros y

respondió:

—Pues claro que sé que ha comenzado la guerra. Como también sé que van a lanzar esas horribles bombas...

—Nucleares —completó uno de los soldados.

—Que hacen las tierras estériles para todo cultivo —continuó el campesino sin hacer ningún caso de la interrupción.

—Pero, ¿por qué está usted aquí? ¿No le recogió la furgoneta de *Protección Atómica Social*? ¿Acaso no pasó por esta zona?

—Pues claro que pasó —afirmó el campesino con una abierta y franca sonrisa.

—¿Y no se fue usted con ellos?

—¿Quién habría sembrado mi campo? Ahora el tiempo es propicio —aguzó la vista y se colocó la mano en forma de visera, mirando el horizonte—. Tal vez se avecinen algunas lluvias benignas. El trigo debe crecer en mi campo. Crecerá.

Los dos soldados se miraron mutuamente sin saber qué decir. Estaban perplejos.

—Debe acompañarnos —dijo por fin uno de ellos.

Los ojos del campesino refulgieron con ira.

—¿También ustedes? No iré con nadie, ¿me oyen? ¡Con nadie! No conseguirán que abandone todo lo que he creado con mis propias manos. Nada destruirá mi trabajo. Ni siquiera una guerra puede destruir el trabajo que se hace con amor...

Los dos soldados intentaron agarrar al campesino. Éste se debatió furiosamente hasta que logró desasirse. Luego echó a correr y desapareció de la vista de los soldados. Al cabo de unos segundos éstos se alejaron. Su reconocimiento del terreno había terminado. Pero en el parte no mencionaron al campesino. No valía la pena... Era un estúpido loco.

El gran camión transportaba un gran contingente de heridos hacia los refugios. El conductor se detuvo frente al ancho trigal cuyos brotes apuntaban ya.

—¡Eh! ¡Usted! —gritó el hombre del camión—. ¿Qué hace aquí? Se olvidaron de usted los de la *Protección*, ¿eh? Vamos, suba. Voy a llevarle al refugio más próximo.

—¡Muchas gracias! —gritó a su vez el campesino—. ¡Prefiero quedarme!

El conductor del camión creyó no haber comprendido bien. Sonrió y dijo:

—No le oigo muy bien, ¿sabe? Vamos, le espero.

El campesino negó violentamente con la cabeza y volvió a gritar, esta vez más fuerte:

—¡Puede marcharse, señor! ¡Yo me quedo aquí!

—Pero, ¿sabe lo que dice? —exclamó estupefacto el conductor—. Dentro de unas horas esto se convertirá en uno de los lugares más contaminados. Se contaminará usted, si no lo mata la onda expansiva...

—¡No me importa! ¡Se lo repito: muchas gracias! —gritó el campesino. Volvió la espalda y con su pequeña azada se puso a limpiar de rastrojos y malas hierbas los

alrededores de su trigal.

El conductor del camión se encogió de hombros y arrancó. Luego lanzó una maldición y murmuró algo contra la ignorante gentuza del campo...

A lo lejos, en el horizonte, el campesino contemplaba las grandes humaredas que se alzaban en forma de hongo hasta un cielo que iba tomándose gris paulatinamente.

Aquel día llovió, y el campesino estaba muy contento. Dentro de algún tiempo los tallos estarían ya muy altos y apuntarían con orgullo hacia las nubes.

Nadie, nadie podría impedir el milagro. Aquellas manos, sus propias manos, lo harían. A su alrededor los hombres se destruían. Pero él seguía creando, dominando la tierra con aquellos brazos que aún tenían fuerza.

Los aperos de labranza seguirían funcionando. La vida seguiría en su campo... mientras él pudiera regar los surcos con una sola gota de su propio sudor.

Eran cinco hombres. Todos llevaban el traje antiatómico y corrían mucho. Parecían huir de algo. Iban a pisar su campo, su trigal...

—¡Eh! ¡No pasen por ahí! —ordenó el campesino—. Es un sembrado.

Los cinco hombres miraron al campesino. Uno de ellos, el que parecía el jefe, rompió a reír en sonoras carcajadas.

—Vamos, vamos... —dijo, entre las sacudidas que su risa le permitía—; no irá usted a decirme que espera segar estos tallos algún día. ¿Ignora usted los efectos de la contaminación?

Luego pareció darse cuenta de que el campesino no llevaba ningún atuendo protector.

—¡Está usted contaminado! Todo este terreno lo está. ¡Vaya a un Centro de *Protección Atómica Social* antes de que sea tarde! Vamos muchachos: hay que seguir...

Hizo un signo a sus hombres, que avanzaron bordeando el sembrado. Cuando estaban un poco más lejos el jefe de aquellos hombres miró hacia atrás. El campesino se había arrodillado para observar de cerca el crecimiento de sus espigas.

—Está loco —dijo uno de los cinco.

—No —aseguró el jefe—. Yo también fui campesino antes de que estallara esta maldita guerra. Sé lo que siente...

Los cinco hombres siguieron caminando. Y al cabo de unos minutos desaparecieron por el camino.

Lo que se esperaba aconteció. El hombre comenzó a experimentar los primeros signos de contaminación. Toda su piel se convirtió en una negruzca costra que se agrietaba al más leve movimiento.

En el campo, los tallos no crecieron más. Se torcían y se marchitaban. El sol salía cada día entre grises nubarrones que apenas dejaban que la luz los traspasase.

Sin embargo, el campesino tenía pensamientos optimistas. «Pronto crecerán las amapolas —soñaba—. Mi campo será un inmenso mar amarillo moteado de manchas rojas...».

Apenas dormía, apenas descansaba, apenas comía... Sin embargo, cada día elevaba una oración a su Dios.

La guerra había comenzado en invierno. Fue un largo y crudo invierno. Luego vino la primavera y la guerra cesó. Pero los campos no florecieron. Fue un verano triste. La destrucción era grande, fabulosamente grande... Estúpidamente grandiosa.

La tierra estaba desierta. Ya no se oía el estruendo de las bombas, pero los grandes y anchos campos chamuscados hablaban por sí solos. Y con mucho más ruido que las propias bombas.

Las primeras brigadas de limpieza y descontaminación surgieron a la luz. Sus *geiger* cantaban monótonamente una interminable vibración.

En su deambular pasaron por el trigal. No se veía al campesino. Estaba en el suelo, boca abajo, abrazando prietamente su terruño...

Aquellos fantasmones de traje blanco le dieron la vuelta y escrutaron el rostro tumefacto. No estaba muerto, todavía...

El campesino abrió los ojos con dificultad, en un último esfuerzo. Envolvió a los hombres de blanco en una mirada serena. Luego movió los labios y dijo algunas palabras ininteligibles.

Uno de los hombres acercó su aparato auditivo a los labios del agonizante. Escuchó las últimas palabras de éste. Luego se irguió y, con un gesto compasivo, cerró los ojos del hombre. El campesino había muerto.

Los fantasmas de los desiertos radiactivos siguieron su trabajo. La contaminación descendía. Dentro de muy poco la gente podría ocupar de nuevo sus hogares. ¿Hogares? A su alrededor sólo había ruinas, ruinas en todas partes...

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó uno de aquellos híbridos seres blancos.

—¿Quién? —preguntó el compañero a su vez.

—¿Quién iba a ser? El viejo. Ese viejo campesino. Cuando acercaste el aparato auditivo a sus labios oíste algo, ¿verdad?

—¡Ah! Sí. Nada de particular. Dijo: «Mala cosecha, amigo; creo que hubo mala cosecha este año...».

© 1969, Santiago Martín Subirats y Nueva Dimensión.

YO OS SALUDO, MARIDOS

BELEN

Nelly Kaplan, que firma sus escritos con el seudónimo de Belen, es uno de los autores fantásticos más desconcertantes de nuestro vecino país. Nacida en Buenos Aires, «llegó —según sus propias palabras— a París, aprendió el francés, y empezó a escribir». Sus relatos han sido calificados de muchas maneras, desde «osadamente divertidos» hasta «brutalmente pornográficos»... lo que hace que la mayoría de ellos hayan quedado inéditos para España. Corresponsal periodístico, actriz de cine, ayudante de realización, realizadora... sus libros, cuyos títulos son lo suficientemente explícitos (*La géométrie dans les spasmes*) han ocasionado más de un escándalo. He aquí una buena muestra de su talento literario, a través de uno de sus temas favoritos: «Las historias del matriarcado».

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ

Desde hace ya milenios, vivimos nuevamente bajo el régimen del matriarcado.

Las mujeres han ganado la partida. Y la han ganado por completo. Estamos pagando acerbamente su antigua servidumbre. Nosotros, los hombres. Y esto dura desde hace milenios.

Sin embargo, a veces tengo la esperanza de un cambio. En la historia de este mundo, los días se siguen y no se parecen. Y es en los libros de historia donde busco un motivo de esperanza. Soy en efecto uno de los muy pocos hombres que gustan aún de la lectura. Durante los largos días que paso recluido en la morada que me ha sido asignada, leo las obras de los antiguos. Incluso las comprendo. Parece que, pese a mi condición, mi inteligencia se halla por encima de la media. Es sin duda por esta razón por lo que ellas me vigilan con una insistencia muy especial. Pero esto no me impide devorar obras que, en destellos, me revelan lo que era el mundo en un lejano pasado, mucho antes del matriarcado. Esto me hace soñar. En vano. Porque jamás saldremos de nuestro estado. La esperanza, verdaderamente, no puede ser más que una ilusión. No podemos escapar. Ellas se las han arreglado admirablemente para darnos lo esencial: el albergue, el sustento, incluso el confort. En suma, una especie de anestesia, un anquilosamiento mental que nos encarcela con mayor seguridad que los barrotes de una prisión. Ni siquiera tenemos la idea de intentar una evasión. Y cuando, algunas veces, intento suscitar una revuelta, mis compañeros me miran asustados y se apartan de mí con desconfianza. No comprenden. Quizá me denuncian. Es el eterno masculino, con sus debilidades y sus ruindades. Uno apenas puede fiarse del sexo débil.

Evidentemente, en esta casa de lujo y de lujuria, nada falta a nuestros caprichos.

Los días se deslizan en la suavidad del no hacer nada, las noches en el placer. Es cierto también que somos bien tratados y que nunca —en fin, casi nunca— se nos castiga.

Pero yo no soy feliz.

Ellas lo saben. Creo oírlas aún.

—Tú no serás nunca feliz —me dicen—. Piensas demasiado. ¿Pero para qué? Es más sencillo resignarte. De todos modos, no puedes cambiar la condición del hombre.

—No se puede cambiar un estado de cosas ya establecido. ¿Cómo te explicas que los grandes creadores sean *siempre* mujeres? —añaden con una suavidad teñida por una cierta irritación.

Tienen razón, lo sé. Los hombres no inventan nunca nada. No crean nunca nada sorprendente. Siempre tienen razón. Incluso cuando se muestran ligeramente apenadas por nuestro incurable cretinismo. Incluso ahí, ¿cómo luchar? Milenios de atavismo nos aplastan.

Y los días, los meses, se deslizan en esta casa donde me albergo. Desde mi más tierna infancia, he sido iniciado en todas las sutilidades de los ritos que las mujeres vienen a celebrar aquí, para olvidar las fatigas de sus jornadas, cansadas de trabajo y de responsabilidades.

Apenas salido del I.D.A.E.V. (Instituto de Altos Estudios Voluptuosos), fui traído aquí. Me hallo, al parecer, excepcionalmente dotado por la naturaleza; intuitivo a la medida de sus deseos, tierno a veces, eficiente siempre. ¿Y cómo no serlo, puesto que lo han previsto todo? Incluso cuando son repulsivas, estamos condicionados para servirles. Es algo más fuerte que nuestra voluntad. Bien, la carne es débil, y ellas han leído todos los libros. Es así que las experiencias científicas de un profesor del siglo xx les han inspirado la solución soñada. Solución que fue aplicada con éxito: en el I.D.A.E.V., durante el transcurso de muy largos años de estudio, cada vez que nos ponían eufóricos —¡y ellas saben cómo lograrlo!— sonaba un timbre en las salas de trabajos prácticos. Esto nos ha dado, después de innumerables sesiones de euforia, un reflejo condicionado tal que al menor eco de un timbre... En resumen, desde el momento en que una mujer, por poco seductora que sea, viene a visitarnos, un astuto sistema de campanillas desencadenado en las habitaciones hace automáticamente de nosotros una inagotable —o casi— víctima maravillada.



Un día, tal vez, todo cambiará de nuevo. Mi intuición me dice que el relevo será efectuado por esos extraños mutantes aparecidos después de la primera Gran Destrucción, esos turbadores andróginos de ojos sembrados de polvo áureo. Por el momento, se hallan aún a nuestro servicio. Pero su extraña sonrisa y la extensión de sus poderes hacen que no me equivoque. Nosotros, los hombres, y las mujeres que actualmente nos dominan, desapareceremos en los siglos venideros. Y creo que esto no será más que lo justo.

Pero esto pertenece al futuro. En este mismo momento, como huésped resignado que soy, oigo unos pasos que suben hacia mi habitación. La puerta se abre. Me siento demasiado cansado para volverme y permanezco tendido indolentemente, con los ojos cerrados.

Una mujer más...

Ella se acerca y, con una voz ahogada por el abuso de los licores marcianos, me saluda. Después comienza a desnudarme. ¿Es hermosa u horrible? Supongo que es tiempo ya de abrir los ojos para saberlo. Pero ya un dulce vértigo de campanillas me da todas las respuestas. Y prefiero permanecer con los ojos cerrados, dejándome llevar, resignado y satisfecho.

No hay revuelta posible. Es, de nuevo, el matriarcado.

Título original:
LE VOUS SALUE, MARIS
© 1959, Fiction.
Traducción de P. Domingo

LA SANGRE ES INQUIETA

CHAD OLIVER

A través de la moderna ciencia ficción se nos plantea una cuestión más o menos constante: ¿qué hará la raza humana cuando establezca contacto con otros seres en otros planetas de algún sistema estelar? Ha habido muchas respuestas a este problema, algunas de ellas brutales; pero Chad Oliver, en esta novela corta, nos da una de las respuestas más fascinantes que hayamos leído, científicamente posible, y de una dudosa moral. Es una historia un tanto inquietante, especialmente en su parte final; pero se supone que la buena ciencia ficción ha de ser algo más que una mera distracción.

ilustrado por JOSÉ M.^a BEÁ

*El barro permanece, pero la sangre es inquieta;
El aliento es algo que no podrá proseguir.
Arriba, muchacho: cuando termine el viaje;
Habrá suficiente tiempo para dormir.*

A. E. HOUSMAN.

I

La noche se desplazó a través de la ciudad como suaves copos de negra nieve que cayeran desde las estrellas. Susurró a lo largo de los cañones bordeados de árboles entre las rectas grietas de edificios blancos y presionó oscuramente contra las ventanas llenas de cálida luz. Conan Lang observó como la iluminación de su oficina aumentaba gradualmente para ajustarse a la oscuridad creciente del exterior y luego miró a las instrucciones que tenía en su mano.

Aún continuaban diciendo lo mismo.

—Otro día, otro mundo —dijo en voz alta. Y luego citó: «Los mundos son demasiado para nosotros...».

Conan Lang encendió su pipa y aspiró cuidadosamente para que continuara quemando. Luego se concentró en soplar nebulosos anillos de humo que se deslizaron a través de la habitación para clavarse en la nariz de un retrato tridimensional del Presidente. No es que tuviera nada en contra del Presidente Austin, se dijo a sí mismo. Era solamente que Austin representaba a ese indefinido ser, la Autoridad, y ocurría que en ese momento la Autoridad era particularmente poco grata en la oficina de Conan Lang.

Miró otra vez a las instrucciones. El escrito era lo suficientemente amistoso y sin

ceremonia, pero el significado era claro:

Cuartel General, Administración General.

Oficina del Almirante Nelson White, Comandante, División de Operaciones.

15 de Abril, 2701. Confidencial.

Agente Conan Lang

Cuerpo de Operaciones

Departamento Siete G. A.

Conan:

Hemos recibido instrucciones del Buitre ayer. Parece ser que los que mandan han decidido que es hora de efectuar un cambio en Sirio Diez, pasarlo de Cuatro a Cinco. Tú te cuidarás de eso. Haz una investigación preliminar e infórmame cuando te parezca. Alégrate, tal vez consigas otro saco de medallas por esto.

NELSON

Conan Lang dejó la misiva sobre su escritorio y se puso en pie. Caminó hasta la ventana y miró las luces esparcidas por toda la ciudad. No había muchas. La mayor parte de la gente ya se había marchado, hacía tiempo, a su casa en el campo, y estaría sentada en el cuarto de estar, jugando con los chiquillos. Aspiró lentamente su pipa.

Otro saco de medallas. Nelson no estaba tratando de engañar a nadie... realmente, ni siquiera lo trataba. Sabía cómo se sentiría Conan porque él sentía lo mismo. Todos lo sentían, tarde o temprano. Al principio, el inferir con las vidas de otra gente era fascinante, incluso divertido. Pero la novedad desaparecía rápidamente, encogiéndose como una piel sumergida en ácido bajo el odio de un millón de ojos, un millón de pláticas con tu alma a las tres de la mañana, un millón de vidas destrozadas. Cierto, era necesario. Uno siempre se podía decir eso; ése era el encanto, la palabra mágica que se suponía lo hacía todo correcto y aceptable. Necesario... pero para *ti*, no para ellos. O incluso también para ellos, después de mucho tiempo.

Conan Lang volvió a su escritorio y conectó el intercomunicador:

—Póngame —dijo—, con la Administración de la Biblioteca, División de Antropología Extraterrestre. Quisiera hablar con Bailey, si está allí.

Tuvo que esperar treinta segundos.

—Aquí Bailey —dijo entonces el intercom.

—Soy Lang. ¿Qué tienes sobre Sirio Diez?

—¿Sobre Sirio Diez? Espera un momento.

Hubo un corto silencio. Conan Lang continuó fumando su pipa lentamente y sonrió mientras se imaginaba a Bailey apretando suficientes botones como para controlar a una flota espacial.

—Veamos —la voz de Bailey llegó por el altavoz—. Tenemos unos cuantos. «Sistema de Vínculos Familiares en Sirio Diez» de McAllister; «Organización Social en Sirio Diez» de Jenkins... éste es B. J. Jenkins, el que escribía junto con Holden; «Sistemas Económicos en Sirio Diez» de Bartheim; «Tipos Básicos de Personalidad en el Grupo de Sirio» de Robert Patterson; «Investigaciones Etnológicas Preliminares y Suplementarias de la Flota Galáctica Avanzada».

Conan Lang suspiró.

—Está bien —dijo—. ¿Puedes enviármelos a mi casa?

—Seguro... estarán allí antes de que llegues. Una cosa más, Cone.

—¿Sí?

—He estado leyendo una maravillosa novela histórica en ocho volúmenes sobre el Siglo Veinte. ¿Quieres que también te la envíe en caso de que te quedes sin material de lectura?

—Muy divertido. Ya te veré.

—Adiós.

Conan Lang desconectó el intercom y destruyó las instrucciones. Vacío su pipa y dejó la oficina, cerrando la puerta detrás de él. El vacío vestíbulo era estéril e impersonal. En la noche parecía algo muerto, y era difícil de creer que durante todo el día caminasen a través de él seres humanos que vivían y respiraban. Era como un túnel que llevara a la nada. Tuvo la extraña sensación de que no había nada a su alrededor, solamente espacio y algo menos que espacio... ni edificio, ni aire, ni ciudad. Solamente un blanco y antiséptico túnel hacia la nada.

Se sacudió el sentimiento y tomó el ascensor hacia la azotea. El aire de la noche era fresco y limpio y había el susurro de una brisa del norte. Una media luna colgaba en la noche, enmarcada por estrellas. La miró y se preguntó cómo estaría Johnny allí arriba, y si tal vez Johnny estaría mirando hacia la Tierra.

Conan Lang subió a su burbuja y fijó los controles. La diminuta nave se levantó verticalmente durante seiscientos metros gracias a sus hélices, flotó un instante sobre la ciudad silenciosa, y luego aceleró con sus reactores hacia el oeste.

Conan Lang se reclinó en su asiento acolchado, mirando a las estrellas, tratando de no pensar, y dejando que la nave lo llevara a casa.

Conan Lang se relajó en su sillón, sus ojos cerrados, y un helado bourbon con soda en su mano. Los libros que había solicitado, ampliaciones blancas, perfectas y uniformes de los microfilmes de la Administración de la Biblioteca, estaban colocados en orden a su lado, en el suelo, esperando. Esperando, pensó, sorbiendo su bebida. Siempre estaban esperando. No importaba lo mucho que un hombre supiera, siempre había algo más, esperando.

La habitación se cerró a su alrededor. La podía sentir, cálida, amistosa, personal. Era una buena habitación. Era una habitación llena de vida, su vida y la de Kit. Casi

podía ver mejor la habitación con los ojos cerrados, porque entonces veía tanto el pasado como el presente. Había un tapiz negro y plateado en la pared, que le había regalado un viejo Maharani hacía mucho tiempo, en un mundo tan lejano que la luz que daba su sol cuando él estuvo allí aún tenía que llegar a la Tierra como el centelleo de una estrella en el cielo nocturno. Allí estaban sus libros, allí estaban los cuadros de Kit. Allí estaba la mancha que había hecho Rob en la alfombra aquel día cuando había entrado sucio en la casa antes de cenar.

Abrió sus ojos y miró a su esposa.

—Debo estar volviéndome viejo, Kit —dijo—. En este momento todo me parece sin sentido.

Kit levantó las cejas y no dijo nada.

—Nos movemos por toda la galaxia como un puñado de chiquillos jugando a Patrulleros y Piratas —dijo, bebiendo un trago—. Empujar aquí, tirar allí, impulsar aquí, arrastrar allí. Es una especie de juego estúpido donde una de las partes no sabe ni siquiera que está jugando, o en que lado está. A veces...

—¿Quieres algo más de bebida? —preguntó Kit suavemente.

—Sí. Kit...

—Lo sé —dijo ella, tocando su hombro con su mano—. Continúa hablando; te sentirás mejor. Pasamos por esto cada vez que tienes una nueva misión, ¿recuerdas? Sé que no quieres decir las cosas como las dices, y sé por qué las dices de esa manera. —Lo besó en la frente y sus labios eran frescos y pacientes—. Te comprendo.

Conan Lang observó como marchaba de la habitación llevando su vaso vacío.

—Sí —murmuró para sí mismo—. Creo que me comprendes.

Desde luego, *era* necesario. Terrible y urgentemente necesario. Pero a veces uno se revolvía. Toda esa gente allí afuera, viviendo sus vidas, riendo y llorando, criando sus hijos. Hacía daño pensar sobre ellos. Y no era necesario para ellos, ni para él, ni para Kit. ¿O sí lo era? No podía decirlo; siempre había un riesgo. Pero si solamente pudieran olvidarlo todo, y vivir, había tantas cosas de qué disfrutar...

Kit le trajo un nuevo bourbon con soda, helado y con un poco de limón, como a él le gustaba, y luego se sentó otra vez en el sofá, sonriéndole.

—Lo siento —dijo—. Debe ser bastante pesado el oírme recitar la misma triste canción una y otra vez.

—No cuando tú la cantas, Cone.

—Es que a veces saco mi cabeza por la ventana más cercana y me pregunto porqué...

Sonó un golpe y un crujido en la parte de atrás de la casa. Conan Lang probó su bebida. Eso significaba que Rob estaba en casa. Escuchó, esperando. Se oyó un golpe seco... eso era el palo de batear tirado en un rincón. Luego un sonido pesado... ése era el guante.

—Ahí está el porqué —dijo Kit.

Conan Lang afirmó con la cabeza y cogió del suelo el primer libro.

Tres días más tarde, Conan Lang subió los blancos escalones, presentó sus credenciales, y entró en la Jaula del Buitre. El lugar lo ponía nervioso. Irritado consigo mismo, hizo una pausa deliberada y encendió su pipa antes de continuar. La Jaula parecía fría, inhumana. Y el Buitre...

No debía sentirse de esa manera, se dijo, mostrando su identificación otra vez antes de entrar en el ascensor que lo subiría al Nido. Intelectualmente, comprendía la cibernética, no había nada sobrenatural en la misma. La Jaula era solamente una máquina, a pesar de sus poderes, incluso si el Buitre parecía a veces ser más, o tal vez menos, que un hombre. Aún así, el lugar lo ponía nervioso. Una vasta máquina pensante llenando un enorme edificio, un cerebro al lado del cual el suyo no era nada. Por supuesto, los hombres lo habían construido. Los hombres también hacían armas, pero el conocimiento era de escaso consuelo cuando uno miraba a una boca metálica y alguien apretaba el gatillo.

«Lang» se dijo a sí mismo, «vas a terminar en una camisa de fuerza».

Sonrió entonces, sabiendo que no sería así. La imaginación era un requisito indispensable para su trabajo, y él tenía más de la normal. A veces interfería, pero era parte de él y eso era todo.

Conan Lang pasó a través de una batería de asistentes y personal de seguridad y finalmente llegó al Nido. Abrió la puerta y entró en una habitación pequeña y oscura. Allí, detrás del mismo escritorio de siempre, se hallaba encaramado el Buitre.

—Hola, Dr. Gottlieb —dijo Conan Lang.

El hombre detrás del escritorio lo contempló silenciosamente. Su nombre era Fritz Gottlieb, pero lo llamaban el Buitre desde hacía mucho tiempo. Nadie lo llamaba así a la cara, y era imposible decir si el nombre le divertía o no. No era muy amigo de hablar, y su apariencia, incluso después de que uno se había acostumbrado a ella, era alarmante. Fritz Gottlieb era rechoncho y completamente calvo. Siempre vestía de negro, y sus negras cejas eran como manchas de tinta horizontales contra la palidez de su cara. La analogía del Buitre, pensó Conan Lang, era algo más que comprensible: era inevitable. El hombre se sentaba alto en su torre, en su Nido de controles, como incubando sobre una máquina que tal vez solamente él entendía completamente. Solitario. Siempre parecía solitario, no importaba cuánta gente lo rodeara. Su vida era algo aparte, una vida cuya fuerza vital pulsaba en las luces cambiantes de los tubos de la gran máquina.

—Dr. Lang —reconoció el otro, inmovible, con su voz siseante.

Conan Lang aspiró por su pipa y se dejó caer en la silla frente a Gottlieb. Había tenido tratos anteriores con el Buitre y ya casi había desaparecido el primer shock. Uno se puede acostumbrar a cualquier cosa, supuso. El hombre es un animal muy adaptable.

—Espero que el humo no le moleste.

Gottlieb no hizo ningún comentario. Simplemente lo miró, con unos ojos negros que no parpadeaban. Como observando un trozo de carne, pensó Conan Lang.

—Bien —dijo, probando otra vez—. Supongo que sabe por qué estoy aquí.

—Gasta usted demasiadas palabras —silbó Fritz Gottlieb.

—No me había dado cuenta de que estaban racionadas —replicó Lang, sonriendo. El Buitre era irritante, pero podía darse cuenta de la razón de su observación. Era curioso las muchas veces que se decían cosas inútiles continuamente, inútiles, desde luego, desde un punto de vista puramente comunicativo. Hubiera sido increíble que Gottlieb, que había estado comprobando sus resultados en el ordenador, *no* supiera la naturaleza de su misión.

—Está bien —dijo Lang—, ¿cuál es el veredicto?

Fritz Gottlieb cogió una ficha con unas manos de dedos sorprendentemente largos, y pareció revolotear sobre la misma como un pájaro de presa.

—Favorable —dijo sibilante, con su voz baja y difícil de oír—. Su plan conseguirá la transferencia deseada en Sirio Diez, y la transferencia se integra positivamente con el Plan.

—¿Algo más? ¿Algo que debiera saber?

—Todos deberíamos saber más cosas de las que conocemos, Dr. Lang.

—Um-m-m. Pero, ¿eso es todo lo que la máquina dijo con respecto a mi propuesta del plan de operaciones?

—Eso fue todo.

Conan Lang se apoyó en su asiento, observando a Gottlieb. Era un hombre extraño. Pero inspiraba respeto.

—Algún día me gustaría tener el control de esa máquina —dijo Lang—. Tengo una o dos preguntas que hacerle.

—A veces es mejor no saber las respuestas a ciertas preguntas, Dr. Lang.

—Sí. Pero de todos modos me gustaría probarlo. No les diga nada de esto a los muchachos de seguridad; me colgarían por los dedos de los pies.

—Tal vez algún día pueda hacer esas preguntas, Dr. Lang. Cuando sea viejo como yo.

Conan Lang se levantó, tapando la pipa con la mano.

—Supongo que esto es todo —dijo.

—Sí —dijo Fritz Gottlieb.

—Hasta la vista.

No hubo respuesta. La habitación pareció llenarse de sombras frías.

Conan Lang se giró y se fue por donde había venido. Detrás de él, taladrando su espalda, podía sentir como le seguían los ojos de Fritz Gottlieb, fríos y profundos como las heladas aguas de un mar ártico.

La nave estaba en la Tierra pero no era de la Tierra. Se erguía, una poderosa lanza de plata, una criatura de las profundidades. Esperaba, impaciente, mientras Conan Lang caminaba lentamente a través de las pistas de duraluminio del Espacio Uno, con el Almirante White a su lado. El sol brillaba en un nítido cielo azul. Tocaba a la nave con llamas fulgurantes y calentaba los hombros de Conan Lang bajo su uniforme. Una débil brisa soplaba en el espaciopuerto, barriendo un puñado de papeles blancos.

—Aquí estamos otra vez —dijo Conan Lang.

—Eso es lo que se consigue por estar capacitado —dijo el almirante con una sonrisa—. Si sigues siendo bueno conseguirás mi puesto... lo cual debería ser un triste futuro incluso para ti. Si eres listo, haz una chapuza en este trabajo y te daremos un poco de descanso.

—Sí... una pequeña broma; les daré una bomba atómica o dos a fin de que se mantengan en pie de guerra. O los haré volver a la edad de las cavernas. Hay una gran variedad de deliciosas posibilidades.

Los dos hombres continuaron andando hacia la nave plateada.

—Supongo que todo estará a punto —dijo Conan Lang.

—Sí. Tus asistentes ya están a bordo y el equipaje está cargado.

—¿Alguna otra instrucción?

—No. Sabes como trabajar, o sino no te habrían enviado. Trata de terminar tan rápido como puedas, Cone. En Investigación están poniendo a punto ese principio de integración-aceleración para correlacionar datos y va a ser algo grande cuando funcione, por lo que quiero tenerte por aquí cuando eso empiece.

Conan Lang sonrió:

—¿Qué ocurrirá si un día desaparezco, Nels? ¿Se pondrá toda la galaxia a lamentarse y a llorar?

—No tengo idea —dijo el Almirante Nelson White—. Pero no corras más riesgos de los que sean necesarios. No se te ocurra tampoco la idea de que eres indispensable. Lo que ocurre es que es fastidioso tener que preparar a nuevos hombres.

—Trataré de permanecer vivo, si es solamente eso lo que deseas.

Se acercaron a la nave. Kit y Rob estaban esperando. El almirante saludó y siguió, dejando a Conan Lang solo con su familia. Kit estaba encantadora... siempre lo estaba, pensó Conan Lang. No podía imaginarse una vida sin ella.

—Adiós, querida —murmuró, tomándola en sus brazos—. Uno de estos días voy a volver y ya no te dejaré nunca más.

—Hasta entonces —dijo Kit débilmente, besándolo.

Más tarde, Conan Lang la soltó y estrechó la mano de su hijo.

—Adiós, muchacho —dijo.

—Vuelve pronto, papá —dijo Rob, tratando de no llorar.

Conan Lang se giró y se reunió con el Almirante White en el crucero estelar. No

miró hacia atrás.

—Buena suerte, Cone —dijo el Almirante, dándole una palmada en la espalda—. Puliré tus medallas y tendré una luz en la ventana de la cabaña.

—De acuerdo, Nels —dijo Conan Lang.

Subió a la gran nave y se introdujo en el ascensor. Se oyó un apagado sonido de maquinaria mientras el coche susurraba a través del tubo neumático, hacia las cavidades de la nave. A Conan Lang le pareció como si ya hubiera dejado a la Tierra lejos de él. La interminable soledad de los caminos estelares le acompañaba en el zumbante ascensor.

La nave descansó, en reposo, sobre la Tierra. Más allá, llamándola, las estrellas llameaban fríamente en un infinito mar de oscuridad.

II

Conan Lang caminó a lo largo del blanco corredor hacia popa, sus pisadas apagadas y casi inaudibles por el murmullo de los motores atómicos. *Tenía* que ser un corredor largo y blanco, pensó para sí mismo. Adonde el hombre fuera, con él iban los blancos y largos corredores... oficinas, hospitales, puestos militares. Le parecía que había pasado la mitad de su vida caminando a través de largos y blancos corredores, y aún aquí había otro... frío y antiséptico, colgando en el espacio a ocho años-luz de la Tierra.

—Alto.

—Soy Lang —dijo al soldado—. Haga el favor de apuntar a otro sitio con esa cosa.

—Su identificación, por favor.

Lang suspiró y la entregó. El hombre ya debería conocerle a estas alturas; después de todo la nave había emprendido su misión, y no creía que su aspecto fuera el de un individuo subversivo. Pero las órdenes eran órdenes... (un principio que ocultaba una multitud de faltas). Y no podían permitirse el tomar riesgos, *ninguna* clase de riesgos.

—Está bien, señor —dijo el soldado, devolviendo su identificación—. Siento haberle molestado.

—No es nada —dijo Conan Lang—. Mantenga sus ojos abiertos por si ve ladrones del espacio.

El centinela sonrió:

—¿Quién quiere robar espacio, señor? —preguntó—. Es gratis y creo que hay suficiente para todo el mundo.

—Usted gana —reconoció Conan Lang, entrando en la popa. El muchacho ya estaba allí.

—Hola, señor —dijo Andrew Irvin.

—Hola, Andy... y olvídate de lo de «señor». Me das la impresión de que ya estoy

extinto, embalsamado o algo así.

El muchacho sonrió casi tímidamente. Conan Lang había esperado encontrarlo allí en la popa; Andy siempre estaba curioseando por los alrededores, haciendo preguntas, tratando de aprender. Sus vivos ojos marrones y su porte alerta le recordaban a Conan los de un perro cazador joven, retozando a través de los matorrales, creyéndose más listo que el abuelo de todas las liebres.

—No parece posible, ¿verdad? —preguntó el muchacho.

Conan Lang levantó las cejas.

—Quiero decir todo esto —dijo Andy Irvin, señalando a los sacos marrones apilados cuidadosamente hilera sobre hilera en la brillantemente iluminada popa—. Pensar que un par de sacos de éstos pueden transformar un planeta, cambiar la vida de millones de personas...

—No son solamente los sacos, Andy. La humanidad tardó varios cientos de miles de años en aprender qué *hacer* con esos sacos.

—Sí, señor —dijo el muchacho, atento a cada palabra.

—Nada de «señor», ¿recuerdas? No estoy aquí dando una lección, y no tienes por qué aparentar tanta atención. Estoy seguro de que la antropología elemental no ha de ser *demasiado* confusa para un individuo que se graduó en la Academia con honores.

—Pues...

—No importa. —Conan Lang lo contempló pensativamente. El muchacho le recordaba, casi demasiado, a otra persona... un muchacho llamado Conan Lang que había empezado una gran aventura hacía ya demasiados años—. Yo... um-m-m... supongo que sabrás que vas a trabajar conmigo en Diez.

La cara de Andy expresó la misma alegría que si Conan le hubiera regalado un harén en una bandeja de plata.

—No, señor —dijo—. No lo sabía. Gracias, señor.

—El nombre es Conan.

—Sí, señor.

—Maldición —dijo Conan Lang. ¿Cómo se le dice a un muchacho de que uno está contento de tener otra vez a alguien a su lado con estrellas en los ojos? ¿Cómo decirlo sin parecer un estúpido? La respuesta era muy simple... no se le decía.

—Casi no puedo esperar —dijo Andy—. Por fin, *hacer* realmente algo... es un sentimiento que llena. Espero que lo haga todo bien.

—Ya no queda mucho, Andy. Dentro de veinticuatro horas tú y yo vamos a trabajar. El viaje se está terminando.

Los dos hombres quedaron entonces silenciosos, mirando a las hileras de sacos, sintiendo temblar ligeramente bajo ellos a la nave estelar con el trueno de sus grandes motores.



Era de noche en Sirio Diez, una tórrida y húmeda noche con una solitaria luna colgando en la oscuridad como un fuego helado. Un pequeño aparato de la patrulla del crucero flotaba inmóvil en el cielo nocturno, con sus baterías generando una pantalla protectora alrededor del campo recién limpiado. Conan Lang se secó el sudor de su frente y se lavó las manos en la límpida agua del río que gorgoteaba a través de la zanja a sus pies.

—Con esto hemos terminado, Andy —dijo—. Envíales una señal Cuatro.

Andy Irvin hizo girar el reóstato hasta Cuatro en su pequeño tablero de control y movió un conmutador. Esperaron, escuchando el débil murmullo de la brisa nocturna del río. No hubo ningún cambio, nada que pudieran ver, pero casi pudieron sentir la intensa radiación que bombardeaba el campo desde el aparato patrullero, calando en el suelo, acelerando en miles de veces el factor de crecimiento en las semillas.

—Ya es suficiente —dijo Conan Lang—. Envíales la señal de relevo.

Andy envió al aparato de patrulla la señal de relevo y desconectó su tablero de control. La pequeña nave pareció flotar indecisa. Hubo un zumbido y una mancha de intensa luz blanca en el cielo. Eso fue todo. La nave se había ido y ellos estaban solos.

—Ha sido una larga noche, muchacho —bostezó Conan Lang—. Es mejor que durmamos un poco, ya que es posible que necesitemos el descanso antes de mañana.

—Hágalo —dijo Andy Irvin—. Yo no tengo sueño; el amanecer aquí debe ser algo digno de verse.

—Sí —dijo Conan Lang—. Algo digno de verse.

Caminó a través del campo y entró en una estructura que de cerca tenía la apariencia de una choza nativa pero que realmente era bastante, bastante diferente. Demasiado cansado para desvestirse, se dejó caer en el lecho y descansó quietamente en la oscuridad.

Los sonidos raros, fantasmagóricos, familiares-pero-con-una-diferencia, de un mundo extraño, susurraron alrededor de la choza en la suave y húmeda brisa del río que discurría lentamente. A lo lejos, un animal chilló roncamente en la maleza. Conan Lang mantuvo sus ojos cerrados y trató de no pensar, pero su mente no le hizo caso. Su cerebro continuó trabajando, haciendo preguntas, pidiendo respuestas, sacando a la luz muchos recuerdos que eran agradables y algunos que mejor estarían olvidados.

—Kit —dijo débilmente.

Cansado como estaba, sabía que no dormiría aquella noche.

El amanecer fue de una gran belleza. El infierno blancoazulado de Sirio se alzó por encima de los árboles, al otro lado del campo, y continuó hacia el cielo de la mañana, con su pequeña y blanca compañera enana como un pequeño sol a su lado. Las bajas nubes en forma de cúmulos fueron ribeteadas de color llama, rojo ígneo, azul pálido, verde fresco. Los refrescantes vientos de la mañana limpiaron el campo con aire y las tiernas plantas asomaban por el suelo, sedientas de sol. En las zanjas, la gorgoteante agua chispeaba en la luz.

Con la mañana, llegaron los nativos.

—Están alrededor nuestro —dijo Conan Lang.

—No puedo verlos —susurró Andy Irvin, mirando a los matorrales.

—Están ahí.

—¿Espera usted... problemas, señor?

—Aún no, suponiendo que hayamos calculado bien esta jugada. Están más asustados de nosotros que nosotros de ellos.

—¿Qué ocurre si *no* la hemos calculado bien?

Conan Lang sonrió:

—Intenta adivinarlo —dijo.

El muchacho esbozó una torcida sonrisa. Lo está haciendo bien, pensó Lang. Recordó cómo se había sentido él la primera vez. Hasta ese primer día no se daba uno cuenta, y era algo como recibir una coz en los dientes. Repentinamente, todo era completamente distinto a lo dicho en los manuales y en los visores y en las clases de la Academia. *Sólo tú, completamente solo*, suspiraba la extraña brisa en tu oreja. *Estás completamente solo en medio de la nada*, susurraba el viento a través de los árboles. *Nuestros ojos te están vigilando, nuestro mundo te compele a retroceder, esperando. ¿Qué sabes de nosotros realmente? ¿De qué te sirven tus conocimientos ahora?*

—¿Qué hacemos?

—Ocúpate del campo, muchacho. Y trata de comportarte como un espíritu. Eres un antepasado de esa gente que nos está vigilando desde los matorrales, recuerda. Si nuestras suposiciones son erróneas, si esos informes de exploración estaban equivocados en algo, o si alguien ha interferido aquí, al menos deberíamos tomar una cierta precaución. No usan cerbatanas ni nada parecido, solamente lanzas, y tal vez preferirían un hacha. Si hay algún disturbio, te diriges *inmediatamente* a la choza y te sirves del proyector. Eso es todo.

—No estoy seguro de que me guste ser un antepasado —murmuró Andy Irvin, cogiendo su azada—. Aún no, por el momento. —Caminó a lo largo de la zanja que canalizaba el agua, examinando las plantas.

Conan Lang cogió su azada y se puso a trabajar. Podía sentir como los nativos lo vigilaban, extrañados, murmurando entre sí. Pero tuvo buen cuidado de no mirar a su alrededor. Mantuvo la cabeza gacha y cavó en las plantas con la azada, limpiando el canal del agua. Las plantas estaban creciendo con una rapidez asombrosa, gracias a la dosis de radiación. Deberían madurar en una semana. Y entonces...

El sol ardía sobre su piel y el sudor caía de su cuerpo en pequeños riachuelos. Alrededor suyo el campo se hallaba extrañamente silencioso; sólo se oía el gorgoteo del agua y el suave suspiro de la húmeda brisa. Su azadón hendía el barro y su espalda le dolía por haber estado agachado durante tanto tiempo. Todo estaba tranquilo, en forma muy poco natural.

Detrás de aquel matorral, detrás de los árboles... un millar de ojos.

No miró a su alrededor. Paso a paso, continuó a lo largo de la zanja, bajo un sol infernal, trabajando con su azada.

Los días de fuego abrasador y las noches tranquilas y silenciosas se sucedieron rápidamente. En la mañana del tercer día, Andy Irvin encontró lo que habían estado esperando.

En el rincón más lejano del campo, situados sobre una rústica plataforma de madera, de poco más de un metro de altura, había tres objetos. Había una estera de

corteza, cuidadosamente trenzada. Había un pequeño animal muy parecido a un cerdo terrestre, boca abajo, con la garganta abierta. Y había una niña, que seguramente no tendría más de una semana de edad. Había sido estrangulada.

—Es... diferente... cuando lo ve uno por sí mismo —dijo Andy dificultosamente.

—Ya te acostumbrarás —dijo Conan Lang, manteniendo a propósito su voz sin entonación—. Coge el cerdo y la estera... y deja de poner esa cara de abstemio que ha encontrado una botella de alcohol en la nevera. Esto son asuntos normales para los antepasados.

—Asuntos normales —repitió Andy sin convicción.

Transportaron el contenido de la plataforma a la choza y Conan Lang envolvió el cuerpo de la niña con un trozo de tejido.

—La enterraremos esta noche, cuando esté oscuro —dijo—. El cerdo nos lo comeremos. No será nada perjudicial el que nos sentemos en la estera mientras lo comemos, de modo que nos puedan ver.

—Bien —murmuró Andy—. Me alegro de que no quiera comerse a la niña, también.

—Nunca se puede asegurar eso —sonrió Conan Lang—. ¿No has oído decir que todos los antropólogos estamos locos?

—Lo he oído —convino Andy Irvin, recuperando otra vez el control de sus nervios—. ¿Dónde está la salsa?

Conan Lang salió de la choza y cogió su azada. El deslumbrador sol doble ocasionaba relucientes ondas de calor que se retorcían como cosas vivientes en el tranquilo aire del verde campo. El muchacho se portaría bien. Así lo había pensado durante todo el tiempo, desde luego... pero uno no podía estar *seguro* de un hombre hasta trabajar con él en la práctica. Y un inepto, una personalidad inestable, era algo muy peligroso en un planeta extraño donde fuerzas desconocidas se hallaban en equilibrio.

—Veamos si he comprendido el asunto hasta ahora —dijo Andy, fumando una de las pipas de Conan—. Los nativos están asustados de nosotros, pero piensan que han de hacernos una ofrenda debido a que, como supuestos antecesores, controlamos sus vidas. De modo que eligen un sistema de trueque en vez de enviarnos el acostumbrado hombre de contacto para establecer relaciones familiares.

—Hasta ahora muy bien —dijo Conan Lang—. Supongo que habrás estudiado los sistemas de trueque utilizados en la Tierra en los tiempos antiguos; se utilizaban para traficar entre grupos con gran diferencia de fuerza, como los pigmeos africanos y los bajeles comerciales del oeste. Hay implícito en ello un factor de miedo.

—Sí, señor.

—Olvídate del «señor». No estoy dando ningún discurso.

—Perdón. La estera de corteza es una unidad en un sistema de comercio recíproco y el cerdo es un animal sagrado, eso lo entiendo. Pero la niña... eso es horrible, Conan. Después de todo, nosotros somos los causantes de su muerte...

—Me temo que no —le corrigió Conan Lang—. Esta gente practica el infanticidio; es parte de su religión. Si los informes preliminares son correctos, y hasta ahora lo son en la práctica, es costumbre matar a todas las niñas nacidas durante los tres últimos días de los meses alternos. También hay una razón económica: no hay suficiente comida para todos y ése es un método bastante efectivo de control de nacimientos. De todas formas hubieran matado a la niña. Nosotros no tuvimos nada que ver en eso.

—Pero...

—Lo sé. Pero tal vez fue afortunada con eso.

—No lo entiendo.

—Es igual, ya te darás cuenta pronto.

—¿Qué es lo que va a dejarles a cambio esta noche?

—Aún no estoy seguro —dijo Conan Lang—. Tendrá que ser algo integrado en su sistema de valores, desde luego. Tenemos algunas esteras, y creo que un buen cuchillo de acero inoxidable no les irá mal. Ya nos preocuparemos de eso más tarde. Vamos, granjero, hay que volver al trabajo.

Andy Irvin cogió su azada y siguió a Conan Lang al campo. El agua clara burbujeaba quietamente mientras fluía a través de las zanjas. Las plantas crecían y alargaban en el suelo sus sedientas raíces y los verdes y tiernos vástagos se erguían como tentáculos en el aire húmedo de Sirio Diez.

Esa noche, bajo la gran luna amarilla que flotaba lejana y solitaria entre las estrellas, pusieron en la plataforma sus regalos a cambio de los recibidos. A la mañana siguiente, los invisibles comerciantes los habían reemplazado por cuatro esteras y otro cerdo muerto.

—Al menos, no hay niñas —dijo Andy Irvin, fumando aplicadamente una de las pipas de Conan. Habían decidido que los cigarrillos, por ser un toque cultural no familiar a los nativos, no podían formar parte del intercambio. Ahora, con Andy dedicándose a fumar impíamente en pipa, Conan Lang se veía amenazado con una escasez de tabaco. Contempló el humo de la pipa del muchacho con una mirada que no era de éxtasis precisamente.

—Podemos hacer jamón ahumado —indicó.

—Fue idea suya —sonrió Andy.

—Llámame «señor».

Andy se rió, relajado ahora, y cogió el cerdo. Conan recogió las un tanto incómodas esteras y lo siguió hacia la choza. El ardiente sol ya le quemaba los hombros. Las plantas eran verdes y de buen aspecto, y el aire era un poco más fresco en el campo sembrado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Andy, de pie fuera de la choza y dejando que la débil brisa lo refrescara un poco.

—Creo que ha llegado el momento de establecer el contacto abiertamente —dijo Conan Lang—. Hasta ahora todo ha ido bien y los nativos no parecen estar recelosos u hostiles. Podemos empezar a poner en marcha las cosas.

—La rama verde, ¿verdad?

—Eso es.

No vieron a ningún nativo durante todo el tórrido día, y aquella noche colocaron solamente una estera en la plataforma. Encima de la estera pusieron una delgada rama de hojas verdes, doblada y atada de modo que formara un círculo. No es que la rama verde fuera un símbolo universal de paz, pero, por esta vez, ocurría que sí lo era en Sirio Diez. Conan Lang sonrió para sí. El hombre había encontrado muchas cosas curiosas entre las estrellas, y muchas de ellas no tenían nada de sensacional, pero eran muy útiles.

Al amanecer, la estera y la rama habían desaparecido y los nativos no habían dejado nada a cambio.

—Hoy es el día —dijo Conan Lang, frotándose los ojos para apartar el sueño—. O nos liquidan o aceptan nuestra oferta. Ahora, no podemos hacer nada más que esperar.

Cogieron sus azadas y se dirigieron al campo. Esperar puede ser una cosa muy difícil, y la larga y ardiente mañana transcurrió sin ningún incidente. Los dos hombres comieron en silencio, agradeciendo la inyección inodora que mantenía lejos de ellos a los enjambres de insectos. Después, en la tarde, cuando las alargadas sombras azuladas del atardecer estaban casi tocando las verdes plantas y la límpida y fluyente agua, llegaron los nativos.

Eran cinco y parecían estar desarmados. Un hombre caminaba un poco en cabeza de los otros, llevando en su mano una rama circular de hojas verdes. Conan Lang los esperó, con Andy situado a su lado. Los momentos como éste, pensó, eran los que hacían que uno se diera cuenta súbitamente de que estaba solo y muy, muy lejos de cualquier amigo. Los nativos andaban con firmeza. Conan sintió admiración por el hombre joven que los guiaba. Desde su punto de vista, se hallaba en una situación llena de terror por lo sobrenatural, que era una parte muy real de su vida. Sus pasos no vacilaron. Conan supuso que sería el hijo mayor del jefe más poderoso.

Los nativos se detuvieron a una distancia de tres pasos. Su líder extendió la rama verde circular.

—Os serviremos, padres de las montañas —dijo el nativo, en su propio idioma.

Conan Lang se adelantó y cogió la rama.

—Somos hermanos —replicó en el mismo lenguaje—, y seremos vuestros amigos.

El nativo sonrió, sus dientes eran muy blancos.

—Yo soy Ren —dijo—. Soy tu hermano.

Conan Lang mantuvo su cara sin expresión, pero en su interior un oscuro pesar y tristeza fluyó como hielo a través de sus venas.

Había empezado otra vez.

III

Durante varios días, Conan Lang escuchó como los nativos Oripesh preparaban la fiesta. Su pequeño poblado, solamente a unos cuatrocientos metros del campo, bullía de actividad. Las mujeres preparaban grandes montones de fruta de arroz y asaban peces del río en grandes hojas verdes sobre los rescoldos del fuego. Los hombres cantaban y danzaban interminablemente, limpiando el poblado con el ritual para la inminente visita, mientras los niños, olvidados por esta vez, jugaban en las orillas del río. En el día señalado, Conan Lang entró en el poblado con Andy Irvin a su lado.

Era un poblado imperfecto y rústico, y era así necesariamente debido a su naturaleza transitoria. Pero no era sucio. Los nativos contemplaron con temor a los dos hombres, aunque parecían amistosos. Para ellos lo sobrenatural estaba siempre en el otro lado de la colina, escondido en la noche, y ahora estaba entre ellos, abiertamente. Simplemente. Y, después de todo, pensó Conan Lang, ¿qué hubiera podido parecer más sobrenatural para ellos que una nave plateada que bajara de las estrellas? Lo sobrenatural dependía del punto de vista de uno... y de lo mucho que uno supiera acerca de lo que era *natural*.

La caja que transportaba era pesada, y necesitaba de ambos brazos para llevarla. Observó a Andy resoplando a su lado y sonrió.

—Continúa llevándola, muchacho —dijo, caminando con seguridad entre los nativos que los contemplaban—. Tal vez aún puedas ganar tu paga.

Andy murmuró algo entre dientes y parpadeó para apartar el sudor de sus ojos.

Cuando llegaron a un claro en el centro del poblado, se detuvieron y dejaron las cajas en el suelo. Ren, el hijo mayor del jefe Ra Renne, se acercó a ellos enseguida y les ofreció de beber en una gran taza de madera. Conan bebió y pasó la taza a Andy, quien sonrió abiertamente y tomó un largo trago del líquido caliente. Era dulce, aunque no demasiado, y quemaba en forma placentera en su recorrido hacia el estómago. Era, decidió Conan instantáneamente, un gran progreso en comparación con algunos horrores nativos fermentados a los que se había expuesto en otros tiempos.

Los aborígenes se congregaron alrededor de ellos formando un gran círculo. Debía haber unos quinientos de ellos, muchos más de los que el pequeño poblado podía acomodar normalmente.

—Somos celebridades —susurró Conan Lang por un lado de su boca mientras esperaban ser presentados ceremoniosamente a los jefes.

—¿Quiere mi autógrafo? —silbó Andy, su cara un tanto encarnada debido al trago que había tomado—. Puedo llegar a escribir una hermosa X.

La fiesta siguió unas normas familiares para Conan Lang. Fueron presentados

ceremoniosamente a la tribu, habiéndose identificado ellos mismos con antecesores de hacía cuatro generaciones, estableciendo así virtualmente un parentesco con toda la tribu debido a su complicado sistema de linaje, y haciendo imposible cualquier refutación ya que nadie recordaba tan atrás en el tiempo. Se sentaron con los jefes y comieron el festín ritual con rapidez. La comida era buena, y Conan Lang se interesó en obtener una buena porción de fruta de arroz, que era el alimento básico de los Oripesh.

Después de la comida llegó la bebida, y después de la bebida el baile. Los Oripesh no tenían aptitudes musicales, y no tenían tambores. Los hombres y las mujeres danzaban separados los unos de los otros, cada uno efectuando una danza individual, que poseía su propia norma de ritmo. Conan Lang y Andy Irvin se contentaron con observar, puesto que no confiaban en sí mismos para improvisar una danza auténtica. Se dieron cuenta de que su conducta se desviaba de la norma un tanto impulsiva que normalmente se atribuía a los antepasados en el folklore nativo, pero era un riesgo que habían de correr. Conan observó la mirada de un viejo jefe que lo contemplaba atentamente, con los ojos semicerrados.

Lo ignoró, disfrutando del espectáculo de la danza. Los Oripesh parecían un pueblo feliz, aunque con poca riqueza material. Conan Lang casi los envidió mientras danzaban, los envidió por su vida sencilla y los envidió por su habilidad para disfrutarla, una habilidad que el hombre civilizado había dejado a un lado en su camino ascendente. ¿Ascendente... o descendente? Conan Lang sentía dudas a veces.

Ren se acercó, con su cara enrojecida por la excitación de la danza. Ahora ardían grandes fuegos, y Conan se dio cuenta, con sorpresa, de que era de noche.

—Ésta es Loe —dijo, señalando—. Mi *am-ren*, mi futura esposa. —Su voz sonaba con orgullo.

Conan Lan siguió su gesto y vio a la muchacha. Su nombre era una palabra nativa que uno podía traducir más o menos como *cierva*, y el nombre le caía bien. Loe era delgada, una muchacha muy tímida de una belleza realmente sorprendente. Bailaba con fluidez, mirando a los ojos de Ren. Obviamente los dos estaban enamorados... siendo el amor una parte de la cultura de los Oripesh. Era difícil darse cuenta, a veces, incluso después de años de experiencia personal, de que había muchos mundos de gente básicamente humanoide en los que no existía el concepto del amor romántico. Conan Lang sonrió. Loe era casi un poco *demasiado* hermosa para su gusto. Danzando allí, con la luna amarilla iluminando sus cabellos, moviéndose con gracia entre las esquivas sombras de los crujientes fuegos, era etérea, una fantasía, como el retrato de una mujer inalcanzable de otro siglo.

—Daremos regalos a los jefes —dijo Conan Lang finalmente—. Loe... es muy hermosa.

Ren sonrió, agradecido, y requirió a los jefes. Conan Lang se levantó para

saludarlos, haciendo una seña a Andy para que abriera las cajas. Los jefes miraron atentamente. Conan Lang no habló. Esperó hasta que Andy hubiera abierto ambas cajas y entonces las señaló.

—Son vuestras, hermanos —dijo.

Los nativos se adelantaron. Un jefe cogió el primer objeto de la caja y lo contempló incrédulamente. Las sombras saltaron aterradoramente y el viento nocturno suspiró a través del poblado. Levantó el objeto hacia la luz y hubo un sonido de asombro.

El objeto era una fruta de arroz, una fruta de arroz como nunca antes había visto nadie en Sirio Diez. Era redonda, de casi un pie de diámetro, y de una consistencia lozana y madura. Hacía que, en comparación, las frutas de arroz de los Oripesh parecieran ridículas.

Entonces fue cuando Conan Lang hizo explotar su bomba.

—Hemos venido otra vez para mostraros, hermanos nuestros, cómo hacer crecer esta gran fruta de arroz —dijo—. Podéis hacerlas crecer una y otra vez, *en el mismo campo*. Nunca más tendréis que trasladar vuestro poblado a otro lugar.

Los nativos lo miraron maravillados, apartándose con un poco de miedo.

—No puede ser —murmuró un jefe—. La fruta de arroz devora el campo. Cada año debemos movernos o perecer.

—Ahora eso se ha terminado —dijo Conan Lang—. Hemos venido a mostraros el modo de hacerlo.

El baile se había detenido. Los nativos esperaron, nerviosos, súbitamente inciertos. La luna amarilla los contempló a través de los árboles. Como si alguien hubiera tocado un interruptor, desapareció toda clase de ruido. Hubo silencio. La gran fruta de arroz era algo mágico. Miraron a los dos hombres como si los vieran por primera vez. Esto no formaba parte del pasado, no era parte de los antepasados. Esto era algo completamente *nuevo* y se encontraban perdidos, sin precedentes que seguir. Únicamente Ren les sonrió, pero incluso él mostraba miedo en su mirada.

Conan Lang esperó tensamente. No debía hacer nada; éste era el punto crítico. Andy estaba a su lado, muy quieto, casi sin respirar.

Un nativo caminó solemnemente en el silencio, llevando una cría de cerdo bajo su brazo. Conan Lang lo observó fijamente. El hombre era indudablemente un hechicero, el brujo, y su cuerpo tembloroso y sus ojos demasiado brillantes eran una clara indicación del porqué había sido escogido para esta función en la sociedad.

Con un rápido movimiento, el hechicero cortó la garganta al cerdo con un cuchillo de piedra. Seguidamente abrió el cuerpo. La sangre manchó su cuerpo de color carmesí. Sus largas y delgadas manos hurgaron en las entrañas. Levantó la vista, con sus ojos mirando salvajemente.

—¡No son antepasados! —gritó, con una voz aguda como la de una mujer histérica—. ¡Son impostores! ¡Han venido a traernos la maldad!

El aire se hizo tenso.

—No —dijo Conan Lang en voz alta, en forma clara y confiada—. ¡El *barath-tui*, el hechicero, ha sido encantado por brujos! ¡Tened cuidado de no ofender a nuestros antecesores!

Conan Lang se quedó de pie, muy quieto, luchando por mantener la alarma fuera de su cara. Él y Andy estaban indefensos aquí, y lo sabía. No tenían armas de ninguna clase, el taparrabos de los nativos era un lugar poco apropiado para esconder armas de fuego. No había nada que pudieran hacer... se habían equivocado, avanzando demasiado aprisa, y ahora estaban pagando el precio.

—Somos vuestros hermanos —dijo en el ominoso silencio—. Somos vuestros padres y los padres de vuestros padres. Hay otros que observan.

Las llamas saltaron y danzaron en la quietud. Un hombre viejo se adelantó. Era el jefe que Conan había observado antes que lo vigilaba.

—Dices que sois nuestros hermanos que han emprendido el largo viaje —dijo el viejo jefe—. De acuerdo. Queremos ver cómo caminas a través del fuego.

El viento suspiró en los árboles. Sin un momento de vacilación, Conan Lang se giró y caminó rápidamente hacia las llamas que crujían y silbaban en los grandes pozos de piedra para el fuego.

No había nada más en todo el mundo excepto las vacilantes lenguas de llama anaranjada que se acercaban más y más a su cara. Vio las brasas rojas y pulsantes esperando entre las retorcidas ramas negras en el fuego y cerró sus ojos. El calor chamuscó sus cejas y pudo sentir cómo su pelo se retorció y empezaba a arder.

Conan Lang continuó andando, y se movió rápidamente. Encerró rígidamente su mente y se negó a sentir dolor. Arrancó a su mente de su cuerpo, pensando tal como había sido entrenado a pensar, hasta que su mente fue como una cosa flotando aparte, libre en el aire, mirando hacia el cuerpo de Conan Lang caminando a través del infierno.

Sabía que uno de los atributos de los dioses antecesores de los Oripesh era que podían caminar a través de las llamas sin sufrir daño, un mito bastante común. Lo sabía desde antes que dejara la Tierra. Debía haber estado preparado, lo sabía. Pero el hombre no era perfecto.

Vio que sus piernas estaban ennegrecidas y llenas de ampollas y notó el sofocante olor de carne quemada. El humo estaba en su cabeza, en sus pulmones, en todos lados, ahogándole. Una parte del dolor estaba filtrándose...

Había pasado. Sintió las manos de Andy tratando de apagar los riachuelos de llamas adheridos a su cuerpo y forzó a entrar en sus pulmones enfermos el limpio y puro aire de la noche. El dolor, el dolor...

—Quédese a mi lado, Cone —susurró Andy en su oído—. Quédese a mi lado.

Conan Lang pudo abrir sus ojos y no vio más que una bruma roja. La bruma se aclaró y se sorprendió débilmente de que aún pudiera ver. Los nativos estaban

paralizados por el terror: Habían irritado a sus dioses y la muerte estaba en el aire. Conan Lang sabía que el hechicero que lo había denunciado probablemente moriría de miedo antes de que terminara la noche, si es que no moría antes de alguna enfermedad menos sutil. Había puesto a la tribu en peligro sin razón, y pagaría con su vida.

Conan Lang mantuvo su cara sin expresión. En su interior ardía. Agua, necesitaba agua, agua fría...

Ren se acercó a él, con sus ojos llenos de dolor.

—Lo siento, hermano —susurró—. Por mi gente, lo siento.

—Está bien, Ren —se escuchó decir a sí mismo Conan Lang—. Desde luego, no he sufrido ningún daño.

Conan Lang tocó el brazo de Andy y marcharon a través de los jefes. Notó a Andy, que se mantenía detrás suyo, dispuesto a cogerlo en caso necesario. No podía sentir nada en sus pies, y casi repentinamente tuvo la convicción de que se mantenía de pie sobre los carbonizados muñones de sus piernas y luchó para no mirar hacia abajo y asegurarse de que aún tenía pies.

—Habéis dudado de vuestros hermanos que han venido de lejos para ayudar a su pueblo —dijo suavemente, mirando directamente a los ojos del viejo jefe que lo había enviado a las llamas—. Estamos desilusionados con nuestro pueblo. Hay brujos entre vosotros y deben ser destruidos. Os dejamos ahora. Si provocáis otra vez la ira de vuestros hermanos, los Oripesh dejarán de existir.

Sin esperar ninguna respuesta se giró y caminó fuera del claro, a través del poblado. Andy estaba a su lado. Conan Lang apretó los dientes y continuó marchando con paso firme. No debía recibir ayuda hasta que estuviera fuera del poblado; los nativos no debían sospechar...

Continuó andando. La gran luna amarilla estaba alta en el cielo nocturno, y allí estaba la cara de Loe con estrellas en su pelo. La luna se estremeció y estalló en llamas y se oyó reír a sí mismo. Se mordió los labios hasta que salió sangre y continuó marchando, hacia la oscuridad, hacia la nada. El dolor daba zarpazos a su cuerpo.

Pasaron a través del poblado. Algo se rompió en Conan Lang. El cerrojo de acero que lo había llevado a través de la pesadilla lo abandonó. Hubo un vacío, espacio. Conan Lang se desplomó. Sintió el brazo de Andy alrededor suyo, levantándolo.

—Tendrás que llevarme, muchacho —susurró—. No puedo andar.

Andy Irvin lo levantó en sus brazos y lo transportó a través de la noche.

—Tenía que haber sido yo —se decía Andy en amargo reproche—. Tenía que haber sido yo.

Conan Lang cerró sus ojos y, por fin, nada más importó, y solamente hubo oscuridad.

Una semana más tarde, Conan Lang estaba de pie en el amanecer de Sirio Diez, observando como el gran sol doble se levantaba sobre el horizonte y ahuyentaba las sombras del verde campo que ellos habían esculpido en la selva. Aún era un hombre muy enfermo, pero Andy lo había cuidado tan bien como había podido y ahora el crucero estelar estaba llegando para recogerlo y dejar a un sustituto con el muchacho.

Las frescas hojas de las plantas de arroz llegaban hasta la altura del hombro y el agua en las zanjas de irrigación borboteaba limpiamente, esperando la completa furia del sol. La tenue, casi indecisa brisa se arrastraba a través del tranquilo aire.

Conan Lang contempló silenciosamente las verdes plantas. Las palabras del difunto *barath-tui*, el hechicero, resonaban en su cerebro. *No son antepasados*, había gritado el hombre. *¡Han venido a traernos la maldad!*

Han venido a traernos la maldad...

¿Cómo podía haberlo sabido, con solamente un cerdo y un cuchillo de piedra? Un hechicero loco, efectuando la desacreditada magia de la adivinación... y había tenido razón. ¿Coincidencia? Sí, desde luego. No había otra forma de considerarlo así, ninguna otra forma *razonable*. Conan Lang sonrió débilmente. Recordó haber leído sobre la Danza de la Serpiente de los Hopi, en otros tiempos de la Tierra. La Danza de la Serpiente había sido una ceremonia para producir lluvia e, invariablemente, cuando los primeros antropólogos habían asistido a la danza habían vuelto a casa completamente empapados. Era solamente coincidencia y oportunidad, pero eso era algo difícil de decirse a uno mismo cuando la lluvia empezaba a caer.

—Aquí llega —dijo Andy Irvin.

Hubo un agudo silbido y luego un suave zumbido cuando una pequeña nave patrullera se posó en el campo sobre sus antigravs. Colgaba allí, en la aurora, como un pequeño pez plateado visto a través de las paredes de vidrio de un gran acuario, y Conan Lang tuvo la sensación de lo que no podía ver: el masivo volumen del bruñido crucero estelar aguardando en el espacio.

La nave patrullera bajó del cielo y flotó a unos pocos pies del suelo. Un hombre descendió del aparato y los saludó con los brazos. Conan Lang lo reconoció como Julio Medina, que había sido sacado de otro sector de Sirio Diez para sustituirlo a él con Andy. La fruta de arroz era fresca y verde en el campo y le dolía a Conan dejar su trabajo sin terminar. No había ahora gran cosa que hacer hasta la comprobación, desde luego, y Julio era un hombre muy competente y experimentado; pero aún había tantas cosas que podían ir mal, tantas cosas que uno no podía nunca anticipar...

Y no quería que nada le ocurriera al muchacho.

—Adiós, Cone —dijo Andy, con su voz muy tranquila—. Y... gracias. No olvidaré lo que hizo.

Conan Lang se apoyó en el brazo de Andy y caminó hacia la nave.

—Volveré, Andy —dijo, tratando de mantener el peso fuera de sus pies—. Mantén el puesto. Sé que estará en buenas manos.

Conan Lang estrechó la mano a Julio y luego Julio y Andy lo ayudaron a subir al aparato. Tuvo tiempo para hacer un gesto de despedida y dar una mirada final al verde campo bajo el ardiente sol, y luego se introdujo en la nave patrullera. De algún modo, habían instalado un camastro para él en el reducido espacio, y se dejó caer en el mismo, agradecido.

—A casa, James —susurró, tratando de no pensar en lo que pasaría si no podían salvar sus piernas.

Conan Lang cerró sus ojos y yació muy quieto, sintiendo aumentar el pulso de la nave mientras ésta lo llevaba hacia el negro mar de donde él había venido.

IV

Los doctores salvaron sus piernas, pero pasarían años antes de que Conan Lang pusiera el pie sobre la Tierra. El espacio era vasto y comparativamente los cruceros estelares eran pocos. Además, las naves estelares eran fabulosamente costosas de operar. Estaba fuera de cuestión para una nave en misión el efectuar el largo camino de Sirio a Sol solamente por un hombre. Conan Lang se convirtió en el paciente favorito de los doctores de la nave y se quedó en el crucero estelar mientras éste operaba en el área de Sirio.

Un crucero estelar en operación nunca era aburrido, y había libros para leer e informes para escribir. Conan Lang reprimió su impaciencia y trató de sacar el mejor partido de su situación. El tratamiento local aplicado por Andy había sido lo suficientemente efectivo como para que los médicos de la nave fueran capaces de regenerar sus tejidos quemados, y era solamente una cuestión de tiempo el llegar otra vez a estar fuerte.

El crucero estelar trabajaba eficientemente y con efectividad como soporte de las unidades de Administración en el área de Sirio, deslizándose a través de la negrura del espacio como un leviatán de las profundidades, y Conan Lang descansaba y se hacía tan útil como podía. A menudo iba al cuarto de control y se quedaba observando la visipantalla que mostraba el gran vacío del espacio. En algún lugar, en una distante playa de ese grandioso mar, estaba un pequeño planeta llamado Tierra. Allí, el aire era fresco y limpio bajo los pinos y la belleza del mundo, una vez que uno se apartaba de él y lo podía ver en perspectiva, era fantástica. Allí estaban Rob y Kit, amistades, lágrimas y risas.

Allí estaba su hogar.

Mientras su cuerpo sanaba, Conan Lang vivía en el crucero estelar. Había mucho tiempo para pensar. Incluso para una raza con un tiempo de vida de casi doscientos años, los días y las semanas y los meses pueden parecer interminables. Se interrogó a

sí mismo con todas las antiguas preguntas, examinó todas las viejas respuestas. Aquí estaba, en una nave estelar, a años-luz de su hogar, con su cuerpo quemado, esperando volver a Sirio Diez para cambiar la vida de un planeta. ¿Qué delgados hilos de la casualidad, qué extraños tejidos de la historia, lo habían puesto a él allí? Cuando uno sumaba la vida de Conan Lang, de todos los Conan Lang, ¿qué es lo que uno obtenía? ¿Adónde iba la Tierra, ese guijarro que lanzaba su débil desafío al infinito?

Algunas veces, todo era difícil de creer.

Todo había empezado, suponía, con la cibernética. Desde luego, la cibernética en sí misma no era más que el resultado de un largo proceso cultural y tecnológico. Durante siglos, la aliada del hombre, la máquina, lo había ayudado físicamente en su acomodación al medio ambiente. ¿Qué era más natural que esperar que un día lo ayudaría también mentalmente? No había realmente nada siniestro en los ordenadores, excepto para una cierta clase de poetas perpetuamente pesimistas que no llegaban a realizar que los valores no eran nunca destruidos sino que eran simplemente moldeados en nuevas formas en la evolución de la cultura. No, los ordenadores estuvieron bien y fueron útiles... durante un tiempo.

Con el amanecer de los viajes espaciales, el confortable y complaciente progreso del hombre hacia un vago destino fue súbitamente alterado. Los horizontes del hombre se expansionaron hasta los bordes del universo con la perfección de los motores estelares. Ya no vivían más *sobre* un mundo sino *en* un universo habitado. Sus riñas y disputas y guerras pudieron ser vistas como las cosas despreciables que eran y el hombre, en unos pocos años, emergió al final de su adolescencia.

La ciencia dio a los hombres una duración de vida de casi doscientos años activos y le entregó la llave a la eternidad. Pero había una trampa, una terrible trampa. El hombre, que había hecho todo lo que había podido para sobrevivir a los conflictos de los grupos locales de su propia especie, fue súbitamente enfrentado con la incierta situación de vivir en un universo *habitado*. Claro que sabía de los millones y millones de estrellas, sobre la infinidad de planetas, de las distintas galaxias que nadaban como inmensas islas a través de los negros mares del espacio. Pero lo sabía todo como números en una página, como fotografías, como puntos de luz inmutable en un telescopio. Habían sido curiosidades, estímulos para la imaginación. Ahora eran partes vitales de su vida, factores a tener en cuenta en la lucha por la existencia. En el universo había un increíble número de datos a integrar en el problema de la supervivencia... *y la mente del hombre ni siquiera podía aprehenderlos todos, y mucho menos formar conclusiones inteligentes sobre acciones futuras.*

Y así, inevitablemente, el hombre volvió otra vez a la máquina. Pero esta vez había una diferencia. La máquina era el único instrumento capaz de manejar los datos, y el hombre, ni en un millón de años, podría comprobar las conclusiones más

elementales. El hombre aportaba los hechos, la máquina obtenía las conclusiones, y el hombre actuaba a partir de ellas, no a través de escogerlas, sino simplemente porque no tenía otra guía en la que poder confiar.

Los hombres operaban las máquinas, pero las máquinas operaban los hombres.

La ciencia de la cibernética se expandió aceleradamente. Los hombres hacían máquinas para desarrollar nuevas máquinas. Los grandes cerebros se hicieron tan complejos que sólo unos pocos hombres podían pretender entenderlos. Mirándolos, era casi virtualmente imposible creer que habían nacido en las mentes de los hombres.

Las máquinas no interferían en la rutina diaria de vivir. El hombre no se sometería nunca a eso, y en los problemas que podía comprender aún era el mejor juez de su propia felicidad. Era en los grandes problemas, los problemas del destino del hombre en el universo, en donde se había encontrado con que las mejores mentes no tenían ningún valor. Porque las máquinas podían integrar senderos, costumbres y complejos de los mundos conocidos y desde allí extrapolar hacia lo desconocido. Las máquinas podían, en términos muy generales, predecir el resultado de una cierta serie de circunstancias. Podían, en un sentido muy real, ver el futuro. Podía ver a dónde se dirigía la Tierra.

Y la Tierra se dirigía al desastre.



Las máquinas eran infalibles. No sólo procesaban las probabilidades a corto plazo, sino lo determinado a largo plazo. E indicaban que, dada la ecuación del universo conocido, la Tierra sería destruida en cuestión de siglos. Solamente había una cosa por hacer: el hombre había de cambiar la ecuación.

Era difícil para el hombre, que hasta tan recientemente había estado atado a su planeta, *pensar* y *actuar* en términos de un universo habitado. Pero las máquinas mostraban conclusivamente que, en galaxias aún inaccesibles, había evolucionado vida que era físicamente y mentalmente hostil a la de la Tierra. Una colisión de las dos formas de vida acaecería en un plazo de mil años, y era inevitable una lucha a vida o muerte. Los hechos eran demasiado evidentes: La Tierra perdería y la raza humana sería exterminada.

A menos que la ecuación pudiera ser cambiada.

Era una cuestión de preparar la galaxia para el combate. La lucha sería larga y serían importantes los factores de reservas, repuestos, diferentes acercamientos culturales a problemas comunes y planetas en varios estadios de desarrollo. Era como una partida de ajedrez cósmico, con mundos alineándose en un tablero monstruoso. En las batallas de dimensiones galácticas, el resultado sería determinado por siglos de preparación, antes siquiera de que el contacto fuera hecho; no era una cuestión romántica de heroicas naves del espacio y hombres con mandíbulas de hierro en acción, sino más bien una de senderos culturales, psicológicos, tecnológicos e individuales que cada bando podía aportar. Senderos que eran los resultados de milenios de lenta evolución y desarrollo.

La Tierra estaba lista, o lo estaría cuando llegara el momento del contacto. Pero el resto de la galaxia, o al menos todo lo que habían podido explorar, no lo estaba ni lo estaría. La raza humana se encontraba en la mayor parte de los sistemas estelares del interior de la galaxia, pero en ninguno de ellos estaba tan avanzada como los hombres de la Tierra. A eso se debía el que la Tierra nunca había tenido contacto desde el espacio, en realidad, era la única explicación posible, al menos en retrospectiva. Y las otras galaxias, con sus principios totalmente extraños y por siempre incomprensibles, no estaban interesadas en culturas sin desarrollo.

Así el problema se concretó en acelerar la evolución cultural de los planetas hermanos de la Tierra, por medios de difusión, a fin de convertirlos en un todo efectivo para combatir a la futura amenaza. Y esto tenía que ser hecho en tal forma que los nativos de los planetas desconocieran totalmente que no eran los amos de su propio destino, ya que tal concepto producía un estancamiento cultural e introducía elementos de corrupción en las configuraciones planetarias. Frecuentemente se había dicho que la misma Tierra se hallaba en tal posición, siendo controlada por las máquinas, pero ése no era el caso... la elección había sido racional, y podían abandonar las máquinas, bajo su propio riesgo, en cualquier momento.

Eso, al menos, es lo que decían los pensadores de la Tierra.

Los largos meses se convirtieron en años y, aunque inactivo, Conan Lang aprovechó bien su tiempo. Estaba bien tener una oportunidad de relajarse y pensar las cosas; era bueno para el alma el detenerse a mitad de camino en la vida y repararlo todo. Al menos, era posible sacar algún sentido de las cosas, y el frenético correr a ningún sitio perdía parte de su chillona insensatez.

Conan Lang sonrió sin humor. Todo eso estaba muy bien para él, pero ¿y los nativos cuyas ideas estaban desarraigando? Desde luego, eran seres humanos también, y a la larga perderían tanto como los terrestres; pero ellos no entendían el problema, no *podían* entenderlo. La verdad es que estaban siendo utilizados, utilizados para su propio beneficio tanto como para el de los otros, pero utilizados a pesar de todo.

Era cierto que la vida primitiva no era ningún lecho de rosas. No era como, se indicó Conan Lang a sí mismo, si los hombres de la Tierra estuvieran reptando, como una serpiente, en un idílico Jardín del Edén. Todo lo que estaban haciendo era acelerar el ritmo normal de cambio de un determinado planeta. Pero esto causaba enormes alteraciones en la cultura tal como ésta existía: hacía caer a algunos y elevaba a otros a posiciones de mando. Tal vez esto no era más que lo que hacía la vida de por sí, y posiblemente con mejor razón, pero uno no se podía justificar con eso cuando tenía que enfrentarse con los ojos de un hombre que de gobernante había descendido a esclavo debido a lo que uno había hecho en su planeta.

La dificultad real era que uno no podía *ver* la amenaza. Estaba allí, de acuerdo, una amenaza al lado de la cual todos los conflictos de la raza humana no eran nada. Pero siempre había sido difícil para los hombres ponerse a trabajar antes del último momento posible, prepararse en vez de continuar sentados y confiar en que ocurriera lo mejor. El que el hombre se estuviera esforzando ahora, como nunca antes lo había hecho, frente a una amenaza invisible de las estrellas, incluso para salvar su propia existencia, era un monumento a su madurez. Hubiera sido tan fácil, tan agradable el tomárselo con tranquilidad y disfrutar de una vida segura y cómoda... y sin ninguna duda eso hubiera significado el fin de la raza humana.

De una cosa estaba seguro Conan Lang: cuando el hombre dejaba de investigar, dejaba de trabajar y soñar y de tratar de alcanzar cimas imposibles, cuando no deseaba nada más y se reclinaba complaciente, en ese día se convertía en una insignificancia atrofiada.

Sirio Diez había sido un proyecto relativamente fácil debido a la amplitud planetaria de su cultura. Sirio Diez solamente tenía un enorme continente y un gran mar. Los nativos compartían básicamente el mismo sistema de vida, edificado alrededor del cultivo de la fruta seca de arroz, y los equipos del Cuerpo de Operaciones se encontraron solamente con un problema principal en vez de cientos de ellos como era lo corriente. Ciertamente que alguna gente vivía en las orillas del mar, así como un grupo en una isla, y tenía una cultura diferente basada en la pesca, pero su número era insignificante y prácticamente se les podía ignorar.

La fruta seca de arroz era cultivada por un método de siembra y barbecho, con el cual un campo daba una buena cosecha solamente una vez, antes de que el terreno se empobreciera y la gente tuviera que marcharse. Bajo estas condiciones, nunca se producía la propiedad individual de los terrenos, y se podía decir que no existían desigualdades de riqueza. Las familias trabajaban en mancomunidad los diferentes campos cada año, y puesto que no existía mercado para una producción sobrante no se efectuaba ningún esfuerzo para cultivar más terreno del que era necesario.

Los nativos Oripesh de Sirio Diez tenían un desarrollado culto de adoración a los antepasados, y creían que sus difuntos estaban siempre vigilándoles y guiándoles los

pasos. Puesto que cualquier cosa que los antepasados hicieran tenía automáticamente como apoyo la aprobación de la tradición, el Cuerpo decidió actuar a través de ellos, siendo un asunto sencillo el presentar a los Agentes del Cuerpo como antepasados que habían vuelto de su lugar de morada en las montañas para ayudar a su pueblo. Con preparaciones cuidadosas y hombres experimentados esto no había sido muy difícil, pero siempre había errores, accidentes. Los hombres no eran como los productos químicos, y por tanto no siempre reaccionaban como se suponía debían hacerlo. Siempre había una variable individual a tener en cuenta. Si un Agente del Cuerpo vivía lo suficiente como para jubilarse, uno sabía que era un hombre que dominaba su profesión y que había tenido una suerte fuera de lo normal.

Sirio Diez tenía que pasar del Nivel Cuatro al Nivel Cinco. Esto significaba un cambio monumental en la economía, estructura social y tecnología. Un cambio que los hombres de la Tierra habían necesitado varios siglos para efectuarlo. Los miembros del Cuerpo de Operaciones tenían que hacerlo en cuestión de pocos años. Y así lo intentaban, provistos de una variedad de la fruta de arroz que crecía bien en terreno húmedo y de un buen conocimiento de irrigación.

Con semejante palanca podían mover un mundo.

Habían pasado tres años cuando Conan Lang volvió a Sirio Diez. La nave patrullera descendió sobre sus antigravs y Conan esperó impacientemente a que se abriera el conducto de salida. Su corazón le golpeaba en el pecho y sus labios estaban secos. Era casi como volver a casa otra vez.

Introdujo su cuerpo, ya fuerte otra vez, en el conducto de salida, y se encontró en el verde campo que había plantado hacía ya tanto tiempo. Respiró profundamente el aire húmedo familiar y sonrió abiertamente al ardiente y tórrido sol sobre su cabeza. Era estupendo estar de vuelta, de vuelta a un lugar igual a otros tantos lugares que había conocido, lugares que se parecían tanto a un hogar como podían serlo sin Kit. La brisa susurraba suavemente a través de las verdes frutas de arroz y él gesticuló hacia Julio que llegaba corriendo a través del campo para recibirlo. Ésta era, lo sabía, su gente... y había echado a faltar a Andy durante todos esos años.

—¡Hola, Julio! —sonrió, mientras estrechaba la mano de Medina—. ¿Cómo va esto?

—Muy bien, Conan —dijo Julio, en voz baja—. Muy bien.

—El muchacho, ¿cómo está el muchacho?

—Andy está muerto —dijo Julio Medina.

Conan Lang se quedó rígido, mientras un puño de hierro lo golpeaba en el estómago con precisión fría y monótona. Andy muerto. No podía ser, *no podía ser*. No había tenido ninguna noticia, nada. Apretó sus puños. No podía ser verdad.

Pero lo era. Lo sabía con fría certeza.

—Ocurrió el otro día, Conan —dijo Julio—. Era un buen muchacho.

Conan Lang no podía hablar. *El planeta entero*, le decía su mente, torturándolo. *El asqueroso planeta entero no valía la vida de Andy*.

—Fue un accidente —dijo Julio, manteniendo su voz cuidadosamente en tono normal—. Tal como nos habíamos figurado, se produjo una lucha entre poblados rivales. Andy fue allí en busca de información y se encontró entre ellos. Fue herido, por equivocación, con una lanza. No tenía salvación, pero consiguió caminar y volver aquí antes de morir. Los Oripesh no sospechan que no era un dios y que podía morir como cualquiera. Nos salvó al resto al volver aquí... eso es algo.

—Sí —dijo Conan amargamente—, eso es algo.

—Lo enterré aquí en el campo —continuó Julio Medina—. Pensé que le hubiera gustado. Él... te mandó un adiós, Conan.

Había pasado mucho tiempo desde que Conan Lang había tenido lágrimas en los ojos. Se giró sin una palabra y se alejó, a través del verde campo y hacia la choza donde podría estar solo.

V

Desde aquel momento, por un mudo acuerdo mutuo, los dos hombres no mencionaron nunca más el nombre del muchacho. En sus informes escribieron lo mejor posible sobre él, y eso fue lo máximo que pudieron hacer por Andy Irvin.

—Creo que casi hemos terminado aquí, Conan —le dijo Julio—. Me gustaría que hicieras tu propia inspección para ver si llegamos a las mismas conclusiones. La lucha se ha calmado un poco ahora. Los nativos están preocupados porque esa lanza hirió por error a un antepasado y están celebrando rituales destinados a apaciguarnos. No te encontrarás con ningún problema, y podremos terminar con esto.

Conan Lang asintió.

—Será estupendo volver a casa otra vez, ¿eh, Julio?

—Sí, claro. Y tú te vas a quedar.

Conan Lang levantó las cejas.

—No es ningún secreto que están a punto de promocionarte —dijo Julio—. Creo que éste es tu último trabajo de campaña.

—Bueno, eso suena bien.

—Acuérdate de todos los pobrecitos que estamos aquí en las estrellas, los trabajadores esclavos del Cuerpo de Operaciones. Devuélvenos a todos a casa, Conan, y nos sentaremos juntos en la sombra y beberemos vino fresco y comeremos pescado y nos contaremos mentiras los unos a los otros.

—Considéralo hecho —dijo Conan Lang—. Y os daré a todos algunas medallas más.

—Ya tengo medallas.

—No puedes tener *demasiadas* medallas, Julio. Además, van bien para olvidar las penas.

—No me van bien para *mis* penas.

Conan Lang sonrió y encendió su pipa. *El muchacho*, susurró su mente. *Al muchacho le gustaba esa pipa*. Apartó el pensamiento de su mente. Un hombre debía aceptar la muerte en su camino, se dijo a sí mismo. Aún cuando fuera un muchacho que le hacía a uno acordarse de sí mismo hacía un millón de años...

Hacía un millón de años.

—Empezaré mañana —dijo Conan Lang—. ¿Conoces a Ren, Julio?

—¿El hijo del jefe? Sí.

—¿Cómo le ha ido?

—No muy bien, Conan. Fue por esa mujer suya, Loe: se la quitó uno de los hombres que nosotros hicimos ricos; no ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

—Somos unos grandes tipos, Julio.

—Sí.

Conan Lang se quedó silencioso y los dos hombres permanecieron juntos en el cálido aire del atardecer, observando como el gran sol doble se hundía en el horizonte mientras las largas y negras sombras llegaban desde el lejano extremo del mundo.

A la mañana siguiente, Conan Lang se levantó con la aurora para efectuar su inspección final. Sabía muy bien lo que iba a encontrar. Julio Medina era un hombre con experiencia y su información era de fiar. Pero siempre producía un shock el verlo por sí mismo. Uno nunca se acostumbraba. Pensar que una cosa tan pequeña, una cosa que parecía tan insignificante, podía cambiar a un planeta más allá de lo reconocible. Una fruta de arroz...

El aire ya era caluroso cuando pasó los campos de los nativos. Sus plantas de fruta de arroz eran altas y sanas, y sus canales de irrigación estaban bien construidos. Sacudió su cabeza y caminó hacia el poblado.

Donde había estado el amistoso poblado, abierto y rústico, había ahora una gran pared de troncos. Frente a la pared había una serie de profundos y siniestros pozos. Detrás de la pared, podía ver el remate de robustos edificios de madera, algo bien diferente de las chozas de solamente hacía unos pocos años. Conan Lang no hizo ningún intento de ocultarse sino que caminó abiertamente hasta los fosos y los cruzó por un puente de madera. Se detuvo en el exterior de la cerrada puerta.

—Os acordaréis de aquel que caminó entre las llamas —dijo en voz alta, en el lenguaje Oripesh—. Abriréis las puertas a vuestro hermano que viene a visitaros.

Por un momento no ocurrió nada, y luego la puerta se abrió. Conan Lang entró en el poblado.

El centinela nativo lo contempló con sospecha, pero mantuvo la distancia. Conan Lang observó que tenía un arco en la pared de troncos. No había nada como los

combates constantes para el desarrollo de nuevas armas, reflexionó. La civilización estaba trayendo aceleradamente sus bendiciones a los Oripesh.

Conan Lang caminó a través del poblado sin ser molestado, tomando mentalmente rápidas notas. Vio almacenes para la fruta de arroz y observó a unos esclavos que eran conducidos a trabajar en los campos. Las casas del poblado eran fuertes y confortables, pero había un aire de tensión en el poblado, una sensación extraña. Conan Lang se acercó a un nativo y lo detuvo.

—Hermano —dijo—. Quiero ver a los jefes. ¿Dónde están?

El nativo lo miró cautelosamente.

—Los Oripesh no tienen jefes —dijo—. Nuestro rey está en consejo.

Conan Lang asintió, sintiéndose enfermo interiormente.

—Está bien —dijo—. Ren... quiero verlo.

El nativo señaló despreciativamente con su pulgar hacia la parte de atrás del poblado.

—Allí está —dijo—. Afuera.

Conan Lang continuó a través del poblado, observando, viéndolo todo. Lo atravesó y salió al exterior a través de la pared posterior. Allí, las chozas al antiguo estilo nativo se cocían en la inmundicia bajo el ardiente sol. No había pared de madera alrededor de las mismas, a pesar de que estaban dentro del sistema de fosos. Un cerdo escarbaba en la basura entre las chozas.

«Los barrios bajos» se dijo Conan Lang.

Caminó entre las chozas, ignorando los ojos temerosos y llenos de sospecha de los nativos. Encontró a Ren preparándose para ir a los campos. El hijo del jefe estaba delgado. Parecía cansado y sus ojos eran opacos. Vio a Conan, pero no dijo nada.

—Hola, Ren —dijo Conan Lang.

El nativo solamente lo miró.

Conan Lang trató de pensar en algo que decir. Sabía lo que había ocurrido. Los jefes y sus hijos habían estado tan ocupados con el trabajo ritual para la tribu que se habían quedado atrás en el cultivo de la nueva fruta de arroz. Habían continuado siguiendo las viejas costumbres por demasiado tiempo y su gente los había dejado atrás.

—Puedo ayudarte, hermano —dijo Conan Lang suavemente—. No es demasiado tarde.

Ren no dijo nada.

—Te ayudaré dándote un campo para ti —dijo Conan Lang—. ¿Quieres que te ayude?

El nativo lo miró y sólo había odio en sus ojos.

—Dijiste que eras mi amigo —dijo. Sin decir nada más, se giró y se marchó. No miró hacia atrás.

Conan Lang se secó el sudor de su frente y continuó con su trabajo. La parte sensible de su mente retrocedió hasta un oscuro y aislado rincón y Conan caminó,

haciendo preguntas, observando, tomando notas mentalmente.

Una cosa pequeña, pensó.

Una nueva clase de planta.

Una semana más tarde, Conan Lang había terminado su inspección. Se sentó con Julio frente al fuego de la cocina, en el atardecer, fumando su pipa y contemplando las sombras en el campo.

—Bien, hicimos un buen trabajo —dijo—. Es horrible.

—Hubiera ocurrido lo mismo sin nosotros —le recordó Julio—. No sirve para nada estar pensando en ello. A veces es duro, pero es un pequeño precio a pagar por la supervivencia.

—Sí —dijo Conan Lang—. Seguro.

—¿Tus resultados concuerdan con los míos?

—Casi todos. Es la misma historia de siempre, Julio.

Conan Lang continuó fumando lentamente, reconstruyendo lo que había ocurrido. La nueva fruta de arroz había hecho que fuera valioso, para una familia, el continuar atendiendo un trozo de terreno que podía usarse una y otra vez. Pero solamente una limitada parte de la comarca podía ser utilizada, debido a factores naturales tales como la presencia o ausencia de agua disponible. Las familias que no se habían precipitado a adueñarse de los campos habían quedado virtualmente excluidas, y la sociedad estaba dividida entre los hacendados y los desposeídos. Gradualmente, los que no tenían tierras habían tenido que alejarse más y más del poblado principal para encontrar tierras en las que plantar el antiguo tipo de fruta de arroz. A veces sus campos estaban tan lejos que no podían hacer el viaje de ida y vuelta en un solo día. Y no podían irse demasiado lejos para empezar de nuevo debido a las luchas tribales que se producían entre poblados ahora que los valiosos almacenes de fruta de arroz estaban allí para apoderarse de ellos. La vieja unión de la cooperación familiar se había roto y los esclavos eran económicamente rentables.

Ahora que el poblado no necesitaba trasladarse periódicamente, se había convertido también en algo valioso y por ello se hallaba fortificado para la defensa. Un viejo jefe, convertido en poderoso por los campos de fruta de arroz, se estableció como rey y los demás jefes fueron a trabajar en sus campos.

Sirio Diez estaban aún en transición, desde luego. Mientras las viejas costumbres estaban siendo destruidas, otras nuevas, poco obvias para el no entrenado, estaban tomando su lugar. Desintegración y reintegración iban juntas, pero aún sería duro para los nativos durante un tiempo. Las técnicas del Cuerpo de Operaciones habían acelerado la acción casi en forma increíble, pero desde ahora los Oripesh eran dueños de su destino. Continuarían con su desarrollo individual y, a pesar de que no había dos pueblos que pasaran exactamente por el mismo estadio al mismo tiempo, era posible predecir una dirección general del planeta. Llegaría un día en que los Oripesh

aprenderían a escribir, ya que ahora tenían un imperfecto sistema criptográfico para usos rituales. Cuando finalmente se estableciera el contacto que llegaría en el futuro de las estrellas hostiles, ¿qué historias habrían escrito? ¿A quién recordarían, qué olvidarían? ¿Quedaría alguna leyenda o mito que hablara del lejano tiempo cuando los dioses habían venido de las montañas para cambiar las vidas de su pueblo?

Ésa era la forma de verlo. Conan Lang golpeó su pipa contra una roca. Míralo como un problema, como un ejemplo de libro de estudio. Olvídate de la gente, de los individuos que no puedes ayudar, de las vidas que has hecho y de las que has destrozado. Olvídate de eso y piensa en términos de beneficio a largo plazo.

O al menos trata de hacerlo.

—Hemos terminado aquí, Julio —dijo Conan Lang—. Ahora podemos volver a casa.

—Sí —dijo Julio Medina—. Ha pasado un largo tiempo.

Los dos hombres continuaron sentados en la oscuridad, silenciosos, cada uno con sus propios pensamientos, mirando la luna amarilla que navegaba a través de las estrellas plateadas.

Después de haber llamado a la nave patrullera, no había nada que hacer excepto esperar hasta que su recogida pudiera ser coordinada con el programa de tiempo de los otros hombres del Cuerpo y con el programa operacional del crucero estelar. Conan Lang trabajó en sus informes mientras Julio se estiraba bajo la sombra e ideaba juegos de cartas intrincados e imposibles con un mutilado mazo de naipes que era lo suficientemente viejo como para tener ya de por sí un interés antropológico.

Conan Lang también tenía un juego. Lo jugaba con su mente pero no participaba en forma voluntaria. Su mente había tomado parte en él anteriormente y ya estaba cansado del mismo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. No había ningún botón para desconectar su mente, y mientras funcionase continuaría incesantemente con el juego.

Estaba empeñada en sumar dos y dos.

En sí mismo, esto no era nada extraordinario, aunque no tan popular como algunos creían. Pero Conan Lang jugaba en donde otros no veían ni el juego, y mucho menos una serie de dosis con una relación entre ellos. No hay nada tan difícil de ver como lo que es calificado de obvio, después del hecho. La mente de Conan Lang había jugado durante toda su vida con lo obvio; y no había forma de dejarlo. No le gustaba, y había momentos en los que hubiera preferido dejarlo todo e irse a pescar sin un solo pensamiento en su cabeza, pero no podía hacer nada. Cuando su mente quería efectuar el juego, lo hacía y eso era todo.

Mientras esperaba la nave de la patrulla, su mente estaba jugando con una serie de factores. Tenía la historia de la Tierra, tomada como una vasta secuencia completa. Estaban los ordenadores, la energía atómica, y las técnicas de campaña del Cuerpo de

Operaciones. Había el hecho de que la Tierra nunca había sido visitada por seres de otros planetas, siempre eran ellos los que efectuaban el contacto. Estaba el nuevo principio del que le había hablado el Almirante White, el factor de integración-aceleración para correlacionar datos. Tenía la energía increíble y explosiva del hombre que los había lanzado a años-luz en el espacio. Y su desafiante corazón, que podía emprender el trabajo prodigioso de remodelar una galaxia cuando todo iba en contra suya.

Conan Lang sumó dos y dos, y no obtuvo cuatro, sino cinco.

Aún no sabía las respuestas, pero sabía lo suficiente como para formular correctamente las preguntas. Por su pasada experiencia, sabía que ésa era la parte más difícil del juego. Las respuestas incorrectas normalmente eran el producto de una pregunta errónea. Una vez que uno tenía la pregunta correcta el resto era una cuestión de tiempo.

Finalmente llegó la nave patrullera, y Conan Lang y Julio Medina caminaron sobre el suelo de Sirio Diez por última vez. Cruzaron el campo donde crecían las verdes plantas, y ninguno de ellos trató de decir lo que estaba en su corazón. Tres habían venido y sólo dos podían irse. Andy Irvin había vivido y trabajado y soñado solamente para caer sobre un planeta extraño a años-luz de la Tierra. Era parte del precio que se había de pagar por la supervivencia... y fue también un muchacho, con estrellas en sus ojos, que había tenido un final estúpido y sin sentido.

Después de que la nave patrullera hubo partido, las verdes hojas de las plantas se alargaron hambrientamente hacia el llameante sol. El agua límpida borboteó a través de las zanjas de irrigación, alimentando a las raíces en el campo. Suavemente, como con tristeza por todos los recuerdos que transportaba, la solitaria brisa susurró a través de la choza vacía que había albergado a los hombres de la Tierra.

VI

El crucero estelar atravesó las profundidades sin senderos del espacio interestelar impelido por la energía atómica. El zumbido que llenaba la nave era un sonido agradable, y la nave parecía temblar con orgullo e impaciencia. Había siempre una diferencia según el sentido en que uno viajaba en el espacio, y la nave regresaba a casa.

Conan Lang ando a lo largo de los blancos corredores y caminó cerca de la popa donde habían estado los sacos marrones de la fruta de arroz. Leyó en la biblioteca y bromeó con los médicos que habían salvado su cuerpo quemado. Y siempre, más allá de él, flotando en el gran vacío del espacio, estaban las caras de Kit y de su hijo, esperándole, llamándole a casa otra vez.

Rob debía haber crecido bastante, pensó. Pronto ya no sería más un muchacho,

sería un hombre, ocupando su sitio en el mundo. Conan recordó la voz de su hijo en un millar de charlas tranquilas en el fresco aire del atardecer, sus ojos rápidos y animados...

Como los de Andy.

«Papá, ¿cuando sea mayor podré ser como tú? ¿Podré ser un Agente y viajar en las naves a otros mundos y tener un uniforme y todo lo demás?».

¿Qué podía uno decirle a su hijo ahora que uno había vivido largo tiempo y se suponía que sabía tanto? ¿Que la vida en el Cuerpo de Operaciones llenaba a un hombre de cosas que tal vez sería mejor no conocer? ¿Que las sendas de las estrellas eran frías y solitarias? ¿Qué había modos de vivir más sencillos y cómodos? Todo eso era cierto; todos los hombres que iban en las naves lo sabían. Pero también sabían que, para ellos, ésa era la única clase de vida que valía la pena vivir.

El tiempo transcurrió lentamente. Conan Lang estaba impaciente por ver a su familia otra vez, ansioso de llegar a casa. Pero su mente no le dejaba descansar. Había cosas que tenía que saber, cosas que *sabría* antes de que se fuera a su hogar.

Conan Lang tenía ahora las preguntas correctas. Tenía las preguntas correctas y sabía donde estaban ocultas las respuestas.

Fritz Gottlieb.

Apenas había aterrizado el crucero estelar en el Astropuerto Uno cuando Conan Lang saltó a las pistas de duraluminio. Puesto que los movimientos de las naves estelares eran siempre un asunto de máximo secreto, no había nadie en el astropuerto para recibirlo y, por esta vez, Conan se alegró de tener unas pocas horas libres para sí. El Almirante White no esperaba que se presentara hasta mañana, y antes de ver a Kit deseaba aclarar las cosas de una vez.

El amistoso sol de la Tierra le dio calor mientras se apresuraba a través de las pistas y notaba que el aire era limpio y fresco. Subió a una burbuja oficial, se elevó en el cielo azul, y partió hacia el este pasando sobre la ciudad. Su cerebro estaba hirviendo y notó un sudor frío en las palmas de sus manos. ¿Qué era lo que le había dicho Gottlieb aquel día, hacía tanto tiempo?

«A veces es mejor no saber las respuestas a ciertas preguntas, Dr. Lang».

Bien, de todos modos iba a saber las respuestas. Todas ellas. Hizo aterrizar a la burbuja en el espacio anexo al edificio de la cibernética y se apresuró a entrar, mostrando su identificación rápidamente al pasar. Se detuvo en el control de comunicaciones y mostró sus credenciales de prioridad.

—Llame al Nido, por favor —dijo al operador—. Dígame al Dr. Gottlieb que Conan Lang está aquí y desea verlo.

El operador asintió y habló en el intercom. Hubo una pequeña dilación, y luego se quitó los auriculares y sonrió a Conan Lang.

—Puede subir, Dr. Lang —dijo el operador—. El Dr. Gottlieb lo estaba

esperando.

Conan Lang dominó su asombro, subió en el ascensor y recorrió los largos corredores blancos. ¿Lo estaba esperando? Pero eso era imposible. Nadie sabía siquiera que el crucero estelar estuviera regresando y mucho menos que él se dirigiera aquí, al Nido. Imposible...

Alrededor suyo, en el gran edificio, sentía la presencia del gigantesco cerebro mecánico con sus millones de circuitos y el destello de los tubos. El cerebro se manifestaba a su alrededor y le hacía sentirse pequeño e insignificante. Zumbaba y bordoneaba a través de las paredes blindadas.

Riéndose de él.

Conan Lang pasó a través de los asistentes y hombres de seguridad y abrió la puerta del Nido. Entró en la pequeña y oscura habitación e hizo una pausa para que sus ojos se acostumbraran a la débil luz. La estancia estaba silenciosa. Gradualmente, la sombra detrás del escritorio tomó forma y se encontró mirando a los ojos glaciales de Fritz Gottlieb.

—Dr. Lang —silbó suavemente—. Bienvenido al Nido del Buitre.

El hombre no había cambiado; parecía vivir fuera del tiempo, ser eterno. Aún iba vestido de negro y podrían haber pasado minutos en vez de años desde que Conan Lang lo vio la última vez. Sus gruesas cejas eran como manchas horizontales en su pálida cara y sus manos de largos dedos estaban ligeramente cerradas, como garras sobre su escritorio.

—¿Cómo sabía que iba a venir aquí? —Ahora que se hallaba cara a cara con Gottlieb, Conan Lang se sintió súbitamente inseguro de sí mismo.

—Sé muchas cosas, Dr. Lang —dijo Fritz Gottlieb, sibilante—. Si hubiera querido, hace diez años podría haberle dicho la fecha exacta, día más, día menos, en la que íbamos a tener esta reunión. Podría haberle dicho lo que iba usted a decir cuando atravesara la puerta, y lo que va a decir dentro de cinco minutos.

Conan Lang se quedó mirándolo, sintiéndose como un absurdo chiquillo que presumiera de querer luchar contra un gorila. Su mente retrocedió ante el extraño hombre situado frente a él y finalmente supo que no sabía nada.

—Yo no desperdicio palabras, Dr. Lang —dijo Gottlieb, sus ojos fríos y su cabeza inmóvil—. Recordará que cuando nos vimos la última vez deseaba usted hacer algunas preguntas a la máquina. ¿Recuerda lo que le dije, Dr. Lang?

Conan Lang rememoró a través de los años. «*Tal vez algún día, Dr. Lang*», había dicho Gottlieb. «*Cuando sea viejo como yo*».

—Sí —dijo Conan Lang—. Lo recuerdo.

—No estaba usted preparado entonces —dijo el Dr. Gottlieb con su blanca cara brillando fantasmal en la débil luz—. Ni siquiera hubiera podido formular las preguntas correctas, al menos no todas ellas.

Conan Lang quedó silencioso. ¿Cuánto sabía Gottleib? ¿Había algo que no supiera?

—Ahora ya es lo suficientemente viejo —dijo Fritz Gottleib.

Oprimió un interruptor y la superficie del escritorio relució con una mortecina luz roja. Su cara, reflejada como en un resplandor llameante, era ultraterrenal. Sus fríos ojos miraban desde el infierno. Se irguió, pareciendo aumentar de estatura, llenando la habitación. Caminando sin producir ruido, dejó la habitación y cerró la puerta tras él.

Conan Lang estaba solo en la roja estancia. Su corazón le golpeaba en la garganta y sus labios estaban secos. Apretó los puños y tragó. Solo...

Solo con la gran máquina.

Conan Lang se serenó. A propósito, se obligó a efectuar los regulares y prosaicos movimientos de encender su pipa. El tabaco tenía buen cuerpo y fragancia y eso le ayudó a relajarse. Fumó lentamente, tomándose tiempo.

El resplandor rojo del escritorio llenaba la estancia con el color de la irrealidad. Sombras carmesíes parecían agazaparse en los rincones con una imposible vida propia. ¿Pero había algo imposible aquí? Conan Lang sintió el pulso de la gran máquina a su alrededor y se maravilló.

Tratando de deshacerse de un persistente sentimiento irreal de ensueño, Conan Lang caminó y se sentó tras el escritorio de Gottleib. El panel rojo era un laberinto de interruptores que se utilizaban para integrarlo con los paneles técnicos de otras secciones del edificio. En el centro del panel había un teclado de circuito abierto para la máquina y en el escritorio había un cuadro transparente, como una pantalla de televisión. Conan Lang advirtió que no había nada en el escritorio de Gottleib que no estuviese relacionado directamente con la máquina... no había recuerdos, ni fotografías, ni pisapapeles, ni uno solo de esos objetos dispares que la mayor parte de los hombres recogen sobre sus mesas a lo largo de una vida. Toda la habitación asombraba por su misma impersonalidad, como si toda emoción humana hubiera sido expulsada de allí dentro hacía largo tiempo, siendo luego aislado el recinto para prevenir su posible retorno.

Las máquinas nunca dormían y los circuitos estaban abiertos. Conan Lang tan sólo tenía que hacer cualquier pregunta y ésta sería contestada. El resplandor rojo de la habitación le hizo recordar el fuego, por lo que, a pesar suyo, tuvo un escalofrío. ¿Habían realmente pasado ya tres años desde que ocurrió aquello? ¿Qué era lo que había aprendido durante esos tres años en los que había visto a los Oripesh cambiar ante sus propios ojos y por fin había tenido tiempo de pensar en su propia vida? ¿Cuánto le quedaba aún por aprender?

Conan Lang dio una larga chupada a su pipa y dispuso el panel del escritorio para consulta por operación manual y respuesta por escritura en pantalla. Dudó por un

momento, casi atemorizado por la máquina que se hallaba a su disposición. De repente se dio cuenta de que realmente *no* deseaba saber. Pero no era esto. Más bien era que *tenía* que saber.

Pensando cuidadosamente en lo que escribía, Conan Lang imputó la pregunta que le había estado atormentando durante largos años:

¿ESTÁ SIENDO SOMETIDA LA TIERRA A UN PROCESO DE MANIPULACIÓN?

Esperó nerviosamente, seguro de la respuesta, pero sin embargo temeroso de la misma. Se oyó un débil, casi inaudible zumbido, que provenía de la máquina, y Conan Lang casi pudo notar como se cerraban los circuitos en las grandes paredes que lo rodeaban. El aire estaba cargado de tensión. Se oyó un breve click y se dibujó una palabra en tonos oscuros sobre la translúcida pantalla:

—*SÍ.*

Conan Lang se inclinó hacia adelante, seguro ya de lo que debía hacer, y tecleó otra pregunta:

¿DURANTE CUÁNTO TIEMPO HA ESTADO SIENDO MANIPULADA LA TIERRA? Y ESTE CONTROL ¿HA SIDO PARA BIEN O PARA MAL?

La máquina zumbó y respondió al momento:

LA TIERRA HA ESTADO SIENDO GUIADA DESDE EL AÑO MIL NOVECIENTOS D. J. LA SEGUNDA PARTE DE SU PREGUNTA NO TIENE SIGNIFICADO.

Conan Lang dudó, vacilante a pesar de sí mismo, dada la información que estaba obteniendo. Luego, escribió rápidamente:

IGUÁLESE EL DATO BIEN CON SUPERVIVENCIA DE LA RAZA HUMANA.

La pantalla se difuminó, quedó en blanco, y se formaron las palabras:

EL CONTROL HA SIDO PARA BIEN.

La respiración de Conan Lang era ahora un jadeo. Mecnografió nerviosamente:

¿PROVIENE ESTE CONTROL DE ALGÚN LUGAR DE ESTA GALAXIA? SI ES ASÍ, ¿DE DÓNDE? ¿ESTÁ SIENDO ESTA MÁQUINA CONTROLADA HABITUALMENTE POR ALGÚN AGENTE QUE NO SEA DE LA TIERRA?

El zumbido de la máquina llenó la rojiza habitación y la pantalla mostró la respuesta:

EL CONTROL HA VENIDO DE UN PUNTO DE ESTA GALAXIA. SU ORIGEN ESTÁ EN UN MUNDO LLAMADO RERMA, QUE ORBITA UNA ESTRELLA SITUADA EN EL BORDE DE LA GALAXIA Y QUE ES DESCONOCIDA PARA LA TIERRA. EL HOMBRE CONOCIDO COMO GOTTLEIB ES UN AGENTE DE RERMA.

La pipa de Conan Lang había sido olvidada y se había apagado. La dejó sobre la mesa y se pasó la lengua por los resecos labios. Hasta aquí todo iba bien, pero aún no había hecho la pregunta primordial, la más importante. La hizo:

SI ES SEGUIDO EL PLAN, ¿CUÁL SERÁ EL RESULTADO FINAL CON RESPECTO A RERMA Y A LA TIERRA?

La máquina zumbó de nuevo entre el resplandor sanguinolento y la respuesta llegó rápida, con una tremenda y muda tragedia que se podía leer entre sus desnudas líneas:

SI SE SIGUE CUIDADOSAMENTE EL PLAN, RERMA SERÁ DESTRUIDA Y LA TIERRA SOBREVIVIRÁ.

Conan Lang notó como sus ojos se le llenaban de lágrimas, y no sintió vergüenza por ello. Olvidándose ya del tiempo, se inclinó hacia adelante, haciendo preguntas, leyendo las respuestas, mientras la terrible y maravillosa historia le iba siendo revelada.



En los límites exteriores de la galaxia, el antiguo planeta Rerma orbitaba alrededor de su sol amarillo. La vida había evolucionado hacia mucho en Rerma... había evolucionado pronto y se había desarrollado rápidamente. Mientras los otros pueblos humanoides de la galaxia estaban aún viviendo en cavernas, los habitantes de Rerma estaban ya edificando una gran civilización. Cuando la Tierra forjó su primera espada de metal, en Rerma se desintegró el átomo.

Rerma era un mundo dedicado a la ciencia: a la verdadera ciencia. La ciencia había eliminado la guerra y convertido el planeta en un paraíso. La literatura y las artes florecían conjuntamente con el progreso científico, y los científicos trabajaban rodeados de tranquilos jardines en los que bellas fuentes salpicaban y gorgoteaban bajo el sol. Cada hombre era libre para realizarse como individuo y ningún hombre inclinaba su frente ante otro hombre.

Los habitantes de Rerma eran la raza humana en su cénit.

Pero los humanos de Rerma eran pocos y no eran un pueblo guerrero. No es que, enfrentados con una emergencia, no luchasen, sino que simplemente no podían triunfar en un conflicto de larga duración. Sus mentes no funcionaban así. Los habitantes de Rerma habían evolucionado hasta un punto en el que se hallaban demasiado especializados, demasiado bien ajustados a su hábitat.

Y su hábitat cambió.

Tan sólo fue una cuestión de tiempo hasta que los seres de Rerma hicieron las preguntas correctas a sus ordenadores y obtuvieron la respuesta de que su mundo, situado al borde de la galaxia, se hallaba directamente en el camino de una futura colisión cultural entre dos sistemas estelares. Imputaron los datos una y otra vez, y en cada una de ellas, las grandes máquinas les dieron la misma respuesta:

Rerma sería destruido.

Ya era muy tarde para que se pudiera alterar la ecuación en lo referente a Rerma: el planeta había ido ya muy lejos y estaba colocado en un lugar desafortunado. Pero para el resto de la raza humana, esparcida en los dispersos mundos que se movían a lo largo de los senderos estelares, todavía había una posibilidad. Había tiempo para que se alterase la ecuación en lo referente a ellos... ¿si es que se podía encontrar a alguien capaz de hacerlo! Porque los seres de Rerma tenían el conocimiento, pero ni tenían los recursos humanos ni el espíritu desafiante y emprendedor necesarios para llevar a cabo el trabajo por sí mismos. Eran capaces de tomar decisiones heroicas y seguirlas hasta el fin. Pero la tarea de remodelar un sistema estelar no era para ellos. Éste era un trabajo para una raza joven, una raza orgullosa y firme. Era un trabajo para los hombres de la Tierra.

Las naves de Rerma encontraron la Tierra en el año terrestre de 1900. Sabían que para que tuviese éxito su plan Rerma debería luchar en aquel distante día en que las galaxias entrasen en colisión, pues su potencia era considerable a pesar de su falta de capacidad para una lucha a largo plazo. Deberían presentar batalla, luchar y ser destruidos: el plan, la ecuación, se hallaba graduado hasta ese preciso punto. La

Tierra fue el único otro planeta que encontraron que se hallase lo bastante adelantado como para poder trabajar con ellos, y era imperativo que la Tierra no supiese que estaba siendo manipulada. No debía de sospechar que sus planes no eran suyos propios, pues una raza joven con su orgullo herido sería un aliado dudoso y un mecanismo combativo poco eficiente.

Los humanos de Rerma se pusieron a trabajar: dispuestos incluso a morir por un futuro que ya habían vivido. Los científicos de Rerma llegaron secretamente a la Tierra y, detrás de ellos, a años-luz de distancia, sus fuentes de cristal todavía brillaban con tristeza bajo el sol.

Rerma sería destruido... pero la raza humana no moriría.

Conan Lang se hallaba sentado solo en la habitación roja, hablando con una máquina. Una vez conocidos los hechos, todo aparecía claro, hasta era obvio. O bien no había razas avanzadas en la galaxia, lo cual explicaría el que no hubiesen datos sobre ningún contacto, o bien la Tierra había sido contactada secretamente, y manipulada con las mismas técnicas que ella misma utilizaría más tarde con los mundos no desarrollados.

Miró hacia atrás en la historia. Los cambios tan importantes como habían sido la revolución alimenticia del neolítico y la máquina de vapor habían sido producidos por la Tierra misma, convirtiéndola en el planeta más avanzado de la galaxia exceptuando a Rerma. La Tierra tenía una tradición de habilidad tecnológica tras ella y era joven y moldeable. Los Rerma llegaron, y tras eso se produjeron las guerras mundiales. ¿Por qué? No para vengar el honor de la realeza insultada, no debido a los fanáticos, no a causa de doctrinas en conflicto; sino realmente para salvar el mundo. Se habían producido las guerras mundiales para llegar a la energía atómica.

Después del año 1900, el desarrollo de la Tierra se había acelerado a un ritmo fantástico. Se había desintegrado el átomo y el hombre había saltado hacia los otros planetas de su sistema solar. Tal como Conan Lang había trabajado usando de los dioses ancestrales de los Oripesh para conseguir tremendos cambios en Sirio Diez, los Rerma había trabajado usando uno de los dioses de los terrestres: la máquina.

La cibernética.

El hombre saltó a las estrellas y los grandes ordenadores lo confrontaron inevitablemente con la amenaza del más allá que se acercaba, inevitablemente, más y más, con cada año que pasaba. Jóvenes y orgullosos, los hombres de la Tierra aceptaron el más asombroso desafío jamás lanzado... se abalanzaron a remodelar una galaxia para darles a sus hijos y a los hijos de sus hijos una posibilidad de vivir.

Y siempre, entre las sombras, tras los acontecimientos, estaban los antiguos seres de Rerma. Ayudaban, dirigían y aconsejaban sutilmente. Con una filantropía inigualada en todo el universo, esos representantes de una raza humana que maduró demasiado, prepararon a la Tierra para el liderato galáctico; y se prepararon a sí

mismos para morir en la frontera de la galaxia. Habían unificado a la Tierra y la habían empujado y llevado adelante a lo largo del camino de la supervivencia.

Cuando los Rerma podían haber huido y obtenido una más larga vida para ellos mismos, en lugar de hacer esto habían escogido, ellos que eran un pueblo amante de la paz, el luchar para dar otra oportunidad al hombre.

Conan Lang levantó la cabeza, sorprendido, para encontrarse con la negra figura de Fritz Gottlieb a su lado. Parecía viejo, muy viejo, en la luz rojiza, y Conan Lang lo miró con una nueva comprensión. La impaciencia de Gottlieb con los otros y la vasta vacía soledad en aquellos extraños ojos, todo eso lo podía comprender ahora. Conan Lang pensó asombrado en la vida que aquel hombre había llevado en la Tierra. Solitario, deseando amistad y comprensión, y teniendo siempre que evitar los contactos personales demasiado cercanos, teniendo siempre que luchar su solitaria batalla en una pequeña habitación estéril, sabiendo que los mismos hombres a quienes había dedicado su vida para ayudarlos se reían detrás de su espalda y lo comparaban a un pájaro de presa.

—He sido un necio, señor —dijo Conan Lang, poniéndose en pie—. Todos hemos sido unos necios.

Fritz Gottlieb se sentó otra vez detrás del escritorio y desconectó la máquina. El resplandor rojo se desvaneció y quedaron en la penumbra.

—Necios no, Dr. Lang —dijo—. Era necesario que usted se sintiera tal y como lo hizo. Los sentimientos de un hombre viejo, ¿qué es lo que valen en este juego en que participamos? Debemos mirar alto, doctor Lang.

Conan Lang esperó en las sombras, pensando, observando al hombre sentado frente a él como si lo viera por primera vez. Su mente aún iba a tientas, tratando de asimilar todo lo que había aprendido. Era mucho para aceptarlo en unas pocas horas, aún cuando uno estuviera preparado de antemano por suposiciones y conjeturas. Aún había otras preguntas, desde luego, varias preguntas. Sabía que aún tenía mucho por aprender.

—¿Por qué yo? —preguntó finalmente Conan Lang—. ¿Por qué se me ha dicho todo esto? ¿Soy el único que lo sabe?

Fritz Gottlieb negó con la cabeza, con su cara de una palidez fantasmagórica en el oscuro recinto.

—Hay otros que lo saben —dijo, sibilante—. Su oficial superior, Nelson White, lo sabe desde hace años. A usted se le ha dicho porque ha sido seleccionado para ocupar su puesto cuando él se retire. Si usted lo desea, trabajará junto a él aquí en la Tierra durante los próximos cinco años, y a partir de entonces se cuidará usted de todo.

—¿Tendré que dejar la Tierra... otra vez?

—No por ahora, Dr. Lang. El principio de integración-aceleración lo mantendrá

ocupado a usted; en realidad estamos pasando a la Tierra a otro estadio y los resultados serán muy amplios. Pero usted estará en casa, Dr. Lang, en su hogar, con su familia y su gente. Eso es todo, Dr. Lang —silbó Gottleib.

Conan Lang vaciló.

—Trataré de hacer lo mejor que pueda —dijo finalmente—. Adiós, señor... hasta la vista.

Conan Lang extendió su mano al hombre a quien él había llamado Buitre, y Gottleib la estrechó con un apretón firme y poderoso.

—Adiós, Conan —dijo suavemente Fritz Gottleib.

Conan Lang se volvió y salió del cuarto oscuro, dejando al hombre de Rerma sentado solitario en las sombras del Nido.

La pequeña burbuja se elevó verticalmente en sus hélices a través del cielo vespertino, flotó un momento en el fresco aire bajo las heladas estrellas, y luego partió impulsada por sus reactores hacia el oeste. Conan Lang ajustó los controles y se reclinó en su asiento, sintiéndose por fin en paz consigo mismo. *Había* un significado para todo esto, había un propósito, y Andy y todos los otros como él en los lejanos senderos no habían sacrificado su vida por nada.

Conan Lang respiró el límpido aire de la Tierra y sonrió feliz. Frente a él, aguardándole, estaban Kit y Rob, y no tendría que dejarlos otra vez. Abrió una ventana lateral y dejó que el viento soplara en su cara.

Título original:
BLOOD'S A ROVER

© 1952, *The Conde Nast Publications*, by arrangement with *Panorama Literary Agency*.

Traducción de S. Mas



EL RETORNO DE

**DOUG
SAVAGE**

La reaparición de los «Pulp»

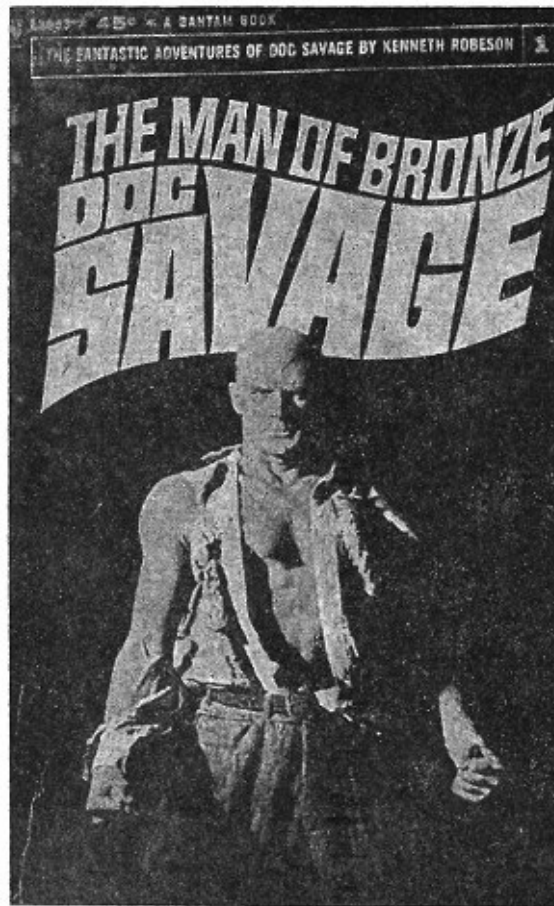
En 1960, la firma *Conde Nast Publications* adquiría la compañía *Street & Smith Publications* y, con ella, los derechos y originales de los millares de novelas «pulp», publicadas en los años 30, almacenadas en largos estantes de madera en el segundo piso de un edificio en la Segunda Avenida de Nueva York, entre las cuales figuraban las series de héroes tan famosos y memorables como DOC SAVAGE y LA SOMBRA.

Así descansaban en sus bien ganados laureles estos personajes que un día fueron la sensación y el furor de toda una generación, casi olvidados, volviéndose más y más secas y amarillentas las páginas que relataban sus aventuras, ya que el «pulp» nunca fue pensado para ser guardado para la posteridad. Parecía como si el reposo de los guerreros de aquella dorada y prolífica época ya no sería inquietado por nunca más. En estos tiempos de viajes a la Luna, de cohetes, de lasers y de bombas de hidrógeno, ¿quién iba a recordar a Doc Savage, a La Sombra, a Bill Barnes, al Operador 5, a El Capitán, a Dusty Ayres, a El Susurrador, a La Araña, al Detective Fantasma, al Dr. Muerte, a El Vengador, a Jim Wallace o al Agente Secreto X?

Y sin embargo, el reposo del héroe más extraordinario y original de todos los tiempos iba a ser molestado para que sus pasadas aventuras fueran nuevamente conocidas por la siguiente generación. No porque nadie se interesara perentoriamente por él, sino por uno de esos azares incidentales del destino. Cuando en Conde Nast Pub. aún ni siquiera sabían realmente qué clase de publicaciones había en las arcas de Street & Smith, fueron visitados por Harry Felsenstein, Vicepresidente de la United States Woven Label Co., de Nueva York, el cual había sido en su juventud un ferviente lector de Frank Merriwell y deseaba proponer la reaparición de tal personaje. La proposición no fructificó porque los archivos mostraron que los derechos ya habían revertido a su verdadero autor, Gilbert Patten. Entonces, Felsenstein indicó que Street & Smith había publicado otras series, famosas y solicitó autorización para tratar de interesar a algún editor sobre una reimpresión. Felsenstein se dirigió a Bantam Books, dándose la coincidencia de que, en esa firma editora, expuso el asunto a su director de editorial Marc Jaffe, quien en su tiempo había sido un fanático lector de la revista DOC SAVAGE.

El resultado fue que Bantam Books solicitó varios ejemplares para someterlos a examen. En la redacción hubo una cierta discusión sobre si era conveniente tratar de modernizar las historias, pero Jaffe insistió en que los originales se publicaran intactos.

Finalmente, en octubre de 1964, aparecía el primer volumen de la serie de DOC SAVAGE: «*The Man of Bronze*» (con una fabulosa portada del ilustrador Jim Bama), volumen que también fue el primero de la serie original iniciada por Street & Smith en Marzo de 1933.



La nueva edición de Bantam Books: «El hombre de bronce»

Hoy día, con 38 números publicados, un tiraje superior a siete millones de ejemplares y una creciente popularidad, parece ser que podemos esperar el ver continuar emergiendo esta famosa serie (a la cual se le ha añadido en 1969 la de LA SOMBRA) de las prensas de Bantam Books.

¿Quién es Doc Savage?

«Para el mundo en general, Doc Savage es un extraño y misterioso personaje de reluciente piel bronceada y de ojos dorados. Para sus compañeros de aventuras, los cinco mejores cerebros del mundo reunidos en grupo, Doc Savage es un hombre de fuerza sobrehumana y de una genialidad extraordinaria, cuya vida está dedicada a la destrucción del mal». Así reza la contraportada de los libros Bantam, y aún se queda corta en detalles.

Porque Doc Savage, o Clark Savage, Jr. (como era su verdadero nombre), era un gigante que podía escalar un edificio valiéndose solamente de las rendijas en las paredes, saltar de árbol en árbol mejor que Tarzán, permanecer bajo el agua el tiempo suficiente como para que tres hombres se ahogaran uno tras otro, esquivar balas, hipnotizar, saltar de un edificio a otro, luchar contra una docena de hombres y vencerlos, identificar a un hombre haciendo solamente uso del oído y el olfato, y otras innumerables cualidades, ya que al mismo tiempo era químico, ingeniero, lingüista, cirujano y... músico. Sus poderes de deducción y análisis eran superiores a

los de Nero Wolfe o de un ordenador electrónico. Y lo que es más, todas estas habilidades eran un producto propio, debidas al resultado de dos horas diarias, impuestas por su padre desde su niñez, de intensivo ejercicio físico y mental.

En su categoría, los cinco ayudantes de Doc eran también algo único: el Teniente Coronel Andrew Blodgett Mayfair «Monk», que no llegaba a un metro sesenta de estatura, pesaba casi cien kilos, y tras cuyo aspecto de mono se ocultaba un gran químico; el General de Brigada Theodore Marley Brooks «Ham», esbelto y elegantemente vestido, llevando siempre un bastón que ocultaba un estoque, y que era uno de los abogados más astutos salidos de la Universidad de Harvard; el Coronel John Renwick «Renny», un ingeniero de fama internacional, con una estatura de gigante cercana a Doc Savage, y cuyo único pasatiempo era hundir las puertas a puñetazos; el Mayor Thomas J. Roberts «Long Tom», el alfeñique del grupo, pero un genio en electrónica; y, finalmente, el único hombre que junto con Doc no tenía graduación militar, William Harper Littlejohn «Johnny», con un monóculo colgando de su solapa, esquelético, y utilizando palabras enrevesadas y superamalgamadas, y que era el más grande experto del mundo en geología y arqueología... después de Doc, naturalmente.

Éstos eran los cinco hombres que, unidos a Doc Savage en su lucha contra el mal, acompañaban a su jefe, desde el piso 86 de uno de los más altos edificios de Nueva York hasta el más recóndito lugar de la Tierra, fuera el Tíbet o el Ártico. En sus aventuras figuraban, a veces, dos mascotas: «Habeas Corpus», un cerdo de Arabia perteneciente a Monk y llamado así en honor a Ham, y «Química», una especie indefinida de chimpancé perteneciente a Ham. Es inútil subrayar que «Habeas Corpus» y «Química» se llevaban tan bien como sus amos, cuyas peleas verbales, con poca gracia, se hacían interminables en las diferentes aventuras.

Incidentalmente, y a partir del n.º 11 («La marca del hombre lobo») fue introducida en la serie una prima de Doc Savage, Patricia Savage, la cual aparecía esporádicamente en un cierto número de aventuras en las que se necesitaba rellenar un papel femenino que hiciera compañía a la usual belleza en peligro de cada historia.



Doc Savage y sus cinco asociados

Las fantásticas aventuras de Doc Savage

Las aventuras de Doc Savage son ciertamente fantásticas, y la mayoría, de ellas pertenecen al campo de la ciencia ficción. Revisemos solamente algunos de los 97 títulos aparecidos en idioma español y hallaremos los siguientes temas:

N.º 2. LA TIERRA DEL TERROR. — Un diabólico asesino, Kar, utiliza un gas llamado el Humo de la Eternidad, que desintegra todo aquello con lo que entra en contacto, para sembrar el terror. La persecución del criminal lleva a Doc y a su grupo a la isla del Trueno, cerca de Nueva Zelanda, donde el resto de la aventura transcurre en un cráter lleno de animales prehistóricos.

N.º 9. LA CAMPANA VERDE. — Un criminal encapuchado tiene aterrorizada a la ciudad de Prosper mediante un aparato de ultrasonidos que enloquece a la gente.

N.º 14. MISTERIO EN EL ABISMO. — Tras la pista de unos extraños seres rojos salidos del mar, Doc ha de investigar en el fondo del océano, hallando una especie de Atlántida.

N.º 15. EL GRAN TERREMOTO. — El «primer hermano blanco» desea apoderarse de los nitratos de Chile para convertirse en dictador mundial de los explosivos. El misterio se centra en una serie de terremotos producidos artificialmente por mediación de un proyector que dilata y contrae las rocas del subsuelo.

N.º 16. LOCURA AZUL. — Un extraño y cegador meteoro azul enloquece a toda la gente que encuentra en su paso. A fin de combatir la amenaza Doc y sus compañeros se internan en el misterioso Tíbet.

N.º 17. LOS MONSTRUOS. — La súbita aparición de un grupo de gigantes engendra el caos y el terror en Trapper Lake y es necesaria la ayuda de Doc.

N.º 25. NIEVE ROJA. — Doc se traslada a Florida a fin de investigar el extraño fenómeno de una nieve roja que cuando cae hace desaparecer a las personas.

N.º 26. EL PAÍS DE LA NOCHE ETERNA. — Siguiendo la pista a un extraño criminal, Doc termina en el interior de la Tierra, donde existe una civilización escondida viviendo en una ciudad sin luz.

N.º 27. LEGIÓN DE FANTASMAS. — Un peligroso criminal ha conseguido el secreto de la invisibilidad y forma una banda que comete las más variadas fechorías.

N.º 28. SECRETO EN EL CIELO. — Se ven cosas en el cielo y hay cadáveres que son trasladados de un lado a otro de los EE.UU. en un increíble período de tiempo. ¿Platillos volantes?

N.º 33. LA MELODÍA DEL CRIMEN. — Los hombres caen muertos cuando suena la música. Para solucionar el misterio Doc llega hasta el centro de la Tierra.

N.º 35. EL ESPEJISMO DEL CRIMEN. — Una brillante luz verde hace desaparecer a las personas, dejando solamente sus sombras en las paredes o en los cristales.

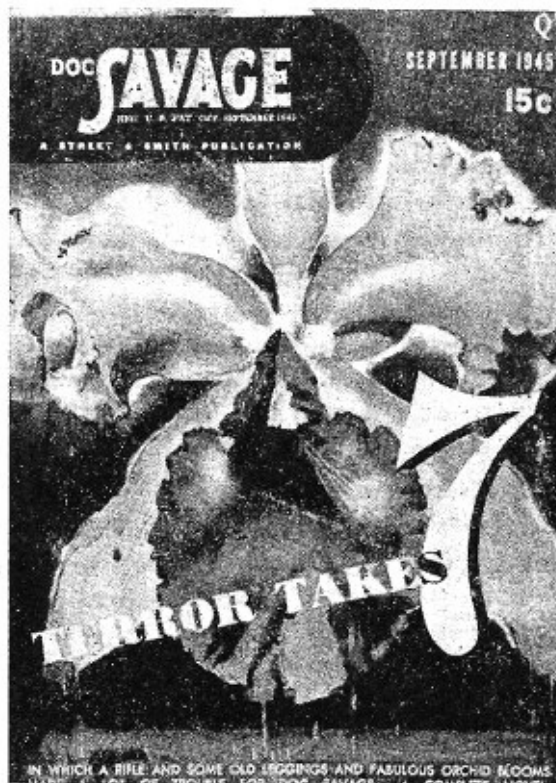
N.º 42. EL NUEVO MIDAS. — Un criminal inventa una máquina de leer los pensamientos y la utiliza para fines inconfesables.

N.º 44. EL JOROBADO MISTERIOSO. — Un jorobado que aparece y desaparece misteriosamente con la ayuda de una máquina de teleportación.

N.º 49. LA MUERTE VERDE. — Los hombres quedan muertos, momificados y de color verde, incluyendo a Johnny. Para desvelar el misterio Doc ha de ir hasta el Infierno Verde, en el Matto Grosso, y estar a punto de ser sacrificado en una ciudad de amazonas.

N.º 51. EL CASTILLO SOLITARIO. — Un peligroso criminal halla un extraño domo azul en el ártico. El domo es, en realidad, el laboratorio secreto de Doc Savage, y el malhechor se apodera de los peligrosos instrumentos guardados allí y los utiliza para su sed de venganza y poder.

N.º 53. EL GENGHIS DIABÓLICO. — Segunda parte de EL CASTILLO SOLITARIO. Continúan las peligrosas aventuras de Doc contra las armas que le fueron arrebatadas hasta que al fin resplandece la justicia.



Presentación de uno de los originales de Doc Savage (1945)

N.º 56. OJOS DE LOCURA. — La Tierra se ve amenazada por la contaminación del agua. La gente corre despavorida ante visiones de monstruos que llenan el aire e incluso el mismo Doc Savage parece volverse loco y amenazar al mundo.

N.º 59. ÉL PUEDE DETENER EL MUNDO. — En la cima del monte Shasta, alguien parece haberse apoderado de las fuerzas cósmicas y hasta Doc Savage parece impotente ante un poder inimaginable.

N.º 62. EL FANTÁSTICO «REPEL». — Del interior de un volcán es expulsado un material antigravedad y Doc se ve envuelto en la lucha contra los criminales que se han apoderado de él.

N.º 65. LA AMENAZA DEL FUEGO. — De las entrañas de la Tierra aparecen hombres que son dínamos vivientes y pueden electrocutar con el solo contacto de una mano.

N.º 69. EL MURO INVISIBLE. — La lucha contra un criminal que ha descubierto el secreto de la inercia, lo cual le convierte en dueño de una fuerza infinita e inmovible.

N.º 80. EL OTRO MUNDO. — Una nueva aventura de Doc en el centro de la Tierra.

N.º 94. LA MISTERIOSA LUZ BLANCA. — Una extraña luz que enceguece a todo el mundo y que es utilizada con propósitos criminales.

Los breves comentarios sobre las dos docenas de títulos anteriores dan una leve idea sobre los temas que se desarrollan en las aventuras de Doc Savage y su relación

con la ciencia ficción.

Es probable que el personaje de Doc Savage no encaje en el mundo de hoy, acostumbrado a héroes como Mike Hammer y James Bond. Doc y sus compañeros no ejercen el culto a la violencia, a ese sadismo impreso en los relatos actuales de aventuras. No matan a nadie, excepto en el primer o segundo volumen, y si los criminales perecen al final de cada historia no es más que debido a su propia mano. En las novelas de James Bond, el protagonista salta de cama en cama cometiendo proezas sexuales más propias de un muchacho de 18 años que de un individuo que ha pasado los 30, y que se dedica a beber y a fumar en forma un tanto excesiva. En las novelas de Doc Savage, las mujeres son rescatadas de las garras del asesino, pero sólo pueden ser admiradas a distancia. Las heroínas tratan, sin éxito, de seducir a Doc, son seducidas a su vez, y el resultado es tan inocente como en un cuento de hadas. La dosis de puritanismo es tal, que Doc se sonroja cuando es besado por Rae Stanley en «LOCURA AZUL». El grupo de Doc Savage ni bebe ni fuma, excepto Monk, que chupa apestosos cigarros en raras ocasiones. Este puritanismo propio de la época y de los «pulp», perdura enteramente en todas las aventuras, a pesar de que Monk y Ham flirtean con todas las heroínas en forma puramente verbal y banal.

Es de sobras sabido, por otra parte, que los héroes nunca tienen padres ni familiares cercanos o, si los tienen, son liquidados rápidamente a fin de que el personaje pueda tener libertad y dedicarse a su carrera en pro de la justicia. En el caso de Doc Savage, las aventuras del héroe principian con la reciente muerte de su padre y el juramento de sus cinco compañeros de unirse en la lucha contra el mal. El puritanismo llega al punto culminante de su aberración en el sentido de que al padre de Doc se le cita de vez en cuando, pero nunca a su madre. Noventa y ocho novelas más tarde, en la edición original, tal vez a fin de evitar la creencia de que Doc Savage nació por partenogénesis, se nos indica: «Desde la noche borrascosa que le vio nacer a bordo del buque goleta “Orion”, frente a la cueva de la isla de Andros...», pero esto no resuelve enteramente nuestras dudas.

Sí, Doc Savage tal vez es un poco anacrónico para los lectores de aventuras de hoy en día, tanto como personaje de ficción como en persona. Y digo en persona porque la productora Goodson-Todman adquirió en 1966 los derechos para filmar «EL HOMBRE DE LAS MIL CABEZAS», y Format Productions seleccionó en 1967 «LA CIUDAD FANTASMA», aunque luego no se ha sabido nada más al respecto. Pero hay que tener en cuenta que, hace 36 años, era la época de la Depresión En los EE.UU., que la TV no existía, y por tanto la gente aún leía, en aquellos tiempos, que las Naciones Unidas sucederían a la fracasada Liga de las Naciones y que el recién fundado F.B.I. aún no sufría la alucinación de ver complots comunistas en todas partes, ni se ocupaba en interferir los teléfonos e instalar micrófonos ocultos para vigilar la perfecta y moral vida sexual del americano medio, sino que su tiempo estaba dedicado a la caza de personajes como Dillinger, Karpis y «Pretty Boy» Floyd.

Doc Savage, La Sombra y otros héroes son, en realidad, un fenómeno de esa época. Doc Savage hizo su aparición en el peor momento de la Depresión, en el hundimiento de la Bolsa, en el nivel creciente del desempleo, cuando los EE.UU. se hallaban en una especie de letargo hipnótico.

Fue entonces cuando Roosevelt dirigió su discurso inaugural a la nación: «Esta nación pide acción y la pide ahora...». La acción llegó, por parte del gobierno, de los sindicatos, pero para una gran parte de los americanos era necesario un símbolo, un símbolo que incorporara las palabras del presidente pidiendo lucha y acción. Y Doc fue uno de esos símbolos. El escape de la realidad por una parte, y por otra sus aventuras, confrontando frecuentemente una fuerza maligna y misteriosa que atacaba y paralizaba, pero que Doc lograba vencer con su esfuerzo y valor. Los años 30 fueron el paraíso de los «pulp», y el tiraje de la serie de Doc Savage alcanzó los 200.000 ejemplares casi inmediatamente de haber aparecido el primer volumen.

Al final de la década empezó el «boom» de los comics y la gente que aún no había elevado su nivel cultural se encontró entre dos fuegos: el best-seller o el comic. Algunos subieron un peldaño en el camino de la literatura y otros bajaron varios y se encontraron leyendo a «Superman». En 1940, Street & Smith puso a la venta un comic de Doc Savage, pero sus aventuras ya estaban en decadencia. El tamaño de la revista Doc Savage se redujo y el tema de las historias perdió gran parte de su fantasía, llegando a convertirse en relatos semi-detectivescos o en luchas contra espías y saboteadores nazis. En verano de 1949 finalizó Doc Savage, en una postrera lucha contra las fuerzas del mal procedentes del centro de la Tierra, en una insinuación de que, esta vez, los oponentes eran los servidores de Satán surgidos del Infierno.

Al releer la nueva edición de Doc Savage he hallado un gran número de defectos que me habían pasado desapercibidos en mi adolescencia, cuando era un lector que devoraba fanáticamente todos los ejemplares de Doc Savage publicados en España y Argentina por Editorial Molino. Ciertamente, su calidad literaria es dudosa, las situaciones repetitivas, y los personajes completamente irreales. Y sin embargo, paradójicamente, aún hoy en día son de admirar los argumentos de sus relatos contra genios científicos criminales, el desenvolvimiento de las historias y el espíritu aventurero que pervive en todas ellas. Es probable que parte del éxito de las obras se deba al hecho de que se sitúan en el borde de lo increíble. Los relatos son imposibles, pero no tanto, para el lector predispuesto. Además, en su tiempo, las novelas de Doc Savage tenían el atractivo de hacer figurar siempre los últimos modelos de armamentos y sistemas de transporte o de basarse en alguna teoría científica del momento. Normalmente, la acción consistía en la lucha contra una amenaza de tipo mundial debida a alguna super-arma, misteriosa e irresistible, inventada por un coloso criminal que parecía haber estado suscrito durante toda su vida a la revista *Mecánica Popular*.

Si realmente hay algunos defectos en las obras de Doc Savage, aparte de su calidad literaria, el más sobresaliente de ellos, aunque en vez de defecto podría ser una originalidad, es el de la completa invencibilidad del protagonista. El lector sabe que Doc Savage, inexorablemente, vencerá a sus enemigos, a pesar de que sea asesinado en forma diferente en cada novela. No es que resucite, sino que lo único que ha hecho ha sido engañar al asesino haciéndole creer que había tenido éxito en su alevoso intento. Y es que Doc Savage, a pesar de ser un héroe vestido como el hombre de la calle, es un verdadero arsenal ambulante defensivo y ofensivo. El equipo que lleva encima deja en ridículo a los comandos de «Starship Troopers» de Heinlein: cota de mallas a prueba de balas, ganzúas, cuerdas para escalar, granadas explosivas miniatura en los tacones de los zapatos, en falsas muelas del juicio y uñas del dedo gordo de los pies. Incluso en una historia («El espejismo del crimen») lleva una peluca postiza hecha de granadas planas explosivas, con las que casi hace volar medio desierto. En diversos bolsillos secretos de su traje lleva periscopios para espiar a sus enemigos o gases paralizantes en recipientes apropiados. Los botones son explosivos o sirven para dejar trazos invisibles que solamente aparecerán bajo la luz ultravioleta. Y si no, se pueden reducir a polvo de óxido de hierro esos mismos botones y mezclarlo con polvo de aluminio oculto en la doblez de la corbata y formar un compuesto de termita para escapar del interior de una caja fuerte si ello es necesario.

Pero hay que tener en cuenta que todo este arsenal es de suma utilidad, ya que los enemigos de Doc Savage no tienen nada de aficionados. Sus adversarios, a final de cuentas, utilizan naves anti-gravedad, gases o rayos desintegradores, venenos exóticos, ultrasonidos o música mortal, meteoros que producen la locura, terremotos artificiales, etc. etc.

¿Fantástico? Que nadie sea llamado a engaño. Éstas han sido, son, y serán, las fantásticas aventuras de Doc Savage.

Doc Savage y su aparición en España, Argentina y Francia

La publicación de Doc Savage en castellano, tan codiciada hoy día en el mercado de libros de segunda mano, empezó en España, editada por Editorial Molino, el 4 de abril de 1936, con su primer título «EL HOMBRE DE BRONCE», ostentando una magnífica portada de Walter M. Baumhofer (al igual que el original americano), artista que, junto con el ilustrador interior Paul Orban, iba a tener a su cargo durante muchos años las cubiertas de la colección. Yo aún no había nacido entonces, pero nuestro amigo Alfonso Figueras, a quien la publicación lo sorprendió en su adolescencia, nos relata en capítulo aparte lo que representó emocionalmente la aparición de Doc Savage. Desgraciadamente, la conmoción que causó esta publicación fue de corta duración en España. El 25 de julio de 1936, con la Guerra Civil en marcha, señaló la aparición del N.º 5, «LOS PIRATAS DEL PACÍFICO», y la

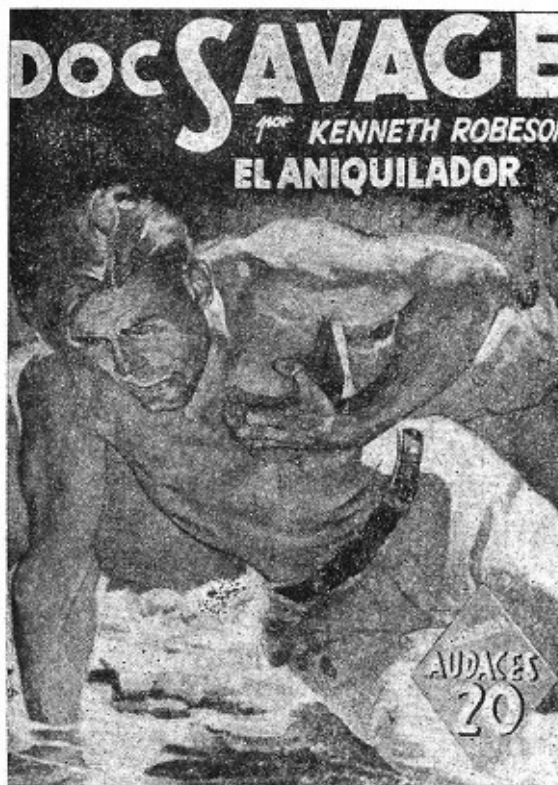
supresión de la edición, que no iba a ser reanudada hasta 1941. Después de este período, los volúmenes sufrieron una transformación: los números 1 al 5 habían tenido una presentación un tanto similar al original americano y con el texto impreso de lado a lado de la página. El N.º 6, «LA CALAVERA ROJA», tenía el mismo tamaño, debido tal vez a que la portada fue impresa en 1936, pero el texto ya estaba dividido en dos columnas. El N.º 8, ya que el N.º 7, no fue publicado en España sino que fue importado de Argentina, ya apareció en un tamaño más reducido, que se mantendría hasta el final de la colección.



El primer volumen de Doc Savage en la edición de Editorial Molino

En tanto, mientras España sufría las convulsiones de la guerra, la firma Editorial Molino continuó sus actividades en Buenos Aires. Así, el 2 de septiembre de 1938 fue presentado en Argentina el N.º 1 de Doc Savage, continuando su publicación hasta el año 1953 en que, con el N.º 97, «EL ÁGUILA VERDE», desaparecía Doc del mercado hispano, debido esta vez a los turbulentos sucesos que acaecían en la República Argentina.

En España, por motivos desconocidos para mí, y después de haber seguido un orden de aparición diferente a los originales americanos, la edición de Doc Savage se interrumpió en 1949 con el N.º 51, «EL CASTILLO SOLITARIO», y los lectores tuvimos que conformarnos con los ejemplares que se importaban de Argentina, los cuales ni llegaban en fecha determinada ni en gran cantidad. Hoy en día, dudo de que haya alguien que tenga la colección completa. Yo tampoco la tengo, pero me gustaría poseerla para incorporarla al archivo de Nueva Dimensión, ya que efectué la petición a Editorial Molino y no pudieron satisfacerla.



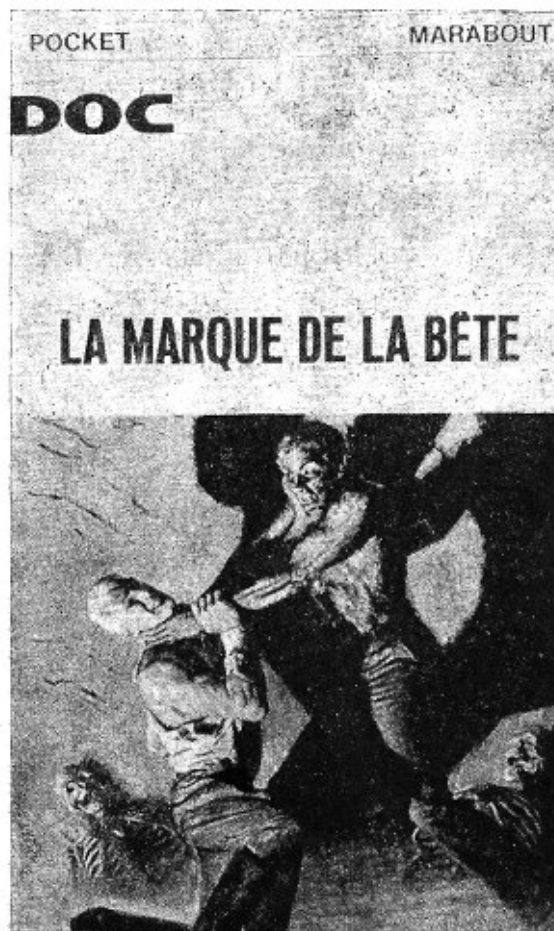
Uno de los números que no se editaron en España

Como curiosidad, hay que señalar que la edición en España de los 51 volúmenes tampoco fue completa. Los títulos «\$ 1.000.000 DE RECOMPENSA», «LA CAMPANA VERDE», «MISTERIO EN EL ABISMO», «MANANTIAL DE JUVENTUD», «EL ANIQUILADOR» y «LA MELODÍA DEL CRIMEN» no fueron publicados en España sino importados de Argentina. Otras anomalías que tuvo la colección fue el cambio de título del N.º 45 «EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN», que se publicó así en Argentina pero que en España apareció como «LA RESURRECCIÓN DE LA MOMIA», el cambio de portada e ilustraciones interiores del N.º 49 «LA MUERTE VERDE», que en vez de las originales ostentaba una deficiente cubierta de Bocquet y unos dibujos de White (Blanco), y la duplicidad de texto de los N.º 71 y 86.



«La muerte verde», una portada que no fue apta para menores

En cuanto a Francia, solamente llegaron a aparecer 17 historias entre 1935 y 1941, en forma poco airosa y bajo el nombre de «FRANCK SAUVAGE», y desde luego no sé a qué viene lo de «FRANCK». Once aparecieron en «Le Journal de Mickey», tres en «Robinson», con unas ilustraciones de Fiora que dejaban mucho que desear, y tres volúmenes en la colección «Aventures». En 1967 empezó a publicarse nuevamente, y esta vez bajo el nombre de Doc Savage, en la colección de libros de bolsillo «Marabout», siguiendo el orden de aparición y las mismas portadas que la edición moderna de Bantam Books.

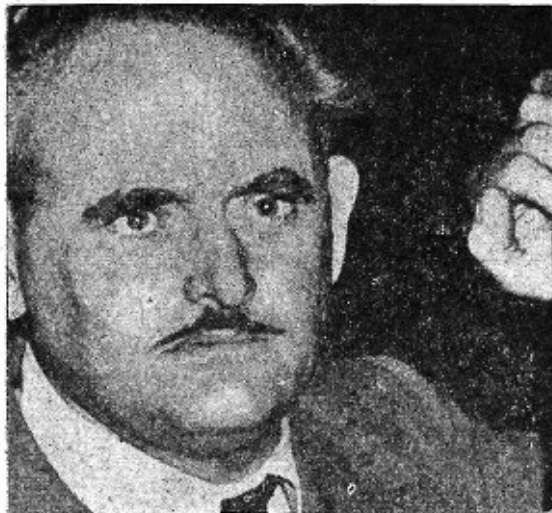


La edición francesa de Doc Savage, «chez Marabout»

Kenneth Robeson, el autor de «Doc Savage»

El hombre que creó a Doc Savage y lo mantuvo a través de 165 de sus 181 peligrosas aventuras fue Lester Dent, ya que el nombre de Kenneth Robeson fue un seudónimo adoptado por Street & Smith, algo muy normal en la época de los «pulp» y que puede conducir a confusión puesto que la serie de «EL VENGADOR» apareció con el nombre del mismo autor cuando en realidad era del escritor Paul Ernst.

Lester Dent nació en 1906, en una granja cerca de La Plata, Missouri, una población de unos 1400 habitantes. En 1923 se graduó en la escuela secundaria de La Plata, estudió un curso de telegrafía y se fue a trabajar, ganando \$ 45 al mes. Mientras trabajaba en el *Tulsa World* como telegrafista de la *Associated Press*, en turno nocturno, desde medianoche hasta las ocho de la mañana, Dent trató de estudiar para abogado, pero luego se decidió por escribir historias de aventuras. Nadie quiso comprar sus primeros trece relatos, pero el siguiente a éstos lo vendió por \$ 250. Algunas de sus historias fueron publicadas en «War Aces», «Western Trails» y «Popular Magazine».



El autor y creador de Doc Savage, Lester Dent

En 1931, Street & Smith, editores de la revista de ciencia ficción «ANALOG», se interesaron por Dent después de leer la primera historia que éste les había enviado, y le ofrecieron un puesto en Nueva York, para trabajar con ellos con un salario de \$ 500 mensuales. Poco tiempo después, en marzo de 1933, aparecía la primera aventura de Doc Savage: «THE MAN OF BRONZE».

A mitad de los años 30, convertido en un escritor famoso, Dent volvió a La Plata, casado, con un Packard amarillo descapotable, un gran danés que era su compañero inseparable y casi tan grande como una vaca, y decidió residir otra vez allí. Las aventuras de Doc Savage, mensuales, con su contenido de 60.000 palabras que periódicamente le transportaban a uno a lo desconocido, le proporcionaban \$ 750 mensuales, en la época de la Depresión en los EE.UU.

Lester Dent tenía un espíritu aventurero. Había adquirido un yate, el «Albatross», y había organizado expediciones al mar Caribe, efectuando exploraciones submarinas en busca de tesoros perdidos. Su aspecto físico le impedía pasar desapercibido: medía más de un metro ochenta y pesaba unos cien kilos. Llevaba lentes de vidrio grueso, un bigote, y presentaba al mundo una expresión placentera. Indudablemente, según los que le conocieron, Dent gozó de la vida.

Con respecto a Doc Savage, ni el mismo Dent parecía tomárselo muy en serio, a pesar de la meticulosidad con que indagaba todos los datos que aparecían en sus historias. Su fórmula de aventuras era «... crearle al héroe un tremendo problema. Cuando el lector crea que el sol va a brillar, buscarle al héroe un problema peor...». Antes de morir, en 1959, cuando efectuaba una exploración submarina en busca de tesoros frente a Florida, Dent había dicho de Doc Savage «... los relatos están tan pasados de moda que solamente harían reír. Cuando los escribí, un avión que volara a 350 kilómetros por hora era algo de ciencia ficción. Hoy en día no tendrían ningún interés».

Aparentemente, y dado el éxito de la edición de Bantam Books, estaba equivocado.



LAS MELANCOLÍAS DE UN AMANTE DE LOS «PULP»

En el rápido galopar de los años treinta, gracias al cine y a los primeros comics americanos, cuya publicación se inicia en aquella época, la masa, sedienta de emociones, fantasía y truculencias, empezó a trabar conocimiento con el mundo fabuloso de lo fantástico, tan boyante en los EE.UU.

Los más informados, movidos por la fascinante afición, hurgábamos entre papeles viejos, residuos de enormes balas de periódicos y revistas llegados en buques de carga y destinadas a su transformación en papel nuevo para usos industriales, y así conocimos, por haber encontrado páginas e incluso ejemplares enteros, la existencia de *Weird Tales*, *Argosy*, *Operator 5*, *Astounding*, etc. Y, gracias a las traducciones que hacia algún compañero conocedor del idioma inglés, trabamos conocimiento con el inenarrable Lovecraft, creo yo que completamente desconocido por aquel entonces en Europa.

Nos dedicábamos luego a soñar y a envidiar^[1]...

Nunca sabrán los muchachos americanos de los años treinta lo envidiados que eran desde éstas, para ellos perdidas, latitudes; ni podrán imaginar la paciencia con que reconstruíamos un cuadro que, por sus fantásticas dimensiones espirituales de adolescencia, no tenía cabida en un mundo diferente al de ellos.

¡Qué pueriles pero emocionantes hallazgos! ¡Oh, maravilla!: El dibujante Glen Crawath (Franck Buck, Ted Towers), dibujaba en forma de comics secuencias del film *La Diosa del Fuego* (She), *King Kong*, *El Hijo de Kong* (The Son of Kong), etc. Alex Raymond hacía los carteles de *El Capitán Blood*. Relacionábamos a la mítica Shangay Lil cantada por James Cagney en *Desfile de Candilejas* con la que aparecía en *Jungle Jim*. Descubríamos al gran Sol Lesser y su maravilloso *Chandú, el mago* con su rayo de la muerte, precedente de Mandrake. Descubrimos a Burroughs, desconocido para nosotros, y a su John Carter... Se hablaba de una posible película basada en el personaje Flash Gordon, e igual destino seguiría Buck Rogers, al que ya empezábamos a apreciar. Y conocíamos a Brick Bradford, Tim Tyler, etcétera.

Alex Raymond, con su soberbio *Agente Secreto X-9*, nos daba una visión exacta a

lo que veíamos en el cine de las ciudades y gentes americanas, aquella gente que vivía en un mundo inundado de comics de brillantes colores, pulps de fascinantes portadas y de movie serials repletos de peligros y de emociones sin cuento.

Todas estas cosas eran en realidad triviales y sin importancia, al menos para la gran mayoría del público, pero sí había algo en ellas que a unos cuantos nos encadenó. A unos cuantos que les hemos continuado fieles, pues han marcado nuestra vida y creado en nosotros una escuela que se iba a materializar en forma de cuentos, novelas, artículos, comics, etc., realizados siempre en lucha desesperada contra circunstancias más que adversas (Luis Vigil sabe más que nadie de mis proyectos en aquella época y guarda mis dibujos originales, que entraban dentro de un género de «ciencia ficticia», traducción que yo daba entonces al término *science fiction*, originales rechazados sistemáticamente por todos los editores a los que me atreví a presentarlos).

El rápido galope de estos años culmina entre gruñidos frankensteinianos, rugidos de King Kong, golpes de Fu-Manchú de Sax Rhomer, entonaciones silbantes de Bela Lugosi, chillidos de Una O'Connor en *El Hombre Invisible* y *La Novia*, tam-tams de muerte en la selva, alaridos de Tarzán, sinfonías en blanco y negro a cargo del nuevo fenómeno Milton Caniff, tableteo de ametralladoras de los G-men interpretados por Jimmy Cagney... los comics irrumpen en las recién inauguradas pantallas sonoras de los cinematógrafos españoles con el gran *Skyppy* de Percy Crosby (antecedente de los famosos *Peanuts*), *Betty Boop*, *Popeye*, *el Pequeño Rey*, *Toonerville Trolley*. Los vemos simultáneamente en los periódicos y en la pantalla. Mickey Mouse parodia a los grandes astros de Hollywood.

Y buscando a Mickey Mouse hallamos a Doc Savage: llega a nuestras manos un ejemplar francés de la revista *Journal de Mickey*, en donde podemos ver publicado, en forma de folletín, *Franck Sauvage et les phantomes électriques?*

¿Iban a ser más afortunados los aficionados franceses que nosotros? No, esta vez no. En la versión española de dicha revista, publicada por Editorial Molino, vemos un anuncio sobre la inmediata aparición de Doc Savage en forma de libro, inaugurando la célebre colección *Hombres Audaces*^[2], en la cual, y mensualmente, aparecerían por turno este y otros nombres gloriosos de los pulp americanos producidos por la firma Street & Smith: *La sombra*, *Bill Barnes*, *Pete Rice*, y posteriormente *El Vengador*, *Jim Wallace*, *El Susurrador*, *El Mago* y *El Capitán*.

El anuncio se extiende a la prensa barcelonesa y madrileña y, cosa inédita, se trata de un anuncio a toda plana, cosa verdaderamente excepcional en aquella época. Editorial Molino hizo honor a su fama, y el primer contacto que tuvimos los españoles con las publicaciones de la fabulosa Street & Smith fue realizado con toda la dignidad que el caso requería, con unas traducciones impecables^[3], un fiel respeto a las ilustraciones originales y hasta quizá con un cierto empaque de mayor importancia que la edición yanqui, con mejor papel, ausencia de anuncios baratos en el interior y detalles de buen gusto tipográfico en la portadilla.

El impacto producido por la aparición de Doc Savage fue tremendo entre los aficionados, esto es, la multitud de adolescentes que por entonces casi vegetábamos con lo poco que nos llegaba de allende de las fronteras, aunque consolándonos también con los productos nacionales, generalmente raquílicas imitaciones desvaídas del material foráneo, invariablemente francés o inglés.

Entonces no sabíamos quien era Lester Dent, verdadera identidad del mítico Kenneth Robeson, ni el nombre del ilustrador de las magníficas portadas, casi ilegible en el primer número (Walter M...?). Lo primero, referente al autor, lo ignorábamos. Lo segundo, nos dolía... A los que sí conocimos perfectamente fue a Renny, Long Tom, Ham, Monk y Johnny... y a Doc. Doc aparte, pues a Doc le teníamos mucho respeto, respeto que, sin avergonzarme, aún conservo en mi conciencia de niño grande.

El éxito de Doc Savage no tuvo parangón en aquella época en ninguna otra publicación de tipo popular tanto nacional como extranjera, y las reediciones se sucedieron desde el primer momento... ¡No era para menos!

Supervivientes: ¿os ayudo a recordar?

CAPÍTULO I

EL HOMBRE SINIESTRO

Cerníase la muerte en la oscuridad.

Avanzaba furtiva por una viga de acero, mientras, a centenas de metros de profundidad se abrían esas grietas con paredes de cristal y ladrillos que son las calles de Nueva York.

¡Ah, qué verano y qué futuro nos prometíamos! ¡Al fin emoción a raudales! ¡Fantasía desbordante! ¡Qué hermosos los puestos de periódicos con sus hileras de Doc Savage haciendo guiños al sol con sus brillantes portadas!... ¡Qué magníficas tardes, convertidos en modernas versiones de Tom Sawyer, leyendo en la penumbra del «club» hecho con tablones y cajas vacías!

¡Jerome Coffern! ¡El Humo de la Eternidad! ¡La Isla del Trueno! ¡Kar!

Desgraciadamente, la fascinación duró poco. Cuando aparecía el número cinco de la colección: *Los Piratas del Pacífico*, empezamos a oír, y ahora en la realidad, el tableteo de las ametralladoras y el silbido de las bombas. El mismísimo Bill Barnes se alejó de nosotros, y hasta Skyroads^[4] nos traicionó, ignorando la admiración que les profesábamos.

¡Queridos Doc, Long, Tom Renny, Monk, Ham, Johnny!: aquí quedasteis en el

olvido durante unos años, con el pie sobre el abismo, entre aventura y aventura, en un angustioso e interminable «continued next week», similar al de los seriales. Paréntesis por el que se escapó nuestra adolescencia sin darnos cuenta, para reencontrarnos tiempo después, cuando muchos de nuestros amigos comunes habían desaparecido tempranamente en un prematuro Humo de la Eternidad, infausto y verdadero.

Os reencontramos cuando os dábamos ya por perdidos, y fueron otros los que disfrutaron de vuestras emocionantes aventuras, descubriéndoos como nosotros, aunque en diferentes circunstancias.

Las primeras ediciones son ya casi pieza de museo (de museo de afortunados niños grandes). Yo, a veces, contemplo en silencio estos ejemplares viejos, e inmediatamente oigo... no el fantástico trino de Doc, sino el restallante tumulto de una época que prometió ser algo distinto, y de un pedacito de nuestra existencia vivido intensamente.

ALFONSO FIGUERAS



LAS NOVELAS DE DOC SAVAGE

Relación de los títulos de las novelas de Doc Savage según aparecieron en el DOC SAVAGE MAGAZINE.

	1933
THE MAN OF BRONZE	(Mar)
THE LAND OF TERROR	(Apr)
QUEST OF THE SPIDER	(May)
THE POLAR TREASURE	(June)
PIRATE OF THE PACIFIC	(July)
THE RED SKULL	(Aug)
THE LOST OASIS	(Sept)
THE SARGASSO OGRE	(Oct)
THE CZAR OF FEAR	(Nov)
THE PHANTOM CITY	(Dec)

	1934
BRAND OF THE WEREWOLF	(Jan)
THE MAN WHO SHOOK THE EARTH	(Feb)
METEOR MENACE	(Mar)
THE MONSTERS	(Apr)
THE MYSTERY ON THE SNOW	(May)
THE KING MAKER	(June)
THE THOUSAND-HEADED MAN	(July)
THE SQUEAKING GOBLIN	(Aug)
FEAR CAY	(Sept)
DEATH IN SILVER	(Oct)
THE SEA MAGICIAN	(Nov)
THE ANNIHILIST	(Dec)

	1935
THE MYSTIC MULLAH	(Jan)
THE RED SNOW	(Feb)
LAND OF ALWAYS NIGHT	(Mar)
THE SPOOK LEGION	(Apr)
THE SECRET IN THE SKY	(May)

THE ROAR DEVIL	<i>(June)</i>
QUEST OF QUI	<i>(July)</i>
SPOOK HOLE	<i>(Aug)</i>
THE MAJII	<i>(Sept)</i>
DUST OF DEATH	<i>(Oct)</i>
MURDER MELODY	<i>(Nov)</i>
THE FANTASTIC ISLAND	<i>(Dec)</i>

1936

MURDER MIRAGE	<i>(Jan)</i>
MYSTERY UNDER THE SEA	<i>(Feb)</i>
THE METAL MASTER	<i>(Mar)</i>
THE MAN WHO SMILED NO MORE	<i>(Apr)</i>
THE SEVEN AGATE DEVILS	<i>(May)</i>
HAUNTED OCEAN	<i>(June)</i>
THE BLACK SPOT	<i>(July)</i>
THE MIDAS MAN	<i>(Aug)</i>
COLD DEATH	<i>(Sept)</i>
THE SOUTH POLE TERROR	<i>(Oct)</i>
RESURRECTION DAY	<i>(Nov)</i>
THE VANISHER	<i>(Dec)</i>

(1937)

LAND OF LONG JUJU	<i>(Jan)</i>
THE DERRICK DEVIL	<i>(Feb)</i>
THE MENTAL WIZARD	<i>(Mar)</i>
THE TERROR IN THE NAVY	<i>(Apr)</i>
MAD EYES	<i>(May)</i>
LAND OF FEAR	<i>(June)</i>
HE COULD STOP THE WORLD	<i>(July)</i>
OST	<i>(Aug)</i>
THE FEATHERED OCTOPUS	<i>(Sept)</i>
REPEL	<i>(Oct)</i>
THE SEA ANGEL	<i>(Nov)</i>
THE GOLDEN PERIL	<i>(Dec)</i>

1938

THE LIVING FIRE MENACE	<i>(Jan)</i>
THE MOUNTAIN MONSTER	<i>(Feb)</i>

DEVIL ON THE MOON	(Mar)
THE PIRATE'S GHOST	(Apr)
THE MOTION MENACE	(May)
THE SUBMARINE MYSTERY	(June)
THE GIGGLING GHOST	(July)
THE MUNITIONS MASTER	(Aug)
THE RED TERRORS	(Sept)
FORTRESS OF SOLITUDE	(Oct)
THE GREEN DEATH	(Nov)
THE DEVIL GENGHIS	(Dec)

1939

MAD MESA	(Jan)
THE YELLOW CLOUD	(Feb)
THE FRECKLED SHARK	(Mar)
WORLD'S FAIR GOBLIN	(Apr)
THE GOLD OGRE	(May)
THE FLAMING FALCONS	(June)
MERCHANTS OF DISASTER	(July)
THE CRIMSON SERPENT	(Aug)
POISON ISLAND	(Sept)
THE STONE MAN	(Oct)
HEX	(Nov)
THE DAGGER IN THE SKY	(Dec)

1940

THE OTHER WORLD	(Jan)
THE ANGRY GHOST	(Feb)
THE SPOTTED MEN	(Mar)
THE EVIL GNOME	(Apr)
THE BOSS OF TERROR	(May)
THE AWFUL EGG	(June)
THE FLYING GOBLIN	(July)
TUNNEL TERROR	(Aug)
THE PURPLE DRAGON	(Sept)
DEVILS OF THE DEEP	(Oct)
THE AWFUL DYNASTY	(Nov)
THE MEN VANISHED	(Dec)

	1941
THE DEVIL'S PLAYGROUND	(Jan)
BEQUEST OF EVIL	(Feb)
THE ALL-WHITE ELF	(Mar)
THE GOLDEN MAN	(Apr)
THE PINK LADY	(May)
THE HEADLESS MAN	(June)
THE GREEN EAGLE	(July)
MYSTERY ISLAND	(Aug)
THE MINDLESS MONSTERS	(Sept)
BIRDS OF DEATH	(Oct)
THE INVISIBLE BOX MURDERS	(Nov)
PERIL IN THE NORTH	(Dec)

	1942
THE RUSTLING DEATH	(Jan)
MEN OF FEAR	(Feb)
THE TOO-WISE OWL	(Mar)
THE MAGIC FOREST	(Apr)
PIRATE ISLE	(May)
THE SPEAKING STONE	(June)
THE MAN WHO FELL UP	(July)
THE THREE WILD MEN	(Aug)
THE FIERY MENACE	(Sept)
THE LAUGH OF DEATH	(Oct)
THEY DIED TWICE	(Nov)
THE DEVIL'S BLACK ROCK	(Dec)

	1943
THE TIME TERROR	(Jan)
WAVES OF DEATH	(Feb)
THE BLACK, BLACK WITCH	(Mar)
THE KING OF TERROR	(Apr)
THE TALKING DEVIL	(May)
THE RUNNING SKELETONS	(June)
MISTERY ON HAPPY BONES	(July)
THE MENTAL MONSTER	(Aug)
HELL BELOW	(Sept)
THE GOBLINS	(Oct)

THE SECRET OF THE SU	<i>(Nov)</i>
THE SPOOK OF GRANDPA EBEN	<i>(Dec)</i>
	<i>1944</i>
ACCORDING TO PLAN OF A ONE-EYED MYSTIC	<i>(Jan)</i>
DEATH HAD YELLOW EYES	<i>(Feb)</i>
THE DERELICT OF SKULL SHOAL	<i>(Mar)</i>
THE WHISKER OF HERCULES	<i>(Apr)</i>
THE THREE DEVILS	<i>(May)</i>
THE PHAROAH'S GHOST	<i>(June)</i>
THE MAN WHO WAS SCARED	<i>(July)</i>
THE SHAPE OF TERROR	<i>(Aug)</i>
WEIRD VALLEY	<i>(Sept)</i>
JIU SAN	<i>(Oct)</i>
SATAN BLACK	<i>(Nov)</i>
THE LOST GIANT	<i>(Dec)</i>
	<i>1945</i>
VIOLENT NIGHT	<i>(Jan)</i>
STRANGE FISH	<i>(Feb)</i>
THE TEN TON SNAKES	<i>(Mar)</i>
CARGO UNKNOWN	<i>(Apr)</i>
ROCK SINISTER	<i>(May)</i>
THE TERRIBLE STORK	<i>(June)</i>
KING JOE CAY	<i>(July)</i>
THE WEE ONES	<i>(Aug)</i>
TERROR TAKES SEVEN	<i>(Sept)</i>
THE THING THAT PURSUED	<i>(Oct)</i>
TROUBLE ON PARADE	<i>(Nov)</i>
THE SCREAMING MAN	<i>(Dec)</i>
	<i>1946</i>
MEASURES FOR A COFFIN	<i>(Jan)</i>
SE-PAH-POO	<i>(Feb)</i>
TERROR AND THE LONELY WIDOW	<i>(Mar)</i>
FIVE FATHOMS DEAD	<i>(Apr)</i>
DEATH IS A ROUND BLACK SPOT	<i>(May)</i>
COLORS FOR MURDER	<i>(June)</i>
FIRE AND ICE	<i>(July)</i>

THREE TIMES A CORPSE (Aug)
 THE EXPLODING LAKE (Sept)
 DEATH IN LITTLE HOUSES (Oct)
 THE DEVIL IS JONES (Nov)
 THE DISAPPEARING LADY (Dec)

1947

TARGET FOR DEATH (Jan)
 THE DEATH LADY (Feb)
 DANGER LIES EAST (Mar-Apr)
 NO LIGHT TO DIE BY (May-June)
 THE MONKEY SUIT (July-Aug)
 LET'S KILL AMES (Sept-Oct)
 ONCE OVER LIGHTLY (Nov-Dec)

1948

I DIED YESTERDAY (Jan-Feb)
 THE PURE EVIL (Mar-Apr)
 TERROR WEARS NO SHOES (May-June)
 THE ANGRY CANARY (July-Aug)
 THE SWOONING LADY (Sept-Oct)

1949

THE GREEN MASTER (Winter)
 RETURN FROM CORMORAL (Spring)
 UP FROM EARTH'S CENTER (Summer)



LOS OTROS KENNETH ROBESON

Lester Dent escribió todas las novelas de Doc Savage, excepto 16 de ellas y cuyos autores fueron los siguientes:

Laurence Donovan:

(Norman A. Danberg)

MURDER MELODY

MURDER MIRAGE

THE MEN WHO SMILED NO MORE

HAUNTED OCEAN

THE BLACK SPOT

COLD DEATH

LAND OF LONG JUJU

MAD EYES

HE COULD STOP THE WORLD

Alan Hathway:

THE DEVIL'S PLAYGROUND

THE HEADLESS MEN

THE MINDLESS MONSTERS

William G. Bogart:

THE RUSTLING DEATH

TARGET FOR DEATH

THE DEATH LADY

LAS NOVELAS DE DOC SAVAGE EN LA COLECCIÓN «HOMBRES AUDACES» DE EDITORIAL MOLINO

1. EL HOMBRE DE BRONCE
2. LA TIERRA DEL TERROR
3. ASESINOS EN ACCIÓN
4. EL TESORO DEL POLO
5. LOS PIRATAS DEL PACÍFICO
6. LA CALAVERA ROJA
7. 1.000.000 DE RECOMPENSA
8. EL OGRO DEL MAR DE LOS SARGAZOS
9. LA CAMPANA VERDE

10. LA CIUDAD FANTASMA
11. LA MARCA DEL HOMBRE LOBO
12. EL REY DE LAS MUNICIONES
13. EL MISTERIO EN LA NIEVE
14. MISTERIO EN EL ABISMO
15. EL GRAN TERREMOTO
16. LOCURA AZUL
17. LOS MONSTRUOS
18. EL TERROR PURPÚREO
19. EL HOMBRE DE LAS MIL CABEZAS
20. MANANTIAL DE JUVENTUD
21. LA MUERTE VESTIDA DE PLATA
22. EL MAGO DEL MAR
23. EL ANIQUILADOR
24. EL TERROR VERDE
25. NIEVE ROJA
26. EL PAÍS DE LA NOCHE ETERNA
27. LEGIÓN DE FANTASMAS
28. SECRETO EN EL CIELO
29. PELIGRO OCULTO
30. EL INCA GRIS
31. LA MELODÍA DEL CRIMEN
32. EL CRÁTER FANTASMA
33. EL MAJI
34. LA ISLA FANTÁSTICA
35. EL ESPEJISMO DEL CRIMEN
36. MISTERIO SUBMARINO
37. LOS SIETE DIABLOS DE ÁGATA
38. EL OCÉANO ENCANTADO
39. EL AMO DEL METAL
40. LOCURA FERROZ
41. LA MARCA NEGRA
42. EL NUEVO MIDAS
43. EL TERROR DEL POLO SUR
44. EL JOROBADO MISTERIOSO
45. EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN (LA RESURRECCIÓN DE LA MOMIA)
46. LOS DEMONIOS ROJOS

47. EL SECRETO DE KLANTIC
48. EL RAYO HELADO
49. LA MUERTE VERDE
50. LA MESETA DE LA LOCURA
51. EL CASTILLO SOLITARIO
52. LA NUBE AMARILLA
53. EL GENGHIS DIABÓLICO
54. EL PAÍS DEL LARGO JUJU
55. EL TIBURÓN MOTEADO
56. OJOS DE LOCURA
57. LA TIERRA DEL MIEDO
58. TERROR EN LA FLOTA
59. ÉL PUEDE DETENER EL MUNDO
60. OST
61. EL HOMBRE PULPO
62. EL FANTÁSTICO «REPEL»
63. EL ÁNGEL DEL MAR
64. EL PELIGRO DORADO
65. LA AMENAZA DEL FUEGO
66. EL MONSTRUO DE LA MONTAÑA
67. DEMONIO EN LA LUNA
68. EL ESPECTRO DEL PIRATA
69. EL MURO INVISIBLE
70. EL SUBMARINO MISTERIOSO
71. LOS FANTASMAS QUE RÍEN
72. LOS OGROS DE ORO
73. EL PÁJARO ASESINO
74. MERCADERES DE DESASTRES
75. LA SERPIENTE ROJA
76. LA ISLA DEL VENENO
77. EL HOMBRE DE PIEDRA
78. LA CIUDAD DE LOS ESPECTROS
79. EL SIGNO DEL PUÑAL
80. EL OTRO MUNDO
81. EL FANTASMA IRACUNDO
82. LOS HOMBRES MOTEADOS
83. EL ENANO MALIGNO

84. EL AMO DEL TERROR
85. EL HUEVO ESPANTOSO
86. FANTASMAS QUE RÍEN...
87. EL TÚNEL DEL TERROR
88. EL DRAGÓN PURPÚREO
89. DEMONIOS DEL ABISMO
90. LA DINASTÍA SANGRIENTA
91. LA COMARCA DEL DIABLO
92. HERENCIA DIABÓLICA
93. EL HOMBRE DE ORO
94. LA MISTERIOSA LUZ BLANCA
95. LA MUCHACHA COLOR DE ROSA
96. LA LEGIÓN DE LOS DESCABEZADOS
97. EL ÁGUILA VERDE

FANZINES Y CLUBS RELACIONADOS CON «DOC SAVAGE»

«BRONZE SHADOWS», fanzine dedicado a Doc Savage, La Sombra y otros héroes de los años 30. Su publicación bimestral es un tanto irregular y la tarifa de suscripción es de \$ 1.00 por 3 ejemplares. Aquellos que estén interesados pueden dirigirse, en idioma inglés, a:

Fred S. Cook
1722 Maunta Lane
Jackson, Michigan 49201
EE.UU.

Un Club «DOC SAVAGE» en Kansas City; Fundado en 1965. Los interesados pueden solicitar información, en idioma inglés, a:

Carole A. Howard
5314 Skyline Drive
Shawnee Mission, Kansas
EE.UU.

«PULP ERA», fanzine de los «pulp»:

Lynn Hickman

413 Ottokee Street
Wauseon, Ohio 43567
EE.UU.

SI ESTO ES UTOPIA...

KRIS NEVILLE

La ciencia ficción de índole sociológica constituye uno de los apartados más importantes de la moderna ciencia ficción, y es uno de los preferidos por un amplio sector del público. Siguiendo esta corriente, Kris Neville nos presenta aquí una nueva variación, repleta de ácido humor, sobre el tema de una sociedad futura en la que el ser humano ha dejado de ser una persona para convertirse en un elemento de producción, en un número... en una máquina más.

ilustrado por ESTEBAN MAROTO

—Hola, Sue. —Movi6 algunos papeles, sin alzar la vista—. Llega tarde. La habia entrevistado, con el rabillo del ojo, cuando habia llegado a la oficina. No respondi6, por lo que levanto la vista irritado. La habitaci6n estaba vacia.

Despu6s de esto el calmarse le llev6 todo un minuto. Y a6n, cuando su mente estuvo ya calmada, su coraz6n sigui6 batiendo locamente. Mir6 hacia abajo, a la mesa. Ahora que pensaba en ello, recordaba claramente que Sue *habia* llegado, puntualmente. La habia enviado a Johnson con los datos de la producci6n para el asunto Calton; estarfa allf toda la ma6ana. Y sin embargo le habia parecido, hacfa tan s6lo un momento, que ella...

Se alz6 de hombros e intent6 forzar una sonrisa que no le qued6 demasiado bien.

Su ojo izquierdo parpadeaba de nuevo espasm6dicamente. Era un molesto tic nervioso del que se habia dado cuenta hacfa tres meses. Estaba empeorando.

Nervios.

Ya se le habia estropeado la ma6ana.

Y ahora... alucinaciones.

Mir6 el reloj; mir6 los informes por leer, algunos de los cuales eran a6n del dfa anterior. Deseaba gritar.

Camin6 hasta el bar de Wilson y se sent6. El alcohol lo relajaba y, cuando estaba relajado, desaparecfa el tic.

Tan pronto como se hubo arrellanado en el taburete se dio cuenta de que habia cometido una equivocaci6n. El barman lo estaba contemplando con obvia suspicacia. Deberfa de haber ido a cualquier otro lugar, pero ya era demasiado tarde. No le quedaba sino solucionar el asunto con aplomo.

Lanz6 la tarjeta sobre el mostrador.

El barman la tom6 y le ech6 una mirada desde el otro lado del mostrador.

—Se6or Morrison, no querfa parecerle entrometido, pero... Vino usted aquf ayer y bebi6. Le hice la 6ltima perforaci6n. Ahora, llega usted con una tarjeta nueva.

¿Cómo es eso? Las cosas no funcionan así, y usted lo sabe. Yo no podría conseguir una tarjeta nueva por mucho que lo intentase.

El señor Morrison se aclaró la garganta; temía que su ojo izquierdo comenzase a parpadear de nuevo.

—La... la obtuve del Departamento A. He estado trabajando mucho últimamente. Mis ocupaciones son muy duras.

El barman echó una mirada al reloj de pared; todavía faltaba una hora para la comida.

—Hum —dijo enfáticamente—, yo trabajo duramente. Yo... no recibo raciones extra. Ni para licor ni para nada. Especialmente para licor. Y no logro salir una hora antes de la hora de comer.

El señor Morrison no estaba acostumbrado a oír ese tono de voz. Bajo otras circunstancias, habría tomado el número del hombre e inmediatamente habría presentado una queja de la Clase 11.^a. El que no lo hiciera ahora se debía simplemente al hecho de que su nueva tarjeta no estaba realmente autorizada por el Departamento A, y que la publicidad consiguiente al aparecer como testigo en un juicio por transferencia de empleo podría ser un mal punto para su expediente.

Las miradas de ambos se cruzaron, y Morrison trató de que fuera el otro el primero en apartarla; pero notó como su ojo izquierdo comenzaba a parpadear.

—Hay trabajos peores que ése —amenazó. Y los ojos del barman se apartaron—. Un whisky seco —ordenó autoritariamente.

El barman tomó la tarjeta y la perforó.

—Sí, señor.

El señor Morrison asintió para sí mismo. Mentalmente, tomó nota de hacer algo acerca de aquel individuo; ya pensaría más tarde el qué.

Llegó la bebida. La tomó de un trago, recogió su tarjeta de racionamiento y salió.

En el futuro, tendría que ser cuidadoso para no agotar una tarjeta en ningún sitio determinado...

Ese maldito tic. Era sintomático. Estaba preocupado, definitivamente preocupado. Quizá lo llamasen ante un comité investigador; tal vez lo recondicionasen; quizá dijese que estaba perdiendo el control...

¡Y lo transfiriesen!

Se sintió helado ante ese pensamiento.

Un trabajo tan bueno como ése: Consultor para la Dirección de Producción del Distrito Este, no era fácil de conseguir. Representaba una labor de muchos años; años de...

¡Y perderlo por culpa de ese maldito tic incontrolable!

Necesitaba un trago. Lo necesitaba *mucho*.

A las tres, el señor Morrison ya estaba plácidamente borracho. Se encontraba sentado en el taburete de un bar con su décimo whisky seco ante él.

Se dijo a sí mismo que, dentro de un par de horas, tendría que irse. Llegarían los

oficinistas para sentarse incubando sus bebidas, haciéndolas durar. Luego, a las seis y media, los barmans los echarían, para que se fueran a sus casas a comer sus insípidas cenas. Y entonces llegarían los trabajadores: gentes zafias, incultas y quisquillosas.

El señor Morrison se estremeció.

Decidió que era una vergüenza... una vergüenza muy grande y una desgracia pública el dar a los trabajadores una ración de licor. Y el hecho de darles la *misma* ración (y no es que los hombres que tuviesen la habilidad y posición adecuadas no pudiesen contravenir esa ley) era llevar las cosas demasiado lejos.

La persona situada en el taburete contiguo al suyo estaba inclinándose hacia él.

—Se está usted emborrachando —dijo el individuo—. Se está usted *emborrachando*. ¿Tiene usted suficientes raciones como para *emborracharse*?

Supo que ya era hora de irse. Se alzó del taburete y se dirigió, sobre sus piernas vacilantes, hacia la puerta.

Llamó a un taxi. Buscó su tarjeta de transportes, la azul, y finalmente la encontró. Entró en el vehículo, preguntándose el porqué la gente como él no recibía simplemente una *sola* tarjeta, válida para todo.

—Sue, voy a dictarle durante casi todo el día.

—Sí, señor Morrison.

—Me temo —dijo, estudiando la uña de su pulgar— que estoy un tanto retrasado en mi trabajo. Es que ayer tuve que... salir a ver a un individuo —se dio cuenta de que la excusa sonaba bastante falsa.

—Sí, señor. Cuando volví de la oficina del señor Johnson, usted ya se había ido. Así que me dije a mí misma: «Veamos, Sue —me dije— ¿qué es lo que el señor Morrison desearía que hicieses?». Así que cogí el expediente de Miner... ya recordará que me dijo que buscara aquel informe trasapelado de la producción de junio cuando tuviese tiempo. Así que...

Morrison se dio cuenta, por primera vez, de que su voz era chillona y bastante desagradable.

—Muy bien, Sue —interrumpió.

—Sí, señor; pero yo...

—No se preocupe, Sue; ya me lo dirá en otro momento.

—Sí, señor Morrison.

El señor Morrison alzó la vista y la dirigió hacia la izquierda. No quería mirarla directamente.

—Realmente, tendríamos que empezar con ese dictado.

Ella cruzó la habitación hasta la silla situada frente al estenógrafo; se sentó en ella con aspecto eficiente.

De repente, el señor Morrison no supo por donde empezar: ¡había tantas cosas que hacer! En su desesperación, tomó el informe superior del montón y comenzó a

leerlo airadamente. La resaca llenaba su estómago de mariposas, y no podía concentrarse en las palabras. Su mente estaba vacía.

Aclaró la garganta. Eso, normalmente, le ayudaba. Fijó con determinación su vista en la cabecera.

—Nota interior. A Jacoby.

Las teclas sonaron secamente en el estenógrafo.

—Me han llamado la atención sobre el informe... esto... —sus ojos buscaron frenéticamente el número de archivo... ah, ahí estaba, justo donde tenía que estar... — esto, número... Será mejor que esto lo ponga entre paréntesis, Sue... su número de archivo 739.82. No, pensándolo mejor, no lo ponga entre paréntesis.

Notó como las palmas de sus manos se humedecían de sudor. ¿Debía de llevar eso paréntesis? Trató de sobreponerse. Trató de decirse a sí mismo que no importaba.

Pero importaba. Los errores (aún los pequeños) eran tenidos en cuenta, en contra de uno, en los informes de eficiencia. No se podía ser lo bastante cuidadoso.

Se aclaró la garganta por segunda vez. Secamente.

Aquí llegaba. De nuevo el tic.

Se estremeció. ¿Se había dado cuenta Sue?

Se puso en pie y le dio la espalda. Volvió a iniciar el dictado:

—Informe número tal, referente al descenso de la eficiencia en la Fábrica Siete.

¿Fábrica Siete?

¡Oh, Dios! Ahora recordaba. Se suponía que debía inspeccionarla. Esta tarde. A las dos.

Los informes tendrían que esperar.

No. Los informes *no podían* esperar. Ya estaba demasiado retrasado. Demasiado.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dijo, Sue?

—Dije que me gustaría que no estuviese así, cara a la pared, señor Morrison. Eso hace que su voz suene como si tuviera la boca llena de algodón. Hace que sea muy difícil el entenderlo.

—Oh... naturalmente.

Si se volvía, seguro que ella se daba cuenta del tic.

—Sue. ¿Querría usted salir y... esto... irme a buscar tabaco?

—Sí, señor. ¿Me puede dar su tarjeta?

No se dio la vuelta.

—Use un impreso oficial para raciones —dijo irritado.

Por un momento hubo silencio. Luego:

—Ciertamente, señor Morrison.

Oyó como sus tacones sonaban con un seco repiqueteo sobre el desnudo suelo; oyó cerrarse la puerta.

Se dio la vuelta.

Se sentía débil.

Se derrumbó sobre su silla y trató de relajar sus agotados músculos en tensión.

Su coeficiente de eficiencia estaba bajo, y lo sabía. Eso significaba que, en cualquier momento, podrían llamarlo para una revisión médica. Amargado, hizo una mueca con la boca. ¿Cómo podían esperar que un hombre...?

Decidió que era la presión. La eterna presión. El eterno miedo a perder un punto en el índice de nivel de empleo y ser transferido. El conocimiento cierto de que uno está siendo vigilado, de que cada error es anotado en la hoja balance. La inseguridad.

Ni siquiera un hombre de hierro podría soportarlo.

El señor Morrison miró a los informes y suspiró.

Todavía le quedaban veinte años de eso. ¡Dios! Veinte años. Y aún entonces... Se preguntó si era posible creer en la propaganda gubernamental acerca del nuevo programa de retiros. En veinte años, cuando le tocase el turno a él, tal vez entonces... ¡Pero todavía veinte años de ello, Dios! Veinte años más.

Refrenó sus pensamientos: últimamente, tenía una tendencia a dejarlos correr sin rumbo. Eso era malo. Interfería con su trabajo.

Contempló el gráfico de producción colocado en la pared; siguió la curva descendente con la mirada. Este mes había bajado un punto y medio.

Envidiaba a los hombres de Distribución. Como siempre, Distribución funcionaba como una seda. Y eso cuando había algo que distribuir.

Producción iba mal. La gente no trabajaba como antes, como hacían antes del Nuevo Estado.

El nuevo plan de incentivos... hum... estaba siendo considerado en Planificación Central. No le gustaba. No veía ningún sentido en mimar a los trabajadores. *Darles duro*, se dijo a sí mismo. *Que no haya rezagados*.

Ya le ocurría de nuevo. Otra vez tenía que fijar su pensamiento. Maldijo para sí.

Sus ojos volvieron a caer sobre los papeles situados encima de la mesa. Se preguntó si podría escaparse antes de que volviera Sue. Si podría tomar un par de tragos rápidos antes de que fuese la hora de inspeccionar Número Siete.

No. Tenía que ponerse al día. Cuando uno se retrasaba...

Ausentemente, tomó la pipa y la llenó. La encendió y la dejó apagar. Su ojo izquierdo seguía parpadeando.

La fábrica era una avalancha de sonidos. Eso no ayudaba en nada a calmar la pulsación de su cabeza. Asintió ausentemente en respuesta a la pregunta del capataz, y se dirigió hacia la siguiente máquina.

La operaria sacó el pie del pedal y le miró. Estaba sudando.

El señor Morrison se inclinó y tomó uno de los muelles helicoidales, examinándolo. Le dio la vuelta en la palma de la mano.

Hacía calor aquí dentro.

Devolvió el muelle a la bandeja y se giró hacia la mujer.

—¿Le gusta su trabajo? —Tenía casi que gritar para lograr que su voz se oyera

por encima del horrible estruendo de las máquinas.

Los ojos de ella eran apagados. Sus labios medio formaron una palabra, y entonces se lo pensó mejor.

—Esto es a lo que me han asignado —contestó—. Esto es para lo que estoy mejor preparada.

—Una buena respuesta —afirmó el señor Morrison.

Siguió su camino.

En la siguiente máquina, la operaria apartó su húmedo cabello del rostro y contempló al señor Morrison. Éste estudió sus facciones. Estaban bien moldeadas.

Los labios de la mujer formaron una línea fina y apretada.

El señor Morrison notó que se le congestionaba el rostro. La mujer creía que le había hecho un guiño y no le había gustado.

Estaba irritada. Tremendamente irritada. Podía verlo.

Dijo algo que se perdió en el ruido.

El señor Morrison se dio cuenta de que debía ir a otra parte. Se dio cuenta de que habría problemas si se quedaba. Una discusión.

—¿Qué le parece su trabajo? —preguntó.

—¡Odio cada minuto que he de pasar en él, asquerosa sanguijuela! —gritó ella por encima del retumbar de las máquinas.

El señor Morrison se sobresaltó.

—Bueno, bueno —trató de calmarla—. Después de todo, el que la hayan asignado...

Ella escupió alguna cosa.

El señor Morrison se giró hacia el capataz.

—¡Un caso disciplinario! —chilló el capataz para hacerse oír en el ruido.

El señor Morrison contempló a la mujer y asintió gravemente.

Ella estaba viniendo, rodeando la máquina, deprisa. Se colocó frente a él.

—¡Trabajo! ¡Diez horas al día! ¡Duro! ¡Y entonces un estúpido, feo y gordo, viene a meterse conmigo! ¡Un estúpido gordo que trabaja en una oficina viene a hacerme un guiño y...!

Se sentía perdido. Deseaba explicarle que no podía evitar el tic, que era involuntario.

—Bueno, bueno. Realmente, usted no está siendo muy...

—Que si me gusta mi trabajo, pregunta. ¡Es algo que da risa! «¿Le gusta su trabajo?», dice. Escuche, caballero —estiró una mano grasienta y la cerró en su solapa—, puede usted coger este trabajo y...

Luego, en la oficina del capataz, el señor Morrison fue de nuevo dueño de la situación. Se arrellanó en la confortable silla y unió las palmas de las manos.

—¿Cuántos casos disciplinarios tienen, similares a los de esa pobre mujer? —preguntó.

El capataz se alzó y se dirigió a un archivador metálico.

—Tengo una lista oficial aquí. —Buscó entre papeles y, finalmente, extrajo una hoja. Se la llevó al señor Morrison.

—Siete, ya veo —dijo éste leyéndola. Recorrió la lista con el dedo—. Hum. ¿Y qué hay de ese hombre... esto, creo que... esto... el número 314? ¿Por qué no está aquí?

—Ah... él. —El capataz le miró—. Es un buen trabajador. Hoy, simplemente, tuvo un mal día. Después de todo, aquella máquina pudo estropeársele a cualquiera.

—¡Pero si él la atascó *deliberadamente* con aquel muelle!

El capataz negó con la cabeza.

—Eso fue lo que pareció. Cuando se rompió la guía, le arrancó el muelle de la mano. Usted vio el efecto, no la causa.

El señor Morrison apretó los labios, que tenían un color blanquecino.

—Tiene usted que darse cuenta de que tener un mal día no es ninguna clase de excusa. Si permitiésemos estas cosas, ya sabe usted que dentro de poco estarían todos... —dejó que su voz terminase con un silencio significativo. Sacó la pluma y desenroscó el tapón.

—Pero, señor; ¡él no es ningún caso disciplinario!

El señor Morrison colocó el tapón en el otro extremo de la pluma. La plumilla tocó el papel.

—Quizá si, quizá no. Ése es mi trabajo. Servirá como ejemplo a los demás. Después de todo, debemos considerar la Totalidad.

Apuntó 314 en el papel.

—Haré que aprueben esta lista para que sean reasignados. Lo arreglaré para que pueda usted aparecer en el juicio de transferencias por haber sido el que indicó la necesidad de la misma.

Continuó hablando casi para sí mismo:

—Hay algunos puestos vacantes en los Campos del Este, y he recibido una requisitoria, esta mañana, para enviar a tres hombres y una mujer a las minas profundas del Norte... lo que resuelve...

Miró al otro.

—Puede usted avisar a esas ocho personas de que van a ser transferidas. —Le extendió la pluma—. Ahora, si desea usted firmar aquí, terminaremos con este desagradable asunto.

Estaba contento de hallarse en casa. Se desnudó y se dio una ducha; con una intensa concentración, se fue lavando la suciedad que la fábrica había dejado en su cuerpo. Cuando se hubo secado, se vistió con un batín y salió a la habitación. Era una habitación bonita, muy cuidada. El último ocupante, pobre hombre, había sido muy culto; además, había tenido una habilidad especial para extraer requisitos extras de Distribución.

Por ejemplo, ahí estaba el fonógrafo. En realidad, no se debería de hallar uno como ése en la casa de un empleado de clase A2. El señor Morrison era afortunado.

Repentinamente, cambió de humor.

Se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación.

Era pequeña. Era curioso el que nunca se hubiese dado cuenta antes de lo pequeña que era. Tan pequeña que lo oprimía.

Y ni siquiera era una habitación muy bonita. No, era una conejera abarrotada y enloquecedora.

Y realmente *no* era afortunado.

¡Era desafortunado!

Los afortunados eran los trabajadores. Siempre tenían lo mejor. Nunca veías a uno de ellos con un tic nervioso. No es que sus casas fueran como ésta, eso no había ni que soñarlo. Pero, después de tan sólo diez o doce horas diarias de trabajo, ya habían terminado. Eran libres.

Los hombres como el señor Morrison no lo eran. Su día de trabajo no terminaba en la oficina. Cuando salían de allí se llevaban sus trabajos consigo. Para seguir preocupados con ellos...

El señor Morrison miró hacia abajo, a sus brillantes zapatos negros.

Fatiga nerviosa.

Lo mejor era enfrentarse con ello. Demasiada responsabilidad. Demasiada presión.

Debería de ver a un doctor, pero tenía miedo de hacerlo. Un doctor tendría que informar si algo iba mal. Y, entonces, lo anotarían en su expediente. Lo anotarían con tinta y nunca lo borrarían. Siempre estaría allí.

Y, sin embargo, se enterarían más pronto o más tarde. Allí estaban todos los signos, los conocía tan bien como cualquiera: eficiencia decreciente, irritabilidad, tendencia al desvarío. Preocupación excesiva por los detalles nimios. Miedo. Visiones.

Era malo. Estaba derrumbándose. El tic de su ojo izquierdo. La alucinación de ayer por la mañana. La discusión con Keller la semana pasada.

Ese maldito tic. El tenerlo era peor que trabajar doce horas seguidas, diariamente, en los pozos. Cualquiera que lo viese podía decir que estaba desmoronándose.

Dejó que sus pensamientos continuaran por el camino de la autocompasión.

Había cruzado la habitación y se había echado en el sofá. Se removió intranquilo...

¿Lo había hecho todo bien, hoy? Por lo menos se había puesto al día en los informes. Por lo menos había hecho eso.

Reconsideró el día.

Había el asunto del 314. Ahora le sabía mal. Naturalmente, era demasiado tarde; aunque quisiera, ya no podía hacer nada al respecto.

No es que le molestase el dar un ejemplo de vez en cuando. Era necesario. Y

mucho más satisfactorio que todos los «planes de incentivos» del mundo. Pero aún en eso uno podía sobrepasar el límite.

El señor Morrison no estaba demasiado seguro de no haberlo sobrepasado en los últimos tres meses.

Tal vez ése fuera otro síntoma de la fatiga nerviosa. Una tendencia a no manifestar ninguna comprensión por las faltas de los otros, al darse cuenta subconscientemente de las de uno mismo. Una especie de autocastigo.

No deseaba seguir pensando en eso.

¡Esta noche tampoco iba a poder dormir!

Deseaba gritar. No podía explicar por qué. Simplemente, deseaba gritar.

Gritó.

Estaba muy consciente del batir de su corazón, y también del hecho de que no podía hacer nada por evitarlo.

Naturalmente que estaba nervioso. Y hasta un tanto asustado. Pero, ¿quién no lo estaría? Trató de calmarse repitiendo la vieja frase: «Dentro de cien años no importará lo más mínimo». Pero, como siempre, no le sirvió de nada.

Se sentía como un muchachito esperando al doctor.

El señor Haskins había llegado hacía quince minutos, atravesado la habitación sin ni siquiera mirarle, y entrado en su oficina. En cualquier momento, debería de terminar de leer el montón de informes de hoy.

La silla en que se hallaba sentado el señor Morrison era bastante incómoda. Sacó su pipa.

El señor Haskins era el empleado encargado del comité de investigación para los casos que hacían referencia a personal de las clasificaciones A y B. Recibía copias de los juicios de transferencia y dictaba sentencia. Era un hombre muy competente. El señor Morrison tenía entendido que anteriormente había sido un psiquiatra.

El juicio no había sido muy malo. Al menos, no tan malo como había esperado.

Todo el mundo había sido muy amable y simpático, tratando tan sólo de obtener los hechos reales.

No le sorprendería mucho si recibía seis meses de permiso de recuperación. Eso le gustaría. Quizá pudiera obtener una prioridad para Hawaii. Estar cuatro meses al sol sin ninguna clase de preocupación. Volver relajado.

Naturalmente, esto estaba en manos del señor Haskins. Fuera cual fuese su decisión, sería inapelable; pero le resultaba difícil pensar en algo más severo que una transferencia a la clase C. Eso es el peor de los casos. Lo que quizá no fuera demasiado malo. Menos responsabilidad.

El señor Morrison encendió la pipa. Sonrió tontamente a la vacía habitación.

Centró su atención en la ventana sin cortinas. Afuera, era primavera. Le gustaba la primavera. Le gustaba oír cantar a los pájaros y sentir el viento suave y tibio en el

rostro. Se preguntó como sería la primavera en Hawaii.

Se abrió la puerta.

—Entre, señor Morrison. Por favor.

El señor Morrison se puso en pie de un salto. Miró a su alrededor buscando un lugar en el que golpear la pipa, no vio ninguno, y la metió en el interior de su bolsillo. Automáticamente se ajustó el nudo de la corbata y alzó los hombros, pero su paso resultaba incierto.

La recepcionista se apartó para dejarlo entrar y cerró la puerta tras él.

El señor Haskins estaba sentado tras una gran mesa de nogal. Le miró.

—Ah —dijo—. Venga aquí.

Avanzó a través de la alfombra y se detuvo frente a la mesa.

El señor Haskins no le ofreció ninguna silla. Eso era un buen signo; la entrevista sería corta, tan sólo duraría lo suficiente como para aclarar algunos puntos menores.

Durante unos largos instantes, el señor Haskins lo estudió en silencio, frunciendo los labios, especulativamente. Morrison se agitó nervioso.

—Morrison, ¿no? —gruñó el señor Haskins.

—Sí, señor.

Miró hacia abajo, a la mesa.

—¿Su número es 37-533-338?

—Sí, señor.

—Entonces, éste es su caso.

El señor Haskins construyó una pirámide con sus manos al colocar las yemas de los dedos juntas y las palmas frente a frente. Usaba un par de guantes blancos y amplios. Se miró las manos y las relajó, dejándolas caer por debajo del tablero de la mesa, fuera de la vista de Morrison.

—Tengo entendido que creó usted un cierto disturbio la semana pasada, chillando en su apartamento.

Morrison enrojeció y tartamudeó un débil:

—Sí, señor.

—¿Por qué lo hizo?

Morrison se movió intranquilo. Hizo unos movimientos con sus manos que expresaban su confusión y embarazo.

—Yo... es decir, señor, verá... exceso de trabajo y...

—¡Pero hable, hombre! ¿No puede usted pronunciar frases completas?

—No, señor... quiero decir sí, señor... quiero decir, es el exceso de trabajo. No estoy en mi estado normal.

Le guiñó al señor Haskins.

Eso hizo que deseara dar la vuelta y echar a correr.

El señor Haskins echó la cabeza hacia atrás, entrecerró los ojos y dio un bufido. Se alzó, caminó deliberadamente a través de la habitación y, entonces, se dio la vuelta. Se quedó firmemente plantado allí, con las piernas separadas, las manos

cruzadas a la espalda, el cuello inclinado hacia adelante, mirando fijamente a Morrison.

—Voy a hacer preguntas, y espero respuestas concisas... Ahora, ¿cuánto tiempo hace desde que se dio cuenta por primera vez...?



Se había terminado. Nunca había pasado una hora y media tan terrible en toda su vida. El señor Haskins se había comportado como un toro, enorme y enfurecido. Gracias a Dios, todo había terminado.

Morrison estaba empapado en sudor frío.

Trató de recomponer sus destruidos nervios. Había sido demasiado optimista. Esto quizá terminase en una transferencia hasta la clase D. De vuelta a su viejo trabajo, de almacenero en Mantenimiento... pero podría soportar eso. Ya había sido de clase D antes. Y todavía era joven, bastante joven. Y en otros diez años o así

podría subir de nuevo hasta B1... si es que el señor Haskins no ponía en su expediente: «No se recomiendan futuras promociones».

Si esa maldita pipa no le hubiera quemado los pantalones, y si ese maldito tic no le hubiera... lo mejor era que se olvidase de ello.

Morrison deseaba volver a casa y echarse en la cama, tratar de dormir, olvidarse de todo durmiendo.

Pero el señor Haskins le había dicho que esperase allí afuera. Ya llevaba esperando casi media hora.

Finalmente entró un agente de Seguridad por la puerta de la calle. Miró en una forma rara al señor Morrison y luego se dirigió a la puerta del señor Haskins, entrando por ella.

Al cabo de dos minutos salió, llevando un papel escrito a máquina. Lo consultó.

—¿Es usted Morrison?

—Sí, señor.

El señor Morrison notaba una presión sobre su corazón y una sensación de vacío en su estómago. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—Tiene usted que venir conmigo.

El señor Morrison se puso en pie. Estaba confuso. Se secó las palmas de las manos en los pantalones. Tragó saliva.

—¿Podría decirme... por qué?

Los ojos del agente de Seguridad se oscurecieron por un momento. ¿Era piedad?

—No —dijo—. Se lo dirán en Central.

Shock. Lo golpeó como un martillo entre los ojos. La habitación se agitó bajo sus pies. Sus piernas se negaban a sostenerle.

Notó la mano del agente de Seguridad bajo su codo, aguantándole, llevándole suavemente hacia la puerta.

No podía creerlo. No *quería* creerlo. Notaba náuseas.

Buen Dios...

Había sido declarado sin interés para el Estado ni para sí mismo.

¡Ese papel era una autorización para la eutanasia!

El señor Haskins abrió el cajón superior y sacó la botella. Se sirvió una buena dosis y la bebió de un solo trago. Dejó la botella en su sitio.

Lo sentía por aquel individuo, Morrison.

Se recostó y trató de relajarse.

Miró al reloj de sobremesa. Ya debía de haber acabado todo. Ya era demasiado tarde para tratar de hacer algo.

No obstante, le preocupaba.

Y no es que le molestase el dar un ejemplo con alguien, de vez en cuando. Hacía que los otros cuidasen sus pasos.

Pero quizá se había estado pasando de la raya últimamente.

Quizá era otro síntoma del cansancio nervioso. Una tendencia a ser menos comprensivo con las faltas de los otros, viéndolas, subconscientemente, en uno mismo. Una especie de masoquismo por extensión.

Miró a su mano enguantada. Podía notar los músculos que regían su pulgar derecho. Estaban dando tirones espasmódicos.

Título original:

IF THIS BE UTOPIA...

© 1950, *Ziff-Davis Publishing Co.*, by arrangement with *Ultimate Publishing Co.*

Traducción de Z. Álvarez

UN DOMINGO ROMANO

LINO ALDANI

Si usted ha leído el libro «Mis universos» (Colección Nebulae) o el relato «37 centígrados», aparecido en el número dos de nuestra revista, se habrá dado cuenta de cual es la temática preferida de Lino Aldani. En esta nueva salida a los lectores de habla hispana, Aldani vuelve a recoger esta temática para ofrecernos, en una forma personalísima, su versión de un mundo futuro agobiado por los mismos problemas que hoy en día se insinúan ya a nuestro alrededor.

Mamá me ha despertado cuando serían las cinco. Apenas se veía. Me ha lavado y vestido, he tomado la supermalta con los bizcochos vitamínicos, y hemos salido hacia el garaje. Papá estaba lustrando el coche. Hemos cargado los accesorios de la excursión, los avíos de pesca, la cesta de la comida. Después, papá, poniendo el coche en marcha, ha dicho: ¡nos vamos, muchachos!

¡Pero sí! Hemos necesitado un cuarto de hora largo para salir del garaje; los coches estaban pegados los unos a los otros, y los cuidadores juraban; papá, en cierto momento, se ha puesto verde, se ha desabrochado el cuello de la camisa y ha dicho: no me haría gracia pasar el domingo aquí dentro. Y mamá le ha dicho: bueno, cálmate, Ernesto, nadie nos persigue.

Mamá es paciente. Incluso durante todo el trayecto para llegar a la autopista ha intentado siempre minimizarlo todo. Había puesto la radio y trataba de mantenernos alegres con la música, pero papá estallaba en cada semáforo; la andanada que prefiere es aquella contra los falsificadores de cupones, siempre dice que deben ser decenas de millares, y esto explicaría el porqué, a pesar de los turnos y las limitaciones, ya no se marcha como antes.

Papá ha sido listo, ha hecho treinta y ocho semáforos en una hora y cuarto. Pero después, en la casilla de la autopista, hemos permanecido parados cuarenta minutos. Papá se ha quitado la camisa, siempre irritado, siempre resoplando. Solamente se ha calmado más allá de la casilla, cuando ha podido ponerle la directa al coche. Mira, hijo mío, ha dicho en un determinado momento, en este mundo hay los astutos y hay los tontos; aquellos que llegan al mar en media hora porque tienen helicóptero y aquellos que deben pudrirse en la carretera dentro de esta ratonera.

Mamá no ha querido hacer ningún comentario, tan sólo ha cambiado la estación. Buscaba los Desperados, aquellos que tocan sin instrumentos metiéndose los dedos en la nariz y en el fondo de la garganta, pero no los encontraba; entonces ha vuelto con los Lánguidos, pero papá ha dicho: corta ya esta serenata, y entonces mamá ha puesto el volumen casi a cero, se ha colocado el auricular y no ha dicho nada más.

No hemos necesitado mucho para llegar al mar. El infierno ha recommenzado, sin

embargo, apenas fuera de los pinares, cuando se ha presentado el puesto de bloqueo. Todos los semáforos estaban verdes, pero los controles eran largos, se avanzaba a saltos y para pasar al otro lado hemos necesitado casi una hora.

Papá ha recorrido cuatro o cinco veces la orilla del mar en busca de un lugar que no estuviera demasiado lleno de gente. Después mamá y yo hemos ido, cupón en mano, a hacer cola delante de las portillas, mientras papá buscaba un buen lugar para aparcar el coche.

A las diez en punto estábamos en la playa, en la fila veinticuatro. He ido rápidamente a controlar la hora del baño. A las diez y media, ha dicho el bañero. Al cabo de poco ha dado tres golpes de silbato para señalar la entrada en el agua de todos aquellos de las filas del veinte al treinta. Quería irme un poco hacia lejos, donde había menos gente, pero papá gritaba que no debía alejarme. Así, he probado a nadar permaneciendo cerca de la orilla: inútil, a cada momento tropezaba con alguien y al final me he hecho un rasguño en el cuello, muy profundo. Papá, enormemente enojado, me ha acompañado a la enfermería.

Después hemos regresado bajo el parasol, y junto a mamá hemos comido las almendras saladas y las palomitas de maíz. Papá quería leer el diario; por unos momentos lo ha intentado, pero después ha debido dejarlo a causa de los transistores, que eran unos dos o tres mil, todos ellos puestos a todo volumen, porque los maleducados, como dice siempre papá, son un ejército inmenso y son muy pocas las personas civilizadas que usan los auriculares sin molestar a nadie.

Yo he intentado tomar el sol, tendido en la playa. Pero la gente no se estaba quieta ni un instante, todos pasaban y saltaban por encima de mí, y así, después de diez minutos, me he levantado completamente cubierto de arena.

Después hemos ido al bar, que estaba atestado ya que había allí también aquellos que bailaban junto el juke-box. Papá nos ha dicho entonces que lo esperaríamos afuera, que a él solo le sería más fácil. Después de un cuarto de hora ha vuelto con un helado para mí y con un café en un vaso de papel para mamá. Me he metido un poco bajo el entoldado del bar, donde hay los columpios y los toboganes. Algunos muchachitos sinvergüenzas querían pasarme delante, pero los he llamado al orden. En media hora me he deslizado tres veces por el tobogán. Después me he comprado un chicle y más tarde un caramelo con palo.

Faltaba un cuarto para el mediodía, y papá ha hecho seña de prepararnos. Esperaba llegar entre los primeros al restaurante y lograr que le dieran una mesa cerca de la balaustrada, donde se ve bien el mar; pero tantos otros se habían movido antes que nosotros que nos ha tocado una mesa en medio, allí donde el mar apenas se ve.

Ya no quedaba sopa de pescado, a mamá le ha sabido mal y ha tenido que contentarse con el acostumbrado pollo asado que no sabe a nada. También papá ha comido a disgusto, mientras miraba al mar alargando el cuello y murmuraba. Cierto, decía, aquel que tiene una lancha motora se va mar adentro y se divierte como quiere,

se baña, pesca, toma el sol sin nadie alrededor que lo fastidie.

Entonces mamá ha propuesto tomar una barca de alquiler, pero las barcas estaban ya todas comprometidas desde hacía quince días. Y así papá ha dicho: vayamos a los pinos, allí hay el estanque con la pesca de pago, podremos divertirnos sin arriesgarnos a coger una insolación.

A las dos estábamos ya vestidos de nuevo. El coche se hallaba al sol y dentro se sudaba, aún teniendo los cristales bajados. Por fortuna a aquella hora el tráfico no era mucho, y así llegamos a los pinos en un segundo.

Gira y gira, papá consiguió encontrar un rincón realmente tranquilo, donde no había mucha gente; tanto es así, que conseguimos colocarnos en un área de veinte metros cuadrados sólo para nosotros. Mamá se ha echado en el colchón de gomaespuma y ha encendido el televisor portátil, papá en cambio ha intentado dormir. Yo, como me aburría, me he ido a dar una vuelta, sin alejarme demasiado y sin prestar demasiada atención a los otros muchachos que correteaban por allí.

Cierto, el pinar es muy hermoso, con los árboles todos iguales y el terreno recubierto de suave maleza. Papá dice que era mucho más hermoso hace veinte años, cuando los pinos eran auténticos, pero después una desgraciada enfermedad los atacó y así debieron cortarlos y sustituirlos por aquellos artificiales. Yo no les veo ninguna diferencia, esos de plástico me parecen más relucientes, y además la maleza no pincha.

Hacia las tres y media papá ha sacado las cañas y nos hemos ido al estanque. Había una enormidad de gente y estábamos un poco estrechos, codo contra codo, pero con un poco de paciencia se conseguía lanzar el anzuelo.

Papá probó primero con el pan y después con el maíz. Nada que hacer. Quizá porque el cebo no estaba bien colocado, y cuando papá lo recuperaba encontraba siempre el anzuelo limpio.

Vino un vigilante con la ropa roja y la placa plateada en el sombrero. Señor mío, dijo, señor mío, si no pone el gusano, ¿cómo quiere que piquen los peces?

Levantó la tapa del cesto que llevaba en bandolera, metió la mano dentro y sacó fuera una lombriz de unos siete centímetros de largo. Ajá, dijo, aquí está el cebo; debe colocarlo usted bien, bien en torno al anzuelo, dejándolo bascular un poco, y el pez picará en un segundo.

La lombriz se movía de aquí para allá como un limpiaparabrisas. Usted está loco, dijo papá; yo esto no lo toco, me da asco.

Y esto empujó al vigilante a meter el gusano en el anzuelo. Papá metió la mano en el bolsillo y le dio una moneda.

El pez picó realmente en un segundo. Hubo un poco de confusión porque el sedal se había enredado con el del señor de al lado. Éste, mientras tanto, había lanzado un chillido porque creía que el pez era el suyo y se mostraba muy excitado; pero luego, cuando el sedal fue soltado y vio que el pez era de papá, se puso morado de rabia y fue a colocarse más lejos.

Mamá estuvo muy contenta cuando nos vio regresar con el pez. Apagó el televisor y dijo: estupendo. Mientras tanto, papá registraba el cesto de camping, buscando el cuchillo sacatapones. Después abrió la barriga del pez, pero cuando se trató de sacar sus intestinos arrugó la nariz. Al fin, ayudándose con un cuchillo, lo limpió bien y lo enjuagó con agua mineral.

Ahora vamos a encender el fuego, dijo, y veréis qué bonito. El fuego, dijo mamá; ¿y para qué? Para asar el pez, dijo papá. Lo haremos a las brasas, como los antiguos, y en la naturaleza.

De vez en cuando decía la naturaleza, una palabra que no acabo de entender. Ah, la naturaleza, decía. Y se frotaba las manos. Vivir en la naturaleza, el cebo natural, el aire libre, y hablaba de los hombres vestidos con pieles de leones, del arco y las flechas. Mamá reía. El fuego. ¿Cómo lo harás, Ernesto, para encender el fuego? Porque en todo el pinar no había ni una sola astilla. Entonces se me ocurrió ir a revisar el cubo de la basura. Buscaba los palitos de los helados y, cuando tuve entre las manos una treintena, corrí hacia papá muy contento. Nada que hacer. Lo sé, encender un fuego no es una cosa fácil; papá ponía papel y soplaba, tenía los ojos rojos, lacrimosos. Pero la llama no se formaba, tan sólo humo y cada vez más pestilente. No seas ridículo, Ernesto, dijo mamá, y se alejó para encender de nuevo el televisor. Entonces papá se enfadó, tomó el pez y lo arrojó lejos.

Merendamos unas cápsulas. Después papá se recostó para fumar un cigarrillo. Yo metí una moneda en la distribuidora automática, mastiqué un chicle y después, cuando ya no sabía a nada, metí otra moneda. Las distribuidoras estaban a mano, había una de ellas colocada junto a cada árbol.

Mientras tanto, mamá estaba un poco aburrida. Continuaba cambiando estaciones. Bastante gente se estaba preparando para el regreso. Entonces también nosotros plegamos la mesita, las sillas y el resto, lo colocamos todo en su sitio en el coche, que pese a todo, como dice papá, es un hermoso coche, ya que él lo pule con cuidado y no lo fuerza como hacen algunos que se lanzan a toda velocidad sin darle ni un respiro al motor.

Necesitamos una hora y media para recorrer los dos kilómetros que nos separaban de la autopista. Yo estaba detrás, encajado en medio de los bultos, y sin que me vieran —papá dice que todo esto son porquerías— he masticado tres chicles comprados a escondidas. Mamá tenía encendido el televisor sobre las rodillas.

A lo largo del recorrido he contado setenta y cinco choques y taponamientos. Hemos salido de la autopista cuando ya era oscuro; papá quería hacer la circunvalación, pero los accesos estaban todos atestados y así para ir a casa hemos tenido que pasar por el centro, toda la ciudad en primera y segunda.

Hemos llegado que eran casi las diez. Yo no tengo hambre, ha dicho mamá. En cambio papá y yo hemos comido corned-beef y una caja de Tiernísimos, los exquisitos guisantes naturales que contienen tantas vitaminas. Después papá ha querido controlar los resultados en la transmisión de las últimas noticias deportivas.

Será para otra vez, ha dicho, y ha roto la quiniela. Mamá se ha quedado unos momentos a ver el match Gargiullo-Palmer, espectáculo ofrecido por la Vivarelli & Nicholson Company, pero después, como el boxeo no le gusta (mamá prefiere los programas-concurso y las telenovelas históricas) ha ido a arreglar el dormitorio, la cocina y el baño, de modo que los Anceschi no tengan de qué lamentarse. Mamá tiene esta manía. Nuestros coinquilinos, en cambio, siempre dejan la casa sucia, olvidan objetos por todas partes, una vez encontramos un mechón de cabellos en el lavabo y además pieles de manzana y cáscaras de queso bajo la mesa del comedor. Mamá no, está siempre muy atenta a volver a colocarlo todo en nuestro armario personal, no deja un alfiler, y lo hace a propósito, para darles una lección moral y hacerles comprender como deben vivir las personas civilizadas. Papá, en cambio, dice que si los Anceschi continúan de esta manera los denuncia y hace que los echen, porque el reglamento habla claro y le da la razón a papá.

Papá tiene razón también cuando dice que el gobierno debería pensar en resolver la crisis de los alojamientos y que si vamos avanzando de esta manera los dobles turnos ya no bastarán, tendremos que llegar a los triples y quizá hasta los cuádruples turnos, y terminaremos con que nos darán cupones no solamente para circular, no solamente para ir al cine o de paseo, sino también para hacer pipí y hasta para sonarse. Papá dice que es todo un asco, que somos demasiados, y que hay demasiada gente ambiciosa que quiere hacerlo todo a su comodidad. Y es por eso que nos toca vivir una semana sí y otra no. Aquí, sin embargo, creo que papá exagera. A mí la hipnosuspensión no me produce ningún fastidio, y siete días pasan en un minuto y me despierto a la semana siguiente fresco y reposado.

Así, a medianoche, cuando han comenzado a distribuir la hipnocorriente, no he hecho remilgos, también porque comprendo que papá y mamá quieren estar un poco solos. He guardado todas mis cosas, me he puesto el pijama y en vez de subirme a la cama donde duermo habitualmente he abierto el armario mural donde se hallan colocados los orbículos de reposo, los nuestros y los tres de los Anceschi. He recitado mis plegarias y mamá me ha dado el beso largo de todos los fines de semana. Después me he colocado el hipnocapuchón y he apretado el botón. He quedado dormido de golpe.

Título original:
DOMENICA ROMANA
© 1969, *Lino Aldani*.
Traducción de P. Domingo

POR PRIMERA VEZ EN ESPAÑA
Y A NIVEL NACIONAL,
LOS AFICIONADOS A LA CIENCIA FICCIÓN
SE UNEN EN EL

C.L.A.

CÍRCULO DE LECTORES DE ANTICIPACIÓN

LOS PRIMEROS MARTES DE CADA MES,
REUNIÓN DEL C.L.A. EN BARCELONA

EL C.L.A. BUSCA DELEGADOS EN TODAS
LAS LOCALIDADES DE ESPAÑA PARA CREAR
LA PRIMERA RED NACIONAL DE
AFILIADOS A LA CIENCIA FICCIÓN

TODOS LOS INTERESADOS PUEDEN PONERSE
EN CONTACTO CON:

Ángel Rodríguez Metón
Navas de Tolosa, 238, 3.º, 3.ª
Barcelona - 13

TODO AFICIONADO
A LA CIENCIA FICCIÓN DEBE
UNIRSE AL C.L.A.

EL COMPOSITOR

LLOYD BIGGLE, JR.

El autor de «El silencio es mortal» (publicada en nuestro número 5), nos presenta aquí la probable historia de un mundo dominado por la plaga de los anuncios comerciales, y la solitaria lucha de un hombre por restablecer el perdido arte de la música. El que esta historia sea una amenaza o una promesa del futuro es algo que empieza a depender ya de nuestra actual pasividad hacia un factor de embrutecimiento que queda claramente representado por la masiva avalancha de publicidad que inunda cada vez más uno de los órganos más masivos de difusión: la televisión.

ilustrado por CARLOS GIMÉNEZ

Todo el mundo lo llama el Centro. Tiene otro nombre, uno largo que se indica en la lista de propiedades del gobierno y puede uno consultarlo en la enciclopedia, pero nadie lo usa. Desde Bombay a Lima es... el Centro. Uno puede salir vacilando de entre las agitadas nieblas de Venus, abrirse paso hasta un bar, y empezar a decir: «Cuando yo estuve en el Centro...». Y todos aquéllos a quienes alcance la voz escucharán atentamente. Uno puede mencionar el Centro en las profundidades de Londres, o en un desierto marciano, o en las solitarias avanzadas de Plutón, y saber que será comprendido.

Nadie explica nunca nada sobre el Centro. No es posible, ni es necesario. Desde el bebé al centenario que pronto se jubilará todo el mundo ha estado allí, y planea volver el siguiente año, y el año después de ése. Es el lugar de vacaciones del Sistema Solar. Son millas cuadradas de comarca suavemente ondulada, transfiguradas merced a un ingenioso planeamiento, una empedernida labor y un costo increíble. Es un sumario monumental de las proezas culturales del hombre y, como un fénix, apareció súbitamente, inexplicablemente, en el final del siglo veinticuatro, de las corroídas cenizas de un asombroso declive cultural.

El Centro es colosal, espectacular y magnífico. Es inspirador, edificante y extraordinario. Es imponente, maravilloso. Lo es... todo.

Y aunque pocos de sus visitantes no lo saben, o no les importa, también está encantado.

Uno se encuentra en la galería de observación del elevado Monumento a Bach. Hacia la izquierda, en la falda de una colina, uno puede ver a los tensos espectadores que abarrotan el Teatro Griego de Aristófanes. La luz del sol reluce en sus vestidos de vivos colores. Están observando atentamente, contentos de poder ver en persona lo que otros millones están viendo en visioscopio.

Más allá del teatro, el arbolado Boulevard de Frank Lloyd Wright se curva en la

distancia, una vez pasado el Monumento a Dante y el Instituto de Miguel Ángel. Las torres gemelas de un facsímil de la Catedral de Rheims se alzan sobre el horizonte. Directamente abajo, uno puede ver el curioso terreno de un jardín francés del siglo dieciocho y, cercano, el Teatro Molière.

Una mano te coge de la manga. Uno se gira repentinamente, irritado, y se encuentra cara a cara con un hombre viejo.

La faz es como el cuero, llena de cicatrices y arrugada. Los escasos cabellos relucen blancos. La mano en tu brazo es una garra retorcida. Lo miras, dándote cuenta de la quebrada contorsión de un hombro tullido y de la terrible cicatriz donde debería haber una oreja, y retrocedes alarmado.

Los ojos hundidos te siguen. La mano se extiende en un amplio gesto que incluye hasta el lejano horizonte, y adviertes que los dedos están mutilados o faltan. La voz es un áspero graznido:

—¿Te gusta? —dice; y te mira expectante.

Sorprendido, respondes:

—Sí, claro que sí.

Él avanza un paso, y sus ojos son ansiosos, suplicantes.

—Oye, ¿te gusta?

En tu perplejidad, no puedes hacer otra cosa que afirmar con la cabeza mientras te giras para irte a toda prisa. Pero tu afirmación produce una extraña respuesta. Una risa estridente, una sonrisa infantil e inocente de placer, un grito triunfante:

—¡Yo lo hice! ¡Yo lo hice todo!

O estás en la resplandeciente Avenida de Platón, entre el Teatro Wagneriano, donde diariamente se ejecuta sin interrupción *Der Ring des Nibelungen*, y la reconstrucción del Teatro Globe del siglo dieciséis, donde se representan dramas de Shakespeare, mañana, tarde y noche.

Y una mano te toca.

—¿Te gusta?

Si respondes con un torrentes de alabanzas extáticas, el hombre viejo te mirará impaciente, y sólo esperará hasta que hayas terminado para preguntarte otra vez:

—Oye, ¿te gusta?

Pero una sonrisa y un gesto afirmativo con la cabeza producirán un orgullo exultante, un gesto, un grito:

—¡Yo lo hice!

En el vestíbulo de uno de los miles de hoteles espaciosos, en el cuarto de espera de la extraordinaria biblioteca donde una copia de cualquier libro que pidas es reproducida para ti completamente gratis, en la undécima galería del Auditorio Beethoven, un fantasma se te acerca, te coge un brazo, hace una pregunta.

Y grita altivamente:

—¡Yo lo hice!

Erlin Baque se dio cuenta de la presencia de ella detrás suyo, pero no se volvió. Se inclinó hacia adelante, su mano izquierda arrancando resonantes bajos de la multicord, mientras su mano derecha producía una melodía solemne. Con un gesto relampagueante de su mano tocó un botón, y los débiles tonos agudos tomaron cuerpo súbitamente, más resonantes, casi como clarinetes. (Pero, por Dios, ¡cuán diferentes de un clarinete!, pensó).

—¿Hemos de repetir la misma escena otra vez, Val? —dijo.

—El casero estuvo aquí esta mañana.

Vaciló, tocó un botón, tocó varios botones, y tejió extrañas armonías con los profundos tonos de un coro de instrumentos de viento. (¡Pero qué coro más débil y alterado!).

—¿Qué plazo nos da esta vez?

—Dos días. Y el sintetizador de comida se ha estropeado de nuevo.

—Bien. Baja y compra un poco de carne fresca.

—¿Con qué?

Golpeó el teclado con sus puños, y gritó sobre la quebrada disonancia:

—¡No alquilaré un armonizador! No voy a cambiar lo que tengo. Si aparece una Com con mi nombre en ella, será una que habrá sido *compuesta*. Puede ser una idiotez, y puede ser nauseabunda, pero se hará tal y como debe hacerse. No es mucho, Dios lo sabe, pero es todo lo que tengo.

Se giró con lentitud y miró ferozmente a aquella pálida, decaída, gastada mujer que había sido su esposa durante veinticinco años. Luego apartó la vista, diciéndose obstinadamente que él no tenía más culpa que ella. Cuando los editores pagaban por buenas Coms lo mismo que pagaban por basura...

—¿Va a venir Hulsey hoy? —preguntó ella.

—Me dijo que vendría.

—Si consiguiéramos algún dinero para el casero...

—Y el sintetizador de comida. Y un nuevo visioscopio. Y nuevos vestidos. Hay un límite para lo que puede hacerse con una Com.

Oyó como ella se apartaba, oyó como abría la puerta, y esperó. No se cerró.

—Walter-Walter llamó —dijo ella—. Serás el compositor que aparecerá hoy en el Desfile Estelar.

—¿Y qué? Eso no da ningún dinero.

—Pensé que no te interesaría verlo, de modo que le dije a la señora Rennik si podría verlo con ella.

—Seguro. Adelante. Que te diviertas.

La puerta se cerró.

Baque se puso en pie y se quedó mirando su mesa de trabajo, que ofrecía un aspecto caótico. Papel para componer, cesiones de Coms líricas, lápices, diagramas, manuscritos a medio acabar, todo se hallaba amontonado en desorden, cayendo hacia el suelo. Baque se hizo sitio en un rincón y se sentó cansadamente, estirando sus

largas piernas bajo la mesa.

—Maldito Hulseys —murmuró—. Malditos editores. Maldito visioscopio. Malditas Coms.

Componer algo. No eres un palurdo, como los otros compositores. No obtienes las melodías apretando el teclado de un armonizador y dejando que la máquina las armonice por ti. Eres un músico, no un traficante de melodías. Escribe música. Escribe una... una sonata para multicord. Tómate el tiempo que necesites, *ahora*, y compón algo.

Sus ojos se fijaron en las primeras líneas de una cesión Com-lírica: «Si tu volador tiene sus más y sus menos, sus más y sus menos...».

—Malditos caseros —murmuró, cogiendo un lápiz.

El pequeño reloj de pared tintineó la hora, y Baque se inclinó para conectar el visioscopio. Un maestro de ceremonias con faz de querubín le sonrió lisonjeramente.

—Walter-Walter otra vez, señoras y caballeros. Es la hora Com en el Desfile Estelar. Treinta minutos de Comerciales por uno de los más dotados compositores de hoy en día. Nuestro foco Com se posa en...

Sonó una ruidosa sintonía de trompas, con los corrompidos tonos de una multicord.

—¡Erlin Baque!

La multicord varió hacia una extraña y ondulante melodía que Baque había compuesto cinco años antes, para el Queso Tamper, y se oyó un aplauso distribuido como fondo. Una voz nasal de soprano mascó las palabras y Baque gruñó, sintiéndose poco feliz.

—«Nosotros preparamos el queso, el queso, el queso, en el viejo estilo...».

Walter-Walter se contorsionó por el escenario, moviéndose al compás de la melodía, y se introdujo entre la audiencia para besar a alguna ama de casa que hacía fiesta, haciendo reverencias ante las sonoras risas.

La multicord hizo sonar otra sintonía, y Walter-Walter saltó otra vez al escenario, extendiendo ambos brazos por encima de su cabeza.

—Ahora escuchad esto, todos vosotros, hermosa gente. Aquí está Walter-Walter con su exclusiva de Erlin Baque. —Miró furtivamente por encima de su hombro, caminó de puntillas unos cuantos pasos para acercarse más al público, puso un dedo sobre sus labios y entonces gritó en voz alta—: Hubo una vez otro compositor llamado Baque, deletreado B-A-C-H, pero que se pronunciaba Baque. Era realmente un compositor a propulsión atómica, un muchacho con talento, según dicen los que entienden de eso. Vivió hace cuatrocientos o quinientos o seiscientos años, de modo que no podemos decir si aquel Baque y este Baque se parecían. Pero no necesitamos a aquel Baque para escuchar a Baque. Nos gusta el Baque que tenemos. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

Gritos. Aplausos. Baque se apartó, sus manos temblando, envuelto en una nauseabunda oleada de disgusto.

—Empezaremos nuestras Coms de Baque con aquella pequeña obra maestra que Baque hizo para el Jabón Espumoso. Las ilustraciones son de Bruce Combs. Atended, mirad y... ¡escuchad!

Baque logró desconectar el visiocopio en el mismo momento en que la primera nota jabonosa aparecía sobre la pantalla. Cogió la Com lírica otra vez, y su mente empezó a formar el esquema de una melodía.

«Si tu volador tiene sus más y sus menos, sus más y sus menos, sus más y sus menos, ¡es que necesitas un WARING!».

La canturreó en voz baja para sí mismo, trazando una línea musical que se elevaba y saltaba como un volador errático. A esto se le llamaba pintar con palabras, en el tiempo en que las palabras y los tonos significaban algo. En el tiempo en el que B-A-C-H Baque estaba subrayando conceptos tan grandiosos como el cielo y el infierno.

Baque trabajó lentamente, comprobando de vez en cuando una progresión armónica en la multicord y rechazándola, esforzando su mente para hallar un aleteante acompañamiento que pudiera simular el sonido de un volador. Pero... no. La compañía Waring no vería eso muy bien, ya que anunciaba que sus voladores no hacían ningún ruido.

De repente se dio cuenta del urgente sonido del timbre de la puerta. Atravesó la habitación para conectar el visor, y éste le mostró la regordeta cara de Hulsey sonriéndole.

—Sube —le dijo Baque. Hulsey asintió y desapareció del visor.

Cinco minutos más tarde se tambaleó a través de la puerta, dejándose caer en una silla que cedió peligrosamente bajo su gruesa figura. Dejó su cartera de mano en el suelo, y se pasó un pañuelo por la cara.

—¡Puff! Me gustaría que vivieras en un nivel más bajo. O en un edificio con alguna instalación moderna. ¡Esos ascensores me dan unos sustos de muerte!

—Estoy pensando en cambiarme.

—Estupendo. Ya era hora.

—Pero será probablemente un poco más arriba. El casero me ha dado un plazo de dos días.

Hulsey pestañeó y movió la cabeza tristemente.

—Ya veo. Bien, no te voy a tener pendiente de un hilo. Aquí está el cheque por la Com del Jabón Sano.

Baque cogió el cheque, lo miró y puso mala cara.

—Estabas atrasado en tus pagos al gremio —dijo Hulsey—. Los tuve que deducir.

—Sí. Lo había olvidado.

—Me gusta tener negocios con el Jabón Sano. Dinero al contado. Muchas compañías no pagan hasta el final de mes. El Jabón Sano quiere un par de cambios, pero aún así pagan. —Abrió la cartera de mano y sacó una carpeta—. Hay varias partes bien amañadas en esto, Erlin, muchacho. Les gusta. Particularmente ese sonido

espumoso en los bajos. Al principio discutieron sobre el número de cantantes, pero dejaron de hacerlo al oírlo. Ahora sólo quieren aquí un espacio para un anuncio directo.

Baque miró y asintió.

—¿Qué te parece si mantengo el ostinato espumoso como fondo para el anuncio?

—Me parece bien. Suena bien amañado ese... ¿Cómo lo llamaste?

—Ostinato.

—Ah, sí. Me pregunto por qué los otros compositores no hacen cosas como ésa.

—Un armonizador no produce efectos —dijo Baque secamente—. Sólo... armoniza.

—Déjales unos treinta segundos de sonido espumoso como fondo. Pueden reducirlo si no les gusta.

Baque asintió y garabateó una nota en el manuscrito.

—Y el arreglo —continuó Hulseley—. Lo siento, Erlin, pero no podemos conseguir a nadie que toque la trompa francesa. Tendrás que modificar esa parte.

—¿No hay trompa francesa? ¿Qué pasa con Rankin?

—Está en la lista negra. El Gremio de Músicos lo ha puesto en ella. Se fue a tocar a la costa oeste. Lo hizo por nada, y aún pagó sus propios gastos; de modo que lo pusieron en la lista negra.

—Ya recuerdo —dijo Baque débilmente—. La Sociedad de Monumentos de Arte. Interpretó un concierto de Mozart para ellos. El último concierto, además. Me hubiera gustado oírlo, aunque fuera con multicord.

—Puede tocar todo lo que quiera ahora, pero ya no cobrará más por hacerlo. Puedes incluir ese trozo de trompa en la línea de la multicord, o tal vez pueda conseguirte alguien que toque la trompeta. Podría usar un convertidor.

—Eso arruinaría el efecto.

—A todo el mundo le parecería igual excepto a ti, muchacho. Yo no puedo distinguir la diferencia. Tengo los violinistas y un violoncelo. ¿Qué más quieres?

—¿No tiene el Gremio de Londres alguien que toque la trompa?

—¿Y quieres que lo traiga para una Com de tres minutos? ¡Sé razonable, Erlin! ¿Puedo recoger esto mañana?

—Sí. Lo tendré a punto por la mañana.

Hulseley recogió su cartera, la dejó caer otra vez, y se inclinó hacia adelante.

—Erlin, estoy preocupado por ti. Tengo a veintisiete compositores en mi agencia. Tú eres el que menos dinero ganas de todos. El año pasado ganaste dos mil doscientos. El que te seguía ganó once mil.

—Eso no es nada nuevo para mí —dijo Baque.

—Puede ser. Tienes tantos encargos como los otros. ¿Lo sabías?

—No —dijo Baque—. No, lo sabía.

—Está bien. Tienes los mismos encargos, pero no ganas el mismo dinero. ¿Quieres saber por qué? Dos razones. Pierdes demasiado tiempo en una Com, y la

compones demasiado bien. Los editores y anunciantes puede usar una de tus Coms durante meses... y algunas veces hasta años, como esa del Queso Tamper. A la gente les gusta oírlas. Si no las compusieras tan bien podrías trabajar más rápido y los anunciantes tendrían que usar más Coms tuyas, y tú podrías producir más.

—Ya he pensado en eso. Y, aunque no lo hiciera, Val me lo recordaría. Pero no puedo. Ésa es la forma que tengo de trabajar. Si hubiera alguna manera de que los anunciantes pagaran más por una *buena* Com...

—No la hay. El gremio no lo permitiría, porque buenas Coms significan menos trabajo, y la mayor parte de los compositores no pueden escribir ninguna Com buena. No pienses que estoy preocupado por mi agencia. Claro que gano más dinero si tú también ganas más, pero no me va mal con mis otros compositores. Es que no me gusta ver a mi mejor hombre ganando tan poco dinero. Eres un atavismo, Erlin. Pierdes el tiempo y el dinero coleccionando esas antiguas... ¿cómo las llamas?

—Grabaciones fonográficas.

—Sí. Y todos esos viejos y enmohecidos libros sobre música. No dudo de que sabes más sobre la música que ningún otro hombre vivo, pero ¿qué consigues con eso? Nada de dinero, desde luego. Eres el mejor de todos, y aún quieres ser mejor. Y, cuanto más progresas, menos dinero ganas. Tus ingresos van bajando de un año a otro. ¿No te conformarías con ser mediocre de vez en cuando?

—No —dijo Baque—. No me conformaría.

—Piénsalo otra vez.

—Esos encargos que tengo. Algunos de los anunciantes aprecian realmente mi trabajo. Pagarían más si el gremio lo permitiera. ¿Supongamos que dejo el gremio?

—No puedes, muchacho. No podría hacerme cargo de tu trabajo... y continuar en el negocio. El Gremio de Compositores ejercería su influencia, y los Gremios de Escritores Líricos y Músicos te pondrían en la lista negra. Jimmy Denton está del lado de los gremios, y excluiría tus obras del visioscopio. Perderías todos los encargos, rápidamente. Ningún anunciante es lo suficientemente grande como para luchar contra todos esos problemas, y ninguno de ellos se tomaría la molestia. De modo que trata de ser mediocre de vez en cuando. Piensa sobre lo que te digo.

Baque continuó sentado, mirando hacia el suelo.

—Lo pensaré.

Hulsey se incorporó con esfuerzo, estrechó la mano de Baque brevemente, y se fue. Baque se levantó lentamente, y abrió el cajón donde guardaba su escasa colección de viejas grabaciones fonográficas. Extraña y maravillosa música.

Tres veces en su carrera, Baque había compuesto Coms que tenían media hora de duración. En raras ocasiones había conseguido encargos de quince minutos. Normalmente, el límite eran cinco, o menos. Pero compositores como B-A-C-H Baque habían escrito partituras que duraban una hora o más, incluso las escribían sin canciones.

Y las escribían para instrumentos reales, incluso para algunos instrumentos de

sonido asombroso que ya no se tocaban más, como fagots, flautines y pianos.

—Maldito Denton. Maldito visioscopio. Malditos gremios.

Baque buscó cuidadosamente entre los discos hasta que encontró uno que llevaba el nombre de Bach. *Magnificat*. Entonces, debido a que se sentía demasiado abatido, lo guardó otra vez.

Seis meses antes el Gremio de Músicos había puesto en la lista negra a su último instrumentista de oboe. Ahora su último instrumentista de trompa, y no había gente joven que aprendiera a tocar esos instrumentos. ¿Por qué deberían hacerlo, cuando había tantos aparatos maravillosos que producían las Coms sin ningún esfuerzo por parte del intérprete? Incluso los instrumentistas de multicord estaban desapareciendo, y la multicord podía, si uno lo deseaba, tocar por sí sola.

Baque se quedó parado, mirando indecisamente alrededor en la habitación, de la multicord a la mesa de trabajo y luego al usado estante que contenía sus viejos libros de música. La puerta se abrió de golpe y Val entró precipitadamente.

—¿Es que Hulsey...?

Baque le entregó el cheque. Ella lo tomó ansiosamente, lo miró, y le contempló con desmayo.

—Mis pagos al gremio —dijo él—. Me había atrasado.

—Oh. Bien, es una ayuda a pesar de ello.

Su voz no tenía entonación ni emoción, como si un contratiempo más no importara. Se quedaron mirándose mutuamente en forma embarazosa.

—He visto parte de *Mañana con Marigold* —dijo Val—. Ha hablado de tus Coms.

—Pronto sabré algo sobre esa Com del Tabaco Slo —dijo Baque—. Tal vez podamos persuadir al casero por otra semana. Ahora... voy a salir a dar un paseo.

—Deberías salir más...

Cerró la puerta tras él, cortando limpiamente su sentencia. Sabía lo que seguía. Consigue un trabajo en algún sitio. Es bueno para tu salud el salir del apartamento durante unas horas al día. Escribe Coms durante tu tiempo libre, puesto que no dan el suficiente dinero como para vivir de ellas. Al menos hasta que nuestra posición sea mejor. Está bien. Si tú no quieres, yo sí.

Pero ella nunca lo conseguía. Nadie deseaba dar más de una mirada a su delgado cuerpo y a su consumida y áspera cara. Y Baque dudaba de que él mismo pudiera recibir ningún tratamiento mejor.

Podía conseguir trabajo como intérprete de multicord, y conseguir un buen sueldo. Pero entonces tendría que inscribirse en el Gremio de Músicos, lo que significaba que tendría que resignar del Gremio de Compositores. Y si hacía eso ya no podría escribir más Coms.

—¡Malditas Coms!

Cuando llegó a la calle se detuvo por un momento, observando a la multitud que pasaba sobre las rápidas cintas rodantes. Unos pocos lo miraron, y vieron a un

hombre alto, desarreglado, un poco calvo. Baque alzó sus hombros, y caminó desmañadamente a lo largo de la acera firme. Lo considerarían como otro vagabundo de alguna vecindad ruinosa, lo sabía, y apartarían rápidamente la vista hacia otro lado mientras cantaban para sí alguna estrofa de una de sus Coms.

Entró en un restaurante apiñado de gente, encontró una mesa en un lado y pidió una cerveza. En la parte de atrás del local había una enorme pantalla de visioscopio, donde las Coms se sucedían unas a otras sin interrupción. Baque escuchó las Coms por unos momentos, al principio por la curiosidad de ver lo que los otros compositores estaban haciendo, luego disgustado. Alrededor suyo, la gente observaba y escuchaba mientras comía. Algunos de ellos movían la cabeza rítmicamente al compás de la música. Unas cuantas parejas jóvenes estaban bailando en una pequeña pista, cambiando hábilmente de paso cuando la música pasaba de una Com a otra.

Baque los observó con tristeza, y pensó en la manera cómo habían cambiado las cosas. En otros tiempos, lo sabía, había habido música especial para bailar, y grupos de instrumentos especiales para tocar. Y millares de personas habían ido a los conciertos, sentándose en butacas y sin nada más que ver sino los músicos.

Todo eso había desaparecido. No solamente la música, sino también el arte y la literatura y la poesía. Las obras que había leído en los libros de escuela de su abuelo habían sido olvidadas.

El *Visioscopio Internacional* de James Denton decretaba que la gente debía ver y escuchar al mismo tiempo. El *Visioscopio Internacional* de James Denton decretaba que la atención del público no toleraba programas largos. Por eso había las Coms.

¡Malditas Coms!

Cuando Val volvió al apartamento una hora más tarde, Baque estaba sentado en el rincón, mirando a los amarillentos volúmenes que había coleccionado desde los días en que los libros aún se imprimían sobre papel, una mezcla de biografías, libros sobre la historia de la música, libros técnicos sobre la teoría de la música y la composición. Val miró dos veces por la habitación antes de que se diera cuenta de que estaba allí, y luego lo confrontó ansiosamente, con la tragedia plasmada en su cara.

—Vendrán a arreglar el sintetizador.

—Bien —dijo Baque.

—Pero el casero no quiere esperar. Si no le pagamos antes de pasado mañana, liquidándole todo, tenemos que irnos.

—De modo que tendremos que irnos.

—¿Adónde vamos a ir? No podemos ir a ningún sitio sin pagar algo por adelantado.

—Entonces no podemos ir a ningún sitio.

Val se fue sollozando al dormitorio.

A la mañana siguiente, Baque resignó del Gremio de Compositores e ingresó en

el Gremio de Músicos. La redonda cara de Hulsey expresó pesar al oír la noticia. Le prestó a Baque el suficiente dinero como para pagar la cuota de ingreso en el gremio y apaciguar al casero, y expresó su pesadumbre en términos elocuentes al tiempo que se apresuraba a despedir a Baque fuera de su oficina. Baque sabía que no perdería un momento en asignar a sus otros compositores sus clientes... a hombres que trabajaban más deprisa y no tan bien.

Baque se fue a la recepción del gremio, donde esperó cinco horas para un encargo de una multicord. Al final fue acompañado a la oficina del secretario, donde se le indicó bruscamente que se sentara en una silla. El secretario lo miró con recelo.

—Usted perteneció al Gremio de Músicos hace unos veinte años, y lo dejó para convertirse en compositor, ¿no es verdad?

—Lo es —dijo Baque.

—Perdió su antigüedad pasados tres años. Lo sabía, ¿no es verdad?

—No lo sabía, pero no creía que importara. No hay mucha gente que toque bien una multicord.

—Tampoco hay demasiados buenos trabajos. Tendrá que empezar otra vez desde abajo. —Escribió en un pedazo de papel y se lo entregó a Baque—. Este paga bien, pero es bastante difícil mantener un hombre allí. No es fácil trabajar para Lankey. Si no lo irrita demasiado...

Baque se encontró al otro lado de la puerta, mirando con atención el pedazo de papel.

Utilizó una cinta rodante hasta el Espaciopuerto de New Jersey, se extravió en un área ruinoso que sólo sirvió para confundirlo más sobre la dirección que buscaba, y al final encontró el lugar, que casi estaba al alcance de las radiaciones del espaciopuerto. El extenso edificio había ardió alguna vez en el remoto pasado. Trozos de pared se levantaban aún de entre cascotes de ladrillos. Una pared se curvaba desde la calle hasta una cavidad débilmente iluminada en una esquina del edificio. Unas escaleras descendían en forma incierta al subsuelo. Sobre las mismas, un enorme signo de colores cambiantes apuntaba en la dirección del espaciopuerto. El *Lankey-Pank Out*.

Baque atravesó la puerta y se tambaleó bajo el asalto de olores extraterrestres. El humo de tabaco venusiano de color lavanda colgaba como una sábana inerte a media distancia entre el techo y el suelo. Los penetrantes y repugnantes vapores del whisky marciano lo hicieron vacilar. Tuvo tiempo de ver a un grupo de astronautas de mal semblante y de peores prostitutas antes de que el portero plantara delante suyo su voluminosa figura y la caricatura de una cara llena de cicatrices.

—¿Busca a alguien?

—Al señor Lankey.

El portero señaló con el pulgar hacia el bar, y desapareció otra vez entre las

sombras. Baque caminó hacia el bar.

No tuvo dificultad en distinguir a Lankey. El propietario estaba sentado sobre un taburete alto detrás del bar, y alargó hacia adelante su cabeza calva, observándolo fríamente mientras se acercaba. En la luz débil y llena de humo su cara pálida y rígida tenía un aspecto espectral. Puso un codo sobre el bar y se manoseó una nariz corta y aplastada con los dos dedos que le quedaban en una mano peluda, mirando a Baque con ojos ardientes y sanguinolentos.

—Yo soy Erlin Baque —dijo Baque.

—Sí. El que toca la multicord. ¿Puedes tocar la multicord, muchacho?

—Sí, claro que puedo...

—Eso es lo que dicen todos. Y solamente he tenido dos que realmente supieran tocar en los últimos cinco años. Muchos de ellos vinieron aquí creyendo que podrían poner la cosa en automático y quedarse sin hacer nada. Quiero que *toques* esa multicord, muchacho, y te lo diré ahora... si no sabes tocar más vale que te propulses a tu casa, porque no hay ningún automático en mi multicord. Lo hice desconectar.

—Puedo tocar —dijo Baque.

—Está bien. Pronto lo sabré. El gremio considera a este lugar como de Clase Cuatro, pero yo pagaré un salario de Clase Uno si puedes tocar. Si realmente puedes tocar, yo te daré gratificaciones sobre las que el gremio no sabrá nada. El horario es desde las seis de la tarde hasta las seis de la madrugada, pero tendrás muchos ratos de descanso, y si tienes hambre o sed no tienes más que pedir lo que quieras. Sólo que ten cuidado con las cosas fuertes. No quiero tener a ningún borracho tocando la multicord, por muy bueno que sea. ¡Rose!

Gritó por segunda vez, y una mujer salió de una puerta situada a un lado de la habitación. Llevaba un traje de noche desteñido, y su cabello enmarañado y descuidado le llegaba hasta los hombros. Tenía una cara bonita y lo estudió en forma descarada.

—Multicord —dijo Lankey—. Enséñale donde está.

Rose le hizo un gesto y Baque la siguió hacia la parte de atrás de la habitación. De repente se detuvo asombrado.

—¿Qué ocurre? —dijo Rose.

—¡No hay visioscopio!

—No. Lankey dice que los astronautas quieren ver mejores cosas que jabones espumosos y coches volantes. —Se rió tontamente—. Cosas como yo, por ejemplo.

—Nunca había oído de un restaurante sin visioscopio.

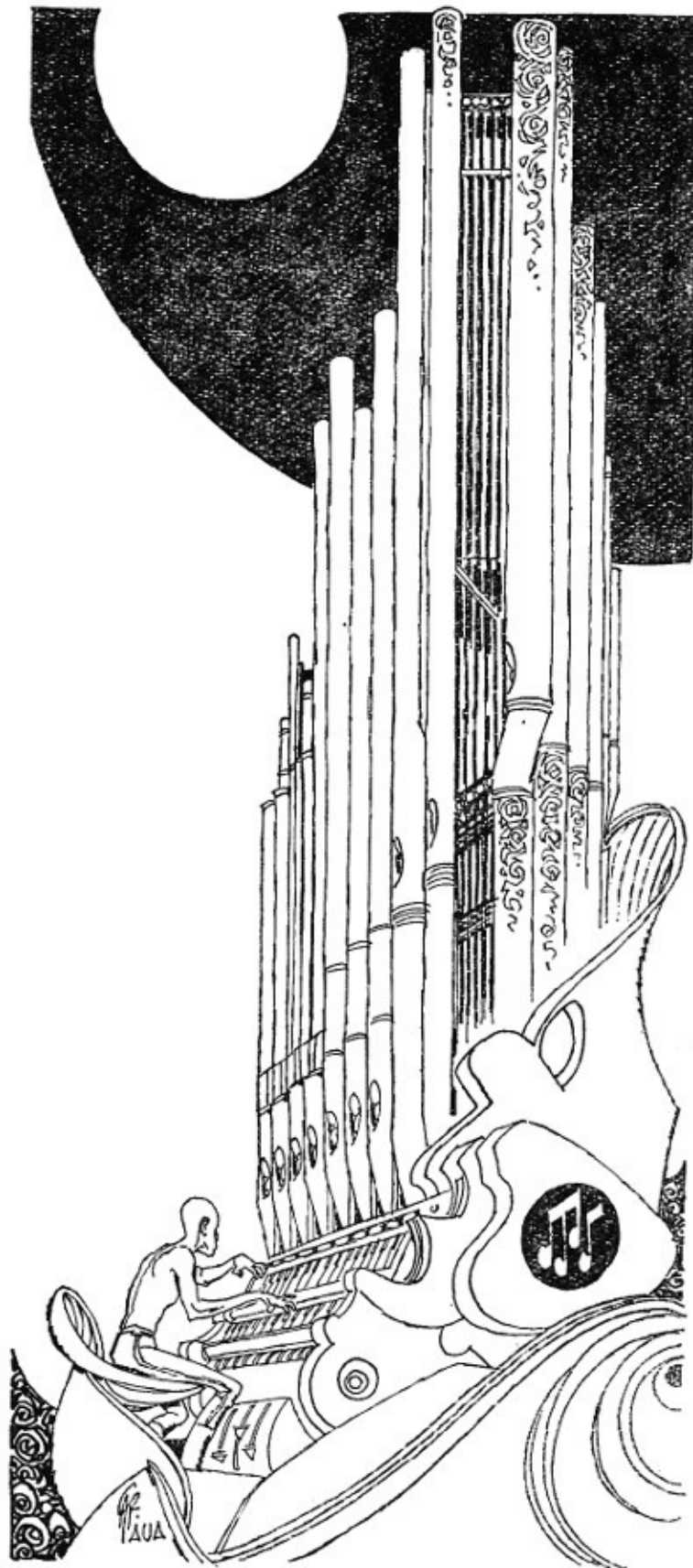
—Tampoco yo, hasta que vine aquí. Pero Lankey ha conseguido reunir a tres de nosotras para cantar las Coms, y tú vas a tocar la multicord. Espero que pases la prueba. Hemos estado durante una semana sin nadie que tocara la multicord, y es difícil cantar sin ella.

—Pasaré la prueba sin dificultad —dijo Baque.

Al final de la habitación había una plataforma estrecha, situada en el lugar donde

cualquier otro restaurante tendría una pantalla de visioscopio, según había visto Baque. Aquí había habido una alguna vez, se dio cuenta. Aún se podían ver las marcas en la pared producidas al haberla arrancado.

—Lankey tenía una taberna en Venus, en los tiempos en que allí no había visioscopios —dijo Rose—. Tiene sus propias ideas acerca de cómo divertir a los clientes. ¿Quieres ver tu habitación?



Baque no contestó. Estaba examinando la multicord. Era un instrumento viejo y medio destrozado, que llevaba además las marcas de varias peleas. Tocó los botones de los filtros y maldijo para sí mismo. La mayor parte de ellos estaban rotos. Solamente los filtros de flauta y violín funcionaban como era debido. Tendría que

soportar los desafinados tonos de una multicord sin filtros durante doce horas al día.

—¿Quieres ver tu habitación? —dijo Rose otra vez—. Sólo son las cinco. Podrías descansar antes de que empecemos a trabajar.

Rose le mostró un estrecho cubículo detrás del bar. Baque se tendió sobre un duro catre y trató de relajarse, hasta que fueron las seis y Lankey apareció en la puerta para llamarle.

Se sentó en su lugar de la multicord y se quedó acariciando las teclas. No había nada que no supiera sobre las Coms, y sabía que no tendría ningún problema con la música. Pero el ambiente del lugar lo tenía intranquilo. La humareda del tabaco era más espesa, y tuvo que parpadear para aclarar su vista. Los vapores de whisky le asaltaron cuando inhaló profundamente.

Allí continuaba habiendo solamente un puñado de clientes: mecánicos en sucios trajes de faena, pilotos fanfarrones, unos cuantos civiles a quienes les gustaba el licor fuerte y no les importaba lo que les rodeaba. Y mujeres. Dos mujeres, supuso, por cada hombre en la habitación.

El ambiente sufrió un cambio. Hubo un movimiento de interés, un grito de aprobación y un pateo desenfrenado. Lankey estaba atravesando la plataforma con Rose y las otras cantantes. La primera impresión de Baque fue de espanto al creer que las chicas estaban desnudas, pero cuando se acercaron pudo observar que llevaban un minúsculo atavío de plástico. Lankey tenía razón, pensó. Los astronautas preferirían mucho más ver esto que las Coms en la pantalla del visioscopio.

—Ya conoces a Rose —dijo Lankey—. Éstas son Zanna y Mae. Empezad.

Se retiró, y las chicas se congregaron alrededor de la multicord.

—¿Cuántas Coms sabes? —dijo Rose.

—Todas.

Ella lo miró con aspecto de duda:

—Nosotras cantamos primero juntas, y luego lo hacemos por turno. ¿Estás... seguro de que sabes todas las Coms?

Baque conectó el instrumento e hizo sonar una nota:

—Vosotras cantad y yo me cuidaré de esto.

—Empezaremos con la Com «Cerveza Sabrosa». Es algo así: —canturreó en voz baja—. ¿La conoces?

—Yo la escribí —dijo Baque.

Cantaban mejor de lo que había esperado. Las siguió fácilmente, y así tuvo la oportunidad de observar a los espectadores. Las cabezas empezaron a moverse al compás de la música, y Baque captó la sensación y empezó a experimentar. Sus dedos moldearon un ritmo sincopado en los graves, haciendo unas tentativas de ensayo y expandiéndolo luego. Se apartó de la línea melódica, dejando que fueran las muchachas las que la llevaran, mientras seleccionaba por el teclado el acompañamiento estimulante para el ritmo.

El auditorio empezó a golpear el suelo con los pies. Los cuerpos de las chicas se

contorsionaban locamente, y Baque se encontró balanceándose hacia adelante y hacia atrás mientras la música surgía audazmente. Las muchachas terminaron la canción, pero como él no se paró empezaron otra vez. Los astronautas se hallaban ahora de pie, dando palmadas y oscilando. Algunos cogieron a las mujeres que estaban con ellos y empezaron a bailar en el reducido espacio que quedaba entre las mesas. Finalmente, Baque forzó una cadencia y se desplomó hacia adelante, jadeante y secándose la frente. Una de las chicas se desplomó sobre el estrado y las otras la alzaron. Se retiraron en medio de una tormenta de aplausos.

Baque se apercibió de una mano sobre su hombro. Lankey. Su cara fea y sin expresión contempló a Baque, se giró para mirar a los entusiasmados clientes, y se volvió otra vez hacia Baque. Asintió con la cabeza y se apartó.

Rose regresó a su lado, sola, respirando aún profundamente.

—¿Qué te parecería la Com «El Perfume de Sally Ann»? —dijo.

—Dime la letra —dijo Baque.

Ella la recitó sin entonación. Una pequeña historia trágica sobre el destrozado romance de una muchacha que no usaba «Sally Ann».

—¿Hay que hacerlos llorar? —dijo Baque—. Está bien, concéntrate en eso. Es una historia triste y haremos que lloren.

Rose se quedó junto a la multicord y cantó con voz dolorida. Baque estructuró un acompañamiento sordo y trémulo, y cuando empezó la segunda estrofa improvisó su contrapunto lleno de tristeza. Los astronautas se hallaban en tensión silenciosa. Los hombres no lloraron, pero algunas de las mujeres lloriquearon, y cuando Rose terminó hubo un silencio enervante.

—Rápido —silbó Baque—. Hay que alegrarlos un poco. Canta algo... ¡cualquier cosa!

Rose se lanzó a otra Com y Baque hizo poner de pie a los astronautas con el imperioso ritmo de su acompañamiento.

Las otras muchachas cantaron por turno, y Baque contempló con desapego al auditorio, extrañado del poder que surgía de sus dedos. Los llevó de un extremo emocional a otro, y lo repitió otra vez, improvisando, experimentando. Y su mente jugueteó con una idea.

—Ha llegado el momento de descansar —dijo Rose finalmente—. Y mejor que consigas algo para comer.

Las siete y treinta. Había estado tocando sin interrupción durante una hora y media. Baque se sentía sin fuerzas ni emoción. Aceptó en forma indiferente la bandeja con su cena y se la llevó al cubículo que llamaban su habitación. No tenía ni pizca de hambre. Husmeó dudosamente la comida, la probó... y se la comió vorazmente. ¡Alimentos de verdad, después de estar meses comiendo sintéticos!

Estuvo sentado un rato en el camastro, preguntándose cuanto tiempo de descanso se tomaban las chicas entre actos. Entonces se fue a buscar a Lankey.

—No me gusta estar sin hacer nada —dijo—. ¿Hay alguna objeción a que toque?

—¿Sin las chicas?

—Sí.

Lankey puso ambos codos sobre la barra, una mano bajo su mandíbula, y se quedó mirando en forma ausente a la pared.

—¿Vas a cantar tú? —dijo finalmente.

—No. Solamente tocar.

—¿Sin ninguna canción?

—Sí.

—¿Qué tocarás?

—Coms. O puede que improvise algo.

Una larga pausa. Luego:

—¿Crees que puedes mantener el ambiente mientras las chicas no están?

—Claro que puedo.

Lankey continuó con la vista fija en la pared más lejana. Sus cejas se contrajeron, se relajaron, se contrajeron otra vez.

—Está bien —dijo—. Sólo me estaba preguntando porqué nunca pensé en ello.

Inadvertido, Baque se sentó otra vez en la multicord. Empezó a tocar quedamente, haciendo que la música se confundiera con el volumen general de las conversaciones que llenaban la habitación. A medida que fue incrementando el volumen, las cabezas giraron hacia donde estaba.

Se preguntó qué es lo que estaría pensando toda aquella gente, ahora que escuchaban por primera vez música que no era una Com, música sin letra. Observó atentamente, y tuvo la satisfacción de ver que estaba manteniendo su atención. Ahora... ¿sería capaz de sacarlos de sus asientos sin nada más que los tonos estériles de una multicord? Introdujo en la melodía un vigoroso ritmo, y el pataleo empezó.

A medida que aumentaba el volumen otra vez, Rose apareció tambaleándose en una puerta y atravesó corriendo el estrado, con la perplejidad mostrándose en su cara.

—No ocurre nada —le dijo Baque—. Estoy tocando solamente para pasar el rato. No hace falta que vengas hasta que hayas terminado.

Ella afirmó con la cabeza y se retiró. Un astronauta de cara rojiza, situado cerca del estrado, observó la figura de su joven cuerpo al pasar, y la lujuria relució en su mirada. Fascinado, Baque observó la grosera lujuria de su cara, y buscó en el teclado la expresión de la misma. ¿Ésta? O... ¿ésta? O...

Lo consiguió. Su cuerpo osciló cuando se sintió atrapado en el despiadado ritmo. Su pie apretó el control del sonido y se giró para ver a los asistentes.

Cada par de ojos estaban mirando hipnotizados hacia él. Un camarero estaba medio agachado, con la boca abierta. Había un ambiente de desasosiego, un ruido apagado de pies moviéndose nerviosos sobre el suelo, un intermitente chirrido de sillas. El pie de Baque apretó aún más el control del volumen.

Aterrorizado, contempló la escena que entraba en erupción delante suyo. La lascivia retorció todas las caras. Los hombres estaban de pie, asiendo a las mujeres,

manoseándose las con manos como garras. Una silla se estrelló contra el suelo, y una mesa, pero nadie pareció darse cuenta. Un vestido de mujer se deslizó grotescamente sobre el suelo, y las perseguidas se convirtieron en atacantes, mientras los dedos de Baque corrían sobre el teclado, sin control.

Con un violento esfuerzo apartó las manos del teclado, y el instante de silencio fue como un trueno en la sala. Con los dedos temblando, empezó a tocar suavemente, en forma indiferente. Cuando miró otra vez, el orden se había restablecido; la silla y la mesa estaban de pie otra vez, y la gente estaba sentada con aparente relajamiento... excepto una mujer que trataba de colocarse otra vez el vestido con aspecto avergonzado.

Baque continuó tocando normalmente hasta que las muchachas volvieron.

A las seis de la mañana, con el cuerpo gritando de cansancio, las manos doliendo, las piernas entumecidas, Baque dejó la multicord. Lankey estaba esperándole.

—Sueldo de primera clase —dijo—. Puedes trabajar conmigo todo el tiempo que quieras. Pero ten un poco de cuidado con lo que interpretes.

Baque pensó en Val, constreñida en el lúgubre apartamento, comiendo alimentos sintéticos, y dijo:

—¿Le importaría si le pido algo por anticipado?

—No —respondió Lankey—. De ningún modo. Le he dicho al cajero que te diera cien cuando salieras. Digamos que es una bonificación.

Cansado del largo viaje en la cinta de transporte, Baque caminó lentamente hasta su oscuro apartamento y miró en su interior. No había señales de Val... seguramente aún estaría durmiendo. Se sentó en su multicord y tocó las teclas.

Increíble. Música sin Coms, sin canción, que podía hacer que la gente riera o llorara, que bailara, que se agitara locamente.

Y que podía transformarlos en animales lascivos.

Asombrado, volvió a tocar la música que había incitado a una abierta lujuria. Tocó más y más fuerte...

Y sintió una mano sobre su hombro, y se giró para encontrarse mirando la cara de Val retorcida de pasión.

Pidió a Hulsey que viniera y lo escuchara aquella noche, y más tarde Hulsey se desplomaba sobre el camastro de su habitación y se estremecía.

—No está bien. Ningún hombre debería tener este poder sobre la gente. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé —dijo Baque—. Vi a esa joven pareja sentada allí, y eran felices, y sentí su felicidad. Y mientras tocaba todo el mundo en la sala se sintió feliz. Y luego llegó otra pareja peleándose, y en el siguiente instante todo el mundo se había vuelto loco.

—Casi empezó una pelea en la mesa más próxima —dijo Hulsey—. Y lo que hiciste después de eso...

—Sí. Pero no tanto como lo que hice la noche anterior. Deberías de haberlo visto. Hulsey se estremeció otra vez.

—Tengo un libro sobre música helena —dijo Baque—. La Vieja Grecia... hace mucho tiempo. Había algo que llamaban *ethos*. Creían que las distintas escalas musicales afectaban a la gente en formas diferentes. La música podía poner a los hombres tristes, o alegres, o entusiasmarlos... o volverlos locos. Incluso pretendían que un músico llamado Orfeo podía mover árboles y ablandar rocas con su música. Escucha ahora. He tenido una oportunidad para experimentar, y me he dado cuenta de que mi interpretación es más efectiva cuando no uso los filtros. De todas maneras, solamente hay dos filtros que funcionen en esa multicord, los de flauta y violín, pero cuando utilizo alguno de ellos la gente no reacciona en forma tan acusada. Me pregunto si no eran los instrumentos helenos, en vez de las escalas, lo que producía esos efectos. Me pregunto si el tono de una multicord sin filtros no tendrá algo en común con el tono de la antigua *kithara* o *aulos*.

—No creo que sean los instrumentos —gruñó Hulsey— o las escalas. Creo que es Baque, y eso no me gusta nada. Deberías haber continuado como compositor.

—Quiero que me ayudes —dijo Baque—. Quiero encontrar un lugar donde podamos aposentar a un puñado de gente, un millar al menos, pero no para comer o contemplar las Coms, sino para escuchar a un hombre tocando una multicord.

Hulsey se levantó en forma abrupta.

—Baque —dijo—, eres un hombre peligroso. Y no voy a confiar en ningún hombre que me haya hecho sentir en la forma en que tú lo has hecho esta noche. No sé lo que estás tratando de hacer, pero yo no quiero tener nada que ver en ello.

Se retiró con la actitud de un hombre que va a dar un portazo al salir. Pero el multicordista del *Lankey-Pank Out* no disfrutaba del lujo de tener una puerta en su habitación. Hulsey titubeó en el umbral, y desapareció. Baque lo siguió y se quedó mirándolo mientras se abría camino impacientemente a través de las mesas hasta la salida.

Desde su lugar tras el bar, Lankey miró a Baque, y señaló hacia el desaparecido Hulsey.

—¿Problemas? —preguntó.

Baque se giró cansadamente.

—He conocido a ese hombre durante veinte años. Nunca pensé que fuera mi amigo. Pero... tampoco pensé que fuera mi enemigo.

—Estas cosas van así, a veces —dijo Lankey.

Baque sacudió su cabeza.

—Me gustaría beber algún whisky marciano. Nunca lo he probado.

En dos semanas Baque se convirtió en una institución en el *Lankey-Pank Out*, y el lugar siempre estaba abarrotado desde el momento en que entraba hasta que salía a la mañana siguiente. Cuando actuaba solo, se olvidaba de las Coms y tocaba lo que quería. Incluso había interpretado algunas obras de Bach para los asistentes, y había sido aplaudido generosamente, aunque no con el tumultuoso entusiasmo que seguía a sus improvisaciones.

Sentado detrás del bar, comiendo su cena y observando a los clientes, Baque se sentía vagamente feliz. Por primera vez durante años tenía abundancia de dinero. Le gustaba el trabajo que estaba haciendo.

Y había empezado a preguntarse como podría hacer para eliminar completamente a las Coms.

Mientras Baque empujaba a un lado un cenicero, vio a Biff, el portero, que se adelantaba para saludar a una nueva pareja de asistentes. El portero se paró súbitamente, y retrocedió estupefacto de asombro. No era de extrañar... ¡llevaban vestidos de gala para ir al *Lankey-Pank Out*!

La pareja entró en la sala, parpadeando bajo la débil luz, y miraron a su alrededor con curiosidad. El hombre era bronceado y apuesto, pero nadie se fijó en él. La sorprendente belleza de la mujer brillaba como un meteoro en medio del oscuro local. Parecía tener un aura de refulgente encanto. Su fragancia apartó el olor del tabaco y del whisky. Su cabello resplandecía dorado, y su etérea toga se ajustaba en forma seductora a su voluptuoso cuerpo.

Baque la miró, y súbitamente se dio cuenta de quien era. Marigold, de *Mañana con Marigold*. Adorada en todo el Sistema Solar por los millones de devotos a su programa en visioscopio. Se decía que era la amante de James Denton, el zar del visioscopio. Marigold Manning.

La mujer se llevó una mano a la boca en un gesto burlón de horror, y los tonos de su risa se desparramaron en forma tentadora entre los encantados astronautas.

—Vaya un sitio raro —dijo ella—. ¿Quién te dio la dirección de este lugar?

—Necesito un whisky marciano, maldita sea —murmuró el hombre.

—Ya se necesita ser estúpido para quedarse sin whisky en el bar del Astropuerto. Y más con todos esas naves que vienen de Marte. ¿Estás seguro de que regresaremos a tiempo? Jimmy se enfurecerá si no estamos para recibirlo cuando la nave en que llega aterrice.

—Pasan de las seis —dijo Lankey, tocando el brazo de Baque y sin apartar sus ojos de Marigold Manning—. Vamos, o se impacientarán.

Baque afirmó con la cabeza y se dirigió a la multicord. Tan pronto como los asistentes le vieron, iniciaron un tumulto. Hizo una pausa antes de sentarse, y vio a Marigold Manning y a su acompañante mirándolo llenos de asombro. El súbito alboroto los había tomado por sorpresa, y desviaron su mirada de los pataleantes y

gritones clientes para examinar a este hombre de aspecto mediocre que inspiraba semejante entusiasmo.

La exclamación de Marigold se oyó claramente por encima del ruido:

—¡Qué demonios!

Baque se encogió de hombros y empezó a tocar. Cuando Marigold, finalmente, se fue, después de tener una breve conversación con Lankey, su acompañante aún no había conseguido el whisky marciano.

A la tarde siguiente, Lankey saludó a Baque con ambas manos llenas de telemensajes.

—¡En vaya enredo nos hemos metido! ¿Has visto el programa de esa Marigold esta mañana?

—Creo que no he visto el visioscopio desde que empecé a trabajar aquí.

—En caso de que te interese, tú eras... ¿cómo lo llama a eso?... una «Exclusiva Marigold» en el visioscopio de esta mañana. Erlin Baque, el famoso compositor, toca ahora la multicord en un pequeño y raro restaurante que se llama el *Lankey-Pank Out*. Si desean oír una música asombrosa, vayan por el Espaciopuerto de New Jersey y escuchen a Baque. No se lo pierdan. Es una experiencia única en la vida. —Lankey maldijo, y agitó los telemensajes—. Raro le dice a esto. Ahora he recibido diez mil peticiones de reservas, algunas de ellas de tan lejos como Budapest y Shanghai. Y nuestra capacidad es de quinientos, contando los que puedan haber de pie. ¡Maldita sea esa mujer! Ya teníamos todos los clientes que podíamos atender.

—Necesita un local más grande —dijo Baque.

—Sí. Bien, confidencialmente, le he echado el ojo a un gran almacén. Cabrían mil asientos, como mínimo. Lo arreglaremos. Haremos un contrato para que te hagas cargo de la música.

Baque meneó la cabeza.

—¿Qué tal si inauguráramos un lugar grande en la ciudad? Atraería a gente que tiene más dinero para gastar. Usted se cuida de ello y yo me encargo de los clientes.

Lankey se frotó solemnemente su nariz aplastada.

—¿Cómo partimos el negocio?

—Al cincuenta por ciento —dijo Baque.

—No —dijo Lankey pensativamente—. Jugaré limpio, Baque, pero el cincuenta por ciento para cada uno no estaría bien en un asunto como éste. Tendré que ser yo quien ponga todo el dinero. Te daré un tercio, y tú te cuidarás de la música.

Fueron a un abogado a extender el contrato. El abogado de Baque. Lankey insistió en ello.

En la gris frialdad del amanecer. Baque se trasladaba en la apiñada cinta rodante hacia su apartamento. Era la hora de los empujones, cuando los viajeros se hallaban apretujados los unos contra los otros y gruñían cuando el vecino movía sus pies.

Baque trató de no prestar atención a los codazos y apretones, y se hundió en sus pensamientos.

Ya era hora de que encontrara un sitio mejor para vivir. No le había importado estar en su lóbrego apartamento cuando no podía aspirar a un lugar mejor, pero Val se había estado quejando durante años. Y ahora que podían trasladarse, que podían tener un apartamento de lujo o incluso una pequeña casa en Pennsylvania, Val se negaba a ello. No quería dejar a sus amistades, decía ella.

Baque reflexionaba sobre este problema de contrariedad femenina, y se dio cuenta repentinamente de que estaba llegando a su destino. Empezó a abrirse camino hacia una cinta de desaceleración... empujó firmemente, trató de deslizarse entre sus compañeros de viaje, apretó con los codos, suavemente al principio, enconadamente luego. La multitud a su alrededor no cedió.

—Perdón —dijo Baque, haciendo otro intento—. He de bajar aquí.

Esta vez un par de musculosos brazos le cerraron el paso.

—No por esta mañana, Baque. Tiene usted una cita en la parte alta de la ciudad.

Baque dio una mirada al corro de caras a su alrededor. Caras solemnes, serias, algunas sonrientes. En un súbito intento, Baque se arrojó contra un lado, luchando con toda su fuerza... y le arrastraron hacia atrás violentamente.

—La parte alta de la ciudad, Baque. Si quieres ir muerto, ya es asunto tuyo.

—Está bien —dijo Baque.

En una estación de tránsito aérea dejaron la cinta rodante. Un aparato los estaba esperando, privado y lujoso, exhibiendo una X de alta prioridad en su número de matrícula. Volaron rápidamente hacia la parte baja de Manhattan, cruzando sin precauciones los diferentes niveles aéreos, y viraron para aterrizar en el inmenso Edificio *Visioscopio Internacional*. Baque fue metido sobre una plataforma anti-gravedad que lo trasladó hacia abajo, guiado a través de un laberinto de corredores, e introducido en forma poco amable dentro de una oficina.

Una oficina enorme. Estaba escasamente amueblada, con una mesa de despacho, algunas sillas, un bar en el rincón más lejano, una enorme pantalla de visioscopio... y una multicord. El lugar se hallaba abarrotado de gente. La mirada de Baque se deslizó sobre la confusión de caras y encontró una que era familiar. Hulsey.

El gordo agente dio dos pasos hacia adelante y se quedó mirando a Baque con odio.

—Ha llegado la hora de ajustar cuentas, Erlin —dijo fríamente.

Una mano golpeó ásperamente sobre la mesa.

—Soy yo quien me encargo de los ajustes de cuentas aquí, Hulsey. Por favor, Mr. Baque: siéntese.

Baque se sentó incómodamente en la silla que pusieron delante suyo. Esperó, sus ojos fijos en el hombre que se hallaba detrás de la mesa.

—Mi nombre es James Denton. ¿Se extiende mi fama a lugares como ese del *Lankey-Pank Out*?

—No —dijo Baque—. Pero he oído hablar de usted.

James Denton. El zar de *Visioscopio Internacional*. El despiadado árbitro del gusto popular. No tendría más de cuarenta años de edad, con una cara agradable, la tez curtida, ojos brillantes y una sonrisa fácil.

Denton afirmó lentamente con la cabeza, golpeó un cigarro contra el borde de su mesa, y lo puso cuidadosamente en su boca. Los hombres a su lado le acercaron encendedores. Eligió uno sin mirar hacia arriba, afirmó otra vez con la cabeza, e inhaló hondamente.

—No voy a aburrirle presentándole a todos los que están reunidos aquí, Baque. Algunos de estos hombres se hallan presentes por razones profesionales. Algunos están aquí porque tienen curiosidad. Oí hablar de usted por primera vez ayer, y lo que escuché me hizo pensar que podía ser un problema. Fíjese bien, he dicho «podría ser»... eso es lo que intento averiguar.

»Cuando tengo un problema, Baque, o lo resuelvo o lo elimino, y no pierdo el tiempo en ninguna de las dos soluciones. —Rió entre dientes—. Esto lo ha podido comprobar por la forma en que lo han traído aquí tan pronto como usted estuvo digamos... disponible.

—¡Este hombre es peligroso, Denton! —farfulló Hulsey.

Denton sonrió otra vez:

—Me gustan los hombres peligrosos, Hulsey. Es conveniente tener alguno alrededor. Si puedo utilizar lo que Mr. Baque me pueda ofrecer, le haré una oferta atractiva. Estoy seguro de que la aceptará agradecido. Si no puedo usarlo, me aseguraré muy bien de que no me moleste. ¿Me explico?

Baque miró al suelo y no dijo nada.

Denton se inclinó hacia adelante. Su sonrisa permaneció inalterada, pero entrecerró los ojos y, de pronto, su voz se hizo helada:

—¿Me explico bien, Baque?

—Sí —murmuró éste sin fuerzas.

Denton señaló con un dedo hacia la puerta y la mitad de los presentes, incluso Hulsey, salieron solemnemente. Los otros esperaron, hablando en susurros, mientras Denton daba chupadas rítmicas a su cigarro. De repente, el interfono de Denton carraspeó una sola palabra:

—Dispuestos.

Denton señaló a la multicord.

—Estamos impacientes por una demostración de su habilidad, Mr. Baque. Y trate de que sea una buena demostración. Hulsey está escuchando, y puede decirnos si usted trata de engañarnos.

Baque asintió con la cabeza y se sentó ante la multicord. Se sentó con los dedos extendidos e hizo una mueca al círculo de rostros que lo observaban. Eran, todos ellos, hombres de negocios, pero nunca en la vida habían escuchado verdadera música. En cuanto a Hulsey... sí, Hulsey estaría escuchando, pero a través del

interfono de Denton. ¡A través de un sistema de comunicación diseñado para transmitir palabras!

Y Hulseley no tenía oído para la música.

Sin dejar de sonreír, Baque ajustó el filtro de los violines, lo ajustó de nuevo, y titubeó.

Denton se rió secamente.

—No le he informado, Mr. Baque, de que siguiendo los consejos de Hulseley hemos hecho desconectar los filtros. Y ahora...

Baque se sintió invadido por la ira. Apretó a fondo el pedal de control del volumen, y comenzó a interpretar con arrogancia una sintonía del visioscopio, siguiendo con una Com del Queso Tamper. Con la cara enrojecida, Denton se inclinó hacia adelante y gruñó algo. Los hombres que estaban a su lado se movieron inquietos. Baque cambió a otra Com, improvisó algunas variaciones, y comenzó a observar las caras que lo rodeaban. Hombres de negocios. Sería divertido, pensó, hacerlos bailar y seguir el ritmo con los pies. Sus dedos crearon un ritmo sugestivo, y los hombres empezaron a balancearse.

Súbitamente se olvidó de toda precaución. Sonriendo silenciosamente para sí mismo, dejó escapar un arrollador torrente de sonido que les obligó a bailar, dejándolos en ridículas posturas con explosiones de emoción expansiva. Los hizo patear sin parar, llenó sus ojos de lágrimas, y terminó con la fuerza demoledora de lo que Lankey llamaba «Música Sexual».

Luego se desplomó sobre el teclado, aterrorizado por lo que había hecho.

Denton estaba de pie, con la faz pálida, abriendo y cerrando los puños.

—¡Dios mío! —murmuró.

Gruñó una pregunta a través del interfono:

—¿Hubo reacción?

—Negativa —respondieron rápidamente.

—Entonces, terminemos con esto.

Denton se sentó, se pasó la mano por la cara y se volvió hacia Baque con una débil sonrisa.

—Una actuación impresionante, Mr. Baque. Dentro de unos momentos sabremos... ah, ya están aquí.

Los que se habían ido antes volvieron a entrar en la habitación, y varias personas hicieron círculo para mantener una conversación en susurros. Denton se alzó de la mesa y paseó nerviosamente. Los otros hombres de la habitación, incluido Hulseley, se quedaron de pie y esperaron ansiosamente.

Baque siguió frente a la multicord, mirando intranquilo a su alrededor. Al moverse tocó una tecla sin querer, y la solitaria nota perturbó la compostura de los conferenciantes, haciendo que Denton se girara violentamente y que Hulseley diera un par de pasos hacia la puerta.

—Mr. Baque se está impacientando —dijo Denton—. ¿No podemos acabar con

esto?

—Un momento, señor.

Finalmente regresaron, y se colocaron en dos filas frente al escritorio de Denton. El portavoz, un hombre canoso con rostro intelectual, carraspeó y esperó una señal de Denton.

—Ha quedado establecido —dijo—, que los que estaban en esta habitación fueron afectados fuertemente por la música. Los que escuchaban por el interfono no experimentaron reacción alguna excepto un ligero aburrimiento.

—Hasta un tonto se podría dar cuenta de eso —interrumpió violentamente Denton—. ¿Cómo lo hace?

—Tan sólo podemos establecer una hipótesis...

—Así que tan sólo están suponiendo. Bueno, escuchémosla.

—Erlin Baque tiene la habilidad de proyectar telepáticamente su experiencia emocional. Cuando la proyección es reforzada sutilmente por los tonos de la multicord, los que se hallan cerca de él sufren una fuerte impresión. No tiene ningún efecto sobre los que escuchaban esa música a una cierta distancia.

—¿Y... por visioscopio?

—La interpretación de Baque no tendría ningún efecto sobre los visiovidentes.

—De acuerdo —dijo Denton. Frunció el ceño pensativamente—. ¿Y qué me dicen de su posible éxito a largo plazo?

—Es difícil predecir...

—¡Predíganlo, maldita sea!

—La novedad de sus interpretaciones tal vez atraiga la atención al principio. Al cabo de un tiempo, quizá consiga un grupo de seguidores que utilicen la experiencia emocional de su música como una especie de estupefaciente.

—Gracias, caballeros —dijo Denton—. Eso es todo.

La habitación se vació rápidamente. Hulsey se detuvo por un momento en la puerta, miró con odio a Baque y después salió cabizbajo.

—Así que no puedo usarlo, Baque —dijo Denton—. Pero no parece que sea usted un problema. Sé lo que usted y Lankey quieren hacer. Con una palabra mía, ni en toda una vida lograrían encontrar un lugar para su nuevo restaurante. Podría hacer cerrar esta misma noche el *Lankey-Pank Out*. Pero no merece la pena. Ni siquiera insistiré en que tenga una pantalla de visioscopio en su nuevo restaurante. Si logra usted desarrollar un culto alrededor de su persona... bien, tal vez aparte a los miembros del mismo de peores cosas. Puede ver que esta mañana me siento generoso, Baque. Y ahora váyase antes de que cambie de idea.

Baque asintió y se puso en pie. En este momento Marigold Manning se deslizó en la habitación, irradiando belleza, exóticamente perfumada, con su brillante cabello dorado peinado según la última moda marciana.

—Jimmy, querido... ¡oh!

Miró a Baque, luego a la multicord, y tartamudeó:

—Pero, usted es... usted es... ¡Erlin Baque! Jimmy, ¿por qué no me lo dijiste?

—Mr. Baque se ha dignado ofrecirme una interpretación privada —dijo bruscamente Denton—. Creo que nos comprendemos mutuamente, Baque. ¡Buenos días!

—¡Vas a contratarlo para el visioscopio! —exclamó Miss Manning—. Jimmy, eso es maravilloso. ¿Puedo ser la primera? ¡Lo podríamos hacer esta mañana!

Denton negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, querida. Hemos decidido que el talento de Mr. Baque no es... demasiado apto para el visioscopio.

—Por lo menos será mi invitado. ¿No es así, Mr. Baque? No hay nada en contra de que lo presentemos como invitado en mi programa. ¿No es verdad, Jimmy?

—No. Después de toda la polvareda que levantaste con este asunto, sería una buena idea que lo invites. Te servirá de lección cuando fracase.

—No fracasará. Será maravilloso en el visioscopio. ¿Vendrá esta mañana, Mr. Baque?

—Bueno... —empezó Baque. Denton asintió enfáticamente con la cabeza—. Pronto abriremos un nuevo restaurante —prosiguió Baque—. No me molestaría ser su invitado el día de la apertura.

—¿Un nuevo restaurante? ¡Es maravilloso! ¿Lo sabe alguien? ¡Lo comentaré esta mañana en exclusiva!

—No está aún todo arreglado —dijo Baque excusándose—. Todavía no hemos hallado el lugar...

—Lankey encontró ayer un sitio —dijo Denton—. Firmará el contrato esta mañana. Preocúpese de comunicarle a Miss Manning la fecha de apertura y le invitará a su programa en ese día. Y ahora, si no le importa...

Baque tardó media hora en encontrar el camino de salida del edificio, pero insistió en recorrer los corredores decidido a no preguntarle a nadie el camino. Canturreaba alegremente para sí mismo, y de vez en cuando estallaba en una carcajada.

Los amos del mundo de las finanzas, y sus científicos, no sabían nada sobre las armonías.

—Así es como están las cosas —dijo Lankey—. Creo que hemos tenido suerte, Baque. Denton debería haber actuado cuando tuvo la oportunidad... cuando yo no estaba preparado para ello. Cuando se dé cuenta, ya me habré preocupado para que sea demasiado tarde.

—¿Qué es lo que en realidad podemos hacer si decide acabar con nosotros?

—Yo también tengo mis amigos, Baque. No son de la alta sociedad, como los de Denton, pero son tan deshonestos como ellos. Y Denton tiene un puñado de enemigos a los que les agradaría apoyarnos. Así que dijo que nos podía cerrar esta misma

noche, ¿eh? Muy gracioso. No podemos hacer gran cosa en contra de Denton, pero sí para evitar que él nos perjudique a nosotros.

—Creo que le vamos a hacer daño —dijo Baque.

Lankey se llegó al bar, y volvió con un vaso alto de líquido rosado y espumoso.

—Bébetelo —le dijo—. Has tenido un día difícil y comienzas a delirar. ¿Cómo podríamos hacerle daño a Denton?

—Con las Coms. El visioscopio depende de las Coms. Le demostraremos a la gente que puede divertirse sin ellas. Nuestro lema será: ¡NO HAY COMS EN EL LANKEY!

—Maravilloso —dijo Lankey lentamente—. Me gastaré un capital en trajes vistosos para las chicas... no pueden seguir usando esas cositas de plástico en nuestro nuevo local... y tú decidirás si quieres que canten.

—Claro que van a cantar.

Lankey se inclinó hacia adelante, frotándose la nariz.

—Y sin Coms... ¿qué es lo que van a cantar?

—He sacado algunas letras de un viejo libro de escuela que tenía mi abuelo. Se las llamaba poesías, y estoy poniéndoles música. Las iba a estrenar aquí, pero Denton se enteraría, y no vale la pena tener problemas antes de lo necesario.

—No. Guárdalas para el nuevo local. Y además estarás en *Mañana con Marigold* el día de la apertura. ¿Estás seguro con eso de las armonías, Baque? Quizá realmente estés proyectando emociones. En el restaurante nos da lo mismo, pero en el visioscopio...

—Estoy seguro. ¿Cuándo podremos abrir?

—Tengo a tres turnos de trabajadores redecorando el lugar. Tendrá una capacidad para mil doscientas personas, y sobraré sitio para que bailen. Debería estar terminado en dos semanas. Pero de lo que no estoy seguro es de la oportunidad de tu presentación en el visioscopio.

—Quiero hacerlo.

Lankey volvió a ir al bar y se sirvió una bebida.

—De acuerdo. Hazlo. Si eso tuyo funciona, se va a organizar un buen lío, y lo mejor será que me vaya preparando para eso. —Sonrió—. ¡Lo bien que nos iría para nuestro negocio!

Marigold Manning había cambiado su peinado al último estilo de Zann de Hong Kong, y pasó diez minutos preguntándose que lado de su perfil había de presentar a las cámaras. Baque esperó pacientemente, un poco incómodo dentro del traje de ceremonias más caro que jamás hubiese tenido. Se preguntaba si realmente proyectaba emociones.

—Lo quiero así —dijo finalmente Miss Manning, situándose frente a una pantalla piloto para darse una última mirada de inspección—. ¿Y usted, Mr. Baque? ¿Qué

hacemos con usted?

—Simplemente ponerme en la multicord —dijo Baque.

—Pero va a hacer algo más que tocar. Tendrá que decir algo. He estado haciendo propaganda de este día durante una semana, vamos a tener más auditores que nunca, y usted *tendrá* que decir algo.

—Con mucho placer —dijo Baque—. Si puedo hablar del *Lankey*.

—Desde luego. Para eso está aquí. Usted habla del *Lankey*, y yo hablo de Erlin Baque.

—Cinco minutos —anunció claramente una voz.

—Oh —dijo ella—. Siempre me pongo tan nerviosa antes de empezar.

—Alégrese de no estarlo durante el programa —dijo Baque.

—Tiene razón. Jimmy siempre se burla de mí, pero un artista puede comprender a otro artista. ¿Usted también se pone nervioso?

—Cuando toco ya no estoy para nada más.

—Eso es lo que me pasa a mí. Una vez que mi programa comienza, ya estoy demasiado ocupada...

—Cuatro minutos.

Marigold se contempló otra vez en la pantalla piloto.

—Tal vez hubiera sido mejor de esta otra manera —dijo ella.

—Es usted perfecta de cualquier manera —dijo Baque, sentándose a la multicord.

—¿Lo dice de verdad? Bien, de todas maneras, es una galantería. Me pregunto si Jimmy se tomará la molestia de contemplarnos.

—Estoy seguro de que lo hará.

—Tres minutos...

Baque conectó el instrumento e hizo sonar un acorde. Ahora sí que *estaba* nervioso. No tenía idea de lo que iba a tocar. Se había abstenido intencionadamente de preparar algo, porque eran sus improvisaciones las que afectaban a la gente en forma tan extraña. Sólo había una cosa segura... no habría Música Sexual. Lankey le había advertido al respecto.

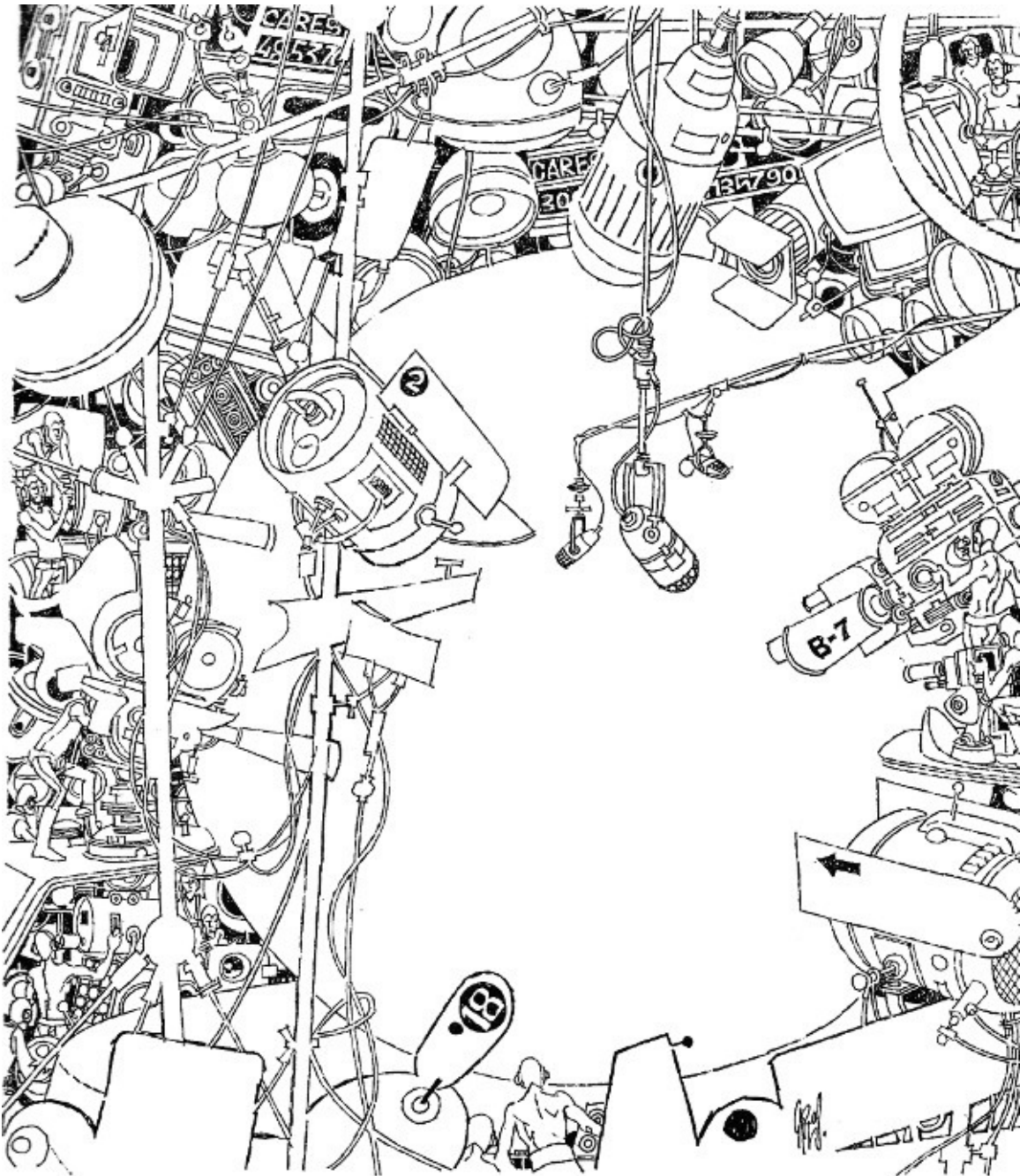
Estaba tan abstraído en sus pensamientos que no oyó el aviso final, y miró sobresaltado a Miss Manning cuando ésta dijo alegremente:

—Buenos días a todo el mundo. ¡Éste es el programa *Mañana con Marigold!*

Continuó hablando con su brillante voz. Erlin Baque. Su carrera como compositor. El asombroso descubrimiento de oírlo tocar en el *Lankey-Pank Out*. Sonó la Com del Queso Tamper. Finalmente, terminó sus observaciones y se arriesgó a torcer su bello perfil para dar una mirada en su dirección.

—Señoras y caballeros, con admiración, con orgullo, con satisfacción, les ofrezco una Exclusiva Marigold: ¡Erlin Baque!

Baque sonrió nerviosamente, y modestamente recorrió con un dedo la escala musical.



—Éste es mi primer discurso —dijo—. Probablemente también será el último. El nuevo restaurante se inaugura esta noche. El *Lankey*, en Broadway. Desgraciadamente, no puedo invitarlos a ustedes a reunirse con nosotros debido a que los generosos comentarios que Miss Manning ha efectuado durante la semana pasada han ocasionado la reserva de todas las plazas para los dos próximos meses. Después de ese período procuraremos guardar un limitado número de reservas para los visitantes que lleguen de lugares lejanos.

»Encontrarán algo diferente en el *Lankey*. No hay pantalla de visioscopio. Tal vez ya hayan oído algo sobre esto. Tenemos a unas chicas atractivas que cantan. Yo toco la multicord. Sabemos que les gustará nuestra música. Sabemos que les gustará porque no oirán Coms en el *Lankey*. Recuerden esto: *No hay Coms en el Lankey*. Nada de jabón en su sopa. Nada de coches voladores con sus bistecs. Nada de camisas con su postre. ¡No hay Coms! Solamente buena música interpretada para su

diversión... como ésta.

Puso sus manos sobre el teclado.

Fue una experiencia extraña, estar tocando sin auditorio, o prácticamente sin él. Solamente estaba Miss Manning, y los técnicos del visioscopio, y súbitamente Baque tuvo la sensación de que el público era el responsable de sus éxitos. Siempre había tenido una multitud de caras para observar, y había acomodado sus interpretaciones de acuerdo con sus reacciones. Lo estaba escuchando gente de todo el hemisferio occidental. Y después sería toda la Tierra y todo el sistema solar. ¿Se pondrían a dar palmadas y a seguir el ritmo con los pies? ¿O estarían asombrados pensando «De modo que así es como suena la música sin letra, sin Coms»? ¿O estarían escuchando un tanto aburridos?

Baque dio una ojeada a su alrededor y vio la pálida faz de Miss Manning, a los técnicos mirándole con la boca abierta, y pensó que tal vez todo fuera bien. Se dejó perder en la música, y tocó fervientemente.

Continuó tocando incluso después de haberse dado cuenta de que algo no iba bien. Miss Manning corría hacia él, los técnicos se movían desconcertados, y la lejana pantalla piloto estaba apagada. Baque tocó más lentamente y al final se paró.

—Han cortado el programa —dijo Miss Manning lloriqueando—. ¿Quién me habrá hecho una cosa así? Nunca, nunca, en todo el tiempo que llevo en visioscopio... George, ¿quién cortó el programa?

—Órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—¡Las mías! —James Denton se dirigía hacia ellos, y no estaba sonriendo. Sus labios estaban apretados, su cara pálida, sus ojos chispeaban de violencia e intentos asesinos—. Un chico listo, ¿no es verdad? —dijo a Baque—. No sé como logró hacer ese truco, pero ningún hombre engaña más de una vez a James Denton. Ahora es usted un problema, y no me voy a molestar en resolverlo. Considérese eliminado.

—¡Jimmy! —sollozó Miss Manning—. Mi programa... lo cortaste. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

—¡Cállate, maldita seas! Le apuesto lo que quiera, Baque, a que Lankey no inaugura el local esta noche. No es que ello signifique ninguna diferencia para usted.

—Creo que ha perdido, Denton —dijo Baque sonriendo—. Creo que se emitió lo suficiente como para derrotarlo. Le apuesto lo que quiera a que mañana tendrá varios miles de reclamaciones. Y también el gobierno. Y entonces sabremos realmente quién manda en *Visioscopio Internacional*.

—Yo mando en *Visioscopio Internacional*.

—No, Denton. Pertenece al público. Le han dejado hacer por un largo tiempo, y se han tragado todo lo que les ha dado. Pero si saben lo que quieren, lo conseguirán. Sé que al menos les ofrecí tres minutos de lo que quieren. Es más de lo que esperaba.

—¿Cómo consiguió engañarnos en mi oficina?

—Fue usted mismo quien se engañó, Denton... porque usted no sabía nada sobre

armónicos. Su interfono no estaba hecho para transmitir música. No transmitía las frecuencias superiores, por lo que la multicord sonaba sin vida para los hombres que estaban en la otra habitación. Pero el visioscopio transmite todas las frecuencias.

—Muy listo —dijo Denton—. Ya les arreglaré las cuentas a esos científicos. Y a usted también, Baque.

Se retiró y, mientras la puerta automática se cerraba tras él, Marigold Manning asió un brazo de Baque.

—¡Rápido! ¡Sígame! —Al ver que Baque titubeaba, le gritó—: ¡No se quede ahí como un idiota! ¡Denton lo matará!

Lo condujo a través del cuarto de control, y de allí a un pequeño corredor. Corrieron hacia el final, atravesando una sala de espera y sobresaltando a una secretaria, y salieron por otra puerta a otro corredor. Ella lo hizo seguir hacia un ascensor antigrav, y subieron hacia la parte superior del edificio. Una vez allí lo impelió hacia la pista de aterrizaje de los coches voladores, y lo dejó dentro de una puerta.

—Salga cuando le haga una señal —dijo Marigold—. No corra, solamente camine.

Marigold salió andando con calma, y Baque oyó el saludo de sorpresa que le dio un asistente:

—Muy pronto ha terminado esta mañana, Miss Manning.

—Están pasando un puñado de Coms —dijo ella—. Quiero el Waring grande.

—Ahora mismo vendrá.

Asomándose un poco por la esquina, Baque la vio entrar en el coche volador. Tan pronto como el asistente les dio la espalda, ella le hizo señas frenéticamente. Baque caminó cuidadosamente hacia el aparato, cuidando de que éste quedara entre el asistente y él. Instantes después se remontaban en el aire, mientras bajo ellos se oía débilmente una sirena de alarma.

—¡Lo conseguimos! —dijo ella, jadeante—. Si no hubiera salido antes que esa sirena sonara, lo habrían cogido a usted.

Baque aspiró profundamente y miró hacia atrás, al Edificio de *Visioscopio Internacional*.

—Bien, gracias —dijo—. Pero seguramente no era necesario. Éste es un planeta civilizado.

—¡*Visioscopio Internacional* no es civilizado! —respondió ella.

Baque la miró con asombro. Su cara estaba enrojecida, sus ojos mostraban miedo, y por primera vez Baque la vio como un ser humano, una mujer, una adorable mujer. Mientras la miraba, ella se apartó y empezó a llorar.

—Ahora Jimmy también querrá matarme. ¿Y dónde vamos a ir?

—Al *Lankey* —dijo Baque—. Mire... desde aquí se puede ver.

Marigold dirigió el coche hacia el letrero recién pintado sobre la pista situada en el nuevo restaurante, y Baque, mirando hacia atrás, vio que se estaba formando una

multitud en la calle donde estaba *Visioscopio Internacional*.

Lankey apartó su escritorio hacia la pared y se arrellanó hacia atrás, confortablemente, en su asiento. Iba vestido elegantemente, y se había arreglado con gran cuidado para su papel de anfitrión jovial, pero en su oficina era el mismo Lankey desmañado que Baque había visto por primera vez inclinado sobre un bar.

—Ya te dije que esto se convertiría en algo infernal —dijo fríamente—. Hay unas cinco mil personas en *Visioscopio Internacional*, gritando a favor de Erlin Baque. Y la multitud aumenta.

—No toqué más de tres minutos —dijo Baque—. Pensé que un cierto número de gente podría escribir para quejarse de que hubieran cortado mi exhibición, pero no esperaba nada parecido a esto.

—¿No, eh? Cinco mil personas. Probablemente diez mil en estos momentos, y quién sabe cuántas más. Y Miss Manning, aquí, arriesga su cuello para sacarte de ese sitio... pregúntale por qué, Baque.

—Sí —dijo Baque—. ¿Por qué tomarse todas esas molestias por mí?

Ella se estremeció y dijo:

—Su música me produce una maravillosa sensación.

—No me extraña —dijo Lankey—. Baque, estúpido, ¡le diste tres minutos de Música Sexual a una cuarta parte de la población de la Tierra!

Lankey inauguró el local a la hora prevista, con una multitud abarrotando la calle y luchando por entrar mientras hubo sitio para estar de pie. El astuto Lankey había establecido un precio de admisión. Los que estaban de pie no cenarían, y Lankey no veía la razón de suministrar música gratis, aún cuando la gente estuviera dispuesta a estar de pie para oírla.

En el último minuto se efectuó un cambio. Lankey decidió que los clientes preferirían que el anfitrión fuera una bella muchacha y no un individuo viejo y con la nariz chata, así que contrató a Marigold Manning. La muchacha actuó con elegancia, el profundo azul de su vestido flotante contrastando con su cabello dorado.

Cuando Baque se sentó a la multicord, recibió una ovación que duró veinte minutos.

Más tarde en la noche, Baque buscó a Lankey.

—¿Ha intentado algo Denton? —le preguntó Baque.

—Nada. Todo va estupendamente.

—Me parece extraño. Juró que no inauguraríamos el local esta noche.

—Ha tenido bastantes problemas propios de los que preocuparse —dijo Lankey sonriendo—. Las autoridades están encima de él por el tumulto de esta tarde. Me temía que te echaran las culpas, pero no lo han hecho. Denton te hizo aparecer en el programa y luego lo cortó, por lo que se figuran que él es el responsable. Y, según mi

última información, *Visioscopio Internacional* ha tenido diez millones de quejas. No te preocupes, Baque. Sabremos pronto de Denton... y también de los Gremios.

—¿Los Gremios? ¿Por qué los Gremios?

—El Gremio de Compositores estará terriblemente furioso por tus declaraciones sobre las Coms. El Gremio de Escritores Líricos coincidirá con ellos, debido a las Coms, y debido a utilizar música sin letra. El Gremio de Músicos no te encontrará simpático porque muy pocos de sus miembros saben tocar en forma que valga la pena. Mañana por la mañana, Baque, serás el hombre más popular en el Sistema Solar, y los anunciantes, la gente de *Visioscopio* y los Gremios te van a odiar a muerte. Te voy a poner guardaespaldas las veinticuatro horas del día, y a Miss Manning también. Quiero que salgas vivo de esto.

—¿Realmente crees que Denton querrá...?

—Sí, lo creo.

A la siguiente mañana, el Gremio de Músicos puso al *Lankey* en la lista negra, y ordenó a todos los músicos, incluyendo a Baque, romper sus relaciones. Los músicos rehusaron respetuosamente, y fueron puestos en la lista negra antes del mediodía. Lankey llamó a un abogado, el individuo más siniestro, furtivo y de aspecto deshonesto que Baque hubiera visto nunca.

—Se supone que nos han de avisar con una semana de anticipación —dijo Lankey—, y otra semana si decidimos recurrir. Los demandaré por cinco millones.

El Comisario de Seguridad Pública se presentó y, un poco más tarde, el Comisario de Licores. Ambos conferenciaron brevemente con Lankey, y se fueron con unas caras muy largas.

—Denton está actuando demasiado tarde —dijo Lankey alegremente—. Hablé con esos dos hace una semana, y grabé nuestra conversación. No se atreverán a hacer nada.

Aquella noche se organizó un tumulto frente al *Lankey*. Lankey tenía su propia escuadra lista para la acción, y los clientes nunca se enteraron del desorden. Los informantes de Lankey calcularon que *Visioscopio Internacional* había recibido cincuenta millones de quejas. Una manifestación anti-Coms hizo erupción espontáneamente, y quinientas pantallas de visioscopio fueron destrozadas en varios restaurantes de Manhattan.

La primera semana transcurrió sin problemas en el *Lankey*, abarrotado de gente diariamente. Las reservas llegaban de lugares tan lejanos como Venus y Marte. Baque pidió a un intérprete de multicord en Berlín que viniera para actuar con él, y Lankey esperaba que, a final de mes, podría tener el restaurante abierto las veinticuatro horas del día.

Al principio de la segunda semana, Lankey le dijo a Baque:

—Hemos vencido a Denton. He contrarrestado todas las medidas que ha tomado, y ahora vamos a ser nosotros los que hagamos algunas cosas. Vas a aparecer de nuevo en el visioscopio. Efectuaré hoy mismo la solicitud. Tenemos un negocio legal, y por

tanto los mismos derechos que cualquier otro para comprar un espacio en la programación. Si no nos lo quiere dar, lo demandaré. No se atreverá a rehusárnoslo.

—¿De dónde saca el dinero para todo esto? —dijo Baque.

Lankey sonrió.

—Lo ahorré. Y he tenido alguna ayudita de personas que no aprecian demasiado a Denton.

Denton no rehusó. Baque apareció en un programa a escala mundial, transmitido en directo desde el *Lankey*, con Marigold Manning presentándole. Tan sólo omitió la Música Sexual.

Era ya la hora de cerrar en el *Lankey*. Baque estaba en su camerino, cambiándose cansinamente de ropa. Lankey se había ido ya para tener una conversación, a primera hora de la mañana, con su abogado. Estaban especulando sobre el próximo movimiento de Denton.

Baque estaba intranquilo. Se decía a sí mismo que tan sólo era un músico tonto. No comprendía nada de los problemas legales, o de la enrevesada maraña de conexiones e influencias entre las que tan fácilmente se movía Lankey. Sabía que James Denton era la maldad encarnada. También sabía que Denton tenía el suficiente dinero como para acabar con Lankey una y mil veces. O para pagar por el asesinato de cualquiera que se interpusiese en su camino. ¿Qué es lo que estaba esperando? Si tenía bastante tiempo, quizá Baque podría acabar con todo el sistema de las Coms. Denton debía de saber esto.

Entonces, ¿qué es lo que estaba esperando?

La puerta se abrió violentamente y Marigold Manning entró tambaleándose, medio desnuda, con su tez de una palidez que igualaba a la blancura de su sujetador de plástico. Cerró la puerta de un golpe y se abrazó a él, mientras los sollozos estremecían su cuerpo.

—Jimmy —jadeó—. He recibido una nota de Carol... su secretaria. En otro tiempo fue una buena amiga mía. Dice que Jimmy ha sobornado a nuestros guardaespaldas, y que éstos nos van a asesinar cuando volvamos a casa esta mañana. O que dejarán que los hombres de Jimmy lo hagan.

—Llamaré a Lankey —dijo Baque—. No tenemos por qué preocuparnos.

—¡No! Si sospechan algo no esperarán. No tenemos salida.

—Entonces esperaremos hasta que regrese Lankey.

—¿Crees que estaremos seguros esperando? Saben que estábamos a punto de salir.

Baque se desplomó en una silla. Era la jugada que esperaba de Denton. Lankey escogía cuidadosamente a sus hombres... pero Denton tenía el suficiente dinero como para comprar a cualquiera de ellos. Y sin embargo...

—Tal vez sea una trampa —dijo—. Tal vez esa nota sea falsa.

—No. Vi a ese hombrecillo gordo, Hulsey, hablando con uno de nuestros guardaespaldas anoche, y comprendí que Jimmy estaba tramando algo.

Así que era eso. Hulsey.

—¿Qué quieres que hagamos? —dijo Baque.

—¿Podríamos salir por la puerta de atrás?

—No lo sé. De todas maneras tendremos que pasar por delante de un guardaespaldas.

—¿No podríamos intentarlo?

Baque dudó. Estaba asustado. Tenía un miedo mortal. Pero ella sabía mucho más de estas cosas que él. Y además conocía a James Denton. Nunca habría salido de *Visioscopio Internacional* sin su ayuda.

—Si crees que eso es lo que debemos hacer, lo intentaremos.

—Tengo que terminar de vestirme.

—Entonces hazlo. Avísame cuando hayas terminado.

Abrió la puerta y miró cautelosamente, y luego se giró. Su miedo se sobreponía a su pudor.

—No, ven conmigo.

Baque y Miss Manning caminaron tranquilamente a lo largo del corredor que estaba situado en la parte de atrás del edificio, hicieron un saludo a los dos guardaespaldas que estaban sentados allí, y con un movimiento súbito traspusieron la puerta. Corrieron. Tras ellos se oyó un grito de sorpresa, y nada más. Atravesaron frenéticamente el callejón, giraron una esquina, llegaron a otra, y titubearon.

—La cinta rodante está en esa dirección —jadeó ella—. Si podemos llegar hasta allí...

—¡Vamos!

Corrieron, con las manos entrelazadas. Frente a ellos, a lo lejos, el callejón daba a una calle. Baque miró ansiosamente hacia arriba, buscando coches voladores, y no vio ninguno. No sabía exactamente donde se hallaban.

—¿Nos... siguen?

—No lo creo. No se ve ningún coche volador, y no vi a nadie que nos siguiese cuando nos detuvimos.

—¡Entonces, hemos escapado!

A diez metros por delante de ellos surgió bruscamente, de entre las sombras, un hombre. Mientras se detenían, helados por el terror, se dirigió hacia ellos. Su rostro estaba oculto por un sombrero calado, pero su sonrisa lo identificaba como James Denton.

—Buenos días, belleza —dijo—. *Visioscopio Internacional* no ha sido el mismo desde que nos falta tu agradable presencia. Y buenos días a usted, Mr. Baque.

Permanecieron silenciosos. La mano de Miss Manning atenazaba el brazo de Baque, sus uñas atravesaban la camisa y se hundían en la carne. Sin embargo, él no se movió.

—Supuse que caerías en esa bromita, belleza. Suponía que, a estas alturas, estarías lo suficientemente asustada como para caer en ella. Tengo bloqueadas todas las salidas, pero me agrada que hayáis elegido ésta. Me gusta mucho. Me encanta castigar personalmente las traiciones.

De repente se giró hacia Baque, con su voz transformada en un rugido airado:

—Lárgate, Baque. Todavía no es tu turno. Tengo otros planes para ti.

Baque permaneció clavado al húmedo suelo.

—Muévete, Baque, antes de que cambie de idea.

Miss Manning soltó su brazo. Su voz era un suspiro ahogado:

—¡Vete! —dijo.

—¡Baque!

—Vete, pronto —suspiró ella de nuevo.

Baque dio dos pasos, indeciso.

—¡Corre! —gritó Denton.

Baque corrió. Tras él se oyó el chasquido de una pistola, un chillido, y después silencio. Baque titubeó, vio que Denton lo miraba, y siguió corriendo.

—Así que soy un cobarde —dijo Baque.

—No, Baque. —Lankey negó lentamente con la cabeza—. Eres un hombre valiente, o no te habrías metido en este lío. No habría sido valor el intentar algo, sino locura. La culpa es mía, por pensar que actuaría primero contra el restaurante. Denton me debe algo por esto, Baque, y soy un hombre que se cobra sus deudas.

Una mueca de preocupación alteró el feo rostro de Lankey. Miró en forma extraña a Baque y se rascó la calva.

—Era una chica valiente y hermosa, Baque. Pero me pregunto por qué te dejó escapar Denton.

El aire de tragedia que pesaba sobre el *Lankey* aquella noche no afectó a los clientes. Recibieron a Baque con una atronadora ovación mientras se dirigía hacia la multicord. Mientras hacía una pausa para saludar, lo rodearon tres policías.

—¿Erlin Baque?

—En efecto.

Baque sonrió tristemente. Denton no se demoraba en sus jugadas.

—¿De qué se me acusa? —dijo.

—De asesinato.

El asesinato de Marigold Manning.

Lankey apretó su triste rostro contra los barrotes y habló sin prisas:

—Tienen algunos testigos —dijo—. Testigos honestos que te vieron salir corriendo del callejón. Y otros deshonestos que te vieron disparar. Uno de éstos es tu amigo Hulsey, que casualmente estaba dando un paseo matutino por ese callejón... o

al menos eso es lo que atestiguará. Posiblemente Denton se gastaría un millón en lograr tu condena, pero no tendrá necesidad de hacerlo. Ni siquiera tendrá que comprar al jurado. Así de sólidos son los cargos contra ti.

—¿Qué hay de la pistola? —dijo Baque.

—La encontraron. Naturalmente, no hay huellas dactilares, pero alguien asegurará que llevabas guantes, o alguien te habrá visto limpiarla.

Baque asintió con la cabeza. Las cosas habían escapado ya de su control. Había estado luchando por una causa que nadie comprendía... tal vez ni siquiera él mismo. Y había perdido.

—¿Y qué sucederá después?

Lankey agitó la cabeza.

—No me gusta ocultar las malas noticias. Será cadena perpetua. Te enviarán a los pozos de Ganímedes para toda la vida.

—Ya veo —dijo Baque. Luego añadió ansiosamente—: ¿Vas a seguir con esto?

—¿Qué es lo que estabas tratando de conseguir, Baque? No estabas trabajando únicamente por el *Lankey*. No lo acababa de entender, pero te seguí porque me caes bien. Y me gusta tu música. ¿Qué perseguías?

—No lo sé. —¿Un concierto? ¿Un millar de personas reunidas para escuchar música? ¿Era eso lo que quería?—. Supongo que era la música —dijo al fin—. Acabar con las Coms... o al menos con algunas.

—Sí. Sí, creo que te entiendo. El *Lankey* continuará, Baque, mientras me quede vida. Ese nuevo intérprete de multicord es bastante bueno. No te llega ni a la suela de los zapatos, pero... nunca habrá otro igual que tú eras. Todavía tenemos que rechazar peticiones de mesas. Muchos otros restaurantes están quitando los visioscopios y tratando de imitarnos, pero les llevamos mucha ventaja. Seguiremos con las cosas tal y como tú las organizaste, y tu tercio de los beneficios sigue en vigor. Te he abierto una cuenta. Cuando regreses serás un hombre rico.

—¿Cuando regrese!

—Bueno... una cadena perpetua no quiere decir toda la vida. Pórtate bien.

—¿Val?

—Me ocuparé de ella. Le daré un trabajo u otro, para tenerla ocupada.

—Tal vez pueda enviarte música para el restaurante —dijo Baque—. Supongo que me sobrará tiempo.

—Me temo que no. Precisamente lo que quieren es tenerte apartado de la música. Por tanto... no escribirás música. Y no te dejarán acercarte a una multicord. Creen que podrías hipnotizar a los guardias y dejar sueltos a los presos.

—¿Me dejarán... me dejarán conservar mi colección de discos?

—Me temo que no.

—Ya veo. Bueno, si tiene que ser así...

—En efecto. Ahora Denton me debe dos cosas.

El impasible Lankey lloraba cuando se retiró.

El jurado deliberó durante ocho minutos, y pronunció un veredicto de culpabilidad. Baque fue sentenciado a cadena perpetua. Hubo algunas críticas en el visioscopio, porque la vida en los pozos de Ganímedes acostumbraba a ser muy breve.

Y entre las masas corrieron innumerables rumores que decían que el veredicto había sido pagado por los anunciantes, por el visioscopio. Se decía que se le había tendido una trampa a Erlin Baque, porque daba música al pueblo.

Y el día antes de que envasen a Baque a Ganímedes se anunció un espectáculo público, en el que actuarían H. Vail, multicordista, y B. Johson, violinista. La entrada costaba un dólar.



Lankey recogió pruebas con todo cuidado, volvió a sobornar a uno de los testigos sobornados, y solicitó una revisión de la causa. El recurso fue denegado, y los largos años se arrastraron lentamente.

Se organizó la Orquesta Sinfónica de Nueva York, con veinte maestros. Uno de

los lujosos coches aéreos de James Denton se estrelló, y éste murió instantáneamente. Fue un desgraciado accidente. Un millonario que en una ocasión escuchó a Erlin Baque tocar por el visioscopio patrocinó una docena de conservatorios de música. Serían llamados los Conservatorios Baque, pero un historiador de la música, que nunca había oído hablar de Baque, hizo que se cambiase el nombre por el de Bach.

Lankey murió, y un yerno suyo continuó administrando el negocio familiar. Se inició una suscripción para edificar una nueva sala de conciertos para la Sinfónica de Nueva York, que contaba ya con cuarenta maestros. El interés crecía como una avalancha y, finalmente, se eligió para su localización un lugar de Ohio, para que hubiese buenas comunicaciones desde todo el continente norteamericano. Se erigió el Auditorio Beethoven, con una capacidad de cuarenta mil personas. Las entradas para la primera serie de conciertos se agotaron cuarenta y ocho horas después de ponerse a la venta.

Por primera vez en doscientos años se transmitió una ópera por visioscopio. En el mismo sitio de Ohio se construyó un teatro de la ópera, y luego una academia musical. El Centro creció, primero por aportaciones privadas, luego bajo el patrocinio del gobierno. El yerno de Lankey murió, y un sobrino se hizo cargo de la dirección del *Lankey*... y de la campaña para liberar a Erlin Baque. Pasaron treinta años, y luego cuarenta. Y a los cuarenta y nueve años, siete meses y diecinueve días de recibir su condena a cadena perpetua, se puso en libertad a Erlin Baque. Todavía poseía un tercio del más próspero restaurante de Manhattan, y los intereses acumulados durante todos aquellos años lo convertía en un hombre rico. Tenía noventa y seis años de edad.

Otro lleno completo en el Auditorio Beethoven. Turistas de todos los confines del Sistema Solar, amantes de la música que llegan para los conciertos, ancianos que viven jubilados en el Centro. Son cuarenta mil personas, que se mueven inquietas y solicitan la presencia del director de la orquesta. Los aplausos retumban desde los catorce pisos cuando éste se adelanta a saludar.

Erlin Baque está sentado en su asiento reservado, en la parte de atrás de la platea. Ajusta sus binoculares y contempla la orquesta, preguntándose una vez más cómo debe sonar un contrabajo. Ha dejado su amargura allá en Ganímedes. Su vida en el Centro es una incesante revelación de milagros.

Naturalmente, nadie recuerda a Erlin Baque, compositor y asesino. Hay generaciones enteras de gentes que ni siquiera recuerdan las Coms. Y, no obstante, Baque siente que él es el que ha conseguido todo esto, con tanta certeza como si hubiera edificado este edificio... edificado el Centro... con sus propias manos. Las extiende ante él. Son manos deformadas por los años en los pozos, con dedos y yemas aplastados. Todo su cuerpo ha sido herido por desprendimientos de rocas. No siente tristeza. Ha cumplido con su misión.

Dos acomodadores se hallan en el pasillo, tras de él. Uno lo señala con el dedo y murmura:

—Ahí tienes a un tipo raro. Viene a todos los conciertos. No se pierde ni uno. Y únicamente está ahí detrás, sentado, mirando a la gente. Dicen que fue unos de los antiguos compositores, hace muchos años.

—Tal vez le guste la música —observa el otro.

—¡Qué va! Esos antiguos compositores no sabían absolutamente nada de música. Además... es sordo.

Título original:

THE TUNESMITH

© 1957, *If*, by arrangement with E. J. Carnell.

Traducción de M. Trevänner

Esperanto y ciencia ficción

La ciencia ficción de otros países será más o menos conocida para los lectores de habla hispana, pero las referencias que nos llegan de ella nos permiten conocer la mayor parte de las veces, aunque sea a vuelapluma, su existencia. Pero ¿a alguien de ustedes se le ha ocurrido preguntarse alguna vez si existe alguna ciencia ficción escrita en esta lengua artificial, apátrida, que es el esperanto? Sinceramente, debemos confesarles que nosotros sí nos lo hemos preguntado, y por eso hemos solicitado a nuestro colaborador Rémi Maure, convencido esperantista, que nos informara al respecto. He aquí su respuesta:

Cada país tiene su ciencia ficción; desarrollada o no, influenciada o no por el extranjero; en todos los casos, escrita en su lengua, con su originalidad y sus obras maestras, a menudo desconocidas.

¿Y el esperanto?

Esperanto y ciencia ficción: dos vocablos sin ningún lazo de unión. Pero no hay en absoluto necesidad de un país llamado Esperantujo para que sea creada una literatura original, para que la ciencia ficción haya tomado raíz en esta lengua revolucionaria.

Si bien Julio Verne no la utilizó jamás en sus obras, era un partidario notorio de ella. Más recientemente, Forrest J Ackerman, autor, coleccionista, fundador de FAMOUS MONSTERS OF FILMLAND y otras revistas de horror cinematográfico, es un esperantista ferviente. Sin olvidar naturalmente a Philip Jose Farmer, famoso autor de *Flesh* y de *The Lovers* (N. de R.: ésta última publicada en español por ediciones Vértice en su colección «Galaxia», con el título de LOS AMANTES).

Es interesante notar a este propósito que varios autores de ciencia ficción se han sentido apasionados por el esperanto hasta el punto de imaginar futuros en los que esta lengua se ha universalizado. Entre otros, Albert Higon, en LA MACHINE DU POUVOIR (La máquina del poder), premio Julio Verne 1960; A. de Traynel, en ELIZABETH FALDRAS, aparecido en 1908; y José de Elola, en EL AMOR EN EL SIGLO CIEN, del que volveremos a hablar. Finalmente, existe una asociación que reúne a autores y apasionados esperantistas: el I.M.E.A. (Internacia Movado de la Esperantlingvaj Anticipanoj, Movimiento Internacional de aficionados a la Ciencia Ficción hablando Esperanto)^[5].

La ciencia ficción esperantista («Anticipo», «Sciencfikcio» o incluso «Fantascienco») tiene por principales características la de ser poco nutrida y el estar representada, ya sea por traducciones de lenguas «naturales», ya sea por obras

originales. La lista de estas obras es aún incompleta y no es en absoluto cuestión de recensar aquí todos los títulos. Nos limitaremos, de hecho, a los más característicos y a los más interesantes^[6].

Dejemos desde un principio de lado a las obras de Julio Verne, que son las primeras del género publicadas en esperanto. Lo mismos para las de H. G. Wells que, aparte *THE COUNTRY OF THE BLIND* (El país de los ciegos), son igualmente disponibles en todas las lenguas, lo que da a reflexionar sobre la oportunidad de tales traducciones.

Hay afortunadamente otras que, por ser menos conocidas, merecían la atención de un público más internacional. Así el pequeño libro de J. A. Mitchell *LA LASTA USONAN* (El último americano), del que ignoramos incluso el título original (N. de R.: el título original de esta obra, cuya inclusión en las páginas de Nueva Dimensión está en estudio, es *THE LAST AMERICAN*, y fue publicada por primera vez en los Estados Unidos en 1889 por Frederick A. Stokes & Brother), que fue traducido en 1913 y reeditado en 1924. Esta novelita corta cuenta el redescubrimiento de América, en el año 2951, por navegantes persas que, sobre las ruinas de Nueva York, intentan reconstituir la antigua civilización destruida hace tiempo en el curso de una guerra mundial. Relato pesimista, pues, pero lleno de humor y de hallazgos, en el que hay que lamentar solamente que el autor no haya extraído mayor jugo de este tema.

Imposible, por el contrario, hacer un tal reproche a la obra de José de Elola *EL AMOR EN EL SIGLO CIEN*, traducido en 1934 bajo el título de *LA AMO EN LA JARO DEKMIL* (El amor en el año diez mil). Publicado bajo el seudónimo de «Coronel Ignotus», esta larga novela, cuyo título es suficientemente revelador, pertenece (o debería pertenecer) a todas las literaturas; concebida en un espíritu a la vez filosófico y científico, propone una visión convincente de las formas que podría tomar el amor en el futuro, propósito en el cual muchos otros han fracasado, tal y como el pese a todo memorable *L'AMOUR DANS CINQ MILLE ANS* (El amor dentro de cinco mil años) de Fernand Kolney. Y, a este respecto, se muestra superior incluso a obras tan relevantes como las de Philip Jose Farmer. *EL AMOR EN EL SIGLO CIEN* tuvo por otro lado un enorme éxito en los países de lengua española, donde su tirada rebasó los 120.000 ejemplares. Hoy, sólo la versión en esperanto se halla aún disponible, preservando así del olvido a este clásico del género.

Otra obra en la misma situación es *LA ALIA PASINTECO* (El otro pasado), de Rico Bulhuis. No se trata de una obra tampoco demasiado vieja, ya que la versión neerlandesa (*HET ANDERE VERLEDEN*) data de 1947, siendo la traducción de 1952; pero da pruebas, en otro campo, de una ingeniosidad al menos igual. «El único bien que todo hombre posee indistintamente es su pasado», escribe el autor. Así, nos presenta a un hombre que es dotado artificialmente de dos pasados. Éste es uno de los tratamientos más perfectos de la ciencia ficción en el campo psicológico, y la solución fantástica aportada al enigma es una de las más ingeniosas del género.

Conviene mencionar en seguida a una obra traducida del croata, TRAGEDIA EN LA UNIVERSO (Tragedia en el universo). Escrita por un grupo de una decena de jóvenes firmando colectivamente «Kroata», constituye una nueva lanzada al tema del peligro atómico. Si bien obtuvo un gran éxito popular en Yugoslavia, es a decir verdad de un interés menor, siendo su principal cualidad su sinceridad.

Finalmente, para cerrar este departamento «extranjero» de la ciencia ficción esperantista, no olvidemos la traducción de A PRINCESS OF MARS (Una princesa de Marte), la famosa novela de capa y espada super-científica de Edgar Rice Burroughs. De acuerdo, PRINCIPO DE MARSO (Princesa de Marte) llega medio siglo después de la edición original, pero tratándose de un libro inencontrable en la mayor parte de las lenguas, esta versión es de todos modos bien recibida.

En el registro de las obras escritas originalmente en esperanto, la más antigua obra de ciencia ficción es, hasta que no se pruebe lo contrario, EN LA JARO 2112 (En el año 2112), de J. U. Giesy y J. B. Smith. J. U. Giesy es conocido por su trilogía burroughsiana; «Palos of the Dog Star, Pack-Mouthpiece of Zitu-Jason, Son of Jason»; J. B. Smith, por su parte, es un ilustre desconocido. Escrito en 1912, este corto relato tiene por tema un viaje al futuro... que no es más que un sueño. Es decir que su interés es puramente histórico^[7].

Menos antiguas, pero de un mayor interés, son las obras de Ian Fehetke, escritor polaco que firmaba Jean Forge. La primera, SALTEGO TRANS JARMILOJ (Salto a través de los milenios), aparecida en 1924, es una historia de viaje temporal completamente clásica; sin embargo, por sus cualidades humorísticas y las aventuras hilarantes de los personajes en la época romana, puede clasificarse muy por encima de la media. Pero la más interesante es sin contestación MISTER TOT ACETAS MIL OKULOJN (Mister Tot compra mil ojos), publicada en 1932. Tiene por tema el descubrimiento de una especie de televisión que recoge las imágenes sin ayuda de cámara, procedimiento que permite observar no importa a quién a través de no importa qué, y por ello un instrumento de dominación. Estas dos novelas fueron inmediatamente traducidas al polaco y son ahora consideradas como clásicos. Es simplemente una lástima que Ian Fehetke se detuviera allí.

Más importante aún que Ian Fehetke, Sandor Szathmari es la única figura que aún permanece, si bien su persistencia es más bien tímida ya que no ha dado más que una novela (muy larga, eso es cierto), una novela corta y algunos cuentos. Sandor Szathmari, que es de nacionalidad húngara, es un gigante en su género. Su obra mayor, VOJAGO AL KAZOHINIO (Viaje a Kazohinio) no es de una completa originalidad, ya que se trata de una «continuación» de los famosos «Viajes de Gulliver». No es por otro lado el único en esta línea, siendo los más memorables los dos, más conocidos, de su compatriota Fredrich Karenthy y el del español Vicente Blasco Ibáñez EL PARAÍSO DE LAS MUJERES. Pero VOJAGO AL KAZOHINIO es el más inteligentemente concebido.

Escrito de 1935 a 1938, no apareció en esperanto más que en 1958. Mientras tanto, la versión húngara (posterior) fue editada en 1941 y conoció inmediatamente varias reimpresiones. VOJAGO AL KAZOHINIO cuenta las nuevas aventuras de Gulliver en una isla desconocida del Océano Indico, donde reina una civilización futurista. En Kazohinio se halla establecido un comunismo integral: la familia ya no existe, los ciudadanos son las ruedas sin alma de un vasto hormiguero que las aplicaciones de una avanzada ciencia hace aún más inquietante. Y después de mil avatares, Gulliver huye de este infierno mecanizado. Obra satírica pues, y filosófica, en la línea de los Alexandre Zamiatine, Aldous Huxley, Karin Boye, antes que Jonathan Swift, y que debe figurar entre las obras maestras de la Utopía Supercientífica. Pero queda darla a descubrir a la inmensa mayoría de los aficionados.

Otro relato del mismo autor, MASINMONDO (El mundo de la máquina) es más reciente, datando solamente de 1964. Como el precedente, esta novela corta es de una esencia fundamentalmente satírica y trata del papel aplastante de la máquina en la civilización futura, pero con menos aliento que en VOJAGO AL KAZOHINIO. Finalmente, sobre un tema análogo, señalemos PERFEKTA CIVITANO (El perfecto ciudadano) y DOKUMENTOJ PRI LA HISTORIO DE LA KOMPOFONO (Documentos concernientes a la historia del Kompofono). Parece, de hecho, que este género de preocupación sea el denominar común de la obra de Sandor Szathmari.

Quedan finalmente numerosos relatos más o menos cortos, a menudo aislados, aparecidos la mayor parte de ellos en diversas revistas y que son difíciles de localizar. Los más conocidos son los de la inglesa Marjorie Boulton y de la polaca Julia Piro. Varios relatos de esta última han sido por otro lado objeto de una recopilación titulada EL TERO KAJ ETERO (De la Tierra y el Éter). Pero esto no es más que una tentativa aislada. Existe de todos modos suficiente material como para varias antologías; lo único que se necesita es hallar un editor.

Después de esta ojeada a las obras más prestigiosas cuya existencia conocemos, se impone una primera conclusión: no existen realmente autores de ciencia ficción esperantistas. Nada de sorprendente en ello: la redacción en esta lengua es terriblemente larga y no aporta apenas satisfacciones de orden intelectual; inmediatamente después, el tiraje es a menudo reducido y la clientela de los aficionados restringida. Es de hecho una ilustre ocupación, lo que explica tal vez la calidad y la sinceridad de estas obras. Así pues, nada de «Literatura alimenticia».

Y en lo que concierne a las traducciones, éstas se imponen menos en una literatura más y más autónoma. Tienen sin embargo su utilidad: sirven para precisar los puntos de gramática y de estilo en una lengua que se halla aún en formación; el ejemplo más típico es el de la versión de TRAGEDIO EN LA UNIVERSO, que es netamente de vanguardia. Finalmente, hacen accesibles a los esperantistas textos que de otro modo no hubieran franqueado jamás la barrera de las lenguas. Y es por otro lado mucho más interesante ya que, como hemos podido ver, los textos son de un

valor apreciable.

Queda, para concluir, decir que la ciencia ficción tiene un gran futuro en el esperanto. Hemos visto que, a falta de cantidad, ha producido obras de calidad. Producirá otras. Después de todo, la lengua no tiene ni siquiera un siglo de existencia. Y hay más de diez millones de esperantistas a través del mundo.

Por lo que puede hacerse un buen trabajo.

RÉMI - MAURE



¡Considérense invadidos!

Los hombres que venden el futuro

Los comentarios interesantes dedicados a la literatura de ciencia ficción y a sus autores no suelen ser demasiado frecuentes, y más difícil aún es hallarlos en periódicos y revistas no especializados. Es por ello que, cuando ha llegado a nuestras manos éste, aparecido en la revista británica de información general THE ILLUSTRATED LONDON NEWS del 12 de abril del presente año, hemos creído interesante su reproducción, no tanto por la evidente falta de conocimientos acerca de la literatura tratada que demuestra el redactor del artículo —visible en alguna de sus comparaciones— sino más bien por la antinomia que presentan en sus valoraciones los dos autores que intervienen en el mismo, que podrían ser calificados: Conquest en la vieja ola, y Ballard en la «nueva cosa» de nuestro género.

Robert Conquest es un ciudadano ordinario que se viste de color azul marino, tiene un perro basset llamado Bluebell, y se pasea arriba y abajo por su estudio, que

da sobre el paseo del Príncipe de Gales, en Battersea, mientras habla:

«Forster dice que, básicamente, la novela lo que hace es contar una historia. La pésima ciencia ficción primitiva que escribían, en los años veinte, profesores alemanes estaba llena de llamadas fuera de texto explicando cómo era la electricidad. Un individuo estaba dando una vuelta por cierta ciudad del futuro. Miraba por una ventana y le decían: “Vea esa acera rodante; lleva a quinientos millones de personas a una velocidad de trescientos kilómetros por hora”. Las historias no tenían ninguna hilación, ni pasaba nada en ellas, excepto ocasionalmente, cuando el héroe se encontraba con una chica bonita. Aún cuando los hechos hubieran sido interesantes, deberían de haber sido hilvanados en alguna forma».

Robert Conquest ha escrito una novela de ciencia ficción, varios relatos cortos y poemas y, junto con Kingsley Amis, ha editado cinco volúmenes de SPECTRUM, antologías de historias de ciencia ficción. Pero la ciencia ficción no es lo único que le interesa, y su problema es el hallar tiempo para todos sus compromisos. Aparte de haber trabajado durante diez años en el *Foreign Office*, ha sido profesor de política y literatura tanto en la Gran Bretaña como en América.

Su interés por la ciencia ficción comenzó cuando niño, y ya tiene ahora un criterio formado sobre lo que ésta debe ser. No cree en la escuela surrealista de los escritores de ciencia ficción dedicados al *espacio interior*, que tan sólo escriben sobre las reacciones psicológicas del hombre ante un distinto ambiente.

«La ciencia ficción es una forma de la ficción en la que se manipula el contexto de la vida humana. Se añade un factor x , pero entonces debe desarrollarse en forma perfectamente lógica la situación. Hay dos clases de ciencia ficción: Una trata del futuro inmediato. No es exactamente predictiva, pero está dentro de los límites de lo que sabemos que va a suceder. La otra puede hallarse situada en el futuro remoto, o en un planeta totalmente diferente; este tipo de historia es una manipulación de un material mucho más fantástico, pero que también debe de ser trabajado lógicamente».

Una vez que a un escritor se le ocurre una idea, a menudo su desarrollo tiene una dinámica que le es intrínseca. Robert Conquest está dándole vueltas a la idea de los problemas que acompañan al viaje de seres humanos a velocidades superiores a la de la luz. Las dificultades se presentan en los tiempos de aceleración y frenado, que tan sólo pueden ser de duración aceptable si los pasajeros están cayendo libremente a través de un campo artificial de gravedad: Una vez se le ocurre a uno una idea como ésta, tiene que desarrollar un ambiente creíble; no es necesario explicar la maquinaria, sino más bien la clase de lugar en la que trabaja, y la sociedad técnica que la rodea. Puede ver que el argumento comienza a desarrollarse automáticamente.

El número de los temas de ficción espacial parece ser bastante limitado, y además éstos se nos presentan como estereotipados, pero esto no preocupa a Robert Conquest: «Aún una novela del oeste que se desarrolle en Marte tiene su interés, si ese Marte está bien hecho». El futuro ya tiene sus propias convenciones: «Es bueno que ya existan una serie de tradiciones acerca del futuro, pues le proporcionan a uno

una base. Por ejemplo, habitualmente se denomina *Crédito* a la moneda del futuro».

Pero, sean cuales sean los detalles, lo que tiene primordial importancia es la historia en sí. Debe seguir un ritmo, y los personajes deben estar subordinados a la acción: «Aristóteles decía que un personaje era el desarrollo de una historia, y yo creo que esto es especialmente cierto en la ciencia ficción. Si un autor es demasiado sutil con un héroe, puede concentrar demasiado la atención del lector y perder algo. Debe darse el énfasis a aquello que esté actuando como ambiente extraño. No se pueden aplicar los criterios de la ficción ordinaria a la ciencia ficción. Deben de seguirse ciertas normas».

El escritor de ciencia ficción ha de tener cuidado en escribir prosa clara y sencilla. Conquest coincide con Orwell en la creencia de que, de tenerse que elegir, vale más que un relato sea bien contado que bien escrito. «No se puede emplear una prosa o unas imágenes experimentales. Hay un poema en el que el escritor dice que, durante una cacería de zorras, el césped crece rojo llameante, con lo que quiere decir que está brotando mucha sangre. Uno puede decir esto en la Tierra, donde todos saben muy bien que el césped es verde, y que el escritor lo está llamando rojo con un propósito específico. Pero si uno dice en ciencia ficción que el césped es rojo, puede que no sea una imagen poética, sino cierto en el planeta del que uno está hablando».

A Robert Conquest no le preocupa el que un incremento de los viajes espaciales pueda poner fin a la ficción espacial: «Siempre habrá un futuro. Habrá cohetes y planetas, viajes interplanetarios e interestelares. Aunque, claro, un escritor ya no podrá inventar lo que se sentirá al alunizar cuando ya haya descendido gente en la Luna porque los que lo hayan hecho podrán contar lo que sintieron. Pero todavía no hemos ido muy lejos. Al fin y al cabo la Luna tan sólo se halla a unos centenares de miles de kilómetros, y hay galaxias a una distancia de unos trescientos mil años-luz. La ficción espacial aún tiene mucho campo por delante».

*

Hace diez años, J. G. Ballard tenía unos veinticinco. Lleva el pelo largo, tiene modales ansiosos y fuma puros. Vive con sus tres hijos en una ajada casa en Shepperton, Surrey.

«Acabo de escribir un libro titulado *THE ATROCITY EXHIBITION* (La exhibición de atrocidad). Uno de los capítulos trata del suicidio de Marilyn Monroe. Se me ocurrió de repente que su suicidio fue como una explosión en el espacio y el tiempo. El cuerpo de Marilyn Monroe era parte del paisaje externo de nuestras vidas. Aparecía en las portadas de las revistas y en las fotos de los periódicos. Se la veía en las películas y en la TV. Su cuerpo, y no me refiero a ningún aspecto sexual sino a sus rasgos externos, era parte del paisaje psicológico de nuestras vidas. Su suicidio dislocó esa parte de nosotros. El capítulo de mi libro trata de explicar el suicidio en esos términos, como un desastre en el espacio y en el tiempo, en vez del simple

suicidio de una mujer desconocida o un personaje de segundo rango».

Los suicidios y las pesadillas son el pan de cada día de James Graham Ballard. Durante diez años ha sido un escritor profesional, totalmente dedicado a la ciencia ficción. Anteriormente había trabajado en una revista científica y como guionista para cintas científicas. Considera que sus tres libros más importantes son *THE DROWNED WORLD* (El mundo sumergido), *THE DISASTER AREA* (Área de desastre) y *THE ATROCITY EXHIBITION*, en el que se cuenta a John Kennedy, Jackie Kennedy y a Elizabeth Taylor entre los principales protagonistas... aparte de Marilyn Monroe. El libro será editado a finales de este año.

La muerte del Presidente Kennedy fue una «coronación inconsciente» y equivalió a un tremendo choque automovilístico. «Las muertes de personas tales como Jayne Mansfield, James Dean y hasta el mismo Kennedy son algo así como una liberación de toda su energía psíquica y carisma».

Su visión de un choque de automóviles está en conflicto con la de la mayor parte de personas. Lo considera un «acontecimiento estimulante» y declara que, aunque la mayoría lo nieguen, hallan en un accidente automovilístico de una figura pública una horrible fascinación que libera algo en ellos mismos: «Si la crucifixión tuviera que volverse a llevar a cabo en el siglo veinte, sería un accidente de automóvil».

El horror y lo irracional no parecen perturbar desmesuradamente a James Ballard. Escribe desde las «nueve a las cinco» y vive en un mundo en el que las sillas de su estudio están perdiendo el relleno del tapizado, pero en el que parte a Río de Janeiro por una semana, en avión, para atender a un simposio de autores de ciencia ficción. Las atormentadas imágenes de su cerebro le asombran más que le preocupan: «Me sorprenden constantemente las ilimitadas posibilidades de la experiencia humana. Nos hallamos en la misma situación que Aladino. Dios sabe qué genio saldrá de la lámpara maravillosa que es nuestro cerebro».

Sobre la mesa, en la que se amontonan libros y papeles, y que James Ballard usa como escritorio, está colgado un *poster* surrealista de mujeres convertidas en monstruos. En otra pared de su estudio hay un gran dibujo de unos labios, contorsionados y desproporcionados, de medio metro de ancho. Sobre una librería repleta, rodeada por todas partes por más libros, se hallan tres gruesos volúmenes sobre Salvador Dalí: *LA VIDA SECRETA DE SALVADOR DALÍ*, *EL MUNDO DE SALVADOR DALÍ* y *SALVADOR DALÍ: EL DIARIO DE UN GENIO*.

Obtiene su inspiración de los surrealistas y de hombres como Freud: «Puso de manifiesto la distinción entre nuestra mente latente y la manifiesta. Una casa no es una casa, sino una matriz o cualquier otra cosa. Creo que se debe aplicar esta misma distinción al mundo exterior. El surrealismo consiste en un sistema de ecuaciones básico para explicar nuestras vidas que es realmente razonable».

No acepta la diferenciación generalizada entre realidad y ficción, manteniendo que la nuestra es, prácticamente, una sociedad ficticia. Los anuncios aúllan sin descanso ficciones. Los políticos bombardean a los pueblos con valores falsos,

políticas falsas e intenciones falsas. Por consiguiente, ¿cuál es la realidad?

«La tarea del escritor ya no es suministrar ficción, sino identificar algún tipo de realidad. Simplemente analiza cuales de las ficciones tienen alguna significación real». Ciertamente, no escribe ciencia ficción convencional acerca de astronautas *a la Diego Valor*, piratas espaciales, viajes espaciales, etc. «La ficción espacial murió hace diez años», y fue reemplazada por lo que él llama la ficción del «espacio interior», que transcribe las reacciones psicológicas de los humanos ante una serie extraordinaria de nuevas condiciones, tanto en nuestro propio siglo veinte como en el más remoto futuro. Efectúa comentarios implícitos de la sociedad exagerando las condiciones, o quizás distorsionándolas.

Dado que es tanto un producto de los airados años cincuenta como de los surrealistas sesenta, Ballard blande una conciencia pública y está ahora trabajando en una obra para la televisión que llevará a los hogares británicos todo el horror del Vietnam explicando lo que pasaría si la Gran Bretaña se hallase en la situación de ese país. El siglo veinte es un «compromiso entre la razón y las pesadillas. Todo lo que necesita un escritor es unas tijeras y un bote de pegamento».

James Ballard, que dice: «siempre deseé ser un escritor», decidió escribir ciencia ficción en lugar de novelas convencionales porque: «La novela tradicional está demasiado preocupada con el pasado: tiene una visión de la vida propia del siglo diez y nueve. El siglo veinte es un siglo de posibilidades, en el que la ciencia y la tecnología son las bases de esas posibilidades. La ciencia ficción es la única rama de la ficción que consagra la suprema importancia de la ciencia y la tecnología, y que se halla en el fiel entre la razón (la ciencia) y la sinrazón (el mundo de nuestras mentes). El futuro es una mejor llave para el presente que el pasado».

Ciencia ficción inglesa, ciencia ficción chilena

Junto a la ausencia de continuidad de la mayor parte de las colecciones especializadas de ciencia ficción, surgen en otros campos novedades que, la mayor parte de las veces, pasan desapercibidas al lector medio. Es por ello que aquí tenemos, de nuevo, un artículo de Domingo Santos hablándonos sobre libros de ciencia ficción, que nos llevará de Inglaterra a Chile, pasando por Madrid.

Parece como si en estos últimos tiempos —¡al fin!—, la ciencia ficción empezara a despertar un poco del amodorrante encasillamiento en el que ella misma se había sumido, y buscara a través de diversos medios el alcanzar un nivel más elevado, el hacerse más *docta*... más digna a los ojos de los «no iniciados».

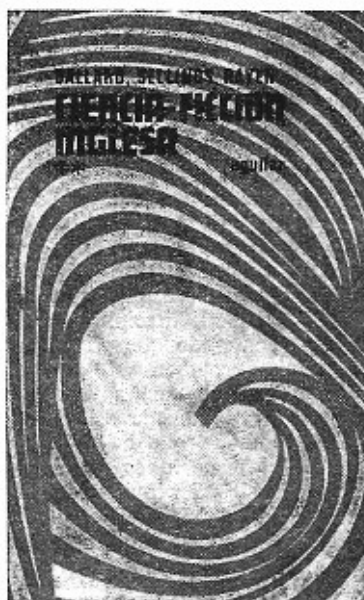
Y así, tras no dura batalla, la ciencia ficción empieza a dejar últimamente a un lado su proverbial característica de «libro barato» para adoptar actitudes de «libro serio» (*sic*): se hace más elegante, se presenta encuadernada en cartoné, se viste con

una sobrecubierta... y, por supuesto, aumenta su precio.

Este proceso evolutivo, en un momento en el que la tendencia es precisamente la contraria: hacer descender al libro en general hasta los estamentos más populares de la población a través de ediciones de bolsillo de poco precio, encuadernadas en rústica y ocupando poco volumen, es significativo, y creo que merece un estudio más profundo, el cual no dudo aparecerá algún día en estas mismas páginas, y que servirá indudablemente para seguir desde un punto de vista muy especial la curiosa evolución del género en España.

Pero la ciencia ficción ha llegado aún a más: ha llegado incluso, recientemente, a presentarse en forma de antologías de las que suelen llamarse de «obras completas» u «obras escogidas», este tipo de libros lujosamente encuadernados en piel y cuidadosamente impresos en papel biblia, que tienen sobre sí la mala fama de ser generalmente comprados (casi siempre a plazos) exclusivamente con el fin de ser expuestos en la biblioteca de la casa del comprador, donde suelen hacer muy bonito... si bien sé de algunos casos raros en los que, además, han sido incluso total o parcialmente leídos.

Pues bien, la ciencia ficción ha llegado incluso hasta este peldaño. El artífice de este logro ha sido Editorial Aguilar, una de las casas editoriales de mayor solera en todo el ámbito de lengua hispana, y que ya anteriormente había efectuado idéntica proeza con otro género maldito para las gentes «cultas»: la novela policíaca, a través de la edición de las obras de Simenon, Agatha Christie, Stanley Gardner, Dickson Carr...



En las páginas de Nueva Dimensión se ha hablado ya en varias ocasiones de los dos primeros volúmenes de esta nueva colección, «El Lince Fantástico», dedicados respectivamente a la Ciencia Ficción Americana y a la Ciencia Ficción Inglesa. Ahora nos llega la aparición del tercer volumen, después del —según noticias oficiosas— éxito de los dos primeros, que ha obligado a efectuar una rápida

reimpresión. Este tercer volumen es a su vez el segundo de «Ciencia Ficción Inglesa», y engloba a cinco obras pertenecientes a tres autores distintos: dos compuestas de relatos cortos, y tres novelas.

De los tres autores, es inútil querer presentar ahora al lector español al primero: J. G. Ballard, uno de los autores anglosajones más leídos del momento, junto con Brian Aldiss, e incuestionablemente el más popular, con él, dentro de la Gran Bretaña. Son varias las obras suyas publicadas ya en español (recordemos su magnífico «Viento de la nada» en *Nebulae*, donde se le dio el desafortunado título de «Huracán cósmico»), y su prestigio, en nuestra patria, está bien ganado. Por otra parte, las tres obras publicadas aquí lo habían sido ya total o parcialmente en español: «El mundo sumergido» por *Galaxia*, y varios de los cuentos de los otros dos en diversas revistas y antologías, por lo que ninguna de las tres obras, salvo recrearnos nuevamente el fabuloso universo de Ballard, nos trae nada excesivamente nuevo.

Como tampoco nos trae nada nuevo la novela perteneciente a nuestro malogrado colaborador Arthur Sellings «Telepatía», publicada ya, y muy recientemente, por Géminis en su colección de ciencia ficción con el título de «Telépata», mucho más ajustado al del original inglés.

En cuanto a la quinta y última novela, «Mañana es futuro», pertenece a un autor completamente desconocido en España, F. G. Rayer, del que sinceramente desconozco incluso su grado de popularidad en Inglaterra, así como la extensión y la calidad de su producción general. La novela tiene el aliciente de ser, al menos, totalmente inédita en español; sin embargo, si bien se lee con agrado y llega a hacerse interesante, no nos aporta tampoco nada nuevo, y su estricto clasicismo, tanto en temática como en exposición, resulta más bien chocante tras el alucinante universo ballardiano, e indudablemente le resta unos méritos que, indudablemente, tiene si se la examina aisladamente.

Con todo ello, topamos así con el principal defecto que cabe imputársele hasta ahora a las antologías de «El Lince Fantástico» de Aguilar. En primer lugar, un balance de 2 obras y pico ya conocidas del público español (y todas ellas publicadas recientemente) sobre 5 no es muy tentador para el posible comprador; de todos modos, hay que decir en favor de Aguilar que, para el lector exigente, las cinco novelas tienen una virtud inapreciable: la de darnos una traducción correcta, literaria e inteligible de unas novelas que, en su anterior edición, habían sido en buena parte *asesinadas* por sus traductores, hasta tal punto que en muchas ocasiones quitaban incluso el más mínimo placer por su lectura.

Por otro lado, hay que señalar también una evidente falta de método en la elección no ya de las obras, sino también de los autores. Por ejemplo, ciñéndonos a este tercer volumen publicado (ésta es una opinión muy personal mía, pero que considero válida), hay que considerar a Ballard como a un autor lo suficientemente importante y con una producción lo bastante «madura» como para dedicarle todo un volumen de *obras escogidas*... o en otro caso publicar solamente una muestra de su

producción. La inclusión de tres libros suyos, habiendo *tantos* otros autores ingleses dignos de ser conocidos en España, lo considero excesivo... sobre todo teniendo en cuenta que esta falta de representatividad se apreció ya desde el primer volumen de la serie.

De todos modos, hay que brindarle a Aguilar nuestro voto de confianza, aunque fuera solamente por el hecho de habernos ofrecido una colección de obras de ciencia ficción presentadas dignamente y por una editorial cuyo fondo incluye a los autores más representativos de todas las tendencias literarias de todos los tiempos, desde Cervantes y Shakespeare hasta Toynbee, Priestley y Asturias. Se anuncia ya como inminente la aparición del cuarto volumen de la colección, dedicado a la ciencia ficción francesa, una de las menos conocidas en nuestra patria, a través de una serie de obras interesantes... aunque tampoco totalmente representativas. Confíemos en el futuro.

*

La editorial Zig-Zag es una de las casas editoras más importantes de Chile y, también, una de las más conocidas en toda Sudamérica, aunque sus libros no lleguen hasta nosotros más que muy de tarde en tarde y a través de unos muy pocos ejemplares.

Pues bien, esta editorial se ha lanzado últimamente por unos caminos que son dignos de ser anotados aquí: los de la ciencia ficción. Pero no lo ha hecho como la mayoría de los otros editores, es decir, creando una colección exclusivista o, dicho de otro modo, un *apartheid*, sino incluyendo sus obras dentro de sus colecciones normales... y proclamando a pesar de todo el que se trata de obras de ciencia ficción.

Y, lo que es más interesante, no yendo a buscar para ello traducciones anglosajonas de autores más o menos conocidos, sino abriendo las puertas a los propios autores chilenos del género, hasta ahora completamente desconocidos para la mayor parte del público de habla hispana.



Y así han llegado hasta mí (gracias a la amabilidad del Agregado Cultural de la Embajada de Chile en Madrid, Miguel Arteché, gran aficionado y estupendo amigo) dos obras de estas características: «El que merodea en la lluvia», de Hugo Correa, y «Acá del tiempo», de Antoine Montagne.



No voy a hablar detalladamente de ambos libros, pues esto escaparía de las limitaciones de espacio y contenido que yo mismo me he impuesto en estos artículos: baste decir que ambos son libros *muy* dignos de ser leídos, y que lo único que hay que lamentar al respecto es que hasta ahora ningún distribuidor se haya decidido a importarlos en España. Lo que creo interesante señalar al respecto es otra cosa muy distinta: en primer lugar, el hecho enteramente democrático —y desusado— de que una editorial de la solvencia de Zig-Zag haya lanzado dos libros de ciencia ficción dentro de su colección de «Narradores chilenos», prescindiendo de que pertenecieran a este tema (cosa que hasta ahora, salvo contadísimas y honrosas excepciones, ningún editor se había atrevido a hacer), y el hecho incuestionable de que ambos libros son, además de libros de ciencia ficción, *literatura*.

Y aquí debo explicarme... e introducirme por terrenos resbaladizos. Porque, en España, la ciencia ficción sigue aún, pese a todo, considerándose como «literatura barata», y en parte toda la culpa no es debida exclusivamente a un juicio apriorístico de los críticos. En general, los libros de ciencia ficción que se publican en España son no exactamente malos, sino más bien, sencillamente, mediocres. Ello es debido en gran parte a desidia por parte del editor, que busca las ventas a través de la «novela de masas», y en parte también por culpa de una muy deficiente traducción, por lo que los originales salen a la calle literariamente *muy* descuidados. Esto en cuanto a los libros traducidos de otros idiomas. En cuanto a los escritos originalmente en lengua española, la mayor parte de las veces (y en esto estoy completamente de acuerdo con la opinión expresada en esta misma revista hace unos números por José Luis M. Montalbán, aunque yo deba situarme a la cabeza del grupo de afectados) los autores hispanos se preocupan de escribir ciencia ficción antes que literatura, por lo que los

resultados suelen ser los mismos que con los libros extranjeros.

Por el contrario, los dos libros reseñados aquí son, antes que libros de ciencia ficción, *obras literarias*. Quiero decir con ello que la ciencia ficción puede colocarse en este caso a nivel de «literatura mayor», entroncando en lo que, en muchos aspectos, constituye la base de la «new thing» anglosajona: el romper un poco con los moldes delimitativos —y en cierto modo segregacionistas— de la ciencia ficción tradicional, mucho más ciencia ficción que literatura, y buscar primero la calidad literaria que la característica de ciencia ficción.

Esto es lo que nos ofrecen, en su base, estos dos libros chilenos de ciencia ficción, y ahí reside, para mí, su mayor interés para el aficionado. Tarde, como solemos hacer siempre aquí las cosas, empezamos a darnos cuenta de lo que en los países anglosajones constituye el meollo de la lucha entre la nueva y la vieja ola de la ciencia ficción: de que no todo es culpa de una muy cacareada incompreensión, y de que si queremos que la ciencia ficción se entronque realmente en la literatura general debemos ser precisamente nosotros, los autores, quienes realicemos la unión. ¿Lograremos hacerlo en España? Algunos indicios al respecto empiezan ya a apuntarse; ahí tenemos, por ejemplo, la muestra de «La guerra de los dos mil años» de García Pavón, y algunos otros ensayos aislados. Pero falta generalizar esta corriente. Todos nosotros, los autores, deberemos seguir el ejemplo... o retirarnos. En nuestras manos está el lograrlo o no.

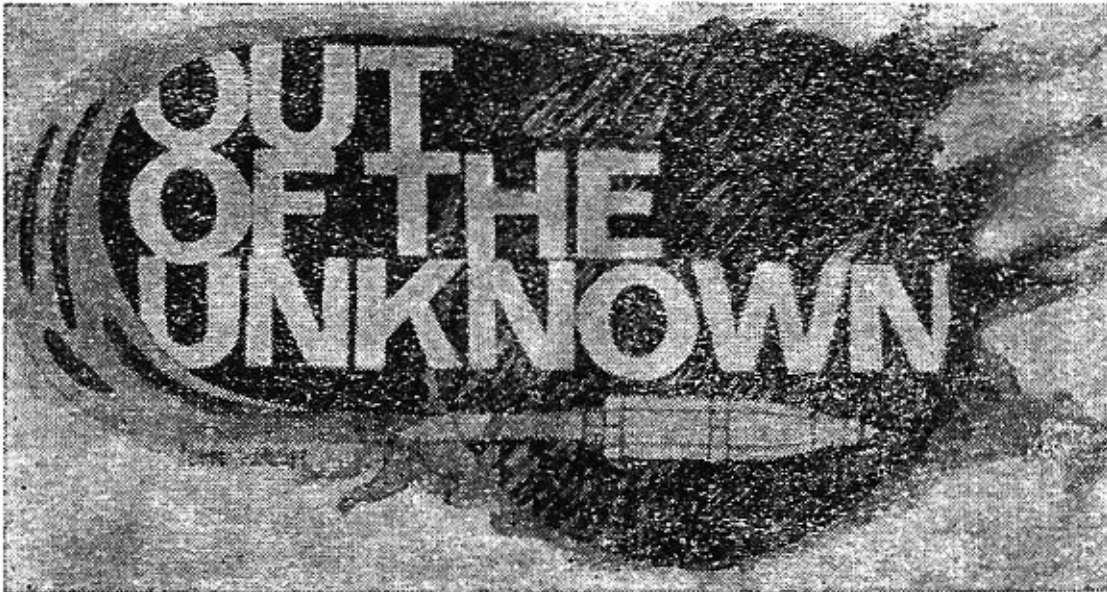
Gracias, Zig-Zag, por esta lección.

DOMINGO SANTOS

«Ciencia-ficción inglesa, II». Colección «El Lince Fantástico», Editorial Aguilar, Madrid, 1969. 1261 páginas, 450 pesetas. Contiene: Las voces del tiempo, El mundo sumergido y Billenium, de J. G. Ballard; Telepatía, de Arthur Sellings; Hoy es el futuro, de F. G. Rayer.

«El que merodea en la lluvia», por Hugo Correa. Colección «Narradores Chilenos», editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1968. 212 páginas. Sin precio indicado.

«Acá del tiempo», por Antoine Montagne. Colección «Narradores Chilenos», editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1968. 243 páginas. Sin precio indicado.



Acerca de un programa de televisión

No son muy frecuentes entre nosotros los artículos dedicados a la ciencia ficción en la pequeña pantalla. Por ello, en espera de un prometido —y nunca empezado— artículo exhaustivo sobre la ciencia ficción en TV que esperamos que quizá algún día elaboren nuestros colaboradores José Luis Garci y José Luis M. Montalbán, publicamos aquí uno aparecido en la revista británica Radio Times el pasado dos de enero, y que creemos será de gran interés para todos nuestros lectores.

Hace unos años el hombre no soñaba aún con subir al espacio, en esta condición, lo escrito sobre temáticas de ciencia ficción era clasificado dentro del género fantástico y consistía o bien en cuentos para niños o en alegorías. Pero ya en el pasado siglo la ciencia ofreció lo que apenas era más que un resplandor de esperanza sobre el hecho de que este mundo no tiene por qué ser un límite para los viajes del hombre, mientras que al mismo tiempo el progreso de las ciencias permitía comenzar a efectuar predicciones, con cierto fundamento, sobre la forma física del futuro. Julio Verne se centró en esto, y H. G. Wells lo hizo aún mejor, porque no sólo tenía ideas científicas, sino que también poseía un instinto político que le daba una idea bastante perspicaz de hacia donde se estaba dirigiendo la Humanidad.

Así nació la ciencia ficción moderna. Pero, cosa rara, las cosas tenían que ponerse peor antes de seguir mejorando. La tradición de Verne y Wells cayó principalmente en manos de los escritores americanos de *pulps*, que trabajaban principalmente para unos lectores que exigían *bug-eyed monsters* (monstruos de ojos saltones) y otros elementos más propios de los comics de horror. Y, no obstante, fue en publicaciones como éstas en donde se formaron la mayor parte de los mejores escritores de ciencia ficción de hoy en día; y, en la actualidad, la ciencia ficción es una rama de la

literatura eminentemente respetable y, claro está, eminentemente televisiva, como demostraron las dos series anteriores de *Out of the Unknown* (Desde lo desconocido).

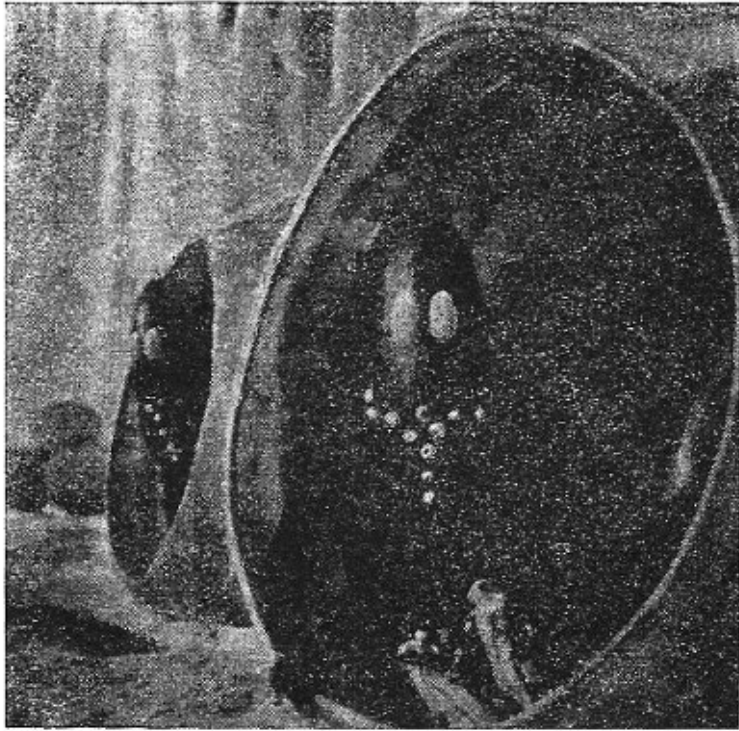
Esta nueva serie, la primera que es realizada en color, está siendo llevada por el equipo formado por Alan Bromly (productor) y Roger Parkes (jefe de guiones), este último responsable de series de intriga tales como *The Paradise Makers* (Los fabricantes de paraísos) de la BBC-2, recientemente reestrenada por la BBC-1.

Los programas han sido basados en relatos de famosos autores de ciencia ficción, tales como Isaac Asimov, Robert Sheckley, John Brunner y John Wyndham (N. del R. Este último recientemente fallecido; véase N.D. n.º 9). Los escritores que los han transformado en guiones son Clive Exton, Jack Pulman, Julian Bond, David Climie y el ex-crítico, ahora escritor dramático, Robert Muller. Además, en la serie hay tres programas escritos especialmente para ella, debidos a Donald Bull, Michael Ashe y Brian Hayles.

Igualmente, en los repartos se incluyen a numerosos actores notables, tales como George Cole, en el papel característico de un hombrecillo solitario, Milo O'Shea, el forzudo irlandés, representando a un profesor mochales, Geraldine Moffat haciendo la parte de una chantajista despiadada, Trisha Noble, Hamilton Dyce, Keith Barron, famoso por *Lucky Jim*, y muchos más.

La serie se inicia con un film titulado *Immortality Inc.* (Anónima de Inmortalidad), que ha sido escrita por Jack Pulman a partir de un cuento del americano Robert Sheckley, y que se basa en la obsesionante idea de que, en un futuro no especificado, los ancianos puedan, por un determinado precio, transferir su mente a un cuerpo joven y activo.

Este cuerpo puede ser obtenido desde cualquier período del tiempo; así, cuando uno de estos ancianos retrocede al siglo veinte para tomar prestado un cuerpo, el hombre del año 1969 que es transportado repentinamente al lejano futuro se halla en un mundo que es, al mismo tiempo, infinitamente extraño y aterrador.



«Cabeza de Puente», de Clifford Simak

SE DICE

* LIBROS

Visto el tremendo éxito obtenido por la publicación de las obras de DOC SAVAGE, la editorial norteamericana Bantam Books, a quien se debe la idea, ha decidido reeditar otro de los héroes de los «pulp» de los años treinta: THE SHADOW.

Este personaje, que en español fue conocido por LA SOMBRA, es bien conocido por los aficionados que cuentan con algunas canas, y ya resultaba prácticamente imposible obtener alguna de sus antiguas aventuras, a menos de resignarse a pagar unos precios fabulosos en las librerías especializadas de lance. Por ello se espera un éxito para esta nueva serie, éxito similar al obtenido por los volúmenes de la otra colección ya citada.



La Sombra le acecha de nuevo entre las tinieblas... de las librerías

Nuestro colaborador y amigo FORREST J ACKERMAN es un infatigable promotor de todo tipo de tareas que estén relacionadas con el campo de la SF. Así, últimamente ya hemos dado cuenta de varias de sus actividades en este terreno, y ahora nos llega la noticia de que proyecta la preparación, para el editor Powell, de una serie de libros que responderían a una misma condición: el de ser títulos de SF imposibles de hallar, por tratarse de ediciones ya agotadas.

Entre los primeros títulos que se apuntan para figurar en la proyectada colección, que recibiría el nombre de FJA PRESENTS (FJA Presenta) se cuentan *Green Men of Graypec* (Los hombres verdes de Graypec), *Girl in the Golden Atom* (La muchacha del átomo dorado), *Conquest of Mars* (La conquista de Marte) y *War of the Worlds*

(La guerra de los mundos), obras todas que difícilmente pueden ser halladas en los Estados Unidos hoy.

El comic sigue de moda entre los estamentos intelectuales de algunas naciones europeas, por lo que constantemente van apareciendo volúmenes dedicados a su estudio, aunque por desgracia más que ensayos lo que se publica son recopilaciones de datos, ya que es mucho más fácil hacer de «hormiguitas» que pensar, y por ello nadie se decide a estudiar el comic desde otro punto de vista que desde el de los archivos históricos, más o menos exhaustivos.

Éste es el caso de la obra de Gérard Blanchard *LA BANDE DESSINÉE*, publicada en la colección *Bibliothèque Marabout* por la importante editorial belga del mismo nombre.

En esta obra, la recopilación de migajas informativas de la «hormiguita» ha ido bien lejos, pues la historia del comic es comenzada en la prehistoria, como ya dice el subtítulo de la obra: «Historia de las historietas desde la prehistoria a nuestros días». Y así, vamos recorriendo el arte de las cavernas, el egipcio, romano, románico, etc... «ad nauseam», buscando un indicio aquí y otro allá que pueda ser calificado de comic, aunque sea «cogiéndolo por los pelos». Total, que no se logran ver verdaderas historietas hasta pasadas unas 150 páginas del texto... si es que alguien logra llegar tan lejos.

Luego, rápidamente, se pasa por el resto, insistiendo naturalmente en los «clásicos»: Foster, Raymond, Hogarth y demás santos patronos del género. Lo demás apenas si interesa, y así los comics británicos, italianos actuales y fotorromances apenas si merecen un par de páginas cada uno... ¡en apéndices!

Culmina la obra, y nuestra paciencia, una pedante cronología cuyo único fin aparente es demostrar la erudición del autor, pero que logra confirmar nuestra idea de que muy bien habríamos podido pasárnoslo sin este volumen.



Las hormiguitas del comic siguen buscando migajas

La importante editorial estadounidense *Ballantine* ha iniciado una nueva serie de libros de bolsillo que abarcará reimpresiones de títulos clásicos de la literatura fantástica.

La colección se iniciará con obras de tanto interés como son *THE BLUE STAR* (La estrella azul) de Fletcher Pratt, *THE KING OF ELFLAND'S DAUGHTER* (La hija del rey de los elfos) de William Morris, las obras de James Branch Cabell, y diversas antologías, entre las que se encuentra una de cuentos de Lord Dunsany y otros importantes títulos de la muchas veces descuidada literatura fantástica.

La editorial francesa *Casterman* viene publicando una serie de antologías de SF de una buena calidad. Recientemente ha puesto a la venta la octava de dichas obras, titulada *Histoires des temps futurs* (Historias de los tiempos futuros) que, como la anterior, *Histoires fantastiques de demain* (Historias fantásticas de mañana) ha sido encomendada a la dirección de Alain Dorémieux.

La obra reúne a autores tales como Brown, Matheson, Van Vogt, Dick y Sturgeon. La elección de las historias por Dorémieux ha cuidado de procurar presentar la mayor cantidad posible de temas de los que pueden ser calificados como SF, tratando de variar totalmente la atmósfera de los relatos de uno a otro.



Una buena historia del futuro

La editorial *Planète* ya no tiene que ser presentada a los aficionados, pues es raro el que no posea alguna de sus numerosas ediciones, siendo una de las más conocidas la colección «Chefs-d'oeuvre de...».

Pues bien, en esta colección acaba de aparecer la obra *LES CHEFS-D'OEUVRE DE LA MÉCHANCETÉ* (Las obras maestras de la maldad), selección de obras cortas y de ilustraciones hecha, como en los casos anteriores, por Jacques Sternberg.

El conocido literato francés, al que Noëlle de Roissy ha llamado: «Gran Sacerdote

de las Antologías Planète, humorista del delirio, y delicado cienciaficcionalista», nos ha dado con sus anteriores obras, dedicadas al erotismo, a lo fantástico y a la historieta, magistrales lecciones de lo que debe ser una antología, por lo que su obra actual ya llevaba una garantía previa, que no ha sido defraudada.

La obra reúne a demasiados autores como para citar siquiera a los más sobresalientes, pero limitémonos a dar unos cuantos nombres, casi al azar: Topor, John Collier, Villiers de l'Isle Adam, Bierce, Buzzati, Bradbury... que bastarán para convencer a todos nuestros lectores que dominen la lengua gala sobre el interés que presenta dicha antología.

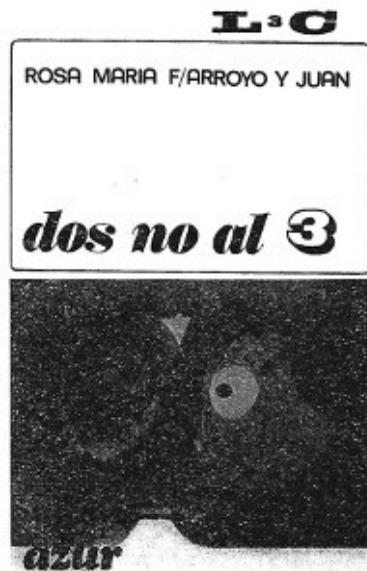


La maldad, magníficamente apadrinada por Jacques Sternberg

La editora Azur, que ya lleva publicadas varias obras de SF, acaba de sacar a la venta recientemente la obra de una precoz escritora de diez años, cuyo tema penetra profundamente en el género que nos ocupa.

La obra se titula DOS NO AL 3, y su autora, Rosa María F. Arroyo y Juan, pertenece a una familia de escritores aficionados a la SF, en la que tanto el padre, la madre como los dos hijos han producido relatos anticipativos. El libro es una colección de relatos generalmente muy cortos en extensión, clasificados en varios apartados según su temática, y cuyo atributo común es el derroche de una gran fantasía tanto en los temas como en la exposición.

He aquí pues la interesante obra del miembro benjamín de una familia de la que muy pronto, estamos seguros, volveremos a oír hablar.



«Dos no al 3», un libro de una autora precoz

* REVISTAS

Bajo el subtítulo de *Le Magazine de l'étrange* (La revista de lo extraño), ha sido publicado en Francia el primer número de la revista EERIE, hermana de la ya también aparecida en ese país CREEPY y, como ella, traducción del correspondiente original norteamericano.

Pero se trata de algo más que de una simple traducción, y por ello nos hemos sentido impelidos a clasificar esta noticia bajo la rúbrica «Revistas» en lugar de hacerlo bajo la de «Comics». Pues así como las publicaciones americanas tan sólo contienen historietas, y la CREEPY francesa se limita a seguir el mismo patrón, añadiendo en su primer número tan sólo un artículo homenaje a Boris Karloff, no ocurre lo mismo con la EERIE ahora publicada, en la que hay una mayor labor de creación por parte del equipo francés.

Así, junto a las historietas procedentes del otro lado del Atlántico, representadas aquí por obras de Eugene Colan, Wallace Wood, Jerry Grandenetti y Bob Jenney, hallamos también relatos de Claude Seignolle y Jacques Sternberg, un artículo sobre *Tarzán* de Francis Lacassin y críticas, noticias y comentarios sobre cine, literatura y todo lo que integra el mundo de lo extraño y lo fantástico.

Se trata, pues de un verdadero intento por crear una revista dedicada a lo extraño, bastante bien logrado y del que nos congratulamos, como creemos deben de estar haciendo los numerosos aficionados franceses.



Eerie, una familia común con Creepy

No es usual el obtener noticias de publicaciones periódicas dedicadas a nuestros géneros literarios que aparezcan en los países del Este de Europa; por ello, nos alegramos al enterarnos de que la DEUTSCHEN KULTURBUND prepara la edición de una revista de informaciones dedicada a los aficionados a la literatura fantástica de la República Democrática Alemana. Esperamos poder darles pronto más noticias al respecto...

La revista PLAYBOY, dado su tremendo tiraje, se puede permitir pagar asombrosamente bien los originales que contrata para publicación en sus páginas literarias, y es por ello que los nombres más conocidos en el campo de las letras anglosajones no desdeñan, sino más bien todo lo contrario, la posibilidad de publicar sus obras en esta revista tantas veces considerada como demasiado «ligera».

Y es habitual en las páginas de esta revista el publicar cuentos de SF o FANTASY, por lo que recientemente ha adquirido para su publicación los derechos de la obra de Ray Bradbury DOWN WIND FROM GETTYSBURG (Cerca de Gettysburg) y de otra publicación fantástica debida a la pluma de Frank Robinson.

Las revistas norteamericanas GALAXY MAGAZINE, WORLDS OF IF y el resto de las publicaciones editadas anteriormente por el grupo *Galaxy Publishing Corporation* han sido compradas por la firma *Universal Publishing and Distributing Corporation* el 10 de abril pasado.

Con este cambio, las revistas pasan a depender de un nuevo Director: Ejler Jakobsson, aunque se seguirá considerando a Fred Pohl como director honorífico. Igualmente, las oficinas editoriales cambian de dirección, pasando a la 235 E. 45th St., New York, N. Y. 10017.

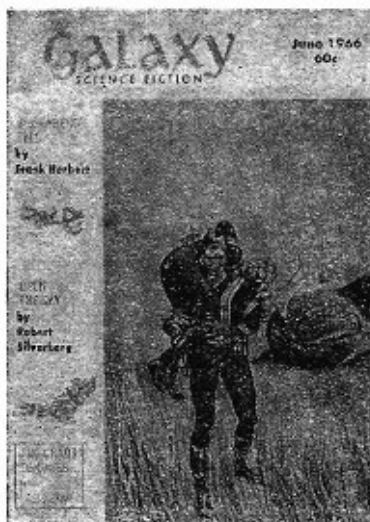
Los planes inmediatos para *Galaxy* es el incluir en sus páginas mayor cantidad de relatos cortos, tratando de ganar adeptos entre los no-aficionados, al mismo tiempo que se estrechan los nexos con los fans. Se reducirá el número de páginas, pero se

empleará un tipo de letra más pequeño, con lo que el contenido no variará en extensión.

Se ha nombrado a Jack Gaughan Director Artístico de las publicaciones, y Algis Budrys continuará en la crítica de libros de *Galaxy*, mientras que Lester del Rey iniciará la misma tarea en *If*. Este autor también prepara una sección dedicada al fandom para *Galaxy*.

Se está considerando la posibilidad de seguir publicando *International Science Fiction*, *Worlds of Fantasy*, y otra revista en forma alterna.

Ejler Jakobsson no es un desconocido en el campo de la SF americana, siendo actualmente seleccionador de los títulos de este género para la firma *Universal*, habiendo trabajado anteriormente en los equipos editoriales de las revistas *Famous Fantastic Mysteries*, *Astonishing Stories* y como director de *Super Science Stories*.



Galaxia cambia de dueños

Existe una empresa en los Estados Unidos, *Garrett Press*, que se dedica a la reimpresión de volúmenes agotados con destino a las bibliotecas que los desean poseer en sus colecciones. Esto se hace a partir de un ejemplar del libro que se desea reeditar, mediante un proceso de fotooffset.

En la actualidad, este editor contempla la posibilidad de reimprimir varios de los antiguos «pulp», o sea las viejas revistas de gran formato impresas en papel de pulpa (de eso les viene el nombre), de SF que ya casi resulta imposible hallar.

Entre las revistas que se están considerando se hallan los famosos *Unknown*, *Astounding*, *Galaxy* y *F&SF*, y la reimpresión se limitará a los números anteriores a 1960.

La reimpresión, que se lleva a cabo en volúmenes encuadernados, es algo costosa, calculándose que la serie completa de *Unknown* valdrá entre los 200 y 300 \$, por lo que la mayor parte de los ejemplares serán adquiridos por las bibliotecas, aunque los aficionados pudientes también puedan adquirirlos si lo desean.

La reedición comprende todas las páginas del original, incluyendo las portadas,

aunque éstas tan sólo sean reproducidas en blanco y negro.

Tras una etapa de venta normal, a través de librerías y puestos de periódicos, pareció desaparecer la revista HISTORIAS PARA NO DORMIR, dedicada a las historias terroríficas.

Ahora la hemos visto de nuevo, pero ya no como publicación destinada al público, sino como propaganda de un laboratorio de especialidades farmacéuticas, el cual la envía a los médicos españoles para recomendarles al mismo tiempo sus productos.

La revista sigue con la línea establecida en los números de su primera época, o sea que dedica la mayor parte de sus páginas al argumento de uno de los programas de TV española de la serie que llevó este título; pero, por otra parte, también cuenta con nuevas secciones, destinadas a darle un cariz más acusado de revista popular, tal como «películas para no dormir», sección llevada por Juan Tébar y dedicada al cine de terror, y otras que tratan de diversos temas, tales como entrevistas y comentarios, pero siempre bajo el signo del terror.

Esperemos que nuestros médicos no estén demasiado aterrorizados a la hora de los diagnósticos, tras leer esta revista.



Los que ahora no podrán dormir serán los médicos...

* AUTORES

Los autores norteamericanos preparan sus planes para el presente año, y así LIN CARTER, bien conocido por sus obras de *Heroic Fantasy*, prepara una obra de ensayo, de 75.000 palabras de extensión, dedicada al estudio del autor Tolkien, que será editada por *Ballantine*.

Por su parte, ROBERT SILVERBERG piensa que le serán publicados; el libro *Up the Line*, también por la editorial *Ballantine*; un serial por la revista *Amazing*; una historia para la serie de publicaciones *Nova* de Harry Harrison; una novela corta para el libro *Tomorrow Times Three* de la Meredith Press, libro en el que también aparecen

obras de Blish y Zelazny; una novela que escribió en 1967 pero que hasta ahora no ha querido sacar a la luz: *To Live Again*, que será editada por *Doubleday*, y tres novelas galácticas que aparecerán, bajo el título general de *Nightwings*, entre los títulos de la casa *Avon*.

Will F. Jenkins, más conocido en el mundillo de la SF como *Murray Leinster*, ha donado sus manuscritos a la División de Manuscritos de la Universidad de Syracuse (Estados Unidos).

Estos documentos, que cubren un período que va desde los años 1915 a 1968, llenan un total de 71 cajas de papeles y comprenden manuscritos de sus obras, ideas y sinopsis, así como correspondencia con editores, agentes literarios y otros escritores.

* COMIC^[8]

El cine sueco no es muy conocido en nuestras latitudes, y si tuviésemos que fiarnos de las escasas noticias que de él nos llegan, podríamos acabar por creer que sólo se interesa por los temas sexuales.

Pero el cine sueco tiene otras temáticas, siendo una de sus fuentes principales de inspiración la crítica de la actual sociedad. Y no debe extrañarnos que para ésta crítica recurra a la SF. Éste es el caso de *THE GLADIATORS*, cinta de Peter Watkins. Esos gladiadores son los participantes en los Juegos de Guerra Internacionales, organizados para canalizar el gusto por la violencia de la Humanidad sin tener que recurrir a la guerra. Los Juegos son teletransmitidos por conexión mundial, y en ellos las muertes son reales.

No obstante, un objetivo oculto de los Juegos es el mantener el status quo de las principales potencias del Este y del Oeste. Por ello, cuando un joven soldado británico demuestra simpatías hacia una muchacha china del equipo contrario, el grupo de oficiales internacionales que controlan los Juegos decide eliminarlos, pues consideran que su intento de comunicarse entre ellos es la peor amenaza que se podría presentar en contra del régimen de cosas existente.



Los gladiadores se encuentran

El pasado mes de junio se celebró en Barcelona, a cargo del CINE CLUB MONTSENY, un ciclo de películas denominado *Permanencia de los Grandes Clásicos*, en el que, de las nueve cintas proyectadas, cinco tenían temáticas de tipo fantástico.

Las películas a que nos referimos eran: *La muñeca* de Ernest Lubitsch, *La carroza de oro* de Jean Renoir, *El Golem* de Paul Wegener, *El estudiante de Praga* del mismo director, y *Yokichi* de Kenji Mizoguchi.

Cinco de nueve no nos parece una mala marca para el cine fantástico...

Drácula no muere para el cine, pues aunque en cada cinta es aniquilado por las fuerzas del bien, la próxima película nos lo muestra de nuevo, pálido pero saludable, chupando alegremente la sangre a sus víctimas, bellas «starlets» en preferencia.

Y este año ya tenemos otra cinta dedicada al inefable Conde. Se trata de una producción británica, de la famosa Hammer Films, titulada *Dracula has risen from the grave* (Drácula se ha alzado de la tumba). La realización ha corrido a cargo de Freddie Francis y ha sido protagonizada por el ya tradicional vampiro de las Islas: Christopher Lee, que ha aceptado por tercera vez encarnar el personaje célebre de Bram Stoker a pesar de haber manifestado su deseo de no volverlo a interpretar.



«*Dracula has risen from the grave*»... y el inevitable Christopher Lee

Se ha realizado recientemente en Francia una cinta compuesta de dos partes denominada *Les Femmes Vampires*, y que tiene una duración total de 95 minutos. Su director es Jean Rollin, autor también del guión de la película.

En ella parece haber realizado una lista de los principales elementos del vampirismo, tras lo que ha incluido todos y cada uno de esos elementos en una historia a lo largo de la cual cuatro jóvenes muchachas se hallan sitiadas en un castillo sito en algún remoto rincón de Francia por las gentes locales, que las creen vampiros. La primera parte trata de los intentos de un joven psiquiatra para convencerles de su error, aunque como es fácil de suponer el que se halla en un error es él, siendo convertido en monstruo por su necesidad.

La segunda parte es ya mucho más fantástica, e incluye la actuación de la Reina de los Vampiros.

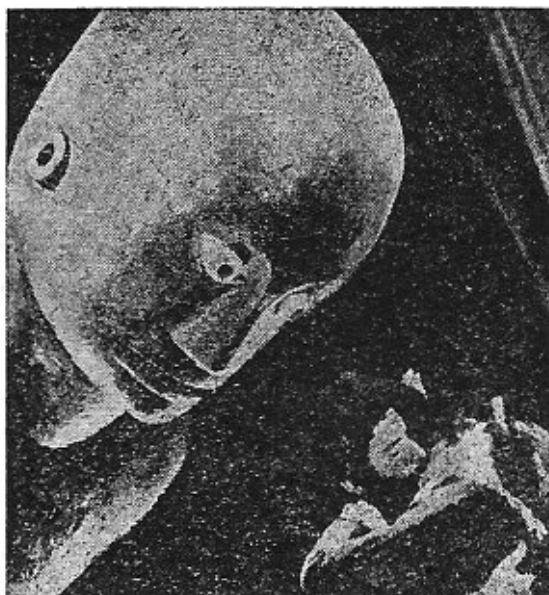


La Reina de los Vampiros en «Les Femmes Vampire»

Los estudios cinematográficos checoslovacos *Barrandov* están efectuando el rodaje de la cinta denominada *NOCHES DE PRAGA*, compuesta por tres episodios de los que uno, el del director Jiri Brdecka, lleva el título de *EL ÚLTIMO GOLEM*.

Este episodio está basado en la famosa leyenda del Golem, y esta vez un rabbi le da vida para complacer al Emperador, mientras que otro rabbi se esfuerza en destruir la obra del primero ayudado por una sensual muchacha creada por artes mágicas.

Esta película sigue la normativa dada a conocer en una nota de los estudios según la cual sus cintas forman parte de: «un programa de films de implicaciones sociales de acuerdo con la línea de acción adoptada por el Partido desde Enero».



El último Golem... por el momento

La *Segunda Semana Internacional del Cine Fantástico* de Sitges está ya siendo preparada por su infatigable comité organizador, perteneciente al Sitges Foto-Film.

Para este año se espera que una más copiosa participación de casas productoras y de organismos estatales de cine permitirá una selección más esmerada de las cintas y, por ello, un aumento en la calidad general del cine visionado.

Es particularmente notable el interés con que han acogido esta segunda edición de la Semana los países del Este de Europa, que ya han ofrecido para su proyección en la misma numerosas cintas de su producción cinematográfica fantástica.

Este año se espera también poder ofrecer algunas novedades, como es un programa con artículos dedicados al cine fantástico y sinopsis argumentales de las cintas que se proyecten, y la concesión de algunos premios para cuya designación se procede ya a crear un jurado reducido, compuesto por técnicos en este tipo de cine.

Nuestra revista, que trata de fomentar todo intento de propagación de los temas que ella trata, no puede por menos que sentirse afectada por el continuado esfuerzo del comité organizador de la Semana y espera colaborar estrechamente, en la medida de sus fuerzas, en pro del éxito de ésta su segunda edición.

*** FANDOM**

El programa STAR TREK, que en la televisión española ha sido presentado bajo el título de *La conquista del espacio*, ha tenido un tal éxito en su país de origen, los Estados Unidos, que se ha llegado a formar un «subfandom» a su alrededor.

Los aficionados al programa televisivo, además de organizar campañas para lograr que siga proyectándose año tras año en las pequeñas pantallas, tienen sus clubs, fanzines y reuniones. Y, ahora, hasta han editado un libro de estudio del

programa.

Denominado *The Star Trek Concordance*, este volumen es el resultado de tres años de trabajos de un grupo de aficionados, y contiene 22 páginas de sinopsis detalladas de los programas, con listas de los intérpretes, nombres de los argumentistas, etc; otras 75 páginas recogen explicaciones para cada uno de los términos mencionados en cualquier programa, con ilustraciones y referencias. Se trata pues de una obra de gran interés para el aficionado a ese programa y que puede ser obtenida mediante el pago de cinco dólares, más gastos de correo, hecho a Bjo Trimble, en 417 Kenmore Ave., Los Ángeles, Calif. 90004, Estados Unidos.

Se celebró en Londres la *Second British Comicon*, o sea la segunda convención nacional de los aficionados al comic.

En ella se desarrolló un extenso programa de actos, que incluían proyecciones de películas, charlas, coloquios, baile de disfraces y exposición de arte.

Sin embargo, y como siempre ocurre en este tipo de reuniones, la actividad a la que los aficionados dedicaron mayor interés fue a la compra, venta e intercambio de ejemplares raros de comic.



Los comics en Londres

Algunas Universidades consideran ya a la SF como un tema aceptable para ser tratado entre sus paredes, aunque desgraciadamente no sean muchas en Europa en la actualidad.

Una de las que ya mantienen una buena idea de nuestra literatura es la Universidad de Colonia (República Federal Alemana) en la que recientemente han tenido lugar, bajo la dirección de un Asistente a Cátedra, una serie de conferencias con coloquio dedicadas a las obras anticipativas de Orwell y Huxley.

En esa misma Universidad se proyecta, igualmente, realizar un seminario a alto nivel cuyo tema serán los «Viajes Imaginarios». El director del seminario será el Profesor Möller-Bochat, autor bien conocido en Alemania.

Durante el mes de octubre próximo se celebrará en la Universidad de Wisconsin-

Green Bay una reunión denominada SECONDARY UNIVERSE, en la que se pretende llevar a cabo una confrontación de las «dos culturas», explorando la cara interna de lo real y de lo imaginario y llevando a cabo una discusión del papel del hombre en una cultura tecnológica.

Las preguntas que se tratará de responder con este coloquio serán: *¿Podrá el Hombre sobrevivir a la Tecnología?* y *¿Podrá la Tecnología sobrevivir al Hombre?*

Al mismo tiempo se piensa celebrar paralelamente en el mismo lugar una Conferencia de la Sociedad Tolkien, grupo dedicado al estudio del conocido autor fantástico británico.

Quienes estuvieran interesados en tales temas pueden ponerse en contacto con Ivor A. Rogers, en la citada Universidad, en Green Bay, Wisconsin 54305, Estados Unidos.



El dragón de la Tecnología trata de comerse al Hombre

Unos cuantos premios literarios han recaído recientemente, en distintas partes del mundo, sobre libros fantásticos. Así, uno de los NATIONAL BOOK AWARDS (Premios nacionales de libros) estadounidenses recayó sobre la obra de Italo Calvino *Cosmicomics* en su traducción al inglés. Igualmente, el autor fantástico Lloyd Alexander y el ilustrador Uri Shulevitz han recibido los premios NEWBERRY y CALDECOTT, de los distribuidores de libros americanos, por sus libros fantásticos infantiles.

Por otra parte, la *Count Dracula Society* (Sociedad Conde Drácula), concedió los siguientes premios: de cine a John Carradine, de literatura a Robert Bloch y de televisión a Jonathan Frid, así como otras menciones a Walter J. Daugherty, Boris Karloff y Bud Abbott.

Los premios australianos correspondientes a 1969 fueron entregados durante la celebración de la convención de SF celebrada en Melbourne.

Los premios, que tienen el nombre de DITMAR, fueron ganados por A. Bertram Chandler en la categoría de mejor SF australiana con su obra *False Fatherland* (Falsa madre patria) y por Thomas Disch en la de mejor SF internacional con *Camp*

Concentration (Concentración de campo).

Otros DITMAR fueron concedidos a Brian Aldiss como mejor escritor contemporáneo y a la *Australian Science Fiction Review* como mejor fanzine de Australia.

¡Y sigue la cuenta atrás que nos va acercando a la Heicon de 1970! El último acontecimiento en la carrera por obtener la designación de la ciudad alemana de Heidelberg como punto de celebración de la 28.^a *Worldcon* (Convención mundial de aficionados a la SF) de 1970 es la publicación de un fanzine-opúsculo, denominado *Heicon Report* (informe de la Heicon) que ha sido destinado a ser entregado a los asistentes a la 27.^a convención mundial, que son los que votarán el lugar de celebración de la siguiente.

En el folleto, todos los agentes extranjeros de la Heicon exponen las razones por las que ellos, y los aficionados de sus países, apoyan la celebración de la *Worldcon* en la antedicha ciudad.

Por España escribe nuestro colaborador Luis Vigil, que es el agente para este país de la citada convención.



¡Heidelberg en el '70!

Las noticias y comentarios de esta sección provienen de las siguientes fuentes: LA BANDE DESSINÉE (libro de estudio del comic) Verviers, Bélgica. BANTAM BOOKS (catálogo de libros) Nueva York, Estados Unidos. CINE CLUB MONTSENY (folleto de programas) Barcelona, España. CONTINENTAL (revista de cine) Londres, Gran Bretaña. EERIE (revista de lo extraño) París, Francia. HEICON REPORT (folleto-fanzine) Berlín, Alemania. HISTORIAS PARA NO DORMIR (revista de relatos de terror) Madrid, España. LUNA (fanzine de SF) Oradell, Estados Unidos. SCIENCE FICTION TIMES (fanzine de noticias) Bremerhaven, Alemania. SECOND BRITISH COMICON (folleto) Londres, Gran Bretaña. THE W.S.F.A. JOURNAL (fanzine del club) Wheaton, Estados Unidos. Y la colaboración de José Luis Esparza, Barcelona, España. Berit Sandberg, Barcelona, España, y el Comité Organizador de la Segunda Semana del Cine Fantástico, Sitges, España.

SE ESCRIBE

Los primeros números fueron un tanto flojos, pero el 6, por su selección adecuada, en especial *El enigma de otro mundo*, raya en lo excepcional.

Creo que la buena selección es esencial, y que en cada número se incluya algún autor conocido. Hay tantos... También los clásicos son interesantes, siempre que sean buenos. Respecto a los comics, creo que son muy interesantes, pero han de ser puramente de ciencia ficción. La sección de críticas y comentarios la he encontrado muy interesante, y no estaría de más incluir también noticias sobre actualidad astronáutica.

En definitiva: cuidar al máximo la selección con autores conocidos y obras de categoría, y si van acompañados de dibujos, miel sobre hojuelas, siempre que no sean negativos fotográficos que al lector no le dicen nada... y por favor no caigan en el error de muchos, publicando autores desconocidos aunque sean buenos. Primero hay que dar a conocer lo conocido y luego, más adelante, pueden publicar lo nuevo.

ANTONIO CASANOVAS MORERA

BARCELONA

—Si no damos oportunidades a las novelas, a los buenos, mal podrán llegar a ser conocidos... creemos que, dentro de unas normas mínimas de calidad, *cualquier* relato merece ser publicado, sea de Bradbury o de la castañera de la esquina (sirva sólo de ejemplo, sin que esta buena señora venga ahora a dar la lata). Las fotos «quemadas» creemos que, en ocasiones, pueden servir tanto para ilustrar un relato como el mejor de los dibujos. Repase, por favor, números anteriores y mírelo usted mismo...

*

Permítanme hacerles unas preguntas: ¿Podrían publicar algún relato más de David R. Bunch? Su cuento RECORDANDO me entusiasmó, y es uno de los más originales que he leído.

Desearía ponerme en contacto con su importador de libros para ver de adquirir algunos volúmenes de la colección MINOTAURO, ya que se los he pedido a EDHASA y no tienen existencias.

¿Saben si hay alguna manera de conseguir carteles de propaganda de la película 2001?

ANTONIO PUENTE BRADINERAS

ZARAGOZA

—Dentro del mismo universo en que se movían los personajes de RECORDANDO, David R. Bunch ha situado algún otro de sus relatos. Tratándose de material de agencia, se debe de solicitar a ésta y ver si están libres los derechos. Ya lo estudiaremos, Sr. Puente; y, de ser posible, le complaceríamos.

En lo referente a los libros le aconsejamos se ponga de nuevo en contacto con EDHASA, el importador oficial de esa colección, pues ha hecho nuevas importaciones; pero de no tener los títulos que usted solicita, mucho me temo que será debido a hallarse agotados en la Argentina. Si no obtiene resultados, vuelva a escribirnos: trataríamos de informarnos.

Para los carteles de 2001; aunque tal vez no sea posible que le quieran vender alguno, por ser una película en período de explotación, puede dirigirse a la distribuidora de la película: M.G.M. de España.

*

Aprovecho ésta para lanzar una breve ojeada sobre el material aparecido en su número seis: *Portada y presentación*, excelentes. *Editorial*, muy bueno, como de costumbre. *La edad de la benevolencia*, mediocre. *Las paredes*, no es original, pero está bien escrito. *La gema*, regular. *Sitges 68*, magnífica presentación, letra microscópica; muy bien hecho. *Maldito matasellado*, excelente. *Flores en sus ojos*, muy bueno, incluyendo la ilustración. *Ciencia Ficción Rumana*, terriblemente exhaustivo. *Un capítulo de historia literaria*, bueno. *El sol naranja*, regular. *Sobre el tiempo y Texas*, me reí de verdad, excelente. *El despertar del profesor Bern*, de lo mejor de la SF rusa. *Sueños de cristal*, no está mal, pero no es un cuento de choque, como el magnífico del n.º 5. *El enigma de otro mundo*, teniendo en cuenta el tiempo que hace que se escribió, es muy bueno. *Sección verde*: una maravilla, como siempre, y en cuanto a «Se escribe», suben de calidad las cartas dirigidas a ustedes.

JOSÉ LUÍS ENCUENTRA
CARACAS, VENEZUELA

—Le agradecemos su carta apreciativa. Nos sería de gran utilidad que bastantes lectores mandasen misivas similares, pues nos permitirían realizar una valoración de nuestros esfuerzos.

*

Tuve la fortuna de obtener dos ejemplares de su maravillosa revista durante mi reciente visita a Inglaterra para asistir a la Convención de la SF británica en Oxford. ¡Tengo que felicitarles por haber conseguido lo que probablemente sea la revista de SF más impresionante e inteligible que jamás haya existido!

DONALD A. WOLLHEIM
NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS

—Donald A. Wollheim es el editor jefe de la colección *Ace*, que actualmente es la editorial que publica más títulos mensualmente en todos los países de lengua inglesa, y su nombre es bien conocido en el fandom por sus estupendas antologías. Por ello, nos enorgullece poderle decir: ¡Gracias, colega!

*

Me parece una excelente idea vuestra preocupación por la presentación de la revista, así como vuestras experimentaciones con diferente papel y color de impresión, como p. ej. el «clásico» del n.º 7. Una revista de SF debe de ser inquieta en todo.

Creo que un aspecto importante son las ilustraciones. En este n.º 7 hay unas que me han gustado bastante, otras no tanto. Para mí, un ilustrador (y más uno de SF) debe investigar y experimentar incansablemente.

Paso a otro tema: las «páginas verdes». Sí, me parecen muy bien y muy interesantes, sobre todo para los aficionados españoles, que estamos tan mal informados. Pero sin exagerar: no creo que esto sea lo más importante de la revista, como piensan algunos. Opino que vuestra revista es, sobre todo, para *lectores* de SF, no para eruditos o exégetas de dicho tema. Creo que es más importante la calidad de los relatos. Opino que también se puede morir (mentalmente) por un exceso de erudición, que puede producir una pérdida de perspectiva y una esclerosis mental y sensitiva incurables. Creo que el saber el título y el relato que ganó el *Hugo* de tal año es una estupidez inútil si no se ha leído dicho relato.

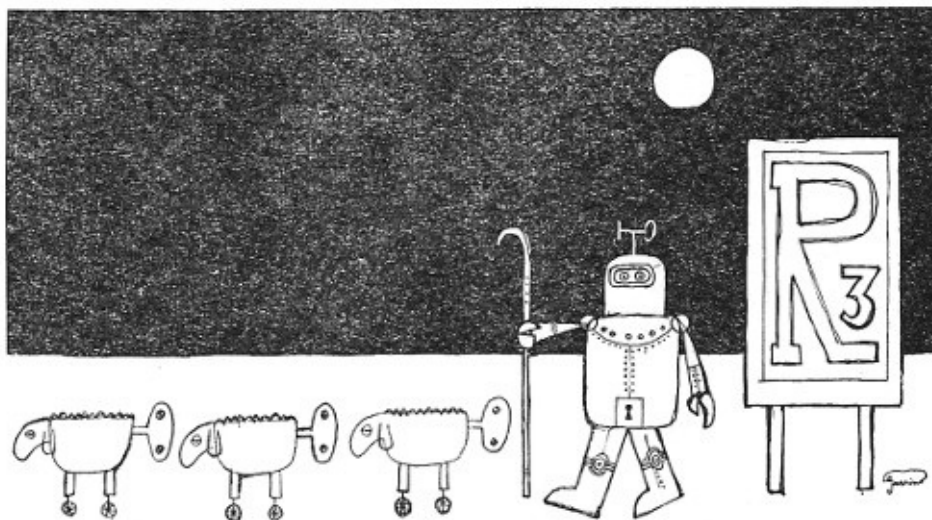
Una sugerencia para vuestro «saco de proyectos»: Creo que es *obligación* de una publicación como la vuestra el descubrir nuevos valores en nuestro país. Y esto significa buscarlos. Os asombraríais de la cantidad de cosas excelentes que he leído por ahí, cosas que se escriben para propio placer y el de unos pocos amigos, y que es una pena que su destino sea el quedar olvidadas en una carpeta vieja que nunca se abrirá. Y esto no sólo en el aspecto literario, sino también en el de ilustración, etc.

CARLOS GONZÁLEZ VALLECILLO
CEUTA

—Las páginas verdes tratan de informar, al igual que las blancas buscan divertir y hacer pensar. Tratamos de ser lo más extensivos posible en cada una de las secciones, pero nuestros medios son limitados y en ocasiones podemos dar la noticia de un *Hugo*, pero no publicarlo. ¿Deberíamos entonces callar la noticia?... Con respecto a la muerte mental, no se preocupe; tomamos muchas vitaminas B, y nuestros cerebros aún funcionan, por el momento.

En cuanto a lo que comenta de la búsqueda de nuevos valores, tan sólo podemos remitirnos a nuestro Editorial del n.º 9 y a nuestras palabras de tantas ocasiones: ahí está nuestro apartado de correos, manden lo que quieran, nada va a la papelera y, si es publicable, trataremos de hacerle sitio en nuestras páginas.

*



Quiero esbozar ciertas ideas de acercamiento a la SF. No me importa que no se encuentren dentro de los límites existentes, puramente convencionales, pero admitidos en mayor o menor grado del término ciencia ficción.

He encontrado en páginas de libros, o en planos de películas, o en viñetas de tebeos, o en música pop, momentos que están inmersos de lleno en el mundo de la SF. Las obras a que pertenecen no son de SF, pero esos momentos, sí. P. ej.:

1—Cine. En la película *Duelo en la Alta Sierra* hay una carrera entre un caballo y un camello. Se llega a un punto en que el espectador de Western no está viendo un Western. Ve un polvo amarillo, un camello corriendo por un suelo amarillo, perfectamente liso, con un hombre con sombrero y revólver encima, en una escena que es realista, pero nueva, ajena al mundo en que se desarrollan las demás escenas.

En *El tigre de Esnapur* (Lang), Paul Hubschmidt (?) entra en una habitación. Al principio no ve nada, pero poco a poco va percibiendo formas grises. Las formas comienzan a moverse lentamente, se van separando. Son seres humanos que le tienden las manos mientras avanzan hacia él. Más al fondo comienzan a moverse más figuras, todas grises. (Los ejemplos son abundantes a lo largo de toda la película).

Quizá ustedes puedan encontrar más momentos. Si les sirven para mi explicación, existen en *Faraón* (Kawalerowicz), *El hombre del Oeste* (Mann), *La hora de las pistolas* (Sturges), etc.

2—Literatura. Abundan los momentos que yo llamo de SF en la mayor parte de las obras de Kafka, algunas de Herman Hesse, Julio Cortázar, etc. Un buen ejemplo

es el relato *La claridad por una rendija*, de Sturgeon, incluido en *Caviar*, que no es SF pero que sí es SF.

3—En música las canciones del grupo americano Vanilla Fudge. En tebeos, aparte de Alfonso Figueras (¡por supuesto!), en las obras de Vázquez, Greg, etc.

Ya en cuanto a ND, yo les diría que, frente a la ausencia de cartas, no se desanimen demasiado. Un caso concreto: yo hago la crítica de cine, todas las semanas, en una radio de Pamplona. A fin de año solicité de los posibles oyentes una lista de las mejores películas estrenadas en Pamplona ese año. Pues bien, recibí una carta. Pensé: ¿Es que no me escucha nadie? La respuesta «no» no es válida, pues sé de personas que acostumbran a escucharme. Lo que sucede es que los españoles somos muy comodones. Si les vale de consuelo les recuerdo la frase de Séneca: *Por el bien de todos luchan y trabajan los mejores...*

En fin, amigos míos. No se desanimen y continúen. Alguien dijo: «Hay dos tipos de personas: las que hacen y las que miran». Ustedes son de las que «hacen». Enhorabuena.

JESÚS IRAGUI
PAMPLONA

—Francamente interesantes sus ideas de acercamiento a la SF. Si, nosotros también nos hemos hallado inmersos en momentos así. P. ej.: ¿No le ocurrió eso cuando vio como Armstrong ponía el pie en la Luna? Creemos que los aficionados a la SF disfrutamos de ese momento más que el resto de los mortales, porque era más «nuestro».

En lo referente a las cartas, parece que poco a poco se abre el grifo. Todavía es ínfimo su número, naturalmente: ¡Ni uno de cada 500 lectores escribe tras leer ND! Pero seguimos teniendo esperanzas de que algún día el lector se sacuda su poltronería...

*

¿Por qué no dedicar en las páginas verdes una sección dedicada a informar sobre todos los libros de SF que se vayan editando en el país? Algo así como una *Guía del lector de ciencia ficción*. No creo que les ocupara demasiado espacio, ya que siendo la aparición de la revista bimestral, no iban a ser demasiados los libros publicados (por desgracia) en tan poco tiempo. Me refiero, desde luego, a la totalidad, pues informaciones parciales las vienen dando ya. Y si esa *Guía* viniese acompañada de una breve crítica sobre la calidad de la obra, presentación, precio, etc., creo que sería una buena orientación para los aficionados.

VÍCTOR ROMANÍ GUASCH

—Ya habrá visto como, desde nuestro n.º 9, Domingo Santos ha iniciado una sección de orientación bibliográfica que cumple exactamente con los objetivos que usted señala para su *Guía*, aunque con un nombre no tan sonoro. Y, mientras él esté dispuesto a llevarla a cabo, ND tendrá gran placer en publicarla.

*

Como la mayoría de los aficionados a la SF, lo soy también a los comics. Geniales las viñetas de Giménez en *El mensajero*, que es una muestra de lo que puede lograr la imagen por sí sola sin la ayuda de los «bocadillos»; muy bueno también *El mago de Id*, pero me quedo con el primero y sin prejuicios nacionalistas, que conste. ¿No sería posible publicar una pequeña antología de los personajes más representativos de la SF en la historieta? Con una breve reseña o estudio y una tira bastaría.

¿No habría posibilidad de crear un rincón del aficionado (cuatro páginas a lo sumo) para que éste enviase sus pequeños pinitos?

JUAN ANTONIO SALDAÑA
VALLADOLID

—La sugerencia de la antología nos parece un tanto difícil de realizar, al menos por ahora. Tratamos de cubrir el tema de los personajes de comic con las pequeñas monografías que aparecen en estas páginas verdes. En cuanto a lo del rincón del aficionado, eso no nos parece necesario, pues ya toda la revista está abierta al aficionado, y en ella serán publicados todos los relatos o trabajos que reúnan las condiciones necesarias para ser incluidos. Lo que no creemos que debemos hacer es unas páginas especiales en las que se incluya todo lo que se envíe, aunque sea de baja calidad, ¿no cree?

*

En el n.º 7 hay una carta de un paisano que dice que no conoce a nadie aficionado a la SF. Desearía que le den mi dirección.

¿Por qué no publican unas páginas de SF gráfica, p. ej. las aventuras de *Flash Gordon* dibujadas por Alex Raymond? Si la idea anterior no vale, podrían hacer una edición aparte en forma de libros o álbumes de SF gráfica, pero con dibujantes escogidos como Alex Raymond, Clarence Gray, etc.

No estoy de acuerdo con las ilustraciones, la mayoría parecen dibujos surrealistas que no hay quien los entienda. Son dibujos grotescos, cuando no caricaturescos. Un ej. la ilustración de la pág. 47 del n.º 7. Otro ej. el de la pág. 93, que parece un dibujo hippie, y qué decirle del de la pág. 146. Habiendo buenos dibujos como los de Alex

Raymond, perdonen la reiteración de este nombre pues es el que más admiro, y además habiendo buenos dibujantes en España como Jesús Blasco, Emilio Freixas, Vicente Roso, y tantos que no me acuerdo...

ALFONSO SOLER HERNÁNDEZ
PRINCESA GUAJARA, 2
STA. CRUZ DE TENERIFE

—Nuestro equipo de redacción es tremendamente pequeño, más de lo que puede imaginar; por ello, nos es imposible el mantener correspondencia con los lectores fuera de estas páginas. Así que esperamos que a su paisano le baste con que publiquemos su dirección y se ponga en contacto con usted. El otro tema que usted trata, el de la SF gráfica, siempre nos ha preocupado, y tratamos de incluirla en ND, aunque no siempre resulte factible. Por ahora no tenemos posibilidad de editar publicaciones especiales, habrá que esperar otras circunstancias. Su gusto por las ilustraciones parece fijado en una época que ya pasó, y debe de comprender que, simplemente, los artistas actuales ya no dibujan tal como lo hacía Raymond en sus días. La ilustración actual es así y se debe aceptar o rechazar, pero no se puede cambiar una tendencia evolutiva.

*



*Ya no los oigo... ¡deben estar al
otro lado de la Luna!*

Mi opinión sobre la revista es que cada vez va mejor. Del n.º 1 al 2 se notó un paso de gigante en lo que a parte gráfica se refiere, y en el n.º 7 he encontrado, a mi parecer, verdaderas obras de arte. Me encantan como aficionado los dibujos de Usero Abellán, Beá, Giménez y M.^a Lluisa Paytubí. De poéticas me atrevería a calificar las *Emotivaciones 68* de Beá, tanto me gustaron; sin embargo, creo que hay algunas que fueron destinadas a cubrir un lugar para completar la página (son muy pocas, 2 o 3, gracias a Dios).

A ver si el señor Enrich se decide a darnos de nuevo otra lección de pintura como en los números 1 y 2, o bien composiciones diferentes como en el n.º 4. La portada es el 80% de lo necesario para hacer adictos a esta droga que es la SF.

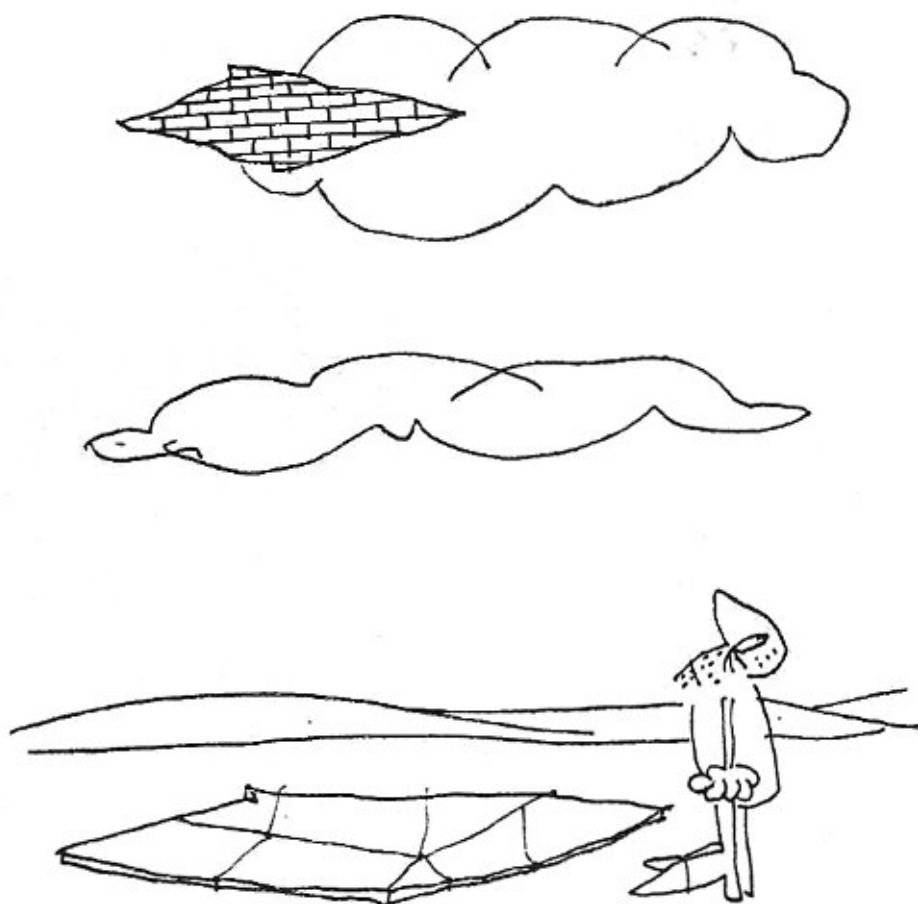
Tengo un par de cosas hechas y otras cuantas en mente (un cuento, unas ilustraciones y algo más). Me gustaría saber, sobre todo para las ilustraciones, el formato más cómodo y la forma más apropiada de realizarlas (plumilla, lápiz...).

JUAN ANTONIO SALDAÑA
VALLADOLID

—Y que conste que esta carta, la segunda de este lector (véase atrás), era la siguiente por orden cronológico, y no estaba buscada para contradecir al lector anterior y alabar las ilustraciones... En cualquier forma, nos alegra ver que a usted sí le agradan. Es

imposible complacer a todo el mundo, pero siempre esperamos que todos los lectores hallen algo que a ellos les guste y les anime a continuar con nosotros. Las cosas, como usted dice, puede mandarlas cuando guste. La mejor forma es, para los textos, mecanografiados a doble espacio, en holandesas, por una sola cara, original y copia. Las ilustraciones pueden ser realizadas por el proceso que más le guste, mientras no haya aguadas o grises, que el sistema tipográfico que utilizamos no reproduce bien. Quedamos a la espera de sus envíos.

*



ND ha tenido una gran acogida en México, y yo me atrevo a catalogarla como la mejor en su género. Les agradecería que publicaran mi nombre y dirección, haciendo saber mis deseos de efectuar un intercambio de libros, revistas, comics, etc., con aficionados españoles.

Por último quisiera inferirles la molestia de que me aclaren en qué consiste esa relación que hacen entre SF y Terror, pues sinceramente yo no les encuentro ninguna relación. La única obra que puede considerarse con fases de SF, siendo más bien de Terror, es el *Frankenstein* de Mary Shelley.

ADRIÁN A. MEDINA L.

—Complacida su primera petición con la publicación de su nombre, pasamos a la segunda: nunca hemos dicho que ésta fuera una revista de terror; siendo nuestro subtítulo; *ciencia ficción y fantasía*, ya lo puede comprobar. Pero en estos géneros colindantes es difícil separar temáticas, y muchas veces relatos de pura SF son de verdadero terror. Ej. de ello pueden ser las obras de Lovecraft, o *No tengo boca y debo gritar*. Algunos otros relatos, que tenemos en preparación, le reafirmarán en lo que hoy le aseveramos.

Notas

[1] Me refiero aquí a mi caso personal, como residente en un pueblo. En las capitales se podían conseguir algunos de estos ejemplares en librerías importadoras, aunque en número tan exiguo que dudo que, aparte de los residentes americanos a los que podía interesarles, llegase ninguno a manos de los potenciales fans del país. <<

[2] 4 de abril de 1936. <<

[3] La primera traducción de Doc Savage se debe a H. C. Granch. <<

[4] En España *Alas de Acero*. <<

[5] Las direcciones de este movimiento son: en Francia, J. P. Moumon, Villa Magali, Chemin de la Calabro, La Valette (Var); en Estados Unidos, Stanley Perrin, 1919 Dobson Street, Evanston, Illinois, 602002. <<

[6] Si pese a todo un amable lector observa aquí un olvido que estime importante, puede dar parte de él a una de las direcciones indicadas, así como cualquier otra comunicación. <<

[7] Para los lectores a quienes interese, señalemos que este relato, traducido por Forrest J Ackerman, ha sido reeditado en el número de junio de 1968 de INTERNATIONAL SCIENCE FICTION MAGAZINE. <<

[8] Errata de la edición original. Debería decir CINE [*Nota del E. D.*] <<